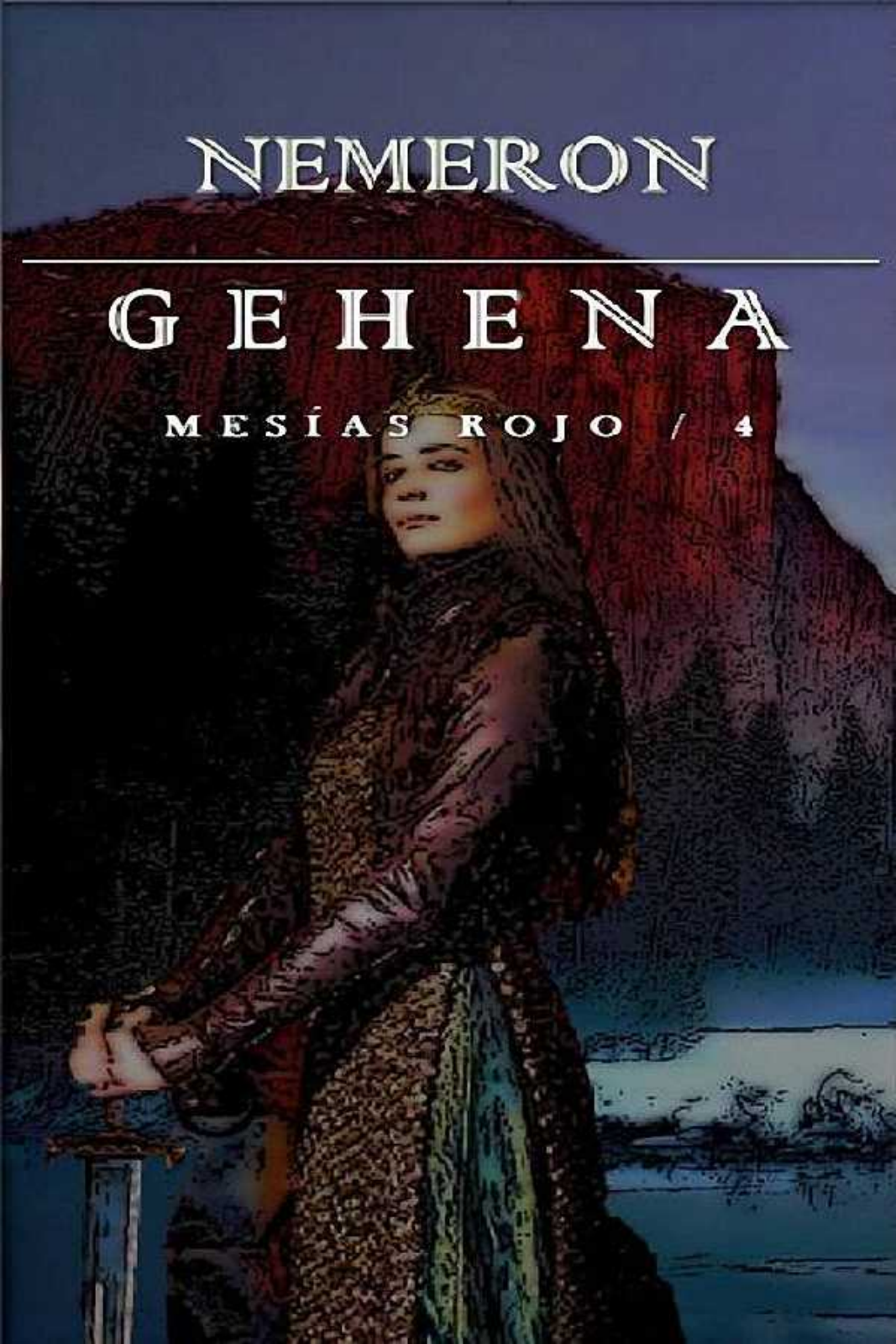
NEMERON

GEHENA

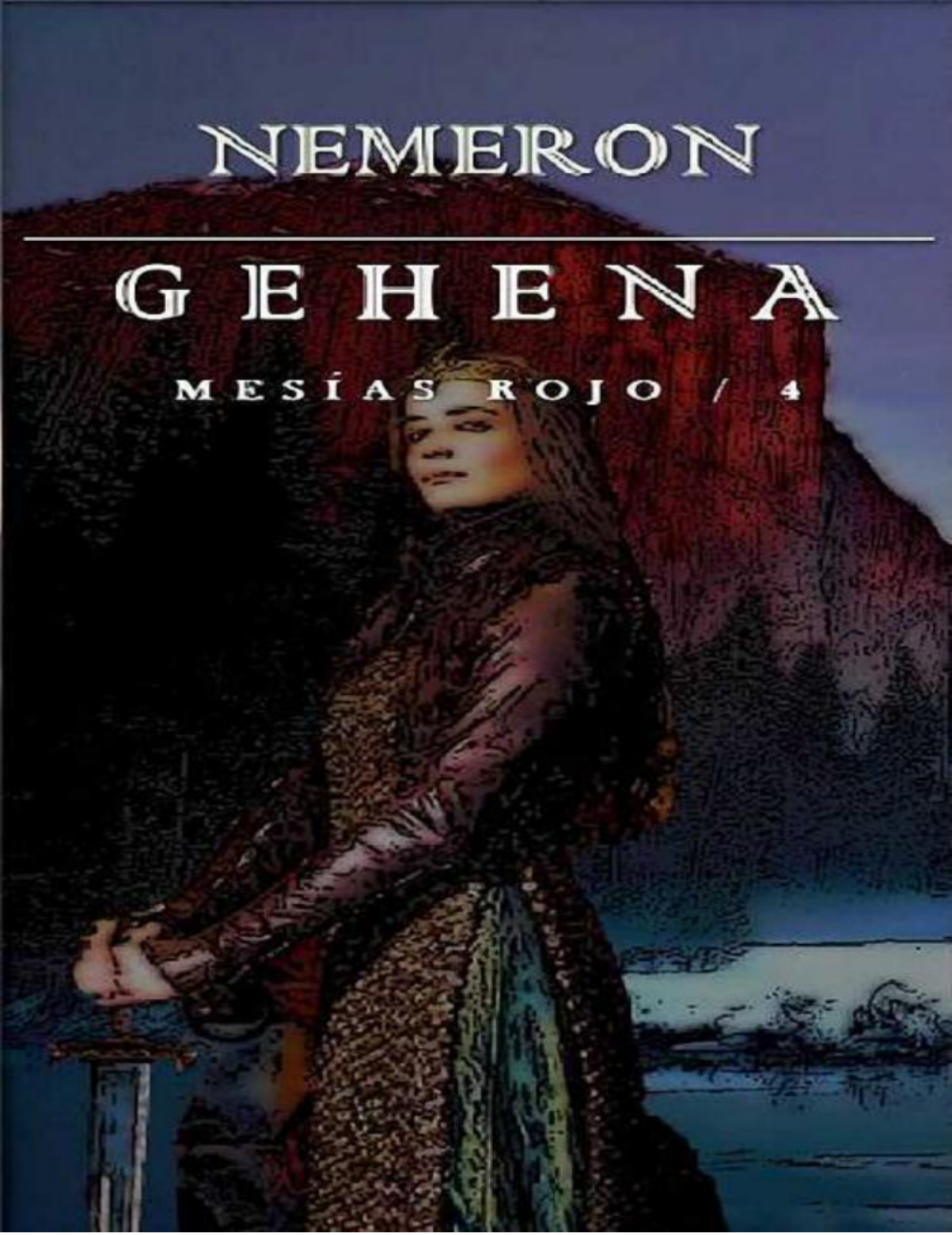
MESÍAS ROJO / 4



NEMERON

GEHENA

MESÍAS ROJO / 4



NEMERON

Gehena

Los mundos arderán

Saga del Mesías Rojo

LIBRO IV

Título: Gehena © 2016. NEMERON

Registro: M-006522/2016

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguiente del Código Penal).

Revisión 2016 – v4

EL VIAJERO

1

En algún punto de la periferia Galáctica
Principios del siglo XXIII

Un pequeño carguero de formas angulosas y estilizadas y colores terrosos y oxidados, consecuencia de los incalculables años de uso y los numerosos mundos donde había aterrizado o las nebulosas polvorientas por las que había transitado, salió de curvatura y entró en un lugar próximo a la zona de influencia de gravedad de un gran objeto oscuro y rocoso conocido como Apofis; se trataba de una especie de asteroide rico en metales ferrosos y aún desconocidos, de unos cincuenta kilómetros de longitud y tan estrecho que su dibujo en la consola de navegación le hacía parecer un gusano reptando por el eje de coordenadas.

Frente al mamparo central del oscurecido puente de la nave, apenas se vislumbraban aquellos peñascos manchados de escarlata y tonos albos, y algo más allá, la neblina gaseosa y anaranjada que daba acceso al cúmulo estelar del Cinturón de Orión, salpicada por los vientos estelares, tan odiados por los colonos rebeldes, creaban toda suerte de mundos hostiles y áridos para la vida desde la perspectiva humana.

Aquel cúmulo presentaba mundos desérticos, plagados de montes aristados y cubiertos de arenas arrastradas depositadas y removidas por inclementes tormentas de magnitudes colosales, y es precisamente esa neblina radiactiva, la que constituye un muro protector y aislante que dificultaba enormemente la colonización de aquellos mundos, vedados para aquellos que no son capaces de adaptarse a las condiciones más extremas.

Los hipermotores ronronearon como un animal herido, adaptándose al nuevo espacio-tiempo, en el que entraban al abandonar su burbuja protectora y autogenerada. El empuje por curvatura era el impulso de propulsión superlumínica, que permitía propulsar a una nave espacial a una velocidad equivalente a varios múltiplos de la velocidad de la luz, evitando la dilatación relativista del tiempo o lo que es lo mismo curvar el espacio-tiempo, de tal manera que permita a la nave aproximarse a su destino.

Esta forma de propulsión diferente a la de impulso, que era aquella

que se producía por motores no hiperluminicos y cuya velocidad siempre es inferior a la de la luz y como consecuencia de esto, no era capaz de generar, un viaje instantáneo entre dos puntos a una velocidad casi infinita, al contrario que la de curvatura que se basaba en la creación de una burbuja en torno a la nave, preservando su espacio-tiempo, para generar distorsiones del espacio-tiempo haciendo que la burbuja se alejara del punto de origen y se aproximara a su destino. Esta propulsión se dividía en factores de potencia, en función de la capacidad de dichos hipermotores y los de esta nave, eran muy viejos y gastados.

El único tripulante y piloto de aquella astronave con cierta apariencia de morralla era un varón de avanzada edad. Su barba caía en ancho raudal sobre el pecho, estaba surcada por hebras níveas. Llevaba el rostro tapado por una especie de vieja mascara de piloto de cuero ennegrecido y con dos lentes circulares y reflectantes que protegían sus ojos grandes y negros.

El piloto vestía un uniforme a semejanza de la piel curtida de tonos ocres, salpicado de correajes y cremalleras; e iba sentado en un cómodo butacón con consolas de colores resplandecientes laterales y frontales, frente a un gran mamparo, pilotando en soledad aquel carguero.

A cualquiera le costaría sobreponerse a la impresión que producía la fulgurante ruptura del continuo espacio-tiempo y la tormenta de rayos multicolores y gases subsiguientes como un dragón que vomita un gran pez, pues disponer de cruceros capaces de alcanzar tales velocidades no estaba al alcance de cualquiera.

Desde la perspectiva de un observador relativo y a medida que el crucero abandonaba de forma pesada y lenta la neblina gaseosa, se mostraba algo más elegante y robusto que en una primera mirada, aunque eso era relativo tanto en su velocidad como en su forma; su color y su altura; la anchura de su eslora; el volumen de su bodega, y su proa larga y esbelta, curvada como el cuello de un cisne; y su puente sobre esta, ancho a la altura de los ojos y adelgazándose luego hasta su punta, tan fino al final, que el argolla de una reina podía casi capturarlo; su propulsión segura y silenciosa, denotaba su manufactura antigua, pero rica y de una ingeniería que rara vez se veía en aquellos tiempos, y de un valor incalculable.

Aquellas astronaves eran uno de los mayores logros discurridos por los ingenieros humanos previos al gobierno post colonial, para hacer más cómodos las agostadas vías estelares del borde exterior galáctico, hacia los que les empujaban sus aventuras comerciales.

Ya solo impulsado por los motores normales de propulsión, aún, a

una velocidad vertiginosa para cualquier otro cuerpo celeste natural, la astronave penetró en las postrimerías del sistema Crosaurius, rumbo al único planeta habitable del sistema, del mismo nombre.

El piloto estimó que ya no era necesaria su conexión a la hiperbanda al sistema guía terrestre, pues no pretendía realizar más saltos de curvatura y no era conveniente revelar su posición a ojos indeseables. Así pues cortó todas las comunicaciones exteriores.

Cuando la astronave irrumpió furiosa atravesando la atmosfera planetaria, eran las primeras horas de la mañana, al menos en aquel hemisferio y ante sí tenía a su estrella rojiza, medio cubierta por un velo de densa neblina; ante sí también se extendía un desierto, no el reino de las movedizas arenas, que estaba más allá, sino una región en la que las hierbas empezaban a menguar, y cuya superficie aparecía a ojos del viajero salpicada de rocas graníticas y de piedras grises y pardas entremezcladas con raquíticas y exóticas plantas de tornos carmesí y trechos de hierba del mismo color. Aún se distinguían pequeños bosques; como si marcaran una frontera, miraban hacia las inmensidades desprovistas de manantiales y se acurrucaban de miedo. Allí sin duda, terminaban todos los caminos y senderos.

Extraños pájaros reptiles escaparon furiosos aquí y allá, espantados por el terrible aullido de los motores en un descenso decidido y vertical que hizo retumbar la tierra. Hasta que el carguero se posó hundiendo la reseca tierra y alzando una cortina de humo y por fin todo fue de nuevo silencio y quietud.

Lejos, hacia la derecha, se alzaban montes, y un velo de color gris perla que descansaba sobre ellos pasaba en un momento a tomar un color púrpura al cual daría el sol, unos instantes después, un matiz sin par. Sobre los más altos picos navegaba un ser alado e informe con sus anchas alas, describiendo círculos que se iban ensanchando. Pero, de todas esas cosas, el ocupante de la astronave, absorto a través del mamparo del puente de mando nada veía o, por lo menos, no manifestaba que se hubiese fijado en aquellas maravillas alienígenas. Tenía los ojos fijos, como soñando. En su comportamiento, tanto el hombre como la astronave parecían guiados por un sueño. Dos horas más tardó la astronave en enfriarse y permitir que la rampa de acceso fuera bajada, chocando contra la tierra como una gran losa caliza. En todo ese tiempo el viajero no cambió de posición, ni miró a la derecha ni a la izquierda.

La cadena montañosa se extendía por el horizonte occidental como una cinta azul pálido. Aquí y allá se levantaban montículos arcillosos y acumulaciones de arena cementada que avisaban, de que aquella región no tardaría en ser engullida por el desierto y un poco más allá,

peñas basálticas que se erguían en sus redondas coronas, vigías de la montaña contra las fuerzas de la llanura; pero todo lo demás era arena, a veces llana como la playa barrida, otras plegada en continuadas serranías, formando olas cortadas. Del mismo modo cambió también la condición de la atmósfera. El sol, aún alto en el horizonte, se había saciado de rocío y niebla, y caldeaba la brisa que besaba el metálico casco de la astronave; tanto en la lejanía como más cerca, iba tiñendo la tierra de una blancura lechosa, y encendía el cielo.

Finalmente, el piloto se movió, despertando como si hubiera estado dormido, hundiendo su mano temblorosa a través de un pliegue de su uniforme y palpando sobre su pecho un medallón. Tocar aquella joya era como un ritual sagrado para tranquilizarse, aquel metal siempre estaba frío, no había llama o forja que lo doblegara o tan siquiera calentara. Era una reliquia única y enigmática, pesada y de color blanco plateado. Un pedazo de metal, que algunos pensaban que era una variación del Iridio y otros simplemente ni se atrevían a catalogarlo. De forma circular y con el símbolo del Caduceo de Hermes Trismegisto, labrado en el centro y unos turbios pictogramas alrededor de los bordes que ningún erudito había podido traducir.

Tras su ceremonia personal con el medallón, el pilotó, se levantó de su butacón de mando y salió de la cabina, por el largo pasillo que descendía hasta la salida e inspeccionó larga y detenidamente la región hacia todas las direcciones, como si quisiera identificar el lugar de una cita. Satisfecho de la inspección, respiró profundamente y movió la cabeza en sentido afirmativo, como queriendo decir: “¡He llegado!”.

Las condiciones de oxígeno, dióxido de carbono y gravedad eran ciertamente óptimas, era extraño, como aquel lugar aún no había sido colonizado.

Poco después un ejército de droides de diversos colores, dimensiones y formas, con luces parpadeantes y emitiendo diferentes aullidos metálicos, emergieron de otras compuertas de la astronave mientras esta, aún expulsaba gases por las turbinas traseras, que continuaban su proceso de autorefrigeración. El grupo de trabajadores mecanizado inició el acondicionamiento del terreno, para montar el campamento, como base inicial, de lo que después abría de venir.

Aquella noche, el viajero descansaría en un campamento terrestre, lejos de la quietud de las estrellas y si todo iba según lo esperado, y sus cálculos eran correctos, tras el evento, pasaría allí aún mucho tiempo.

2

Costa Occidental de Aqueron, Rocamar
Dos años y medio desde la llegada del HMS Deméter

Walter Stewart había permanecido recluido en una torre sombría de la ciudad maldita de Rocamar, durante los dos últimos años. Aparentemente y si no había sido devorado por aquella criatura hostil y mortífera llamada Abaddón o por tus siniestros servidores sombra, los Arcontes, era gracias a la intervención del traidor Edgar Mcelroy de Kirkwall o como le gustaba que le llamarán ahora, Akibel, que eran realidad su verdadero nombre. Pues su aspecto actual no era más que un mascarón, un cuerpo o una entidad falsa, dado que Akibel era de la misma naturaleza de los Arcontes, pero encarnado gracias al ritual Urushdaur, una extraña forma de posesión demoniaca que absorbía el control del cuerpo de la víctima propiciatoria, que convertía al Arconte en un ser encarnado, un Igigi, con poder sobre los terribles "regresados", a los que esas cosas llamaban despectivamente "lulus".

Walter tenía el rostro demacrado, apenas comía, y sus cabellos habían encanecido rápidamente. Pasaba la mayor parte del tiempo solo en aquella torre, dado que Akibel solo lo visitaba muy de vez en cuando, algo que el escoces agradecía en sobremanera. Pues aquel ser le producía una repulsión descomunal, ¡Ay si hubiera hecho caso al difunto capitán Connor Thomas! Tal vez, ahora él estaría vivo y Walter sería un hombre libre.

Sin embargo, las cosas no habían ocurrido así. Habían sido engañados por la entidad Igigi y conducidos a aquel lugar espantoso y ruinoso, lleno de un esplendor épico deprimido, espejo de una gloria que ya nunca regresaría. Ahora, la única función de Walter, era concluir los planos de la nueva arma con la que los soldados de Abaddón pretendían asolar aquel lugar ya de por sí desolado, desértico y triste, al que llamaban Aqueron. ¿Qué pueblos pretendían conquistar? ¿Había más ciudades en aquellas tierras recónditas? ¿Más pueblos libres que aún se oponían a la tiranía de Abaddón? Desde luego la información que tenía Walter, era muy imprecisa y sus cávalas, apenas le dejaban dormir.

Cada día y muy a su pesar, avanzaba en la confección de los planos de un nuevo tipo de zepelín de combate, algo semejante al destruido

HMS Deméter, pero basado en un casco que le había proporcionado el propio Akibel y que le recordaba mucho a los antiguos navíos vikingos que una vez habían alcanzado las islas Orcadas y su querida Escocia natal, ¿por eso los llamaba drakar, el demonio?

Cada vez que el demonio pensaba que Walter no había avanzado según sus estimaciones, Walter sufría una fuerte reprimenda o una golpiza que le molía los huesos. Aquel ser tenía una fuerza descomunal y era casi imposible hacerle frente… Sin duda, aquel rostro casi cadavérico, que degeneraba también lentamente y daba la impresión de ser una máscara, parecía disfrutar cada vez que le torturaba, con una mezquina desfachatez.

Ya solo faltaban unos pocos retoques para concluir y a sus últimos diseños, se habían sumado, la necesidad de construir un puerto, a forma de gran torre para albergar y permitir la entrada y salida de aquellos extraños barcos voladores de guerra, propulsados por poderosas calderas de vapor. ¡Torre Dragón!, había mencionado el demonio… ¿Por qué todo tenía que ser tan siniestro y maquiavélico?

Walter solo pensaba en huir, escapar de allí y buscar al resto de supervivientes del HMS Deméter, si es que quedaba alguno con vida, ¿tal vez el bueno de Jonah Fox? Pero aquella torre era demasiado alta… su único ventanal le presentaba una vista abismal, que echaría para atrás a cualquier acróbata enloquecido y la única puerta estaba labrada en un metal desconocido, tan gruesa y pesada, que la sola idea de echarla abajo se le antojaba imposible…

Quizás el único destino de Walter, sería ser usado como recipiente… para el maquiavélico plan que el tal Abaddón tenía en mente… Según parecía su sangre tenía algo especial, algo que se escapaba a su comprensión y que la hacía muy valiosa… algo que según había podido dilucidar de sus escasas conversaciones con Arcontes y con el Igigi Akibel, activaría una máquina extraña llamada Arca y que provocaría la apertura de una especie de puerta o puertas a diferentes lugares o mundos… pero ¿A dónde pretendía escapar Abaddón y sus seguidores? ¿Acaso era un prisionero de esos a los que llamaban en un tono de reverencial temor “Los Constructores”?

Ciertamente había demasiadas preguntas por contestar y Walter sentía que de esas respuestas no solo dependía su vida, sino el destino quizás de toda la raza humana. Que ahora, más que nunca, sabía que no solo se encontraba ubicada en el único mundo que él había conocido y al que los Arcontes llamaban Tierra. Pues la humanidad, se encontraba en muchos lugares, en muchos mundos y tiempos diferentes y sin duda, su historia era mucho más antigua y compleja, de lo que hasta entonces los hombres se habían atrevido a reconocer,

por sus condicionantes religiosos y sociales. Quizás… inducidos por los mismos seres que les pretendían dominar y controlar.

3

Aqueron Oriental

Dos años y medio desde la llegada del HMS Deméter

El agotado pero fornido peregrino, de mirada insondable, Govind Scully, se dejó caer con pesadez y derrota, quedando de rodillas en la arena, a los pies de una duna. Su rostro lustroso, era ahora un poema agrietado, al igual que sus labios, evidenciando el agotamiento y la deshidratación. Sus cabellos ahora negros y cardados, estaban cubiertos de polvo y arena y su antaño, impoluta indumentaria de monje Menoch, no era ahora, más que harapos rasgados y sucios.

Tras el Menoch, vacilante y fatigoso, un guerrero de tez arrasada por un sol abrasador, dio un par de pasos y finalmente se paró. Aquel hombre de greñas doradas y decoloradas, no era más que Sigurd Haraldsson, el propietario del mapa… él había sido en el encargado de acompañar al guardián de las Tablillas del Destino en aquella loca cruzada tras la ubicación del Arca…el arma con la que La Orden pretendía vencer a los señores Anu y a su siervos Igigi y expulsarlos para siempre de Aqueron.

¿Cómo habían llegado a aquella situación tan lamentable? Quizás, terminarían desapareciendo en aquel impenitente desierto, tragados por las arenas bronceadas, y quedando en el más aterrador de los olvidos.

Apenas dos años antes, Govind había alcanzado la costa occidental de Aqueron y había conseguido contactar con algunos pescadores de las aldeas más aisladas, que lo habían llevado hasta las costas de la Isla Occidental. Una vez allí, había sido fácil encontrarse con los caballeros de La Orden y más tarde, con el mismísimo Jonah Fox, tras su gran batalla en las postrimerías de las ruinas de Svalburd.

Govind alcanzó la laguna y fortaleza de Agarthia, al mismo tiempo que una escuadra de barcos de los Señores del Norte, comandada por Midgar jefe de Stackhalm y el propio Sigurd Haraldsson alcanzaban los puertos del sur de la Isla Occidental, donde se concentrarían para preparar la invasión de Morgay, en un ascenso planificado desde su cara norte, ascendiendo a contracorriente por el caudaloso rio que proveía a la ciudad.

Ya en aquel momento, Govind, quedó conmovido por el extraño gesto de venganza contenida que dominaba el rostro de Haraldsson.

Jonah Fox, apenas pudo contener las lágrimas, al ver al antiguo cabo, Sikh de los Scottish Grey. Ambos hombres se fundieron en un abrazo fraternal, bajo los muros de la incipiente ciudadela de Agarthia y ante la mirada sorprendida de los caballeros Filip Leblanc y Roger Trencavel. Aquella noche, hubo jolgorio y la cerveza y el vino volaron en el salón comunal, donde se dieron cita todos los cruzados invitados por el Maestre de La Orden… hubo tiempo, para ponerse al corriente de sus andanzas respectivas, aquí y allá, de sus terribles vicisitudes y sus avatares…

No lejos de la mesa de Jonah, Haraldsson y su hermano de sangre Malcolm, bebían en silencio, escuchando con atención las historias de Govind sobre sus peripecias desde Al-Semanet hasta alcanzar el Vladas-Damasco y convertirse en un druida Menoch. De cómo le fue encomendada la misión del alcanzar Sippart y de la conjura de Baalfegor y Pazazu contra su hermano Abaddón de Rocamar. Su mesa y las mesas adyacentes quedaron extasiadas por los relatos del monje, y hasta el propio Maestre Filip Leblanc y Roger Trencavel entendieron que aquello no podía ser fruto de la casualidad… ¡Tenía la herramienta para activar el Arca!, solo tenían que encontrarla…

Reflexiones todas, que quedaron cortadas, cuando Jonah habló a Govind sobre Cinnia McGregor y su hijo Frana, y su incansable búsqueda… anhelo que fue brutalmente cercenado por la interrupción del propio Sigurd Haraldsson ¡Había reconocido aquel nombre!

Sigurd se levantó henchido de ira, tirando la silla tras de sí y enmudeciendo a la gran sala comunal, que hasta ese momento había sido una bacanal de concordia entre los diferentes guerreros de múltiples orígenes.

-¡Ella! – gritó el hombre del norte… que no atendía a los ruegos de su amigo, ni de su jefe Midgar -¡Ella debe morir!- vociferó.

-¡¿Qué dices maldito?! – Le respondió Jonah, alzándose y llevando su mano a la empuñadura de la espada que pendía de su cinto.

-¡Ella mato a mi hija! ¡Mato a mi mujer! Y mato a mis sirvientes… ella sabía que ibais a invadir Morgay y partió de regreso a Aqueron para evitarlo.

-No estás en tu juicio ¿Por qué? ¿Cómo podría? – La mano de Jonah fue parada por Govind, que le sostuvo por la muñeca, con una fuerza solo equiparable al impulso vengativo de su amigo.

- Ella era una Igigi, una hija del Urushdaur… ella y sus lobos endemoniados huargos arrasaron mi aldea… - Sigurd Haraldsson tenía el rostro enrojecido y la lagrimas acudían a sus mejillas, mientras

trataba de desenvainar su arma, aún inmovilizado por Malcolm – Ella debe pagar…

-Mientes… - Dijo Jonah… No… no es posible… - Jonah fue perdiendo fuerza y se dejó caer de rodillas… el rostro de Sigurd Haraldsson no dejaba lugar a muchas dudas… ¡Debía de ser cierto! ¡Habían convertido a Cinnia McGregor en una Igigi!

- ¿Por qué habría de atacar una Igigi tu aldea hombre del norte? ¿Qué buscaba? – Alzó la voz el caballero Roger Trencavel, y las miradas de todos los presentes se posaron en Sigurd Haraldsson que cedió al impulso de Malcolm y depuso su intento de atacar a Jonah.

- ¿Por qué quería esto?... – Y Sigurd Haraldsson se llevó la mano al pecho y de él, sacó un mapa, una tela encuerada y un cristal, que permitían determina la posición de un objeto ancestral marcado por runas…

- ¡Por la Diosa! – Gritó el Maestre y líder de la cruzada, Filip Leblanc – No puede ser, que todo haya sido revelado… Tenemos las Tablas del destino, que portaba el monje Menoch… y tenemos el mapa que revela… la posición del Arca.

De aquello había pasado un año y ahora se encontraban en aquel desierto abominable.

El Señor del Norte se giró y luego hurgó en su morral, para sacar un pellejo, del que bebió un poco de agua caliente, casi en estado de ebullición por las altas temperaturas… Después, uso el mismo pellejo para regarse la armadura que le habían proporcionado los cruzados para aquella misión, derramando el agua y empapando su tabardo color tierra… Su cota de maya estaba tan caliente, que en cuanto el agua penetro su capa encapuchada y alcanzó el correoso metal, de sus ropas brotó vapor como si le estuvieran cociendo en una marmita.

-No… no me he equivocado, lo sé… - Masculló el Menoch, mientras con sus manos temblorosas buscó un mapa sucio y apergaminado, que llevaba plegado en un bolsillo asido a su cinto… Luego se quedó absorto, mientras miraba las runas y marcas del mapa, que trazaba la ruta que habían seguido desde Djem hasta Douz, y luego al sur-este de Puerta Oriente, entrando en el Gran Desierto Oriental.

-¿Govind? – Preguntó Sigurd Haraldsson, pero el Menoch parecía no escuchar a nadie, mientras buscaba un punto de referencia en la orografía y seguía absorto, tratando de contrastar las lecturas de una pesada brújula dorada sobre las marcas del mapa, que para aquel monje guerrero tosco e intrépido, apenas eran unas runas incompresibles, pues estaban escritas en una antigua lengua olvidada de Aqueron.

Allí no había nada… Tan solo piedras, arena y un árbol seco, negro y esquelético que extendía sus ramas fosilizadas como si quiera alertar a los perdidos viajeros de un peligro inminente.

-Cien leguas… cien… - Murmuró el Menoch, esforzándose por mantener la respiración y no ceder a la locura de la desesperanza.

-Maldito bastardo loco… - Espetó el guerrero, con una mueca de desprecio, mientras negaba con la cabeza y se ponía cómodo esperando, doblando ligeramente su rodilla izquierda y apoyando su mano en la empuñadora de un gran mandoble, que pendía de los correajes encuerados de su cinto.

Desde que abandonaran la seguridad de Agarthia, no habían terminado sus penurias. Sigurd Haraldsson, había sido uno de los seis acompañantes requeridos por el Maestre, para custodiar a aquel monje Menoch, en su alocada expedición.

Según parecía, la secta Menoch, finalmente había cedido y gracias a sus contactos con La Orden, cooperaron en la liberación final de Al-Semanet, al mando de un ejército de hombres del desierto llamados aramitas, que ayudaron a los cruzados a cruzar el hostil territorio oriental, entre el valle del Vladas-Damasco y Al-Semanet; atravesando Djem, y las declinaciones de la invadida Sippart, el Trono Rojo, hasta alcanzar las postrimerías de Douz, la última ciudad civilizada conocida al Este, aquella que los hombres llamaban Puerta Oriente.

¿Qué había conducido a los Menoch a aquel cambio? ¿Quizás la aparición del mapa y de las Tablas del Destino? ¿Qué estaban esperando que ocurriera? Ahora que Govind, no se reconocía entre ellos, a pesar de su gratitud infinita hacía la secta… Estaba seguro de que no le habían contado toda la verdad… Los Menoch sin duda, esperaban un acontecimiento de proporciones cataclísmicas… algo que cambiaría la faz de Aqueron para siempre y sembraría sin duda un efecto perdurable en todo el universo… pero si con ello conseguía destruir a los Igigi y a sus amos Anu… Govind, daría por bien empleado todo su esfuerzo.

Durante el último año, la expedición había sufrido toda suerte de aventuras y desventuras, cayendo en trampas y celadas, quedándose sin oro, a fuerza de pagar rescates, huyendo a la desesperada y luchando aquí y allá por salvar sus vidas. Sigurd Haraldsson, había sido el único superviviente de la escolta que había custodiado al monje hasta aquella endemoniada tierra de nadie y ahora, después de tanto tiempo, de tanto sufrimiento, ahora que según el Menoch estaban tan cerca de su meta… estaban perdidos en medio de la más desértica de las nadas…pero quizás más cerca que nunca de su destino.

Primero fue una brisa… Luego el viento movió algunas piedrecitas junto a las botas del guerrero y luego, en la lejanía sonó un estruendo, como si un vendaval se extendiera y aproximará hacía a ellos desde el levante.

Sigurd Haraldsson alzó la vista, el sol del medio día le cegaba, con pesadez alzó la mano izquierda y se tapó el sol con la mano extendida. El corazón le dio un vuelco cuando contempló aquella visión…

-¡Govind! - Gritó Sigurd Haraldsson – Viene una tormenta de arena bestial hacía nosotros.

-¿Qué?... que… - Balbuceó con inseguridad y nerviosismo el Menoch, que salió súbitamente de sus cábalas y miró hacia el este para contemplar el fenómeno.

-Espera un momento… - La voz de Sigurd Haraldsson tornó a un tono áspero y sombrío – No… no puede ser.

-¿Qué? ¿Qué ocurre? – Preguntó el Menoch alarmado.

-Eso, no es una tormenta… - Y la voz de Sigurd Haraldsson sonó como una sentencia, como el recordatorio de una amenaza velada que ambos hombres habían temido desde el comienzo de aquel endemoniado viaje.

-¡Por la siete veces bendita Diosa!… y el martillo de Abydos-El Menoch tenía el rostro desencajado de terror – No, no quiero morir devorado. Estamos perdidos, nadie puede escapar a eso.

-Tranquilo Govind, juré por mi honor protegerte hasta las últimas consecuencias… - Y Sigurd Haraldsson contrajo sus músculos preparándose para la acometida y desenvainando su magnífico mandoble damasquinado que brilló con luz fulgurante bajo la luz del sol, que aún no había terminado de ocultar la colosal tormenta de arena…

Ya no había tiempo para escapar…Todo estaba perdido.

Entonces, el Menoch, permaneció de rodillas y dejando escapar unas lágrimas de cansancio y desesperación que dibujaron sinuosas, un fino hilillo húmedo, que limpió un poco su rostro manchado de arena, mientras aterrado, musitaba una oración a los Avatares. Al tiempo que poco a poco, el cielo se fue oscureciendo, fruto de la aproximación de la violenta y furiosa tormenta de arena.

El Menoch agachó su cabeza hasta que se quedó mirando al suelo, mientras sus lágrimas de desesperación caían al suelo reseco gota a gota. Por un instante, el pobre desdichado vio el reflejo de sus difuntos amigos Leroy Lincoln, Edgar Carintong y Brandon Pattinson, en el charquito de lágrimas que se había formado en la arena, tan solo un espejismo fugaz y luego nada.

Sigurd Haraldsson suspiró profundamente, había cumplido su

juramento hasta entonces, ante la inminencia de una muerte horrible no vacilaría… Aunque tan solo, su propio honor había sido testigo de este último servicio a la cruzada.

El guerrero anduvo unos pasos y se alejó de Govind, con aíre triste, pero decidido y se preparó para la acometida, en posición de guardia, tomando su arma magnifica por la empuñadura, con las dos manos, alzándola y comenzado a rezar a la diosa, en un himno compartido con Govind.

Apenas hubo tiempo para la reflexión, un viento desgarrador alcanzó a los peregrinos empujándoles hacía atrás, seguido de la más absoluta y aterradora oscuridad, mientras miles de minúsculos guijarros cortaron sus rostros como cuchillas ardientes.

Todo fue muy rápido, la oscuridad les rodeo en medio de un ruido y una opresión ensordecedores que no les dejaban casi ni respirar…

A pesar del temor, a pesar de los incesantes cortes de la furiosa arena, eran conscientes de que allí no estaban solos, que había algo más, un mal tan antiguo como el mismo mundo o tal vez más… un terrible secreto… y luego, súbitamente, la áspera tormenta de arena cesó, de la misma forma esquiva e inadvertida que había surgido… y ambos hombres se encontraron frente a un gran montículo calizo que la tormenta había desenterrado y sobre este, un pequeño cubículo con forma rectangular de metal plateado y frío, inmóvil, que tenía unos extraños pictogramas grabados en sus laterales y que tras miles de años de paciente espera, por fin quedaban expuestos al sol.

¡Habían encontrado el Arca!

4

En algún lugar sobre el océano
Junio de 2014

Harry Strong apenas podía creerlo, ¡le habían liberado!, ese hombre aterrador, aquel jesuita llamado Manfred Farragut, al que su amigo Ralph Richardson tanto temía, había recibido una llamada por su celular. A penas habían recorrido unos pocos kilómetros en el coche donde le habían conducido tras ser "invitado sin derecho a réplica" y tras la llamada, el jesuita mandó que lo liberaran allí mismo, en una avenida perdida camino al aeropuerto de El Dorado de Bogotá.

Harry que ya se daba por muerto, apenas daba crédito, ¿Por qué tantas molestias? ¿Qué le habría pasado al bueno de Ernesto Sánchez? ¿Habría corrido la misma suerte que él?

Entonces, Harry parecía un alma en pena, cubierto de sudor y suciedad. El canadiense fue a pararse no muy lejos del punto donde le habían dejado, apenas había retomado el camino de vuelta rumbo a la Calle 100, donde estaba su hotel, cuando se detuvo al contemplar un reguero de gente frente al mostrador de un bar, la gente se paraba y se miraban los unos a los otros con incredulidad… algo está sucediendo. ¡Estaban absortos observando el noticiero de la televisión nacional!

El noticiario retransmitía desde lo alto, tal vez desde un helicóptero situado a una distancia prudencial sobre el cielo de Washington D.C. Harry no podía entender lo que decían, pero lo vio le helo la sangre; Aquel ejército de zombis, comenzaron a descender en medio de aquella gran tormenta de luz… En medio de sirenas y el tronar de las toberas de cazas de combate que pasaban a ras del suelo lanzando su carga de fuego y azufre, todavía inconscientes de que no podían detener aquella locura de fuego y sangre.

Luego hicieron una toma de una mujer y un hombre, que se habían quedado en un lateral del portal de luz, y que parecían dirigir toda aquella locura, mientras la luz no paraba de vomitar más y más monstruos, que salían corriendo atacando y destripando a todo aquel que encontraban a su paso, sin detenerse bajo el fuego de las balas de la policía o los militares, o de los misiles de crucero lanzados desde helicópteros de combate y cazas de la armada estadounidense. Por más de esas cosas que exterminaran a la salida del portal, la luz terminaba por vomitar muchos otros de refresco y remplazo, hasta que

la marabunta fue tal, que su arremetida no pudo ser contenida, dispersándose en todas direcciones a un ritmo furioso e infernal, aderezado por horrendos alaridos guturales, como animales sedientos de sangre en busca de sus aterrorizadas e indefensas presas.

Harry no lo sabía, pero aquella mujer se llamaba Narfater y su belleza, solo era comparable a su mirada cruel y aterradora a la vez, que se dibujaba sobre su rostro pálido y ovalado. Sus cabellos azabaches bailaban al son de las ráfagas de viento y su cuerpo agraciado y generoso, se insinuaba con cada movimiento y se iluminaban bajo el fuego de las deflagraciones.

"La Gehena", las puertas del Infierno hebreo, había escuchado especular a alguien… pero de eso ya había pasado casi un mes.

Para cuando un segundo portal se abrió y la misteriosa mujer abandonó Washington D.C, acompañada de aquel otro hombre extraño de ojos amarillentos, igual que ella, los aterradores monstruos ya habían tomado la capital de los Estados Unidos, contaminando a muchos otros, arrasando infraestructuras y cualquier cosa susceptible de ser destruida… Para cuando los dos portales, el primero y el segundo, por el que desapareció la criatura, se cerraron, la suerte del mundo ya estaba echada.

Ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, cada acuartelamiento y cada base militar o puerto… fueron cayendo bajo la cruel embestida de aquellas bestias endemoniadas… Desde Estados Unidos ascendieron a Canadá y otra horda, más al sur, alcanzó las fronteras de México, iniciando su endemoniado descenso, mientras el mundo y los gobiernos, trataban de entender que estaba sucediendo con el mundo…

Estados de excepción, alarmas generales, temor, anarquía, todo y nada al mismo tiempo… El fin de los tiempos parecía haber tocado a aquella humanidad hedonista, que no estaba preparada para aquello.

Fue entonces, un poco antes de que la verdadera Gehena se desatará, que el milagro se produjo para Harry Strong. El bueno de Ernesto Sánchez, le localizó no lejos de su hotel. ¡Había sido liberado!... pero, ¿Por qué? ¿Qué sabía Manfred Farragut que no sabían ellos?

Ernesto le narró una experiencia similar a la suya, pero el colombiano había alcanzado a escuchar algo a los escoltas, como que preparaban un avión para salir de inmediato rumbo a alguna base secreta en Oriente Próximo, que era donde estimaban… estaría la seguridad… "¿Oriente Próximo? Todo aquello no tenía ningún sentido para Harry.

Ernesto convenció a Harry de que abandonara el país. El

colombiano tenía pensado quedarse para reunirse más tarde con su familia, en alguna ubicación perdida en la zona norte de la Sabana, pero aquel lugar no era un buen sitio para alguien como Harry.

Gracias a los contactos de Ernesto, Harry, pudo embarcarse en un pequeño avión bimotor, a cambio de unos dólares y su reloj. Aquel modelo de avión antiguo, apenas tenía sitio para una docena de pasajeros, pero Harry al menos contó quince personas a bordo, en su mayoría turistas asustados a los que la crisis había pillado de improvisto en la capital colombiana. Harry vio mujeres, niños y algún anciano con problemas de movilidad…todo aquello debía ser una pesadilla. ¡Tenía que serlo!

Inicialmente, los planes de vuelos les conducirían a la ciudad de Panamá y desde allí tratarían de bifurcar su trayecto a otros vuelos, que les retornaran a sus respectivas ciudades… si es que aún había alguien dando ese tipo de servicios.

Lo cierto es que en aquel momento, todo era muy confuso y la incredulidad se mezclaba de forma neblinosa con las imágenes de los noticiarios televisivos y los rumores que circulaban aquí y allá, sobre lo que estaba sucediendo… Todo parecía como un mal sueño, una pesadilla, de la que no tardarían en sobreponerse para siempre… porque realmente, ¡no podía estar sucediendo todo aquello!, pero estaba sucediendo.

La más terrible de las realidades les pasó por encima a las pocas horas del despegue, cuando las radios enmudecieron y los hongos nucleares se divisaron en el horizonte… ¡Por La Diosa lo habían hecho!... Habían lanzado las bombas…

Los pilotos, trataron de virar vertiginosamente, tratando de eludir la onda expansiva… cuyo punto de origen debía estar ciertamente a más de quinientos kilómetros de distancia, pero aun así, sintieron una sacudida tan fuerte que por un instante el aparató perdió el control y se precipitó hacia el mar… En el último segundo el piloto se hizo con el control de la aeronave salvando la vida de sus pasajeros en una maniobra desesperada tipo lupin, que casi rozó la superficie de las cálidas aguas…

Los siguientes minutos fueron de puro terror… mientras el pasaje enmudecía ante la lejana luz nuclear. Todos entendían lo que había sucedido… aunque ya no hubiera más noticiarios para relatar lo sucedido… no habría más, porque el mundo tal y como lo habían conocido había terminado.

Lo que había comenzado como la mala decisión de alguien poderoso, seguramente seguro bajo varias toneladas de hormigón y acero en algún oculto bunker militar, pero agobiado y superado por la

situación, en un intento desesperado por detener el avance de las hordas infecciosas, había degenerado en la alerta de otros países contra un hipotético ataque nuclear, desencadenando el terrorífico efecto dominó que conducía a la más absoluta extinción. Si ellos aún no habían sido afectados, esto era debido a su altitud y posición relativa respecto a los grandes núcleos de población afectados por los ataques… Si bien América del Sur no era uno de los principales objetivos geoestratégicos, no se vio libre del inevitable juego de alianzas y contrarréplicas.

La pregunta ahora era tan sencilla como difícil de contestar… ¿A dónde ir ahora?

4

Isla de Vagarde

Dos años y medio desde la llegada del HMS Deméter

Uther Señor de Vagarde, miró con sus ojos grises la brava marea de espuma y malos augurios, rompiendo contra los aristados acantilados de rocasos. El cielo era como un sudario gris melancólico y salpicado de gaviotas, y la bruma traía el rumor de las aguas saladas y frías, anunciando el final de una era.

-Ya no hay dragones en el mundo… - Susurró el Señor de Vagarde.

-No, mí señor. Su fuego se consumió hace siglos… - Le respondió el caballero Roger Trencavel, que había sido enviado por el Maestre Filip Leblanc para sumar el reino septentrional de Vagarde a la cruzada.

-Tal vez, si aún existieran los dragones todo sería muy distinto.

-¿Lo sería mí señor?

-Sin duda… - Y diciendo esto, el rey se giró y dio la espalada al escarpado acantilado, iniciando la marcha hacía la puerta de la cripta.

-Como ya os he dicho… El Mesías Rojo se ha manifestado y con su avatar, seremos conducidos a la victoria.

-Ah sí… - Uther hizo una mueca – Vuestro famoso Jonah Fox.

-¿Acaso no creéis la palabra de La Orden?

-Creo en lo que ven mis ojos y en breve conoceremos la respuesta.

La puerta de la cripta estaba cincelada en mármol rosado, en aquel tiempo, ya cubierto de moho e invadida por las raíces. Aquella oquedad, brotaba como emergida de la tierra y su negra entrada, daba paso a una oscuridad sin puerta, que invitaba a entrar a las profundidades de la tierra, bajo una suave colina cubierta de hierba verde, bañada en el rocío de la mañana.

Uther penetró en la oscuridad seguido del embajador de La Orden, franqueando a los dos guardias que lanza en mano y embutidos en brillantes y plateadas armaduras, hacían guardia a ambos lados de la entrada de la cripta.

Aquel lugar era frio y oscuro, poblado de telarañas y polvo y los agrietados escalones que bajaban hacía el vientre del mundo, recordaron al rey y a su acompañante, que por un instante estaban dejando la tierra de los vivos, para penetrar en el inframundo.

-Aquí yacen mis antepasados… - Volvió a susurrar el Señor de Vagarde.

-Lo sé, majestad… Mil años de la Casa Darroch.

-¿Mil años? Sí… mil años… y yo no podré yacer aquí junto ellos…

-Eso, aún no lo sabemos. Vuestro sobrino Ducan aún no ha llegado, pero pronto conoceremos de primera mano la situación.

-Es inevitable, mi buen Roger. Las profecías ya hablaban de esta era, nos avisaron hace mucho tiempo y preferimos no escuchar…

-Vuestro reino ha prosperado mi señor. El Bastión de Sal es fuerte, vos y no otro noble, ha llevado a los hombres del mar a su mayor época de esplendor y paz.

-¿Paz?... No seré recordado como un Señor de paz.

-Cuando la supervivencia de vuestro pueblo está en juego, la guerra es tan solo una necesidad…

Alrededor de ambos hombres, se extendía una sala circular de piedra y suelo terroso. Dispuestos en torno a sus paredes, los nichos y ataúdes de piedra de los reyes y familiares de la Casa Darroch. Que parecían andar presentes, en espíritu, como mudos Señores Cruzados y censores de las acciones de su descendiente y vástago.

Uther miró fijamente a Roger. El Señor de Vagarde de alborotadas greñas y barbas grises. Iba aún, con la fina y dorada corona del norte, ceñida en su cabeza, que aún, con la poca luz de la mañana que penetraba en la cripta, a través de la entrada alzada sobre la escalinata de piedra, brillaba fulgurante y orgullosa. Bajo un grueso manto de pieles pardas, aún se podía intuir la coraza damasquinada y el mandoble regio ceñido, pues aquel no era un tiempo para el descuido, ni tan siquiera para un rey.

-¿Sabías Roger que el Baluarte de Sal no fue construido por los primeros Señores del Mar?

-Lo desconocía, mi señor… - Roger, era un hombre de acción, un guerrero nato, no entendía muy bien, porque aquel noble, no paraba de divagar y porque, aquel día, parecía más interesado en las vaguedades de la historia, que en dar solución a los graves acontecimientos que se avecinaban. Vagarde era un reino fuerte, y podía llegar a ser un aliado aún más poderoso que las alocadas tribus de los Señores del Norte, desde luego, más civilizados…

Roger Trencavel lucía una armadura cincelada en un negro brillante, muy al estilo de los capitanes del mar, acabada en un yelmo abierto, terminado en un florido penacho bermellón que le caía hacía atrás.

-El Bastión… o al menos lo que era cuando mis antepasados alcanzaron esta isla y se separaron de los barbaros Señores del Norte

formando el primer reino y Ciudad de los Grandes Puertos, ya estaba aquí, probablemente muchos siglos antes de su llegada.

-¿Quién lo erigió pues?

-Dicen que los Constructores…

-¿Los Constructores?

-Un extraño pueblo, muy longevo y sabio, del que tan solo han quedado las leyendas. Eran guerreros y artesanos, según se dice y fundaron muchos de los primeros asentamientos de Aqueron, de los que hoy, los pueblos de los hombres se dicen dueños.

-¿Y qué pasó con aquel pueblo tan esplendido? ¿Acaso vuestros antepasados los expulsaron de su plaza?

-Lo dudo… - El Señor de Vagarde, río con una risita de soslayo, sabedor de que Roger, podía seguirle hasta cierto punto, pues nunca se había destacado por ser un hombre culto o deseoso de conocimiento… Carente de toda ambición, más allá de servir a su Maestre, una cualidad que Uther apreciaba.

-Dicen que los Constructores simplemente desaparecieron. Construyeron una máquina, algo llamado Arca, que tenía la facultad de hacerles viajar a diferentes mundos y épocas. Esto les hizo ganar poderosas alianzas, pero también les hizo ganar siniestros enemigos…

-¿Los Anu?

-Tal vez… solo podemos suponerlo, pero tal vez todos los males que asolan este mundo penetraron por los portales que una vez creó esa fabulosa raza.

-¿Incluso los humanos?

-Sobre todo los humanos. No somos oriundos de Aqueron… De eso no debe quedar duda alguna. Luego, desaparecieron sin más… tal vez abandonaron este mundo con todos sus males, porque encontraron otro mejor y más seguro.

-Nos dejaron a nuestra suerte… y con su poder descontrolado destrozando el espacio y el tiempo y afectando a millones de almas… ¿Por qué lo hicieron?

-Nadie lo sabe. Tal vez, el mal que ahora nos amenaza, ya anduvo por estas tierras antes tan siquiera de que un solo hombre mortal pusiera su sucio pie sobre ellas y tal vez, les hizo demasiado daño…

-¿Acaso no fueron exterminados?

-¿Quién sabe mi buen Roger Trencavel? No hay testigos de aquel tiempo remoto, pero lo cierto es que ya no están…

-Igual que los dragones…

-Cierto… igual que los dragones.

Súbitamente se escucharon pasos, bajando las escaleras… El joven Duque Duncan Darroch, apareció aún con el aliento entrecortado ante

el esfuerzo y la premura de su llegada.

-¡Ducan muchacho! – Dijo el Señor de Vagarde, y giró alrededor de la sala hasta alcanzar al joven y estrecharlo en sus brazos.

Ducan debía rondar los veinticinco años, tenía un semblante grácil, juvenil y atractivo, aunque era imberbe y lucía una profusa melena castaña y rizada que le conferían cierto aire andrógeno o de una fragilidad que engañaba a quien no le conocía bien... El Duque, iba embutido en una ceñida armadura de tonos dorados, graciosamente labrada con motivos arbóreos y correajes de color negro.

-Mi señor Duque… - Dijo el caballero Roger Trencavel, con una leve inclinación de cabeza – No os esperábamos hasta mañana.

-Lo sé señor Trencavel, todo se ha complicado y decidí precipitar el regreso de mi navío.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué has regresado tan pronto? – Le inquirió el Señor de Vagarde, volviendo a soltarle y andando un pasó hacía atrás.

-Navegamos rumbo norte, durante más de nueve días, tal y como habíamos acordado. – Contesto el Duque, mientras anduvo el último peldaño de la escalinata y se puso a la altura de sus interlocutores – Durante ese tiempo, la mar estuvo normal… Quizás un poco embravecida, pero nada que no fuera propio de esta época del año.

-¿Y qué pasó en el noveno día? – Le preguntó Roger Trencavel sin disimular su impaciencia.

-Primero fue la niebla – La expresión de Ducan se ensombreció – Apoderándose de nuestros mástiles y velamen… llegando por proa e inundando la cubierta… El mar fue poco a poco desapareciendo y por un momento, dude de si podríamos saber regresar a puerto.

-¿Niebla decís? – Preguntó el Señor de Vagarde con los ojos teñidos de espanto.

-Una niebla tan espesa y pura como jamás ojos de hombres habían visto y muy pronto el mar, el cielo y el barco, fueron una misma cosa…

-Eso no es natural…

-No, no lo es. Sin mencionar, que nos sentíamos observados.

-¿Observados?

-Así es majestad. Fue una sensación intensa y aterradora que ya, no nos abandonó.

-¿Continuasteis avanzando? – Le inquirió el Señor de Vagarde

-Lo hicimos. Así, durante dos jornadas más, hasta que encallamos.

-¿Vuestro barco colisionó contra un arrecife?

-No mi Señor… no era un arrecife… era tierra.

-¿Tierra decís? ¿Tan al norte? Nunca se escuchó tal cosa. – Roger

tenía los ojos como platos.

-Pues había tierra. Ya lo creo que había tierra y estaba helada. Cubierta por una espesa capa de hielo y nieve, tan fría como el corazón del inframundo.

-¿Y que hicisteis? – Le volvió a preguntar el rey, visiblemente conmocionado por las revelaciones de su Duque.

-Habíamos ido para ver si los rumores eran ciertos… La misión que nos disteis majestad era clara y de ella depende el futuro de nuestro pueblo… Así pues, no dudamos y bajamos tierra.

-¿Vos y vuestros hombres?

-Buena parte de ellos, si… Allí, en aquel desierto de hielo poblado de niebla y un viento capaz de desgarrar la carne a cualquier hombre, avanzamos, dejando estacas para marcar la posición de nuestro navío.

-¿Dejasteis algún oficial a cargo del barco?

-Lo hice, un oficial y cinco marineros, entre tanto, yo mismo comandé la expedición.

-¿Y qué visteis?

-Durante horas y horas, de penurias y heladas nada, tan solo aquella tierra basta y sombría y avanzamos… en pos de respuestas, pero tan solo el viento parecía querer hablarnos, tan solo la incipiente tempestad… Pensé en regresar, pues no tenía mucho sentido continuar con aquella fática o tal vez, pereceríamos perdidos en medio de aquel herrial helado.

-¿No encontrasteis nada?

-No… - Y el rostro del Duque se ensombreció como sacudido por el espanto del recuerdo – No he dicho eso… Sí que lo encontramos.

-Hablad… decirnos… - Uther era un mar dudas y temores.

-Finalmente se presentaron ante nosotros… primero como sombras difusas, decenas, cientos… miles… allí estaban. Allí habían estado siempre aguardándonos.

-¿Quién?

-Los lulus…, mi señor. Siluetas, sombras espectrales, de horrorosas formas, carne muerta y ojos helados, que se clavaron en nosotros…

-¿Y qué ocurrió?

-Supimos que nos podían haber dado caza… podían haber avanzado hacía nosotros, a través de la tempestad y habernos devorado o tal vez consumido para entrar en su reino helado de muerte y sombras…

-¿Pero no lo hicieron?

-No mi Señor… No lo hicieron, se limitaron a seguirnos con sus fríos y aterradores ojos de muerte y entonces lo vi… Una figura de vestiduras rasgadas y blanqueadas, con un rostro cadavérico, a lomos

de un corcel blancuzco de ojos ennegrecidos… Avanzando sobre la interminable hilera de espectros, hasta ponerse a su cabeza y luego aquel grito; aterrador, gutural y bestial y la hilera de espectros comenzó a avanzar hacia nosotros despacio, arrastrando sus pesadas y arcaicas armas y haciendo crujir capas de hielo sobre sus cuerpos entumecidos e interés.

-¿Y vos y vuestros hombres?

-Comenzamos a correr… a desandar todo lo andado rumbo al barco y nuestra salvación.

-¿Durante horas?

-Durante horas… algunos sucumbieron al agotamiento y al frio, y cayeron por el camino… No supimos más de ellos, tan solo sus alaridos de terror, perdidos en la intensa ventisca, nos informaron de que finalmente los espectros los habían alcanzado…

-Pero vos… y el resto…

-El resto… y yo mismo alcanzamos finalmente el navío y gracias a La Diosa, los que allí habían quedado, habían trabajado duro, para sacar al navío de su prisión de hielo y pudimos dejar aquella costa helada, momentos antes de que las hordas de muertos alcanzaran nuestra posición…

-¡Por el Martillo de Abydos!…- Dijo Roger.

-Fue el destino o una mano divina, lo que nos salvó y lo que nos puso en la dirección correcta… Aún escuchó aquel gruñido gutural, que no se borra de mi mente, perdiéndose en la bruma de la costa, mientras lo abandonamos… Algunos de mis marineros, creyeron ver a los hombres caídos en el hielo… los que no se salvaron, helados y con sus rostros medio devorados, unidos a las filas de aquellos espectros, observando nuestra partida desde la lejanía.

-¿Se habían alzado de nuevo?

-Lo habían hecho… y os puedo asegurar, que fueran lo que fuera, ya no eran hombres vivos.

-¿Qué si no?

-¿Quién sabe?... pero aún queda algo más… - Y las palabras silbaron por los labios del Duque, revelando el dolor, el miedo y la intención de que tal vez no debían ser pronunciadas.

-¿Qué más? – Preguntó Uther.

-Aquella tierra helada… había envuelto nuestro navío a las pocas horas… Fueron necesarios grandes esfuerzos para cortar el hielo y apuntalar el casco…

-¿Qué insinuáis Duque? – Le inquirió el caballero Roger, mientras en su rostro se dibujaba una sombra de espanto.

-No insinuó caballero Roger… Afirmo, que es tal y como

sospechábamos… El mundo se enfría y aquel mar infinito de hielo y muerte se dirige hacía aquí… Llegará un día y no muy lejano tal vez, en que ya no habrá mar al norte de nuestra isla y todo será un manto blanco y congelado, uniendo aquel infierno blanco, con nuestra amada patria.

-¿Y entonces?

-Entonces… los espectros tendrán un puente para cruzar a la tierra de los vivos y si no lo impedimos… alcanzaran nuestros muros.

-¿Quién era aquel que los dirigía?

-Mis oídos no escucharon nada… pero si sentí un susurro, algo artero, una sombra que invadió mi conciencia, mientras se me revelaba este arma con la que pretenden desatar sus ejércitos arcanos sepultados en el hielo y conducirlos hasta nosotros.

-¿Un nombre?

-Sí… en efecto… un nombre.

-Decírmelo… - Le imploro Roger Trencavel.

-La sombra me susurro “Pazazu”…

Fue entonces cuando como un rayo fulminante el caballero Roger Trencavel recordó la historia del druida Menoch… Las peripecias del amigo de Jonah Fox, aquel que había partido junto con Sigurd Haraldsson en busca del Arca y que respondía al nombre de Govind Scully.

Scully afirmaba que un dios Anu llamado Baalfegor de Sippart, rival de Abaddón de Rocamar tenía un siervo que le había engañado y que casi le había asesinado al llegar a la Ciudad Roja… un temible Igigi llamado Pazazu.

¿Qué pretendía Baalfegor? ¿Qué era aquella arma temible y desconocida que le permitía congelar el mundo? ¿Estaba despertando muertos de épocas antiguas sepultados en hielo? ¿Quería fortalecer su ejército del Este?

Tal vez, el plan de Baalfegor de Sippart siempre había sido el mismo… proveer de un arma poderosa a los cruzados para que le ayudaran a debilitar a Abaddón en el Oeste y así… una vez debilitado su rival, vencer a todos con un golpe de mano hábilmente orquestado atacando desde el norte y el este, sin dar tiempo de reacción ninguno de los bandos en liza…

Sea como fuera, la lealtad y la suma a la cruzada del Señor de Vagarde y su poderosa armada de barcos estaban garantizadas, ahora… era tiempo de regresar a la Isla Occidental y preparar el ataque a Morgay, antes de que fuera demasiado tarde.

LAERTES STRONG

5

Desierto del Sinaí, La Tierra.
Finales del siglo XXII

Ralph Richardson no podía entender o asimilar tantos cambios y tanta información, al mismo tiempo. La cabeza le dolía demasiado.

¿Cómo era posible? Había usado uno de aquellos agujeros temporales con el amuleto accionado por su propia sangre y ahora estaba allí… en aquella sala de interrogatorios, en aquella base subterránea, altamente tecnificada.

¡Sophia Irwin era una Igigi! Al igual que Manfred Farragut… Lo debía haber supuesto desde el principio.

Estaba en una estancia asépticamente blanca, tenuemente iluminada y bastante fría que le daba la sensación de estar en una especie de hospital.

Finalmente, una puerta metálica se abrió y él, desde su silla clavada en el suelo y frente a una mesa, pudo observar a un hombre embutido en una especie de bata blanca ajustada, que se presentó ante él dibujando una amplia sonrisa.

-Hola Ralph, es un placer conocerte – Le dijo el tipo, extendiéndole cortésmente la mano para estrechársela… Ralph, pensó que era mejor devolverle la cortesía… aunque no se quitó de encima la expresión de angustia y confusión.

-¿Es usted otro lacayo de Manfred Farragut?

-¿Lacayo?... – El hombre sonrió como si no entendiera la expresión.

-Soy el doctor Laertes Strong - Laertes era un hombre recio y fornido, de áspera melena y piel bronceada, su barba rizada y áspera por la humedad le daba cierta apariencia de náufrago.

-¿Cómo ha dicho?

-He dicho que me llamo Laertes…

-¿Me refiero a su apellido?

-Strong… - Le contestó su interlocutor.

Ralph Richardson estaba muy confuso, ¿sería una casualidad que aquel tipo tuviera el mismo apellido que Harry?

-¿Me puedes explicar algo de lo que está sucediendo aquí Laertes?

-Si… claro… para eso estoy aquí. Sophia nos ha puesto al corriente. Sabemos todo sobre usted.

-Sophia no es humana…

-Si lo es… Ralph… Desde luego que lo es… pero también es más cosas. Aunque no creo que esto sea lo que ahora mismo más nos interesa. – Y el rostro de Ralph se enrareció.

-Ilústrame amigo… - Ralph hizo una mueca, sin disimular su hastío.

-Bien… como ya sabe… porque creo que Sophia le ha informado, está usted en un momento futuro, o al menos, en una línea temporal futura, con respecto al lugar de donde usted venía.

-Si… algo de eso me contó – Ralph se llevó las manos a la cabeza y se sostuvo las sienes, tratando de buscar un alivio a su dolor. Luego entrecerró los ojos y trato de volver a enfocar a Laertes.

-No quiero abrumarle con demasiada información y revelaciones señor Richardson, pero antes de liberarle y dejarle circular por estas instalaciones con total libertad, debe usted entender en que momento nos encontramos y donde está usted.

-Espere un jodido momento… ¿me van a liberar?

-Así es… usted no es un prisionero, no hay ninguna razón para retenerle. De hecho no existen prisioneros, al menos en los términos que usted entiende, en este tiempo.

-Tiene que ser una broma – Ralph volvió a esgrimir una mueca – Ustedes trabajan para los malos…

-¿Los malos?

-Si, los malos, ¿Qué parte no entiendes hijo? Yo escape de un jodido psicópata que me torturaba en otra base subterránea similar a esta…

-¿Se refiere al señor Manfred Farragut?

-Si… a ese cabrón me refiero…

-Verá señor Richardson. En primer lugar le diré que el señor Farragut estará encantado de verle más tarde…

-Espera un momento… - A Ralph le recorrió una gota de sudor frio por la frente - ¿Farragut está aquí? ¿Sigue vivo?

-Efectivamente… Farragut sigue vivo. Los Igigi no envejecen al mismo ritmo que los humanos corrientes. Aunque ciertamente lo encontrará más envejecido… apenas se le notan estos casi dos siglos de diferencia… Desde luego, en algún momento sus cuerpos terminan por ceder al paso del tiempo y el ciclo debe repetirse...

-Hasta que poseen a otro desdichado.

-Eso es otro tema…

-No, ese es el tema, ¿Acaso eres uno de ellos hijo?

-No, no lo soy… de hecho, soy descendiente de un amigo suyo.

-¡¿Cómo dices?!

-Soy el tataranieto de Harry Strong.

-¿Qué? – Ralph sentía que le iba a explotar la cabeza.

-Verá Ralph sé que todo esto es tremendamente confuso y quizás no lo estoy haciendo bien. Mi misión era explicarle las cosas… si nos calmamos…

-¡¿Calmarme?! – Ralph levantaba la voz - ¿Cómo voy a calmarme?

-Verá Ralph si pierde usted los papeles, unos guardias terminaran entrando para inmovilizarle y creo que eso no le va a gustar demasiado.

-Está bien… está bien…

-Eso está mejor. ¿Me dejará ahora seguir explicándole?

-Claro… - Ralph se dejó caer hacia atrás eh inspiró con pesadez.

-Bien… - Laertes esbozó una sonrisa – Eso está mejor. Voy a tratar de ser lo más sistemático posible a fin de que mi explicación resulte más plausible y entendible.

-Eso estará bien…

-Verá Ralph, usted saltó en el tiempo debido a que accionó un instrumento creado por una raza antigua a la que llamamos “Los Constructores”.

-¿Y esos quiénes son?

-Eso no importa, lo único que importa es que entienda que no hay un único universo, ni una única realidad, sino muchas y que cada vez que saltamos en el tiempo y cambiamos la realidad con nuestras decisiones, el desdoblamiento produce una nueva realidad.

-¿Cómo está en la que nos encontramos?

-Así es, como esta.

-Entendido. ¿Y qué tienen que ver esos Constructores?

-Básteme decirle que nadie del que tengamos constancia ha conocido a esa raza o tiene un elemento fidedigno que nos dé una idea de cómo eran o lo que eran. La cuestión es que estuvieron aquí mucho antes que nosotros y hay vestigios tecnológicos de su paso en este mundo y en muchos otros…

-¿Cómo el medallón de Pakistán?

-Exacto. Dejaron una impronta en la sangre de algunas personas, debido a que en momento muy distante de la historia manipularon a la raza humana, al igual que a muchas otras… e influyeron en su evolución.

-¿Cómo a esos Igigi?

-Sí… como a esos Igigi. Usted no los entendió nunca realmente. Ellos están buscando regresar a su hogar, al igual que nosotros… Tras la Gehena, el señor Farragut, Sophia y otros… se quedaron atrapados en esta línea temporal y sin posibilidad de un regreso real a su

verdadero hogar, todo cambió… y decidieron ayudar a la raza humana…

-¿Ha dicho la Gehena?

-Así es… es el nombre que se le puso al día del fin del mundo… por así decirlo.

-Explíquese…

-No tenemos muchos datos… pero lo que sí sabemos es que algo debió ir mal en alguna línea temporal desconocida, alguien en ese lugar indeterminado activo una máquina y creo muchos portales que afectaron a muchos mundos y a muchas líneas temporales diferentes y como una de las múltiples consecuencias de ese evento, en el año 2014 se abrió un gran portal sobre la ciudad de Washington DC que conectó dos de estas dimensiones y permitió la entrada en esta línea temporal de unos monstruos infecciosos y asesinos, que arrasaron con todo…

-¿Los mismos que me encontré en el desfiladero cuando aparecí aquí?

-Sí, tuvo suerte, de no aparecer a ras de tierra… ahora no estaríamos teniendo esta conversación.

-Me siento afortunado, al menos de eso…

-Créame es un muy difícil sobrevivir a algo así.

-¿Pero tu tatarabuelo lo hizo?

-Si, lo hizo… Aunque no nos vayamos por las ramas, todavía no lleguemos a hablar sobre eso.

-Perdón.

-Llamamos a aquel evento "La Plaga Oscura", la horda asesina, que se extendió imparable y aunque los portales terminaron cerrándose de una forma tan espontanea a como habían aparecido ya era demasiado tarde… Aquella horda devoradora de carne humana, arrasaba la capital de los Estados Unidos y se extendía frenéticamente en todas direcciones, levantando a nuevos muertos de su sueño y sumándolos a sus filas como un virus atroz.

-¡Cielos Santos!

-Y alguien, en algún momento, pensó que era una buena idea cortar aquello con un ataque nuclear…

-¿Y no lo cortaron?

-No… no solo era imposible, porque la velocidad de dispersión y propagación era increíblemente alta… sino, porque eso fue como disparar con una pistola en la cabeza a alguien que debe ser curado por tener piojos.

-Entiendo…

-Aquello activo el juego de dominó de réplica y contrarréplica y

muy pronto el mundo se sumió en un horroroso invierno nuclear, de la que la mayor parte del planeta aún no ha salido. Hasta aquí es más o menos la historia oficial.

-¿Hay una parte no oficial?

-Si claro… siempre la hay.

-¿Y porque me la va a contar?

-Se la voy a contar, como le he dicho, para que usted tenga cierta libertad de movimiento sin llegar a ser un problema, pero no porque pensemos que le va a ser de utilidad en el futuro… ya que todo el mundo cuando finalmente abandona estas instalaciones, pierde selectivamente algunos recuerdos…

-¿Son ustedes capaces de borrar de la mente recuerdos selectivos?

-Somos capaces de eso y de mucho más Ralph, dese cuenta de que la tecnología ha avanzado mucho en este tiempo.

-Creía que el mundo se había terminado…

-No lo hizo gracias a Manfred Farragut y a los otros Igigi, él tomó la identidad de Alsima…

-¿El Mesías Rojo loco del desierto?

-Así es… el reorganizó las cenizas de la civilización desde las bases subterráneas de su organización y se transformó en nuestro líder… aunque la mayoría de la gente, piensa que realmente es el tercer descendiente en su línea de sucesión.

-¿Ocultan a sus ciudadanos lo de los Igigi? ¿No dice que son buenos?

-Lo hacemos por simple precaución y porque Alsima, así lo dispuso. Nada más… Como le he dicho, él reorganizó la civilización y nos retornó a la senda, bajo la promesa de un futuro.

-¿Un futuro en este infierno radiactivo plagado de zombis?

-No señor Richardson. Las personas ahora son muy importantes, porque somos muchos menos de los que éramos. Cada vida es importante. Alsima nos enseñó que nuestro futuro está en las estrellas y necesitamos a cada ciudadano para ayudar y colaborar en la mayor de las empresas… la colonización y la propagación de la raza humana por el cosmos.

-¿Está de broma no? – Aunque antes de terminar la frase, Ralph supo por la expresión de Laertes, que este no bromeaba.

-Verá Ralph, nos encontramos en los albores de una nueva glaciación, la tierra está sumida en el caos, la escasez de alimentos y de recursos naturales estaban terminado por matar a los últimos supervivientes y sumir al mundo en el caso. Una agotada humanidad se hacinaba en su miseria revelándose en una lucha constante por los despojos de un mundo perdido.

-¿Y qué tiene que ver en esto el señor Alsima?

-Él, nos hizo reflexionar y nos dio esperanza, tras la reconstrucción de los primeros asentamientos y el rescate de los primeros supervivientes…

-¿No me lo digas? Tu tatarabuelo estaba entre esos supervivientes…

-Si… en efecto y él fue uno de los primeros en entender la gravedad y el problema al que se enfrentaba y que apoyar al Alsima, era lo correcto y la única salida para la humanidad.

-Estoy alucinando.

-Fue entonces cuando los ojos de los hombres miraron de nuevo a las estrellas y entendieron que estaba allí su futuro. En un último esfuerzo por dominar a las fuerzas de la naturaleza, más allá de la propulsión de los combustibles fósiles. Ayudados por los conocimientos arcanos que los Igigi tenían, los teóricos de la Tierra diseñaron un medio de propulsión inédito hasta entonces. Grandes transformadores situados en órbita podrían abrir brechas espacio-temporales, que llamaron curvatura, para poder viajar a través de grandes cruceros de propulsión hiperluminica y atravesando regiones recónditas del espacio desconocido. Era un viaje sin retorno, reservado a unos pocos privilegiados.

-¿Privilegiados?

-Si, poder viajar en una de esas primeras naves de colonización era un gran riesgo, pues no había forma de volver o saber si se acertaba o no… los destinos los marcaban las cartas estelares de principios del siglo XXI, cuando aún había grandes radiotelescopios. Se fijaban como destino aquellos mundos, que habían sido catalogados, como en situación u orbitas cercanas a sus respectivos soles y por tanto, eran candidatos para albergar las condiciones mínimas de terraformación, aunque para esto no había seguridad… la situación era tal… que muchos se ofrecían voluntarios.

-Alsima entendió que aquello era un primer paso… para colonizar y poblar la galaxia, pero desde luego no era aceptable tanto riesgo.

-Vaya… que majo.

-Fue el inicio de la construcción de Cronos.

-¿Cronos?

-Para que usted me entienda se trataba de una especie de gran faro, un computador gigantesco, desde donde se enlazarían las señales de hiperhonda.

-¿Qué es eso?

-Una emisión de radio hiperluminica, que permitía señalizar la posición de la Tierra y de las astronaves que eran lanzadas, a modo de

los antiguos GPS, evitando muchas catástrofes, como que las naves en curvatura, salieran del espacio demasiado cerca o incluso dentro de un sol… Hoy en día, ningún ingenio humano que navegue por el cosmos, lo hace sin estar conectados sus sistemas a la hiperhonda que emite Cronos desde la Tierra. Incluso las nuevas naves que portan los nuevos motores hiperluminicos y ya no precisan de ser lanzadas desde los anillos orbitales.

-Esto es increíble.

-Lo es… yo mismo en un futuro cercano, partiré a una de esas misiones de colonización.

-¿Usted?

-Sí, esta es la obligación de todo ciudadano. Debemos evitar que de nuevo el destino de la raza humana dependa de un único mundo. ¡No podemos volver a exponernos a la extinción!

-Vaya… que bien os ha instruido…

-Intuyo que por sus palabras. Usted piensa que las intenciones de Alsima, no son del todo licitas…

-Es cierto Laertes… lo pienso.

-Tal vez cambie de idea, cuando usted llegue a nuestra base en Marte y de ahí parta a Alfa Centauri…

-¿De qué demonios me estás hablando?

-Ese será su destino señor Richardson. Una vez complete su entrenamiento, será enviado a esa colonia… la más cercana a la tierra y donde más ha florecido el comercio inter-estelar con la Tierra.

-¿Será una broma?

-Sé que ahora no entiende nada, pero debe comprender que cada vida es fundamental para la gran familia humana ahora. Usted está aquí ahora, eso no lo podemos evitar, las cosas han sucedido de una forma incomprensible, pero han sucedido… y ni usted ni yo lo podemos cambiar… Ahora, usted debe decidir, si quiere olvidar un pasado que ya no existe y ya no importa y sumarse al esfuerzo de su especie, y ayudar en la colonización o quedarse ahí y seguir quejándose y llorando por algo que ni tan siquiera alcanza a comprender.

-Vaya… me recuerdas a tu abuelo…

-Mi tatarabuelo…

-Si… eso quería decir – Y ambos se miraron esbozando una sonrisa.

-¿Supongo que?

-¿Qué sí Harry está muerto?

-Si…

-Si lo está, murió hace más de un siglo, el nunca llegó a ver volar la primera nave hiperluminica, pero murió feliz, ayudando a fundar

una de las primeras ciudades subterráneas seguras… El olvidó su odio hacía Alsima y se integró en el proyecto.

-Vaya… ¿supongo que no es una casualidad que hayas sido tu seleccionado como mi educador?

-No… El propio Alsima, supuso, que mi origen le daría a usted cierta confianza.

-El Alsima… estaba en lo cierto.

-Verá Ralph, mi servicio en esta base termina en seis meses, luego seré reasignado y mis recuerdos privilegiados sobre los Igigi y los planes de colonización e incluso sobre usted serán borrados. Seré un científico más a bordo de una gran barcaza, una astronave colonial, rumbo a lo desconocido… y sin embargo…

-¿Sin embargo?

-Antes de olvidarme de usted, me gustaría ayudarle a hacerle entender y convertirle en alguien útil para su propia especie… El proyecto es algo más importante que su vida o la mía… el proyecto implica la supervivencia real de la raza humana.

-¿Por qué debería creerte?

-No lo haga… comience a explorar y enfréntese a la verdad… - Y tras pronunciar Laertes aquellas palabras, la puerta metálica se abrió, y la salida quedó accesible para Ralph… ¡Ahora era libre!

6

Aqueron Oriental

Dos años y medio desde la llegada del HMS Deméter

Bajo una bóveda celeste de oscuras nubes, se agitaba un viento hostil y embravecido, como anunciando la amenaza del fuego, la muerte y la destrucción a la que los calizos muros de la vieja ciudad de Morgay se enfrentaban. Un mal como quizás no se había conocido desde los tiempos oscuros de la caída del Señor Dragón del Clan McGregor había dominado la Isla Occidental desde hacía demasiado tiempo, y el momento de la venganza había llegado de manera inevitable y definitiva, preparada para liberar aquellas tierras de la amenaza de la sombra, de una vez por todas.

Morgay era sin duda la región montañosa más verde, situada al occidente continental. Distaba tan solo a un día de navegación del reino insular de Vagarde hacia poniente y a un día y medio de Stackhalm hacia el Gran Norte. Aquella capital, estaba rodeada de aristadas montañas, bosques de hoja perene y villas pobladas por mercaderes y artesanos, que se abastecían de agua gracias al río Morgay-Vladas y sus afluentes. Una corriente navegable que había provisto de fortuna y comercio al puerto de Morgay, convirtiéndola durante siglos en la capital comercial de la Isla Occidental, y al mismo tiempo, siendo en sí, su mayor debilidad defensiva, pues, por la ribera que tocaba el rio, se daba un acceso a la ciudad, sin impedimentos orográficos, que contuviesen el paso de grandes contingentes de tropas.

Alrededor de Morgay se situaban muchas aldeas y ciudades de piedra. Durante siglos, aquella tierra se había enriquecido comerciando con sus vecinos, los reinos fieles al dominio de su señor Igigi Aedh Drummond, fiel a los designios de Rocamar.

Aquella región quedaba trazada por dos antiguos caminos, delineados en la época del Señor Dragón del Clan McGregor. Por un lado, estaba el llamado Camino de las Rosas, que empezaba en las tierras altas cerca de Las ruinas de Svalburd y luego se trazaba por el oeste y atravesaba Morgay y bajaba hasta terminar en la fortaleza y la laguna de Agarthia y el otro, el más importante, el llamado Camino de

la Seda, que cruzaba los puertos Orientales desde donde se podía embarcar rumbo a Rocamar y al Aqueron Continental. Siendo de facto, Morgay lugar de paso de comercio obligado y por tanto de poder, que ahora se veía amenazado.

Una gran armada compuesta por barcos de Los Cruzados, luciendo estandartes de las ciudades estado de La Orden, Los Señores del Norte, Agarthia y Vagarde navegaba en silencio, río arriba, con casi todas sus fuerzas embarcadas; arqueros, infantes, lanceros, caballeros, con sus oficiales y nobles.

El jefe Midgar, acompañado del caballero Jonah Fox, iba a la cabeza de la armada, con sus terribles drakares de casco trincado largos, estrechos, livianos y con poco calado, salpicados de remos y escudos multicolores, a lo largo del casco y un único mástil con una vela cuadrada pintada con el dibujo de un cuervo.

Midgar, se había confiado, dando por sentado su superioridad numérica y pensando que las fuerzas de Morgay no podrían hacerles frente, optó por no enviar exploradores y anticipar el ataque, dejando atrás las galeras de retaguardia al resto de aliados; La Orden, Los Señores del Norte, Agarthia y Vagarde, quedando estos en retaguardia fuera de la bahía.

Midgar era un hombre de rostro alargado, cabello oscuro y ojos azules. Tenía los rasgos típicos de la nobleza del Gran Norte. Sus barbas y greñas encanecidas le hacían algo más viejo de lo que realmente era, aunque su semblante áspero y serio tampoco ayudaba.

Muchas horas transcurrieron aún, poniendo tierra de por medio y quedando el sol bien alto, hasta la guarida de Aedh Drummond de Morgay.

Aún olía a carne podrida cuando Midgar llegó a Agarthia y vio los cadáveres putrefactos de los guardias que no habían cumplido su función, colgados de los muros de la Fortaleza. La Orden no pagaba a traidores y menos a los que no sabían cumplir su deber. Midgar pensó si aquello no era sino un mensaje o aviso, de los civilizados caballeros para con sus aliados, en referencia a lo que allí había pasado y de lo que aún estaba por venir y ante todo, acerca de lo que eran capaces de hacer y que no les temblaba el pulso.

Desde un primer momento, Midgar y los otros Señores Cruzados habían tenido dudas y no estuvieron muy por la labor de emprender hostilidades contra la poderosa Morgay, pero cuando el propio Uther Darroch, Señor de Vagarde secundó el ataque convencido por el caballero Roger Trencavel y juró acabar con los Señores Igigi de Aqueron para evitar el exterminio de su propio pueblo, el destino parecía echado y estaba claro que los seguidores de La Diosa, se veían

por fin fortalecidos por el refuerzo definitivo y con la venganza al fin al alcance de la mano, la guerra pues, en la Isla Occidental, parecía inevitable.

Ya no había vuelta atrás, las amenazas debían cumplirse o las leyes y los designios del Maestre Filip Leblanc serían rubricados con sangre. Entrar en Morgay, derribar sus muros si era preciso y deponer a Aedh Drummond, el heredero de Caballero Bellmont, era una condición imprescindible, antes incluso de plantearse tan siquiera el asalto final a Rocamar y enfrentarse al mismísimo dios Anu Abaddón.

Aquella armada desigual se organizaba en veinte líneas de batalla compuestas por no menos de dos docenas de naves cada una. Finalmente, Midgar, pagó cara su osadía y nada más aparecer en la vía no lejos de los gruesos muros de Morgay sus dos primeras líneas se incineraron, bajo un intenso bombardeo de proyectiles ardientes procedentes de las estilizadas almenaras que sobresalían de los muros de la ciudad asediada y catapultas dispuestas a lo largo de los puestos avanzados de defensa en la playa que circundaba la bahía.

Tras las primeras pérdidas, los fieros nórdicos desembarcaron en la oscura playa, iniciando el combate al grito de “Abydos”, mientras las flechas de los de Morgay les daban la bienvenida, tiñendo con su sangre las aguas oscurecidas de la bahía.

Los escudos redondos de madera del norte se vieron muy pronto ramificados por la lluvia de flechas. Los nórdicos eran valientes, pero no tontos y no tenían ninguna intención de avanzar hasta los muros, más bien, su intención era en asegurar la playa y corregir el primer error táctico de su jefe. Eran fieros sí, pero no locos y sabían que sus armaduras de cuero endurecido y sus escuetos yelmos no les permitirían sobrevivir durante mucho tiempo bajo la lluvia de aquellas flechas…

En lugar de eso, sacaron gruesos maderos de las naves y comenzaron a armar una primera línea atrincherada de defensa a la espera del resto de la armada, mientras tanto, un puñado de guerreros de Vagarde drogados con mandrágora del hielo y con los rostros y torsos desnudos y tintados de azul y ocre, corrieron como demonios embravecidos, expulsando rabiosos alaridos y espumarajos, mientras se lanzaban a por los puestos de piqueteros que defendían las catapultas en la playa, y los saludaban a hachazos, salpicando de rojo sangre sus pieles blancas y sus pantalones encuerados, para luego, poco después prender las catapultas y regar de fuego la playa, iluminando toda la bahía…

Los gritos de sus víctimas hicieron enmudecer por un momento a los defensores, que los observaban abrigados desde la muralla,

preguntándose si realmente merecería la pena aquella guerra, por seguir los instintos y caprichos, de un señor Igigi deshumanizado y cruel.

Ahora, la playa quedaba asegurada para el desembarco de la armada y los barcos restantes de Vagarde, Agarthia y La Orden, que no tardaron en llegar. Para entonces, Jonah Fox y unos pocos caballeros, ya se habían sumado a los escaladores de muros, en un loco intento, por alcanzar los parapetos peor defendidos que daban al vado.

A la izquierda de Jonah Fox, como si de una competición por alcanzar el primer puesto se tratará, Malcolm, el lugarteniente de Sigurd Haraldsson, lo miró con expresión desafiante, mientras tiraba de la cuerda y ascendía los muros de fría piedra como un animal enloquecido.

Antes incluso de que Jonah y sus caballeros, alcanzará las almenas, los de Malcolm, ya estaban batiéndose con los guardias que aún no habían huido, devolviéndoles el favor, por el aceite hirviendo que les habían arrojado durante el ascenso y que había mutilado y arrojado a más de un norteño, precipitándose en su último vuelo hacia el vacío del abismo que daba paso a la oscurecida bahía.

Entonces, Jonah Fox, los vio… Expectantes en un torreón alzado tras los patios interiores de la Ciudadela… Allí estaban, la hermosa y pálida Cinnia y su hijo Frana, que había crecido y e iba embutido en una armadura de cuero, negra y salpicada de correajes.

Cinnia, parecía otra persona, más distante y quizás con un gesto cruel, y lo miraba como si no lo reconociera, como si aquella fuera en realidad otra persona… con una mirada de odio y desprecio, igual que si viera a cualquier otro comandante enemigo y fue entonces, cuando Jonah, entendió que Sigurd Haraldsson le había dicho la verdad y que aquella mujer, ya no era la Cinnia McGregor que él había conocido… poseída por algún malvado y arcano espíritu Igigi. Todo lo que una vez él había amado de Cinnia, ahora había desaparecido para siempre.

Entre tanto y en la playa, se batían los últimos reductos de resistencia; mientras soldados de un bando y otro, se degollaban y entre gritos de furia y dolor, hacían verter la sangre y manchar sus cotas de malla humeantes y el batir de los estandartes rompía contra aquel cielo gris como un sudario mortuorio.

Mientras más y más cruzados ascendían por las almenaras y las gentes de Morgay corrían despavoridas entre los incendios y la locura reinante, escapando por la puerta de la ciudad, Jonah acertó a ver una figura oscura y mezquina que ascendió tras Cinnia y Frana, ¡Era él! ¡Era Aedh Drummond! El demonio que le había torturado y había

matado a los campesinos que el mismo había tratado de salvar.

Aedh Drummond, miró a Jonah sonriendo con malicia desde la lejanía, ¡le había reconocido! Y sabía que venía a por él. El demonio, sabía que había destruido todo cuanto Jonah amaba, y eso le hacía muy feliz… pues su naturaleza retorcida, no encontraba mayor placer, que el de torturar a sus semejantes…

Un mar de flechas incendiarias, recorrieron el aire, desde la playa, hasta los tejados de las edificaciones de Morgay. Entre tanto, los arqueros de Vagarde ya habían montado pabellones y allanaban el camino a la infantería, mientras se asaltaba el muro… El puerto de Morgay ya había caído y el resto de la ciudad no tardaría en hacerlo.

Malcolm también había reconocido a Cinnia, y sin mediar palabra o aviso con Jonah, tomó un arco y lanzó una flecha hacía su pecho… pero Drummond fue más rápido y haciendo alarde de una fuerza descomunal, asió a Frana del hombro y lo interpuso entre la flecha y su madre… La flecha atravesó sin dificultad su cuello desnudo y sobresalió de lado a lado, antes de pararse, y dejando escapar un rio de sangre, que manaba a borbotones ante los ojos incrédulos del muchacho que aún era humano.

Jonah gritó y maldijo a Malcom, escupiendo toda su rabia y alzando su espada. Malcolm y el resto de norteños le miraron con expresión confusa, ¿Acaso desaprobaba que atacaran a aquellos monstruos?

Drummond, que aún estaba tras Cinnia, quedo empapado por la sangre del muchacho, que no paró de expulsar el líquido elemento, con cada latido de su condenado corazón, aún convulsionante, hasta que murió ahogado en su propia hemorragia… El arcano monstruo, saco la lengua, y saboreó la sangre que impregnaba su mejilla… luego se giró hacía Jonah de nuevo y sonrió… antes de dejar caer a Frana por la torre, como un vulgar saco de patatas, sin que su madre, poseída y con el rostro imperturbable, hiciera el más mínimo gesto que la conmoviera por lo que Drummond acababa de hacer con su hijo…

Jonah, volvió a gritar y se lanzó por la torre, hacía la techumbre de una edificación cercana, que ya empezaba a arder… Los caballeros de su escolta se miraron incrédulos, y luego se lanzaron también, temerosos de que alguien los señalara como cobardes.

Malcolm, como buen norteño, no quiso ser menos y se lanzó a otra estructura cercana, seguido de un puñado de señores del norte armados con hachas y bañados en la sangre enemiga, cual fieras, poseídas por el incontenible frenesí de la batalla…

Entre tanto, y en la torre Drummond y Cinnia, desanduvieron la

entrada que daba acceso a las empedradas escaleras de caracol de la bajada… Era el momento de huir… pues Morgay había caído.

Cuando Jonah alcanzó el cuerpo de Frana, sobre el adoquinado suelo del patio de armas de la ciudadela, este ya estaba inerte y desfigurado… El Mesías Rojo trato de acercarse con lágrimas en los ojos, pero sus caballeros le contuvieron. Aunque el duelo no pudo durar mucho, dado que en pocos instantes se vieron superados por soldados y huargos de Drummond, que aún trataban de defender la ciudadela en vano.

Jonah tuvo que salir rápidamente de las tinieblas de su desesperación y entregarse de nuevo a la lucha… al batir de aceros; finta, defensa, ataque, choque de escudos, grito de hombres y rugido de bestias. Hasta que los de Malcolm alcanzaron su posición y se sumaron al combate, doblegando a los enemigos, que terminaron por batirse en retirada, mientras el fuego iba poco a poco consumiendo los edificios aledaños, provistos de vigas y columnas de madera, al estilo del norte, que no tardaron en ceder, bajo el empuje de las inclementes llamas.

Morgay había caído y Cinnia y Aed Drummond habían escapado, muy probablemente rumbo al oriente, donde embarcarían buscando la protección de Rocamar.

Cuando los jefes de la alianza de los cruzados, declararon la ciudad libre, un grito de libertad y esperanza recorrió la isla Occidental, de norte a sur y de este a oeste.

Tras la batalla los hombres comenzaron a gritar el nombre del bravo Jonah Fox, como grito de batalla, al igual que lo habían hecho al principio recordando al arcano Abydos... Incluso los del Malcolm se sumaron a aquella celebración, comenzando a demostrar una fe ciega en la victoria que les traería aquella creencia casi mágica e inexplicable...

Filip Leblanc sabía que la Leyenda del Mesías Rojo muy pronto crecería más allá de las costas de Occidente y que esto haría que más y más fieles, se sumaran a su causa y aunque el semblante de Jonah le preocupaba, pues todo aquello que una vez hubiera motivado su corazón estaba muerto, ya no podían parar… ya no podían rendirse.

El Maestre de La Orden tenía claro que habrían de cruzar el Mar Angosto y alcanzar el Aqueron Continental con el Mesías Rojo a la cabeza del ejército o los hombres no les seguirían y aquello era demasiado importante como para someterlo a la voluntad de un único hombre.

Filip había creado un personaje, que iba más allá de la carne y la sangre del propio Jonah Fox. El guerrero escocés se había convertido

en un símbolo de aquella rebelión religiosa desesperada por la salvación de toda vida en Aqueron y el Maestre haría lo que fuera preciso por preservar ese impulso, costara lo que costara.

Filip se quedó allí, contemplando al confuso Jonah que tenía los ojos vidriosos y perdidos, contemplando a los cientos de luchadores que se peleaban por acercase a él y tocarle, en un acto de devoción religiosa que Filip no había visto hasta ahora y que muy probablemente jamás volvería a ver.

AKIBEL

7

Costa Occidental de Aqueron, Rocamar
Tres años desde la llegada del HMS Deméter

Edgar Mcelroy de Kirkwall o Akibel, como ahora le gustaba hacerse llamar, estaba poseído por una ira incontenible y aunque esto no era una novedad en aquel ser cruel, al menos en aquella ocasión parecía claramente justificado, ¡¿Cómo era posible?! ¡¿Cómo lo había hecho?! Walter Stewart había conseguido escapar de la torre donde se encontraba prisionero… había logrado encontrar la manera de forzar la cerradura de la puerta y se había escabullido como una sombra… ¡Nadie le había visto escapar!

Desde luego, Walter Stewart, era el humano más ingenioso con el que se había topado en sus incontables viajes a lo largo de cientos de años y decenas de brechas temporales, por las que había tenido que pasar, en su colosal periplo, hasta acabar allí, en aquel mundo perdido y distante.

Antes de que el jefe de guardia terminara su relato, embutido en su armadura de goma carmesí, Akibel había transformado su mano en una especie de garra con forma de gancho y le había seccionado el pecho, arrancándole el corazón de cuajo. Aquel órgano, aún chorreante y palpitante ante sus propios ojos y las miradas atónitas de sus subordinados, parecía una fruta poco madura, lista para ser consumida.

Cuando el oficial cayó inerte al suelo… El viejo demonio saboreó el corazón del desdichado lamiéndolo y luego estrujándolo para sacar toda la sangre ya sí poderse tranquilizar un poco… ¡¿Cómo le iba a explicar aquello a Abaddón?!... Él se había hecho cargo del prisionero y el deseo de Abaddón de conservarle vivo para usar su sangre cuando el Arca fuera encontrada. ¡Ahora estaba en un verdadero problema propiciado por la ineptitud de aquellos soldados humanos! ¿Por qué Abaddón no los había exterminado a todos y había usado monstruos lulus para servirle? Era algo que Akibel no terminaba de entender.

Súbitamente un pensamiento surcó su retorcida mente, como un rayo fulminante. ¡Los planos!...

Akibel tiró el amasijo de carne que era el corazón del oficial al suelo, como el que tira un trozo de papel inservible y pisando el

cuerpo del hombre que acababa de matar, entró a paso raudo en la habitación que había servido de prisión para Walter Stewart, los dos últimos años de su cautiverio en Rocamar.

Akibel estaba nervioso, temeroso… Si no encontraba los planos de los drakares voladores de vapor que Walter Stewart había estado preparando, se podía dar ya por muerto. Abaddón contaba con aquellos ingenios para socavar cualquier intento de ataque por parte de los cruzados contra su ciudad. Atacando desde el aíre no tendrían nada que temer contra ellos.

Los dioses Anu eran poderosos, pero como cualquier otra forma de vida, estaban expuestos a las fuerzas naturales y por tanto, podían ser asesinados… y desde luego, los Igigi encarnados no eran una excepción… siendo aún más débiles que los Anu… salvo en su forma incorpórea de Arconte.

Abaddón precisaba del ingenio y la fuerza humana para asegurarse el control y el poder sobre aquella tierra, tal y como su raza había estado haciendo con los humanos y muchas otras especies durante miles de años. Los Anu no era constructores, no eran soñadores… no eran artistas o ingenieros, solo sabían gobernar y aprovechar el poder de otros para mantenerse o incluso alimentarse y al menos eso, lo sabían hacer muy bien.

Akibel avanzó por la estancia, con los nervios descontrolados, mientras los otros guardias permanecieron firmes en el exterior, demasiado asustados como para entrar en la estancia y exponerse a la ira del Igigi.

Finalmente, Akibel encontró lo que había estado buscando. Al menos, Walter Stewart había dejado allí su trabajo… Los planos no estaban del todo completos… pero Akibel pensó que eso sería más que suficiente y que sin duda… los torpes humanos técnicos que servían a Abaddón, serían capaces de completar el resto de los diseños faltantes… Debía anticiparse, debía comenzar la construcción de aquellas armas cuanto antes para complacer a su amo, antes incluso de que este se percatará de que Walter Stewart había desaparecido…

Si Akibel no tenía todo listo en pocas semanas, tal vez la ira de Abaddón terminaría por exterminarle y más de un Arconte se alegraría de librarse de aquel rival incómodo y para colmo, aquella misma noche habían llegado a palacio un sequito de incómodos refugiados procedentes de la Isla Occidental. ¡Dos nuevos Igigi con los que competir por el favor de su amo Anu!

Un tal Aedh Drummond y una tal Cinnia McGregor, eran ahora una nueva amenaza para los planes de ascensión del viejo demonio. Desde que habían llegado, se habían reunido a puerta cerrada en la

sala del trono con el mismísimo Abaddón y su consejo de Arcontes, trayendo al parecer noticias sobre la caída de la capital occidental, una ciudad llamada Morgay…

La cólera de Abaddón se dejó sentir y retumbar por las paredes del palacio de Rocamar y hasta el propio Akibel sintió miedo de la ira de su señor. El dios Anu, no contaba con la victoria tan temprana de los cruzados y era inevitable que más tarde o más temprano, preguntara a Akibel sobre los planos de sus nuevas armas voladoras. Estaba claro que su señor Anu precisaba de aquella tecnología para superar a sus más inminentes enemigos… ¿Sería cuestión de tiempo que Rocamar sufriera la misma suerte que Morgay?

Sea como fuera hubo algo que terminó por perturbar la poca calma que le quedaba al Igigi. Un nombre… que el viejo demonio no había escuchado desde hacía casi dos años y que por un instante creyó escuchar entre susurros, con el oído pegado a la pared adyacente a la sala del trono de su amo…

Por un instante terrorífico, el viejo demonio, escuchó el nombre de "Jonah Fox" pronunciado por aquel Igigi desconocido que había sido presentado por los Arcontes como Aedh Drummond… El Igigi había denominado con el extraño título de "Mesías Rojo", algo que parecía infundir temor en el corazón sombrío del propio Anu, que vociferó encolerizado, como si aquella fuera la más fatídica delas noticias que podían darle…

¿Cómo reaccionaría Abaddón si en algún momento descubría que debido al plan de Akibel ese avatar maldito había conseguido cruzar la brecha y llegar hasta el, llegar hasta el mundo que habitaba y gobernaba Abaddón? Estaba seguro de que el Dios Anu no se molestaría en entender nada y le decapitaría o algo mucho peor… antes de que le diera tiempo tan siquiera a respirar… ¡No! Era mejor callar… Era mejor, pasar desapercibido y no decir a nadie que aquel Mesías bárbaro, aquel conductor de hombres sedientos de venganza y libertad, en el que se había transformado Jonah Fox, era un completo desconocido para él, o de lo contrario lo matarían… quizás y después de todo, habría sido una suerte que Walter Stewart desapareciera, puesto que de haber sido interrogado… podría ponerle en el mayor de los aprietos.

RALPH RICHARDSON

8

Ciudad Capital – Planeta Centauri – Sistema Alfa Centauri.
Principios del siglo XXIII

Ralph Richardson no podía creerlo, la sucesión de acontecimientos escapaba a todo sentido lógico o asimilable por una mente de su tiempo. Quizás fuera mejor no pensar demasiado en ello.

Ralph se sentía viejo y agotado, y aun así, tras delegar la dirección del Sindicato Centauri en manos de su hijo Saronte, todo estaba dispuesto y debía prepararse para su último viaje en busca del lejano y enigmático planeta Crosaurius.

Ralph Richardson palpó a través de un pliegue de su camisa el medallón que Laertes le había entregado. Aquel medallón pesado y de color blanco plateado, era exactamente igual, al que le había sacado de su línea temporal de origen; el metal siempre estaba frío, a pesar de que se le sometiera a fuertes temperaturas. Estaba compuesto por una aleación que era ciertamente una variación del Iridio y otros metales desconocidos y con el símbolo del Caduceo de Hermes Trismegisto, labrado en el centro y unos turbios pictogramas alrededor de los bordes, que aunque desconocidos en su significado, Ralph Richardson conocía tan bien.

Veinte años estándar atrás y tras su charla con Laertes en la Base del desierto del Sinaí en la vieja Tierra, Ralph, había conseguido salir de la sala medicalizada e iniciar su exploración por la base de los seguidores de Alsima. Ralph lo recordaba como si estuviera en ese mismo instante, ¿habían pasado veinte años estándar?

El año estándar, era una nueva unidad de medida, para compartir el mismo sentido del tiempo en los diferentes nuevos mundos habitados por la raza humana. Cada uno con su rotación y su movimiento de traslación totalmente diferente y sus condiciones climáticas independientes… La distancia y la coordinación exigían, según se le explicó, establecer unidades de medida de tiempo base, para poder coordinar la situación y el comercio entre los diferentes mundos que usaban el sistema de hiperhonda Cronos. ¿Y qué mejor unidad de medida que los tiempos en base al Sistema Madre?, que era como se comenzaba a conocer al Sistema Solar. Por tanto, un año terrestre se convirtió en “un año estándar”, al igual que el día o las

horas…

Volviendo a sus recuerdos… Ralph repasó su primera salida veinte años atrás; La base resultó ser una especie de ciudad subterránea, escavada en roca viva, sobre un colosal promontorio rocoso que se alzaba cientos de metros sobre el nivel del desierto y cuyos interminables y laberinticos pasadizos, quedaban salpicados de interminables cámaras de grandiosas proporciones, subdivididas en toda suerte de plantas y habitáculos, donde cientos de operarios embutidos en diferentes tipos de uniformes multicolores iban y venían… Mientras se escuchaban voces en diferentes idiomas dando instrucciones de todo tipo; sobre las llegadas y salidas de transportes, recepción de mercancías, ajustes de energía o previsiones para las próximas tormentas radiactivas que se avecinaban.

Ralph alcanzó una plataforma metalizada y saliente, salpicada de luces parpadeantes, que hacía las veces de dársenas de embarque para las aeronaves que entraban y salían de la base, emitiendo ruidos ensordecedores de turbinas y exhalando gases blancuzcos… ¿Se dirigirían al espacio?, se preguntó en su agotador deambular.

Nadie detuvo las pesquisas de Ralph, nadie le paró o le preguntó qué hacía allí o a que se dedicaba… Era como si realmente a nadie le importará y entonces, justo cuando las últimas luces del día desaparecían a través de la fina línea que perfilaba el horizonte, una voz familiar le llamó por su nombre.

-Ralph Richardson, ha pasado mucho tiempo… - Dijo Manfred Farragut, tras él…

Ralph se alarmó y un sudor frío perló su frente desnuda, para él, apenas habían pasado unas horas desde que aquel ser le hubiera estado torturando en la otra base subterránea… pero era cierto que Manfred había cambiado, tal y como Laertes Strong, le había explicado.

Manfred Farragut tenía el rostro surcado de arrugas y su pelo estaba completamente encanecido. El Igigi vestía una gruesa túnica de color marrón, confeccionada en un tejido que daba la impresión de ser pesado y áspero. Realmente parecía un monje medieval.

-¿Vas a volverme a torturar? – Le respondió Ralph dando un paso hacia atrás, hasta tropezar con una caja metálica.

-Desde luego que no, Ralph… quería darte tiempo antes de que nos volviéramos a encontrar. Entiende, que para mí ha pasado mucho tiempo.

-¿Entender? ¿Qué debo entender? Esto es una verdadera pesadilla.

-Tienes razón… lo es, pero tienes que tener presente, que ahora esta pesadilla es tu realidad y no podrás despertar.

-¿Me vais a borrar la mente o algo así?

-Veo que Laertes ya ha hablado contigo…

-Sí, lo ha hecho.

-Es un buen tipo.

-Lo es… igual que lo fue su tatarabuelo.

-Harry me ayudó mucho al principio. También le costó entender, pero finalmente entró en razón y fue un colaborador necesario e imprescindible.

-¿Colaborador? ¿En que colaboró? – Ralph no disimulaba su angustia.

-Colaboró en salvar a su especie de la Gehena… me ayudó a organizarnos cuando más caos había y lo hizo bien. Él también supo rehacer su vida en las condiciones más adversas… se volvió a casar y tuvo descendencia.

-Ya… de eso me di cuenta…, pero no has respondido a mi pregunta.

-¿Si te vamos a borrar la mente?

-Si…

-No, solo algunos recuerdos. Laertes ya te explicó porque no debemos arriesgarnos a que cualquier información que afecte al plan salga de estas instalaciones.

-¿El plan de convertirte en el Mesías Rojo de una nueva religión?

-La religión ayuda a los seres humanos a entender y aceptar mejor su situación y les da fe y fuerza para superar las mayores adversidades y no derrumbarse ante la calamidad.

-Hablas como un Mesías Rojo.

-Ralph… soy un Mesías Rojo… soy el salvador de tu especie, aunque no lo creas.

-¿Por qué debería? Me mentiste desde el principio.

-Tenía que hacerlo. Teníamos diferentes motivaciones.

-¿Y ahora estas alineado con la supervivencia del género humano?

-No te voy a mentir… - Y Manfred Farragut hizo un gesto para que Ralph le acompañará paseando con normalidad por las galerías de la base…

Ralph se resistió al principio, pero luego entendió que no tenía alternativa. Lo más curioso de todo aquello, era como los operarios se paraban, al verlos pasar y los observaban con una expresión mezcla de temor y fervor religioso.

-¿No me mentiras? – Le respondió Ralph.

-No, no lo haré. Yo he sido y soy, la respuesta a vuestro problema

de supervivencia y nuestros intereses, los de tu especie y los de mi gente en esta línea temporal, ahora convergen.

-¿No lo provocaste tú?

-¿El qué? ¿La Gehena?

-Sí… eso que Laertes, llamó el día del Juicio Final.

-Desde luego que no… Fue un fenómeno inducido desde otra línea temporal y que dio al traste con nuestras expectativas futuras… Algo se abrió en algún punto del espacio-tiempo, generando una gran cantidad de energía y conectando miles, sino millones de mundos y realidades espacio-temporales, que se conectaron por un breve espacio de tiempo… De hecho… las consecuencias de ese fenómeno desconocido no han terminado.

-¿Quieres decir que se pueden abrir nuevos portales y que pueden volver a escupir más cosas de esas o algo peor?

-No creo que en este planeta y en esta línea temporal… pero sí en otros mundos que incluso aún no hayamos visitado. Hay pistas, artefactos y estelas de pictogramas desconocidos repartidas por todos los mundos que hace millones de años visitaron Los Constructores.

-¿La raza precursora?

-Si… ellos… aunque si me vas a preguntar por ellos… o por el origen de mi propia especie, siento informarte que es un tema que no podemos tratar…

-Vaya…

-Lo lamento Ralph.

-Veo que al menos, se puede mantener ahora una conversación contigo, sin que me desangres colgado de unas cadenas.

-Eso… fue un error por mi parte. Nunca lo debí hacer. Cuando detectamos la energía de pulso que produjo tu reentrada en esta línea temporal, tuve la seguridad desde el primer momento, de que eras tú, que habías conseguido regresar.

-No lo hice… Al menos, no de una forma consciente.

-No, eso ya lo sé… Muy pocos de los que tenéis la Llave de los Constructores de la sangre, podéis controlar vuestro poder, cuando activáis sus artefactos.

Manfred Farragut acompañó a Ralph Richardson a las dependencias que serían su hogar, durante los siguientes meses… Aquella no fue la única charla entre el Igigi y Ralph.

Ralph detectó cierto temor por parte de Manfred Farragut con respecto al potencial de la sangre de Ralph, pero algo le decía, que eso era lo único que impedía que el Igigi le lanzará desde el abismo donde se aposentaba la base, al vacío donde se arrastraban los monstruos lulu que dominaban la Tierra. Aquella cualidad, le valdría para

sobrevivir y ser reconvertido y enviado a una de las colonias más controladas por el dominio terrano, que Alsima representaba.

Laertes Strong, había sido su mentor y la persona encargada de ponerle al día. Le enseño a usar los computadores de aquel tiempo, los sistemas básicos y sus primeras nociones de pilotaje y navegación de aeronaves del tipo más básico. Así como algo de la nueva geografía estelar y la mecánica de uso de la hiperhonda de Cronos, el Faro Estelar, que garantizaba la navegación de las naves humanas por los primeros sistemas colonizados y garantizaba que la Tierra, siguiera siendo el mundo más importante y la referencia para las nuevas generaciones de colonos extraterrenos que iban poco a poco poblando el cosmos. Generaciones y generaciones de personas que vivían y morían sin ver nunca un cielo azul, oler el mar o visitar el mundo de origen de su especie.

Por fin llegó el fatídico día en que Ralph debía someterse al proceso de "limpieza mental", que era como se denominaba al borrado selectivo de recuerdos en la Base del Sinaí. Laertes le había preparado para ese día…

Al día siguiente abandonaría la base y sería expatriado hacía en base orbital en Marte, desde donde iniciaría su vuelo en hibernación de un año hasta alcanzar su destino final en el sistema Alfa Centauri.

Ralph no lo esperaba, pero la noche antes de someterse a la intervención, alguien llamó a la puerta de su habitáculo vivienda… una puerta circular automatizada de color gris oxidado… Él estaba recostado en su camastro, tratando de conciliar el sueño… y ya no esperaba más interrupciones, cuando se levantó y fue a ver quién llamaba a la puerta. ¡Era Laertes!, el que había sido su maestro durante los últimos dos meses.

-Laertes… no te esperaba hasta mañana, ¿ha ocurrido algo?

-No Ralph… no te preocupes. ¿Puedo pasar?

-Claro… disculpa. – Y Ralph se hizo a un lado, para que Laertes pudiera acceder al estrecho cubículo.

Una vez dentro, Laertes se echó la mano a un bolsillo de su chaqueta de cuero negro y sacó una especie de mando a distancia. Lo presionó y durante una fracción de segundo las luces del cubículo parpadearon, como si hubiera habido un corte momentáneo de energía.

-¿Qué haces? – Le interrogó Ralph estupefacto.

-Crear un campo magnético de aislamiento.

-¿Qué demonios es eso?

-Digamos que es una especie de capa protectora para que tus vigilantes no puedan vernos, ni oírnos.

-¿De qué demonios estás hablando?

-¿Creías de verdad que no te vigilaban?

-No… pero… - Ralph se sintió un poco estúpido.

-Claro que te vigilan Ralph, todo el tiempo. Realmente nos vigilan a todos, lo controlan de todo… hasta el ritmo de la evolución tecnológica disponible para los humanos o los planetas que vamos colonizando, ¿de verdad crees que ahora la humanidad decide su destino?

-Pero…

-Ya lo sé… esto va en contra de todo lo que te he contado hasta ahora.

-Así es…

-¿Y porque me lo cuentas ahora? Ha unas pocas horas de mí borrado mental.

-Porque no podía arriesgarme, es demasiado peligroso para mí y para los otros… y solo ahora es cuando esta información te va a ser realmente útil.

-Dispara.

-Pertenezco a una sociedad secreta, denominada “El Circulo”.

-Vaya… que sorpresa.

-Como te puedes hacer una idea, esta sociedad secreta fue fundada por el mismísimo Harry Strong… mi tatarabuelo.

-¡Lo sabía!- Ralph esbozó una sonrisa – Sabía que el bueno de Harry no podía haber claudicado ante ese cabrón de Manfred Farragut.

-No lo hizo nunca. Solo colaboró para asegurar la supervivencia de su grupo y la suya propia y posteriormente para llegar a entender el plan de Alsima para con la raza humana… y así poder fraguar su propio plan para ayudar al género humano.

-¡Maldita sea! ¿Por qué todo tiene que ser tan complejo?

-Porque el universo y la realidad es compleja.

-No lo dudo… Harry hizo bien.

-Somos muy pocos realmente, tan solo unos escasos elegidos, seleccionados. En mi caso, solo hasta que pase el proceso de borrado mental. En ese momento, mi misión real habrá terminado.

-¿Tu misión real?

-Tu Ralph… sabíamos que llegarías en este tiempo y mi misión era avisarte y darte las claves para que te unieras al Círculo.

-¿No puedes impedir el borrado mental?

-No… no puedo, pero tu si lo harás.

-No entiendo nada.

-Lo sé… - Y diciendo esto, Laertes extendió una mano que había

mantenido cerrada en un puño y le mostro el medallón réplica del que le había traído hasta aquella realidad espacio temporal…

-¡No lo puedo creer!

-Harry lo consiguió recuperar en cierta excavación arqueológica… - Laertes, sonrió y miró a los ojos esperanzados de Ralph – Solo tenemos este… Tenemos razones para pensar, que si alguien como tú, ósea, con tu Llave de Sangre, sostiene el objeto durante el proceso de borrado de recuerdos selectivos, puede conseguir esquivar el proceso y engañar a la máquina.

-¿Me estás diciendo que puedo evitar el borrado mental?

-Sí… si lo sostienes en contacto con la piel… y claro está… tu sangre no toca su superficie… ya sabes lo sensible que es a eso.

-¡Increíble!

-Tienes que lograrlo Ralph, eres nuestra única esperanza.

-Explícate.

-Te mandarán a Centauri, allí iniciaras una nueva vida como funcionario público y te mantendrán relativamente aislado, Alsima quiere que te reproduzcas y le proveas de más descendencia que herede tu poder. Al tenerte en una colonia muy controlada, se asegura un suministro suficiente de gente con la Llave en sangre, por si en el futuro encuentra nuevos artefactos de Los Constructores que le ayuden en sus planes.

-¿Y cuáles son sus planes?

-No estamos del todo seguros, pero lo que si hemos podido averiguar uniendo diversos y distantes fragmentos de información esparcida por este y otros mundos, es que esta raza… o más bien, sus amos, conocidos como Anu, fueron descubiertos por los Constructores en algún mundo perdido, en una terrible y caótica línea espacio temporal.

-Lo suponía…

-Al poco tiempo, se entabló una guerra. Los Anu engañaron a Los Constructores, para hacerse con su tecnología… y aunque tan solo consiguieron retazos de esta, fue suficiente para asegurarles el dominio de muchos mundos, en los que extendieron sus sádicas prácticas de masacre y dominación.

-La Tierra…

-Sí, aquí también, en esta Tierra y en muchas otras Tierras de diferentes líneas espacio-temporales.

-¿Y los Constructores?

-La guerra concluyó con la victoria de Los Constructores y estos, finalmente, exterminaron a casi toda la raza Anu y a sus servidores Igigi y Arcontes. Los pocos que escaparon lo hicieron a través de

portales espacio-temporales en mundos y líneas espacio-temporales recónditas, dado que Los Constructores no podían controlar todas las infinitas realidades.

-¡Increíble!

-Alsima, quiere volver a encontrar a sus amos… quiere volver a localizar a los dioses Anu supervivientes y quiere conseguir una línea espacio temporal alejada de Los Constructores… un universo a su disposición… donde la raza humana actuará como sus esclavos, mano de obra, ejercito e incluso alimento.

-¿Por esa razón quiere ayudar a la raza humana a perpetuarse por los diferentes mundos de la Galaxia?

-Exacto. Así se asegura una fuente inagotable de personas, para sus oscuros fines… si un mundo sucumbe ante una catástrofe natural o cualquier otro evento… el seguirá teniendo su raza esclava favorita disponible y lista para seguir expandiéndose por el cosmos bajo su dirección religiosa.

-¿Y porque Harry no lo detuvo?

-Porque Harry sabía que si no le dejaba iniciar su plan y permitirle que la humanidad saliera fuera y se estableciera en otros mundos, muy probablemente se extinguirían.

-¿Y los Constructores y esos dioses Anu?

-No sabemos porque… pero no están en esta línea temporal, los Constructores, pasaron… pero ya no están. Sí, sabemos, que durante el evento que originó la Gehena y que conectó millones de mundos, sus amos Anu pasaron a un mundo distante y quedaron aislados… Esta es una de las misiones secretas para las que se usa a los colonizadores y exploradores humanos… Alsima espera encontrar ese mundo y rescatar de él a sus amos Anu, regalándoles en ese momento un imperio humano regado de miles de planetas listos para la cosecha.

-¿Y qué puedo hacer yo para evitar todo esto que me estás contando? Yo no soy nadie…

-¿Qué no eres nadie? Ralph tu inspiraste a mi tatarabuelo… tu eres el verdadero origen del Circulo… tú fuiste el primer humano en revelarte contra ellos.

-Me alagas… pero no soy esa persona…

-¿No lo eres?

-No, no soy tan fuerte, en realidad me considero una persona débil.

-Pues no lo eres Ralph. Te entregó esto – Y Ralph tomó el medallón y aunque hizo un gesto por tratar de evitarlo, Laertes le cerró el puño.

-¿Qué quieres que haga Laertes?

-En cuatro meses, seré yo el que no recuerde este momento. El resto de miembros del Círculo se quedarán aquí en la Tierra y tú

partirás a Centauri con tus recuerdos.

-Quieres decir, ¿Qué estaré solo?

-Si, Ralph.

-Vaya perspectiva.

-Debes crear y organizar una resistencia. Debes emprender la constitución de una séptima columna en Centauri y evitar que las cosas se desarrollen como Alsima espera que lo hagan.

-¿Quieres decir crear un movimiento independentista contra la Tierra?

-En efecto… esa será la primera parte de tu plan.

-¿Hay más?

-Sí, así es… Te entregaremos documentación y planos antes de partir. Existe un recóndito mundo alienígena llamado Crosaurius. Dentro de unas décadas allí se dará un evento especial.

-¿Qué ocurrirá?

-En un momento concreto y durante unos segundos limitados se abrirá un portal espacio-temporal y de él, saldrán unas personas… Tú debes estar allí cuando eso ocurra.

-¡Maldita sea! ¿De qué me estás hablando?

-De ese portal saldrán refugiados procedentes de otro mundo y otra línea espacio-temporal. Ellos son los causantes involuntarios del evento de la Gehena.

-¿Quieres que les ayude?

-Si, debes asegurar su supervivencia en ese mundo… debes crear una colonia viable y capaz de auto-sobrevivir en aislamiento con respecto a las líneas de comunicación de hiperhonda.

-¿Por qué?

-De ese portal, saldrá un hombre, un elegido que será el iniciador de una verdadera realeza humana, el germen iniciador de un imperio humano que no debe estar jamás sometido a la voluntad de los Igigi. Su descendencia es la única valedora de la libertad y el futuro de la raza humana.

-No lo puedo creer, ¿Cómo sabéis todo eso?

-Porque mi gente ha viajado por esas líneas temporales… y sabemos más de lo que imaginas.

-Esto se escapa a mi compresión…

-Lo sé. Solo tienes que creerme y tratar de entender. Debes ir con cuidado.

-¿Qué pasa con tu gente? Los que permanecerán en la Tierra.

-Su misión es clara, Ralph… Cuando tengan la confirmación de éxito; cuando la colonia de Crosaurius sea fundada y la guerra entre la Tierra y sus colonias se haya iniciado, ellos se encargarán de destruir a

Cronos…

-¡¿Pero de que estás hablando?! ¿eso no es una barbaridad?

-Lo es… pero créeme es la única forma.

-¿La única forma de qué? Las astronaves que estén en el espacio, con sus tripulaciones y pierdan su conexión con hiperhonda quedarán varadas, incluso dentro del híper-espacio perdidas y sus tripulaciones morirán. Todas las colonias humanas quedarán aisladas y no podrán comunicarse las unas con las otras. La dependencia de esa tecnología es total.

-Si, así lo quiso Alsima y ese es su talón de Aquiles. Así debe ser…

-¿Por qué?

-Porque así, Alsima no podrá dejar la Tierra y perderá el control sobre la evolución humana y el futuro poblamiento de la Galaxia.

-¿El futuro poblamiento?

-Crosaurius, la colonia que aún tú debes crear, será la precursora del primer imperio galáctico genuinamente humano. Libre del control Igigi. Este imperio será el encargado de ir re-descubriendo las desconectadas colonias humanas.

-¿Sabes que me estas pidiendo un salto de fe?

-Lo sé… pero como ya he dicho Ralph. Tú eres nuestra única esperanza.

9

Aqueron Oriental

Tres años desde la llegada del HMS Deméter

Tras la caída de Al-Semanet a manos de las hordas lulus, los aramitas se habían dispersado y se habían extendido en pequeños grupos por el desierto continental de Aqueron.

Eran un pueblo de genio fecundo y fantástico entregado por completo a la supervivencia nómada, la caza y a adorar la naturaleza. No lejos de allí se extendía la llanura y algo más lejos las montañas, de donde los acueductos de antiguos y olvidados reinos, traían el agua más pura a las sedientas tierras y a sus desolados pobladores, a pesar de que dichas montañas eran una espesura de bosques agrestes, densos y llenos de pájaros y de animales salvajes y carecían de nadie que mantuviera aquellas empedradas y arcanas estructuras. Gracias a estas, se mantenía un equilibrio y una frontera bien delimitada entre la sequedad más terrible y un vergel de vida desconcertante.

El tiempo, se había vuelto incierto, peligroso y oscuro. Era una época donde la supervivencia era ciertamente lo más importante. Cuando el acero y la sangre eran moneda común, y las tinieblas y la huella de la sombra se extendían desde el lejano Sur, rumbo a las fértiles montañas.

El joven príncipe Aaliyah, tenía la mirada gacha y andaba perdido en sus ensoñaciones jugando con una ramita haciendo círculos en la tierra bajo la luz rojiza de una hoguera. Aaliyah era joven, de facciones finas y elegantes, tez oscura y una barbita azabache puntiaguda, coronada por un bigote fino. Su caballo pacía tranquilo tras de él, buscando en la escasa hierva que había para llevarse a la boca, entre las piedras de la pequeña depresión donde se encontraban.

El príncipe, que viajaba solo, iba ataviado con una túnica blanca y gruesa, con bordados en oro, muy al estilo de la noble estirpe aramita a la que pertenecía.

Los ruidos de la noche parecían agudizarse a la par que las sombras nocturnas iban adueñándose de aquel paraje desolado y sombrío. Una cortina de estrellas pasó a presidir la bóveda celestial. Mientras poco a poco la temperatura comenzó a bajar de forma

alarmante.

Una respiración jadeante y lejana alertó al aramita… Aaliyah se incorporó de un salto, exhibiendo toda la concentración que le había enseñado su dilatado entrenamiento. Con el sigilo de un lince se llevó la mano izquierda a la espalda y con sumo cuidado desenvaino su cimitarra. Aquella hoja damasquinada con palabras grabadas de su libro sagrado brilló con un aura azul reflejó de las estrellas.

La respiración se fue haciendo más y más cercana y pronto pudo distinguir muy bien unos pies que aporreaban el mar de arena y pedregales en su misma dirección. Todos los sentidos del joven se inundaron de adrenalina, mientras con total seguridad apuntó su hoja hacía la oscuridad y la luz de la hoguera jugaba con su rostro oscuro con caprichosa insinuación.

Súbitamente algo rompió el aíre… algo inesperado como la misma muerte. Pasó muy cerca de Aaliyah, pero tan solo le dio tiempo a reaccionar y volverse tras de sí, tras los pasos que venían hacía el… porque algo distinto, algo a lo que no había oído llegar se había desplomado justo detrás suyo.

El príncipe miró aterrorizado como una sombra oscura y grotesca se retorcía en el suelo con pesadez y derrota…

-Discúlpame… - Dijo alguien en la lengua común y de nuevo Aaliyah se sobresaltó y se volvió. Ante él se encontraba un individuo de cabellos y desastrosas barbas encanecidas, cubierto de polvo y tierra… parecía débil y deshidratado.

-¿Quién eres? – Consiguió finalmente articular el príncipe.

-Me llamo Walter… y viajó al sur - y diciendo esto, trató de volverse a incorporar tembloroso.

-¿Walter decís? - El príncipe no trato de disimular su sobresalto – no reconozco vuestras vestiduras… ¿de qué reino sois?

-De un reino que ya no existe, se llamaba Inglaterra.

-¿Inglaterra? – Aaliyah no podía reprimir su sorpresa.

-Eso he dicho.

-Nunca escuché que tal reino existirá ¿Queda lejos vuestra tierra?

-Tan lejos, que nunca podrías llegar, aunque te propusieras andar el resto de tu vida en la dirección donde este queda.

Aquella conversación, era de lo más extraña, mientras hablaban, los gruñidos de dolor de Walter no dejaban de poner en alerta al aramita.

Walter Stewart tomó una brújula que llevaba en el bolsillo y trató de orientarse echando una rápida mirada a las estrellas.

-¡Por el Mesías Rojo!, ¿Qué es es ese artefacto? – Preguntó Aaliyah.

-Es una brújula, con ella me oriento... Aunque esta tierra es extraña

y no la conozco.

-¿Tu reino no está en esta tierra?

-No. no lo está… -Le replicó Walter con resignación, mientras se dibujaba una mueca de dolor en su rostro - ¿Tienes agua para darme?

-Sí, toma… - Aaliyah decidió guardar su espada y mostrarse piadoso con aquel extraño mendigo.

-¿Y ahora de dónde vienes?

-Me escapé de Rocamar.

-¿Rocamar? – El aramita no daba crédito. Quizás aquel hombre insólito, podría llegar a ser más valioso de lo que inicialmente le había parecido.

-Así es… ¿Y tú?

-Del Lejano Sur.

-¿Qué es el Lejano Sur?

-Las tierras yermas y secas que había un poco antes de la costa que da al mar y que lleva a Costa Oscura, la tierra de Al-Semanet…

- ¿Y porque no estás en tu tierra?

- Mi gente tuvo que huir precipitadamente, nos dispersamos. Hace un poco más de un año, comenzó a enfermar la gente, “la plaga oscura” la llamarón algunos.

-¿Cómo? ¿Aquí también?

-¿Quieres decir que en tu reino también se dio esa pesadilla?

-Sí…

-En Al-Semanet primero fueron los rumores de muerte y los extraños encuentros… pero luego se confirmó tras un gran ataque que incendió la capital y el Emir convocó a sus ejércitos y mesnadas a la lucha… La muerte avanzaba… la sombra crecía desde Tierra Oscura y muy pronto nos arrasó. Mi única esperanza es retornar a las tierras de mi padre, un poco más al este, más allá de las Grandes Montañas.

-¿Quién eres realmente?

-Soy el príncipe Aaliyah, hijo del Emir nómada de la arrasada Al-Semanet

-¿Al-Semanet? No conozco esa ciudad… ¿está muy lejos?

-Trece días a caballo en dirección sur…

-¿Sabes quién trajo esa plaga a tu pueblo?

-Lo sabemos, fueron los Anu.

-¿Conoces a los Anu? – Walter se limpió la barba con la manga y se quedó mirando al príncipe aramita con los ojos clavados por la sorpresa.

-Los Anu llevaban asolando Aqueron desde que el hombre puso su primer pie desnudo sobre las arenas del desierto, tal vez incluso antes. No creo que nadie que habite estas tierras, no haya oído hablar de

ellos.

-¿Y nadie los combate?

-Si. Dicen que al Oeste, más allá del Mar Angosto se ha levantado un poderoso Mesías Rojo y ha armado un ejército de cruzados. Dicen que vienen al continente y que quieren parlamentar con las tribus aramitas para que nos unamos en su lucha.

-¡Fantástico! – Walter estalló de júbilo. El aramita lo miró extrañado, como si no entendiera las emociones que veía en la cara de aquel individuo estrafalario.

-¿Eso te alegra?

-¿Alegarme? Eso da un poco de sentido a esta locura de historia.

-Tú, sí que me pareces un loco…

-¿Loco? Si, tal vez lo sea. ¿Me dejarías acompañarte? ¿Vas a visitar a ese Mesías Rojo?

-Como te he dicho voy buscando la caravana de mi padre o el campamento donde se hayan aposentado, ¿para qué quieres venir conmigo?

-Quiero hablar con ese Mesías Rojo y esos cruzados, quiero explicarles todo lo que he aprendido en Rocamar.

-¿Cómo es posible que hayas escapado de esa ciudad maldita?

-Es una larga historia.

-Tendremos tiempo extraño hombre, te llevaré a ver a mi padre y el decidirá si realmente merece la pena mantenerte vivo…

-Vaya… eso es un consuelo.

-No te ofendas extranjero, pero en esta tierra árida el agua vale su peso en oro. Si vas a venir conmigo, tendrás que representar algún tipo de ventaja para la tribu. Si no vales nada, no merece la pena mantenerte con vida. Tú decides; ven conmigo y arriésgate o quédate aquí solo y busca tu fortuna bajo el sol del desierto.

-Te seguiré príncipe.

-Está bien, siéntate al lado del fuego y caliéntate, necesitas descansar. Mañana seguiremos nuestro camino.

Y ambos hombres compartieron aquella noche una hogaza de pan y algo de agua bajo las estrellas. Walter sabía, que aquel tipo, era su única posibilidad real de escapar de las garras impenitentes de aquel desierto maldito.

10

Isla Occidental, Fortaleza de Agarthia
Tres años desde la llegada del HMS Deméter

Habían pasado meses desde la toma de la ciudad capital de Morgay, el invierno había llegado a la Isla Occidental y las nieves cubrían los campos que circundaban la ribera de la laguna de Agarthia... Más allá de las aguas semi congeladas, en la Fortaleza se celebraba un gran festín, para congregar a los representantes de los reinos que conformaban la alianza de Los Cruzados.

Era de noche, y la música, las risas y la luz rojiza y parpadeante de los fuegos jugaban curiosa contra el suelo enmaderado, mientras los sirvientes iban y venían de aquí y allá, portando copiosas bandejas de comida y profusas jarras de hidromiel.

Jonah Fox continuaba como ausente, había permanecido en ese estado desde la muerte de Frana y la desaparición de Aedh Drummond y Cinnia. El Maestre de La Orden, Filip Leblanc, embutido en su armadura de gala y sentado en el centro de la mesa presidencial, que permanecía un poco más elevada y centrada, mirando al resto de la gran sala, miraba a Jonah con expresión preocupada. Jonah, no había querido sentarse junto a él y los otros delegados de La Cruzada, había preferido comer algo más retirado, cercano a un gran ventanal que daba a la laguna y desde la que se apreciaban las colinas heladas. Jonah se detuvo un instante a contemplar el manto blanqueado de nieve y los colores plateados de la laguna, bajo el efecto de los rayos lunares. ¿Porque había ocurrido todo aquello? ¿Era su destino perder todo cuanto amaba?, se preguntó el caballero... que se mantenía con aíre demacrado y triste... Para entonces, todos en la Fortaleza y fuera de esta, conocían la historia de Cinnia y de alguna forma, compartían su dolor y el duelo por Frana.

En aquellos meses Jonah había desmejorado mucho. Permanecía despierto por las noches, añorando un amor que tal vez había llegado a idealizar en su aturdida conciencia, padeciendo un dolor que bordeaba la agonía... Llegando a pasar horas en soledad y errabunda meditación, eludiendo la charla o el encuentro con otros, incluso con su amigo el caballero Roger Trencavel o el propio Maestre.

De nuevo, había empezado a nevar al alba y a las pocas horas,

volvió a parar, para entonces los comensales abandonaron la gran sala comunal y Jonah se quedó allí, siguiendo mirando a través del ventanal. El cielo era del color del terciopelo más oscuro y las estrellas se dejaban ver como dientes blanqueados fulgurando por destellos eléctricos. La luz de la Luna daba cierta apariencia mágica y misteriosa al paisaje... cuando súbitamente un grupo de personas, ataviados con pieles y portando antorchas se elevaron por una colina cercana que daba paso al embarcadero de acceso a la isla de la laguna... Era un grupo nutrido, y parecía haber mujeres y niños en él... Jonah salió súbitamente de su letargo y poniéndose en pie, se dispuso a bajar hacía el embarcadero de la fortaleza... "Eran refugiados"

Cuando Jonah descendió al nivel del patio de armas y atravesó raudo la arcada de piedra que daba hacía el exterior del muro, camino del embarcadero, muchos centinelas se encontraban ya, preparando las barcas y encendiendo los pebeteros y los fuegos para iluminar los perímetros… Debían preparase ante cualquier eventualidad, pero también debían socorrer a aquellos refugiados, si era menester atenderlos.

Desde la caída de Morgay, muchos aldeanos damnificados por el paso de las tropas de huida o de castigo de los Señores Igigi, habían acabado huyendo al Sur, rumbo a Agarthia y a la seguridad que les proporcionaba La Orden… formando poco a poco una ciudad extramuros, en la isla central de la laguna donde se emplazaba la Fortaleza de La Orden.

Cuando los soldados trajeron la primera barca de refugiados, Jonah la vio, ella era diferente al resto, vestía una toga gruesa y blanqueada, que aunque manchada y algo deshilachada por el largo periplo, le otorgaban cierto halo de magnificencia. Se trataba de Freya, una sacerdotisa de la región de las montañas… Ella había sido la encargada de liderar a los supervivientes de su aldea y a un grupo de extrañas mujeres muy parecidas a ella, desde las remotas montañas hasta la seguridad de Agarthia. Se trataba de una luchadora, aunque también era una mujer muy hermosa; Freya era de mirada enigmática que muy pronto atrajo la atención de Jonah.

Freya no era joven, pero aún guardaba aquella hermosura que en su madurez, hace florecer a algunas mujeres. Era pelirroja y tenía el rostro blanco y surtido de unas ligeras pecas que jugaban a su favor y en contraposición con unos ojos de un verde esmeralda intenso. Su rostro, ovalado y hermoso, y su cuerpo curvado pero bien proporcionado, le daban cierto aíre de vitalidad.

-Señor… - Dijo un guardia a Jonah.

-¿Qué ocurre? – Le contesto Fox, sin apartar sus ojos de la mujer,

que seguía ayudando al resto de refugiados a desembarcar.

-El maestre os llama a consulta. Os espera en la sala de mapas del torreón.

-Voy… - Y diciendo esto, Jonah se llevó la mano a la empuñadora de su espada, que pendía del cinto y se giró, no sin antes, cruzar su mirada con la de la mujer. - ¿Quiénes son? - - Le preguntó al centinela - ¿Les conocéis?

-Son más refugiados del Clan Fraser. Ella según dice, es una sacerdotisa y la líder de un grupo de mujeres que la siguen. Dice llamarse Freya y es la que los ha conducido hasta Agarthia.

-Aseguraros de que tienen refugio en los almacenes, fuego y alimento, dejarle todo lo que necesite a esa Freya Fraser, más tarde bajaré a interrogarla.

-Sí, señor. – Y tras hacer una salutación, el guardia se volvió para atender a los recién llegados.

Freya cruzó su mirada con Jonah un segundo, era como si aquella mujer le hubiera reconocido. Luego bajó la mirada ruborizada, al sentir como los ojos del caballero se posaban en su rostro y continuó ayudando a desembarcar al resto.

NAZARIUS DAMOCLES

11

En algún punto de la periferia Galáctica

Mil años estándar, tras la caída de Cronos.

Nazarius Damocles entrecerró los ojos debido al fuerte impacto de la luz pálida y azulada de los soles binarios que atravesaba la gruesa mampara de la cubierta y que le deslumbraba. Nazarius Damocles estaba completamente desnudo, sentado en una banca metálica con un recubrimiento acolchado y cubierto con una manta térmica.

-¿Qué hora es? – Preguntó Nazarius Damocles.

-Las veintiuna horas, horario estándar. – Respondió una voz metálica y carente de toda emoción, situada a su izquierda.

-Baja las luces de la estancia… - Suplicó Nazarius Damocles, y a su orden la luz medioambiental bajo un poco, justo al punto mínimo para que aún se pudiera ver.

-¿Cuánto tiempo ha pasado?

-En términos lineales, mil años de la Tierra señor. – Le informó la voz metálica.

-¡Mil años!... ¡joder! – Nazarius Damocles intentó que su exclamación sonará fuerte, pero se vio incapaz, sus cuerdas vocales aún no eran capaces de emitir nada más fuerte, más allá de un susurro. ¡Estaba tan cansado y tenía tanto frio!, aún no había conseguido dejar de temblar, a pesar del calor y la radiación emitida por aquella manta especial. Tembloroso, extendió su brazo y tomó una bebida cerrada, terminada en una pajita, se la llevó a los labios rugosos y aspiró… aquella bebida sabía a rayos, pero Nazarius Damocles sabía perfectamente que aquel brebaje infernal le ayudaría a recomponerse mucho antes.

-¿Entiendo que soy el primero al que despiertas de la hibernación?

-Afirmativo, señor. Según el procedimiento estipulado, el Oficial Timonel debe ser el primero en despertar al alcanzar el destino o incurrir en una eventualidad en el trayecto.

-¿Y hemos llegado a nuestro destino?

-Nos encontramos en algún sistema no identificado, en las proximidades de la Nebulosa de Orión.

-¿Qué clase de respuesta es esa?

-Hemos perdido el contacto con el sistema Madre,. La telemetría de hiperhonda y las primeras conclusiones tomadas en base al tiempo,

posición y estado de la nave, indican que la misión no se encuentra en la ruta esperada.

-¿Cómo es eso posible? ¿El ordenador de navegación no tomó las medidas de corrección programadas?

-Ciertamente señor. Estamos reconstruyendo la información de la que disponemos, pero pensamos que algo ocurrió horas después de que La Sheol atravesará el cinturón de Kuiper, la frontera con el sistema solar externo. El androide dio un paso hacia delante y se dejó ver por la tenue luz.

Era la primera vez que Nazarius Damocles pudo enfocarle con nitidez. Aquel modelo, el Iskander Serie 8, no era nada del otro mundo, pero en el momento del lanzamiento y con las prisas… apenas pudieron pertrecharse de los recursos más aconsejables. Un modelo androide con un sistema de inteligencia artificial de más de cincuenta años…, él y otras tantas unidades para servir a toda la tripulación, pero era o eso o nada.

Nazarius Damocles rondaba los setenta años, aunque a los ojos de un humano de finales del siglo XXI su aspecto era el de un saludable hombre de no más de treinta. Delgado, de facciones marcadas y corte de pelo militar, sus cabellos castaños, apenas tenían canas y su rostro, casi no tenía ninguna arruga. Aunque claro, su edad biológica, seguían siendo setenta, bien conservados gracias a los avances de la ciencia médica, pero su edad real, ahora superaba el milenio. ¿Quién se lo iba a decir momentos antes de entrar en la cámara de hibernación para iniciar una travesía de apenas cinco años, transportando colonos hibernados hasta las colonias orbitales y subterráneas de Plutón.

-Por entenderlo un poco, ¿me estás diciendo que el ordenador de navegación no sabe lo que ha pasado?

-No señor, por lo visto, entramos en una distorsión espacio-temporal, algo se formó a proa, en el tercer año de navegación y el ordenador de navegación no pudo evitarlo, ni iniciar los protocolos de emergencia. Todo fue muy rápido.

-¿Y después?

-No conseguimos entenderlo señor, no hay datos, pero parece ser, que las funciones cognitivas de la mente electrónica del ordenador se desconectaron a causa de algún tipo de fallo que no hemos podido identificar.

-¿Y cómo ha despertado?

-No tenemos datos concluyentes, aun así, el contador interno del sistema enuncia que nos hemos desviado de nuestra ruta considerablemente y muy probablemente, nos encontramos en una región del espacio desconocida.

-¿Y han pasado mil años?

-Al parecer, el ordenador de navegación consideró todas sus posibilidades y según su programación tomó una decisión. La Sheol fue dañada en varias secciones y solo contaba con sistemas de propulsión limitados. En base a nuestra posición en el espacio profundo, detectó la posición del sistema solar más cercano y como llegar en un viaje de bajo consumo, con el objetivo de preservar al máximo la misión y la carga.

-¡Por la Diosa!, Me estás diciendo que desde el lugar donde nos depositó la distorsión hasta este punto ¿ha tardado mil años en llegar? ¿Por eso no nos despertó de la hibernación?

-Así es señor, también redujo el consumo de energía al mínimo. De la tripulación androide de La Sheol, tan solo me ha despertado a mí, para ayudarle en su proceso de recuperación. Ahora, que el ordenador considera que nos encontramos en las postrimerías del sistema solar seleccionado, se consideró despertarle a usted.

-Increíble… casi estoy muriéndome y empiezo a desear morirme… de verdad.

-¿Necesita un antidepresivo señor? – La respuesta del androide volvió a sonar fría y carente de emoción.

-No joder – Nazarius Damocles se veía molesto – Estaba tratando de ser sarcástico, no me deis más potingues… - Y diciendo esto, se incorporó con dificultad y trato de empezar a vestirse. ¿En qué posición de la galaxia nos encontramos?

-No tenemos datos concluyentes señor. Aunque todo parece indicar que nos hayamos cerca de un sistema denominado Crosaurius, tan solo hay cartas estelares Centauri que hagan referencia a esta posición.

-¿Cartas estelares Centauri?

-No lo entiendo señor, pero parece que una subrutina fue agregada en el sistema de navegación para alcanzar esta posición. El sistema parece tener un planeta habitable que se denomina con el mismo nombre.

-A ver si lo he entendido. ¿Quieres decirme que una anomalía ha alterado nuestra posición, debido en parte a que alguien agregó una posición y una ruta no prevista hace mil años en el sistema de forma irregular?

-Es muy probable señor.

-¿Tenemos posibilidad de retomar la ruta original?

-Imposible señor. No hay combustible y sin contacto con Cronos por hiperhonda, no hay forma de entrar en curvatura.

-Está bien… carga, y cientos de personas dependen de la decisión que tomemos. ¿Hay señales de colonias humanas en ese mundo?

-No hay emisión de energía significativa. Si está habitado, apenas hay infraestructuras tecnológicas.

-Ok, nos arriesgaremos. Entra en órbita sincrónica y prepara los sistemas para el aterrizaje. Me temo que nos quedaremos una temporada a explorar ese mundo.

-Activando sistemas – Le contestó la voz metálica.

Nazarius terminó de ponerse su uniforme de combate y acto seguido, ascendió por un conducto al puente, desde donde comenzó a activar las rutinas de la computadora central que despertarían de la hibernación al resto de la tripulación. Fuera lo que fuera a lo que se iban a enfrentar era mejor hacerlo juntos.

Por un instante Nazarius recordó a un mercader centauri, un tal Saronte Richardson, que había sido el encargado de proveer upgrades a los sistemas computacionales de La Sheol antes de la partida de su misión. Nazarius lo recordaba como un tipo gordo y grande, muy dicharachero y tendente a hablar mal del gobierno terrano, ¿estaría involucrado en las últimas revueltas independentistas orquestadas por los sindicatos Centauri contra el gobierno terrestre? ¿Sería el la causa de lo que habría pasado con la ruta de La Sheol? Pero lo que más alarmaba a Nazarius, era el hecho de que se encontraran mil años con respecto a su tiempo y más aún… que Cronos hubiera enmudecido. ¿Seguiría existiendo la Tierra?

12

Aqueron Oriental

Tres años desde la llegada del HMS Deméter

Sigurd Haraldsson no se fiaba de ese tal Walter Stewart, el amigo del druida Menoch Govind Scully, que Aaliyah, el príncipe de los aramitas les había traído de forma inesperada. El líder aramita le había rescatado de las terribles garras del desierto y supuestamente, después de que el escocés hubiera escapado de la mismísima ciudad maldita de Rocamar.

Los aramitas también les habían brindado su ayuda e inesperadamente les habían rescatado del desierto. Govind decía que eran muy parecidos a los beduinos de la antigua Tierra, un pueblo del desierto, con el que le había tocado combatir, cuando aún sostenía el cargo de cabo de los Scottish Grey, años antes de su llegada a Aqueron. ¿Estarían quizás los aramitas primitivos relacionados de alguna forma con esa gente beduina a la que se refería Govind? La perspectiva sobre el universo y el tiempo había cambiado notablemente en los últimos meses, en la mente del hombre del norte, tras conocer a Govind y empezar a entender un poco más sobre las verdaderas fuerzas de la naturaleza y de las infinitas realidades de las que se podía componer la sesgada percepción humana, limitada por su propia condición primitiva a un pensamiento puramente lineal.

Por un instante insignificante, el hombre del norte, se permitió la triste reflexión de que quizás en otra línea temporal, en otro mundo oculto a sus sentidos, su mujer y su hija no se hubieran topado con aquella perra infernal Igigi y tal vez, solo tal vez, aún estarían vivas... La mirada de Haraldsson quedó perdida en el fuego de campamento que presidia la jaima aramita en la que se encontraban reposando la cena...

Desde luego, el norteño no podía negar que aquel tipo le caía bien y que finalmente y después de pasar tantas calamidades juntos, se habían hecho amigos, pero a pesar de todo, las ideas iban y venían en la mente torturada por la culpa de Haraldsson. Cada vez que cerraba sus ojos veía los rostros ensangrentados de su mujer Aslaug y de su hija Vyra, un año antes de ser asesinadas por Cinnia McGregor, la

examante del Mesías Rojo… de aquel estirado Jonah Fox, del que no terminaba de fiarse. Aunque no podía negar que la mano de La Orden, ya andaba lejos, si había conseguido extender sus influencias y alianzas, hasta aquel remoto pueblo del desierto, que eran los belicosos aramitas.

Walter Stewart, decía entender los signos que había grabados en la pesada arca que habían encontrado. Aquella misteriosa caja de metal frio, que helaba la sangre de cualquier hombre cuerdo. Según Walter, había aprendido aquella escritura de signos, al menos parcialmente, durante su cautiverio ante aquella entidad que se presentaba como Akibel, un Igigi, conocido de Govind y del propio Jonah Fox, que les había acompañado en su viaje al atravesar La Brecha y que anteriormente respondía al nombre de Edgar Mcelroy, cuando aún se hacía pasar por humano. ¡Aquella historia era tan extraña!

Sigurd Haraldsson se preguntó si tal vez su pueblo, los antiguos norteños, de los que también descendían algunos clanes del norte de la Isla Occidental y los propios señores de Vagarde, alguna vez entraron en Aqueron de la misma forma… proveniente también de aquel mundo lejano al que Jonah Fox y Govind, llamaban Tierra. ¿Quizás los aramitas también? Y en general todos los humanos que ahora poblaban ese mundo… De ser cierto, el periplo debió de ser grandioso o producirse en diferentes épocas y desde diferentes lugares, puesto que Sigurd Haraldsson se negaba a creer que su piel blanca tuviera realmente algo que ver, con la piel oscura de aquellos enigmáticos guerreros del desierto, aunque tal vez sí, todos provenían de una patria común…

En cualquier caso, las revelaciones de aquel hombre extraño, Walter Stewart, no terminaban ahí y se sumaban a los propios descubrimientos y reflexiones de Govind, lo cual, para Sigurd Haraldsson les daban más credibilidad, algo que le irritaba profundamente. Según Walter, el Arca era un arma, o mejor dicho, el arma definitiva que podría vencer a Abaddón y erradicar su amenaza de Aqueron para siempre. Aunque ni el propio Govind o el mismo Walter, sabían muy bien, que haría el arma una vez activada, o si podrían detenerla.

Una vez más y según la historia del escocés, para activar el Arca, deberían acudir a un lugar especial llamado La Cámara de Reflexión, ubicada casualmente bajo la sala del trono de Abaddón, en su custodiada fortaleza de Rocamar. ¡Ósea que debían atacar Rocamar y vencer allí!, ¿Para qué activar el arma entonces si conseguían aquel hito?... Según Walter, a un Anu y a sus Arcontes, jamás se les podría vencer, puesto que podían subsistir sin forma física, solo incorpórea…

pero lo que sí podrían hacer es obligarles a huir, puesto que la sala del trono, era realmente una estancia mucho más antigua, el rescoldo de una estructura arcana edificada y posteriormente abandonada por los propios Constructores y que de la que los Anu, se habrían apoderado a su llegada a Aqueron. Esta sala sobre la Cámara de Reflexión se llamaba Sala de Portales y al activarse la Cámara, crearía una serie de puerta o portales a otros mundos y otras líneas temporales, por las que los Anu y sus seguidores no dudarían en pasar. Pero Sigurd Haraldsson no quería eso, quería venganza, quería matarlos a todos; Anu, Igigi, Arcontes o Lulus… todos le daban el mismo asco y estaba obsesionado por destruir aquella raza maldita, aún a costa de su propia vida si era preciso.

Aún había otra sorpresa, que les había deparado el escoces, pues ya le había advertido Govind, que era un sabio muy capaz y docto en diversas materias; Walter les explicó que durante este tiempo había desarrollado unos planos para la construcción de unos barcos voladores, similares al que les trajo a él y a los suyos a Aqueron, pero con capacidad militar, impulsados por combustión de vapor. Walter, les explicó que aquellas naves, tenían un fallo deliberado en su diseño y que si finalmente eran construidas por Akibel y sus esbirros, al alcanzar cierta temperatura sus calderas no resistirían la presión y finalmente detonarían. ¡Era una gran oportunidad! Y según Govind, su única esperanza era llevar a Walter hasta Agarthia y convencer al Maestre, para impulsar la creación de su propia versión de aquellos barcos voladores de guerra… Aquella sería su única oportunidad de tener éxito sobre las máquinas de guerra de Rocamar y poder al fin, conducir a un reducido grupo de hombres hasta la Cámara de Reflexión y activar el Arca, que como colofón, precisaría de las Tablas del Destino, dispuestas sobre esta, y como elemento catalizador de la misma, la propia sangre de Walter, que era la Llave de todo.

Govind y Walter, habían pasado casi toda la noche encerrados en una de las jaimas aramitas, delante del fuego hablando y contándose sus vidas…

Govind se afanaba por escribir extraños versos, visiones y sueños que tenía, ampliando un viejo texto Menoch, que él llamaba “Upanishads Sanatana Dharma”, y que siempre le acompañaba en forma de apergaminados manuscritos cosidos con hilo de cuero, enterrados en su morral junto a las Tablillas del Destino. “Algún días otros continuaran esta obra”… Le había dicho al hombre del Norte, sin que este pudiera tan siquiera entender, lo que aquello realmente significaba.

Finalmente Sigurd Haraldsson hartó de tanta charla, tomó su

espada y salió fuera, a contemplar el cielo nocturno estrellado.

Si todo salía bien, al día siguiente estarían embarcando en una faluca ribereña, rumbo al Camino de las Rosas y a Agarthia. A pesar de que la Cruzara aceptara a Walter y siguieran el loco plan de atacar directamente Rocamar por aire y tierra… a pesar de que su Mesías Rojo lo ordenara el no dudaría… Sigurd Haraldsson estaba seguro de que cuando llegara el momento, mataría a Cinnia McGregor con sus propias manos y si Jonah Fox o cualquier otro se interponía en su camino, lo mataría también.

13

Isla Occidental, Fortaleza de Agarthia
Tres años desde la llegada del HMS Deméter

Jonah Fox se levantó de forma pesada de la cama. La primavera no hacía mucho que había llegado a Agarthia y las estancias del Comandante tenían los ventanales abiertos y por ellos penetraba una brisa fresca y nocturna que movió los opacos cortinajes.

-¡No iras! - Dijo Jonah, mientras andaba unos pasos hacia la ventana aún desnudo.

-Iré… lo sabes. El destino nos trajo aquí, el destino me trajo a tu lado… - Le contestó con gesto confiado e imperturbable Freya, que al igual que él, permanecía desnuda y tendida en la cama, dejando caer su largo y rizado pelo rojizo hasta alcanzar a tapar parcialmente sus sonrosados pezones.

-¡Es una locura!, será una batalla terrible. Abaddón y esa escoria Igigi que le sirve no rendirán Rocamar fácilmente.

-Nos necesitas. Me necesitas – Y Freya estiró el brazo hasta alcanzar un camisón semitransparente y se lo puso, luego se puso en pie y ando hasta alcanzar a Jonah y agarrarle por detrás, tocando sus hombros.

-No puedo… no quiero…

-¿No quieres perderme? , como la perdiste a ella…

-No… - Jonah vaciló sin apartar sus ojos de las aguas de la laguna.

Los últimos meses habían sido muy intensos en Agarthia. Mientras diferentes destacamentos de La Cruzada, se diseminaban por la Isla Occidental, repeliendo los esporádicos ataques de los monstruosos lulus, y defendiendo a sus distintas poblaciones de los golpes de mano de los Igigi.

Los aramitas se habían reagrupado en el Gran Sur y habían atacado la puerta del desierto. Al-Semanet volvía a ser una ciudad humana y Aaliyah y otros príncipes habían jurado apoyar al Mesías Rojo en su asalto final a Rocamar.

Tras la llegada de Govind Scully y Sigurd Haraldsson, las sorpresas no habían concluido para Jonah, ¡pues había vuelto a ver a un prematuramente envejecido Walter Stewart!, -“por la Diosa”- aún estaba vivo.

Al caballero Roger Trencavel le costó mucho más asimilar el plan de Walter Stewart, que al propio Maestre Filip Leblanc, no obstante, el viejo Filip venía de un tiempo posterior al que Jonah había dejado atrás en Escocia. El francés, provenía de principios del siglo XX, -"¡Vaya locura!"- y por tanto y para él, los motores de vapor eran algo conocido y quizás un poco antiguo. Aunque claro está, Filip nunca tuvo los conocimientos de ingeniería necesarios para recrear en Aqueron las máquinas de su tiempo. Por esta razón, cuando Filip conoció a Walter, y supo por este y por Govind, que el escoces era capaz de diseñar y supervisar la construcción de los zepelines drakar de combate, los ojos del francés se iluminaron con una renovada esperanza.

Del retorno de Govind con el Arca, habían pasado meses y desde aquel tiempo, aún con las nieves cerradas circundando la laguna de Agarthia, habían comenzado arder las fraguas de la fortaleza y edificarse nuevos edificios con idéntico fin. El trabajo ya no paró hasta la primavera.

Entre tanto, Sigurd Haraldsson con sus Señores del Gran Norte y Ducan Darroch, sobrino de Uther Darroch, al mando de las huestes de Vagarde, se habían ocupado de defender las riberas y de dirigir la reconstrucción de Morgay, como centro de comercio. Aún le quedaba un gran dolor de cabeza al Maestre Filip, debiendo mediar entre estos dos pueblos, por saber, quien finalmente desempeñaría el gobierno y la explotación de la ciudad conquistada. El Gran Norte y Vagarde eran primos lejanos, pero estaba claro que no se tenían por hermanos en ningún caso y la tensión iba en aumento. Tal vez, si la preparación de la flota se retrasaba mucho, tendrían problemas para organizarse antes de la gran ofensiva.

-"¿Cómo había llegado a aquello?"- Pensó para sí Jonah Fox –"¿Cómo se había enamorado de aquella mujer misteriosa"?- Todo había sucedido demasiado rápido.

Aún abatido por la culpa y antes incluso de que Govind atravesará el Mar Angosto, Jonah, se cruzó en numerosas ocasiones con Freya, entrelazando las miradas pero sin hablarse.

Cierta noche, sufrieron un inesperado ataque. Lo que parecía ser una nueva e inocente barca de refugiados que atravesaba la laguna, resultó ser una trampa Igigi.

Decenas de cadáveres, hábilmente dirigidos, se transportaron suave y dócilmente dirección a la fortificación de La Orden. Los centinelas, aburridos de ver repetida aquella escena centenares de veces, dieron el aviso, pero ninguna otra razón, parecía indicar, que aquello representara una amenaza, por lo que no se movilizó más que a los

efectivos del retén de imaginaria, que hacían guardia aquella noche.

Tras el desembarco de la nave espectral, los muertos salieron de la embarcación poseídos por la rabia y la fuerza que los caracterizaba, abalanzándose sobre los primeros desdichados centinelas que se les aproximaron. Los gritos de aquellos necios, despertaron al resto de la guarnición y antes de que pudieran darse cuenta, diez barcas más, que habían partido, silenciosas, desde la otra orilla, arribaron por diferentes puntos de la isla, iniciando un hábil golpe de mano contra La Orden, como nunca antes se había perpetrado.

-¡Nos han encontrado!- Escuchó Jonah decir a su amigo Roger Trencavel, mientras este, desenvainaba y al grito ceremonial de "Abydos", se lanzaba al frenesí de la refriega.

Jonah se sumó a la batalla, pero antes de unirse al grupo que lideraba Trencavel, marchó hacía los nuevos barracones que habían construido para los refugiados. Un grupo de aquellas cosas putrefactas y sedientas de carne humana, de aquellos lulus, ya estaban aporreando las puertas e intentando derribarlas. Jonah podía sentir su nauseabunda fetidez a distancia, se estaban descomponiendo y a pesar de eso, eran tan fuertes y fieros como un depredador herido.

Jonah segó la cabeza al primero con su mandoble, pero al instante llegaron más y entonces, cayó en la cuenta de que estaba solo, dado que el resto de la guarnición se había concentrado en el embarcadero, haciendo frente al ataque más numeroso.

En un abrir y cerrar de ojos, Jonah se vio rodeado y con su destino echado –"¡Iba a morir devorado!"- eso lo sabía, mientras esquivaba las garras de aquellos demonios y segaba sus vestiduras andrajosas y sus carnes trémulas y cerúleas. Entonces y como enviadas por la misma diosa, Freya y sus sacerdotisas, abrieron la puerta y emergieron, embutidas en tus túnicas níveas y ceremoniales.

Los ojos de Freya y sus acolitas brillaron en la oscuridad, con un tono pálido y fulgurante, y de sus manos extendidas comenzaron a emerger tímidamente pequeños brotes, como de llamas, que posteriormente fueron tomando consistencia hasta convertirse en bolas ígneas rojizas y brillantes… Aquellas cosas, los lulus, cuando se percataron de su presencia, se giraron, dando la espalda a Jonah, que a pesar de su estupefacción no paró de atacarles y hundir su espada en sus cuerpos corruptos.

Como si de un espectáculo pirotécnico se tratara, las sacerdotisas de Freya, lanzaron sus bolas de fuego una y otra vez sobre aquellos muertos, ¡Eran un arma formidable!, muy pronto no quedó ni un

engendro andante cerca, tan solo amasijos de carne podría y ennegrecida por las llamas, alrededor de la puerta.

-¡El embarcadero! – Gritó Freya y Jonah y sus sacerdotisas, giraron de inmediato y salieron corriendo en pos de la refriega que se producía al otro lado de la fortaleza.

Pronto, Jonah, se percató de la debilidad de aquellas sacerdotisas del culto a la Diosa. Podían producir mucho daño en muy poco tiempo, pero se agotaban con facilidad y quedaban impedidas hasta para moverse, cayendo en un profundo sopor, que de no ser socorridas por los soldados de La Orden, las hubiera expuesto rápidamente a las arremetidas de lulus y aunque Freya, parecía aguantar más que el resto, terminó también por sucumbir a la extenuación y caer en los brazos de Jonah, que quedó prendido de su valor y su belleza.

Finalmente la batalla fue ganada. Gracias en gran medida al impacto inicial de la artillería mágica de aquellas mujeres venidas del norte de la isla. Filip se alegró de contar con aquella arma secreta, de la que nadie en La Orden, había tenido constancia hasta aquel momento. Para Filip todo eran bendiciones, al igual, que aquella mujer pelirroja, esa tal Freya, había parecido sacar de su depresión a Jonah.

Jonah había permanecido al pie de la cama de Freya, en las casas de curación de la fortaleza, hasta que esta despertó dos días después de la batalla, -"¿Cuánta energía las absorbe aquel ejercicio de magia?"- pensó el caballero. –"¿Podría incluso matarlas si era usado en exceso?"- Sea como fuere, cuando Freya despertó encontró a un Jonah vacilante, mirándola con los ojos abiertos como platos.

Freya sonrió e hizo un gesto para que Jonah se aproximara sin decir palabra. Luego, cuando este obedeció, ella le tomó la mano y le sonrió. Aquello había sido el principio de su romance.

-Es cierto – Dijo Jonah – Me da miedo que mueras o que una de esas bestias te haga presa y te convierta.

-Eso no ocurrirá Jonah. Mis hermanas y yo, somos la llave, para que puedas entrar en Rocamar.

-¿Crees que podréis abrir brecha en el muro de la ciudad?

-Sí, lo creo.

-¿Y después?

-Después, sabes que entraremos de nuevo en el sopor. El resto del ataque será cosa vuestra… Así como encontrar esa Cámara de Reflexión de la que nos habló tu extraño amigo, el constructor de barcos voladores. – Y Freya sonrió a Jonah, mientras este se volvía y la abrazaba.

Ambos se fundieron en un beso apasionado bañado bajo la luz de

las estrellas. El tiempo de la batalla final, ya no quedaba lejos.

14

Washington D. C.
Junio de 2014

Los Igigi, Narfater y Andreas, sonrieron bajo el fuego de las explosiones, el caos y los gritos de los ciudadanos despavoridos en una huida continua hacia ninguna parte, mientras su ejército nómada de lulus, comenzaron a descender en medio de aquella gran tormenta de luz.

Narfater los sospechaba, pensaba que algo muy importante habría de haber sucedido en algún lugar del espacio-tiempo para provocar aquel inesperado desenlace. No lo sabían, pero habían llegado al mismo mundo que habían abandonado, si bien en una línea temporal muy similar, se encontraban en otro tiempo, apenas un siglo y medio después de aquel Londres marchito que dejaban atrás.

En medio de las sirenas y el tronar de las toberas de cazas de combate que pasaban arras del suelo lanzando su carga de fuego y azufre, todavía inconscientes de que no podían detener aquella locura de fuego y sangre. Aquella ciudad llamada Washington D.C aún desconocía que aquel era el principio de su fin. Entre tanto, las hordas de los muertos y la desesperación, atravesaron las puertas del tiempo y el espacio para iniciar su nueva y terrible conquista, era el apocalipsis.

Narfater y Andreas permanecieron al pie del portal durante horas, hasta que el último de los lulus lo atravesó y la masa que había iniciado su descenso no lejos del Capitolio de los Estados Unidos, ya hacía tiempo que se había perdido a la vista, atravesando la populosa ciudad, destruyendo todo a su paso y dispersándose en mil direcciones. Para entonces, la hermosa Igigi pudo observar con asombro y con cierta preocupación, las máquinas voladoras que los humanos llamaban helicópteros grabándoles y enfocando al portal y a ellos mismos desde las alturas, "¿Por qué les vigilaban?, ¿Por qué no se preocupaban por luchar y defender a su propia gente?" Aquellos humanos modernos eran muy extraños.

Narfater no lo sabía, pero aquellos helicópteros estaban retransmitiendo la escena por televisión a todo el planeta y tanto Andreas, como ella, eran ahora los protagonistas principales de una escena tan surrealista como horripilante.

Finalmente los helicópteros se retiraron, cuando un nuevo portal se abrió de forma espontánea no muy lejos del primero. Para entonces, las

explosiones ya estaban consumiendo gran parte de la ciudad y en las postrimerías de El Capitolio, ya solo había cazas F-16 en vuelo rasante, lanzando misiles del tipo AIM-120 AMRAAM, un misil aire-aire de medio-largo alcance, o lo que se conoce como más allá del alcance visual, también llamados "Slammer" y que la OTAN lanzaba usando el código Fox Three.

Narfater no sabía mucho sobre aquel tiempo y aquel mundo, pero entendía que aunque parecían mucho más evolucionados que los grises ciudadanos del Londres Victoriano que habían dejado atrás, aquella inesperada situación les estaba empezando a superar y que quizás, estaban empleando armas demasiado poderosas contra sus infraestructuras y sus propios ciudadanos, tratando de contener una situación que parecía que se les iba de las manos. Aquellos pensamientos hicieron que Narfater dibujara una sonrisa en sus carnosos y sensuales labios y luego mirara a Andreas, haciendo una leve inclinación indicándole, que quizás, fuera una buena idea pasar al segundo portal… Lo que fuera que les hubiera atraído hasta allí, era claro, que era muy poderoso y quizás, no conviniera contrariarle. Se marcharían, dejarían el caos y la destrucción a su paso, sembrando de muerte aquella realidad, para dejarla lista para la cosecha, quizás..., más adelante. Los designios de los Anu eran inescrutables, aunque, Narfater no estaba segura de si aquello lo habían provocado sus amos oscuros.

Las dudas de Andreas Lampert se disiparon cuando una de aquellas increíbles máquinas de guerra voladoras viró en ciento ochenta grados y se dirigió a una velocidad vertiginosa, en vuelo rasante y levando árboles y coches a su paso, en dirección al portal y a ellos. "¡Estaba claro que había recibido órdenes de disparar contra su posición!".

Un Igigi era un Arconte encarnado, en carne mortal y aunque la posesión hacía al individuo mucho más fuerte, resistente y longevo que un humano normal, incluso en proporciones que rozarían la divinidad, pues el Igigi, era más fuerte, cuanto más antiguo era, hasta que el tiempo terminaba por cruzar las barreras más inalcanzables de resistencia biológica, y era obligado la transmigración. Todo aquel poder, no era suficiente, para hacer que sus cuerpos resistieran el impacto de una de aquellas bombas. Aquellos ingenios humanos eran demasiado poderosos como para poder resistir con su carne la deflagración y si quedaban allí, si las máquinas los consumían con su fuego demencial y terminaban sin cuerpo descarnados, "¿quién convocaría el Urushdaur?", "¡Estaban solos!", podrían quedarse como almas errantes y sin encarnar por siempre en aquella realidad alternativa. Era un riesgo demasiado alto y no podían permitirse el lujo de dejarse matar.

Lo último que vio Andreas, antes de saltar tras Narfater al interior del segundo portal y una vez más, rumbo a lo desconocido, fue tras él, un

potente destelló seguido de un zumbido atronador, el F-16 había disparado un misil en su dirección.

15

Plantea Gaia (Tierra) – Sistema Madre
Principios del siglo XXIII

"*Nadie sabrá jamás cuántas almas se perdieron en la larga noche del firmamento. Cuando incontables quedaron hundidos en el sueño eterno de las estrellas. Algunos, los afortunados, despertaron para enseñarnos una dura lección.".*

Extractos del sura 44, versículo 1451. Upanishads Sanatana Dharma

Laertes Strong miró al cielo. Aquella mañana era de color azul turquesa, resplandeciente y plácido, sobre un mar en calma. Aquella imagen mediterránea se quedó grabada en su retina para siempre como marca ardiente sobre lomo de un carnero embravecido por el hierro humeante de su amo. Ese era su último día en la tierra y había decidido regresar a la costa, a la tierra de olivares que una vez sostuvo la precaria economía agrícola de sus antepasados.

Laertes era un hombre recio y fornido, de áspera melena y piel bronceada. Su barba rizada y áspera por la humedad le daba cierta apariencia de náufrago.

Sabía que había pasado los últimos meses de su vida dedicado a una misión secreta, en la comandancia del Alsima en el Sinaí, pero tras someterse al procedimiento de limpieza de recuerdos, apenas, podía recordar que había ocurrido durante ese tiempo. Ahora, volvía al fin, a ser un científico más, un fiel al Alsima, dispuesto a entregar el resto de su vida a la más justa de las causas.

Tras el solitario paseo, Laertes Strong regresó a su aerodeslizador y remontó el camino hacia la central de transportes más cercana; ya sentado en uno de los innumerables compartimentos del tren sónico, rumbo a la base australiana de Newton River, Laertes repasó en una pequeña agenda electrónica de bolsillo su testamento y últimas voluntades legales. Todo debía quedar zanjado antes de partir.

Laertes no era más que uno de los cientos de miles de colonos que semanalmente eran lanzados a las profundidades del espacio, hibernados en estado latente, congelados en un sueño que paralizaba su ciclo biológico hasta alcanzar su destino. Grandes navíos estelares

llamados “barcazas” eran lanzados al espacio rumbo a recónditos mundos inexplorados con el objetivo de colonizar la galaxia y asegurar así, la supervivencia de su especie. La superpoblada y contaminada Tierra ya no daba más de sí…No había opción, emigrar o morir…

Las barcazas eran verdaderas ciudades volantes capaces de albergar pequeñas poblaciones autosuficientes con el objetivo de terraformar mundos enteros y convertirlos en pequeñas Tierras o, como ya se empezaba a denominar, pequeños espejos de la Madre Gaia.

Ciento cincuenta años antes, un científico hindú fiel sirviente del primer Alsima, había creado el primer prototipo de motor hiperespacial capaz de generar impulso de curvatura. Este ingenio había permitido al género humano colonizar el sistema solar en cuestión de cincuenta años. Sin embargo, esta tecnología se había demostrado peligrosa y arriesgada, pues no eran pocas las “barcazas” que terminaban perdiéndose en las inmensidades del frío y traidor hiperespacio. Pero las lamentables pérdidas y catástrofes no habían detenido el afán de supervivencia explorador y colonizador de la raza humana.

El problema de la corrección de rutas fue, finalmente, resuelto con la creación de “Cronos”, la computadora más grande jamás ideada por el género humano. Aquel computador monstruoso, diseñado con la innovadora tecnología bio-electromagnética, resultó ser del tamaño de la isla de Chipre. Cronos se volvió imprescindible y muy sensible a toda suerte de ataques terroristas. Para mayor seguridad, fue enterrado en un emplazamiento secreto bajo la estepa rusa.

Cronos, o como también se le conocía; el Faro de Gaia. Era el responsable de enviar y coordinar las señales de híper-radio que dirigían las barcazas hasta sus puntos de destino y, en pocos años, ningún crucero se aventuró a surcar las inmensidades del espacio, tanto si viajaba desde la tierra como si transitaba por las inmensidades estelares entre las jóvenes colonias, sin ir debidamente conectado a la señal de hiperhonda generada y retransmitida por Cronos.

A semejanza de los grandes faros de la antigüedad, Cronos se convirtió en el símbolo más digno del orgullo y la arrogancia de los humanos de la vieja Tierra. Pero la historia de la humanidad no había sido un camino de rosas hasta llegar a aquel tiempo de esplendor sin precedentes. La Gehena nuclear, la plaga oscura y otros desastres habían conducido a la humanidad hasta el borde la extinción.

De entre las cenizas de aquel viejo mundo, emergió un nuevo líder, un Mesías Rojo iluminado que condujo a los pueblos de la devastada

tierra bajo una sola bandera y tras su hegemonía, los muertos fueron reducidos y reconducidos a áreas remotas y aisladas, donde poco a poco se fueron marchitando hasta casi desaparecer... Llegó la paz y la igualdad al mundo. Las casas volvieron a alzarse, los campos a labrarse y los hombres volvieron a tener tiempo para contemplar y apreciar el mundo que les rodeaba y al que tanto habían hecho sangrar.

Alsima, "el Mesías Rojo emperador", fundó la capital de su gran reino sobre las ruinas de una antigua ciudad llamada Jerusalén. El Mesías Rojo Alsima creó una dinastía de reyes y emperadores que gobernó con mano de hierro a los pueblos de la tierra, obligando a millones de personas a abandonar el sistema madre en pos de un futuro incierto, en mundos teóricamente habitables avistados por los inexactos radiotelescopios terrestres, en beneficio de las saturadas y hambrientas regiones mega pobladas de Gaia.

Si el hiperespacio no acababa con las expediciones, lo hacían destinos que resultaban ser planetas sin atmósfera, volcánicos, helados o con gases venenosos. Sea como fuere, la población terrestre recobró el equilibrio y, poco a poco, nuevas colonias fueron recogiendo muchedumbres desengañadas de colonos en busca de una segunda oportunidad.

Laertes miró con orgullo el emblema rojo bordado sobre su pecho en su reluciente uniforme blanco y aséptico. Aquel "Ave Fénix" representaba el renacer del género humano y su última esperanza también.

Laertes era uno de tantos convencidos de las buenas intenciones y el buen hacer de la saga de emperadores vástagos del Mesías Rojo. Como un peregrino de la antigüedad, se disponía a emprender un viaje sagrado con la certeza de que su sacrificio podría abrir una nueva puerta al género humano.

Su misión, en compañía de otros doscientos científicos de distintas especialidades, era la de alcanzar una estrella enana más allá de los límites de la nebulosa de Orión.

Los radiotelescopios habían dado una alta probabilidad de que un mundo tipo "Gea", similar a la tierra, orbitara en torno a la estrella. La misión de este primer grupo era alcanzar dicho mundo, informar a las centrales terrestres si se obtenía contacto positivo y enviar una señal para que Cronos organizara futuras misiones masivas de colonización.

El riesgo era que una barcaza estándar no disponía de energía suficiente para un viaje de ida y vuelta. El problema de la población era tan grande que los recursos eran cada vez más limitados y quedarse en la tierra era exponerse a la inanición, la contaminación

desbocada o un nuevo resurgir de la "plaga oscura"

Los generadores estelares terrestres aún se encontraban en una fase muy incipiente de su desarrollo y tan solo las misiones que alcanzaban contacto positivo con mundos habitables podían organizar viajes de retorno tras décadas de desarrollo de plantas de energía propias. En realidad y para el cúmulo de la humanidad, no era nada especial o verdaderamente significativo, era una de las decenas de misiones que diariamente eran enviadas hacia los infinitos mundos que La Diosa había dispuesto en el firmamento para uso de los hijos de los hombres.

Aquel había sido el procedimiento estándar durante los últimos setenta años. Importantes y ricas colonias, como Alfa Centauri, habían iniciado su andadura con un pequeño grupo de terraformadores visionarios encargados de preparar el planeta para el posterior desembarco masivo de los colonizadores.

Laertes, al igual que sus compañeros de viaje, había pasado los últimos diez años recluido en distintos centros formativos, preparándose como un monje de clausura, totalmente entregado a la tarea; pues, a pesar de estar formado en disciplinas tan variopintas como ingeniería, astrofísica, historia o Trencavelna, Laertes no era, ni con mucho, una de las mentes más preparadas de la misión y debía seguir formándose y preparándose para ser lo más útil posible al conjunto del grupo. Su supervivencia podía depender de ello.

El viaje que le llevaría en estado vegetativo hasta aquel punto lejano del firmamento nombrado como N75760608, duraría doscientos años estándar o, lo que era lo mismo, doscientos años terrestres. Laertes sabía que cuando alcanzaran su destino todo habría cambiado en la tierra y en las colonias ya constituidas. Él y el resto de integrantes de la misión llevaban diez años sometidos a profunda mentalización para acondicionar sus mentes a lo que esto implicaba.

Por primera vez en la historia humana, el hombre se entregaba a proyectos que una generación no tenía por qué ver concluidos. Los individuos luchaban por metas más elevadas que los egoísmos individuales. Cuando un ciudadano era seleccionado como colono, su vida cambiaba. Debía renunciar a todo y a todos y aprenderlo todo de nuevo en los centros de reeducación.

La supervivencia era muy dura lejos del Sistema Madre, lejos de Gaia. Este era el precio que la humanidad debía pagar por su renacimiento.

“El Arca” era el nombre de la barcaza que aguardaba a Laertes en el espacio-puerto de Newton River. Laertes había consultado los planos centenares de veces, se trataba de una gran barcaza clase Éxodo, el modelo más seguro y fiable que jamás se había construido;

tenía decenas de misiones contabilizadas como éxito, capaz de albergar a mil personas aunque, para esta primera misión a N75760608, la tripulación sólo se compusiera de apenas doscientos viajeros. Los espacios sobrantes fueron ocupados por abundante material técnico, científico y amplias provisiones que englobaban toda suerte de muestras y semillas biológicas, todo lo necesario para crear un nuevo mundo en las estrellas.

Las barcazas de clase Éxodo eran grandes cruceros de forma ovoide, coronadas a estribor con un solo motor cilíndrico. La eslora media de una Éxodo podía alcanzar el medio kilómetro en función de las adaptaciones que sufriera para la misión concreta.

Cuando el tren sónico alcanzó su destino, Laertes se encontró en una gran estación de proporciones colosales. Entre tanto, miles de personas iban y venían hacia sus puertas de embarque, unas a pie y otras en auto-deslizadores de transporte. Tiendas y todo tipo de superficies comerciales ofrecían a los viajeros toda suerte de recuerdos de la vieja Gaia.

En aquel enorme puerto espacial se mezclaban toda suerte de viajeros. Colonos perdidos que buscaban sus secciones de embarque se mezclaban con jóvenes criollos que regresaban a la tierra para conocer el mundo de origen de sus abuelos, sus estrafalarias y, en la mayoría de las veces, pobres vestiduras, los delataban. Pero el imperio humano era grande y la tierra había terminado por convertirse en un punto de peregrinaje obligado; la metrópoli que todo buen ciudadano del Imperio Terrano debía visitar al menos una vez en la vida.

Finalmente, Laertes encontró su dársena de paso uniéndose a la muchedumbre que ascendía por el finger de acceso hasta la barcaza y reconoció a varios de sus compañeros de estudios entre los presentes, gente que, como él, había ido coincidiendo en el itinerante camino entre los distintos centros formativos y de reeducación hasta completar sus estudios coloniales. ¿Estaría entre alguna de estas féminas la que habrían seleccionado para ser su compañera biológicamente más compatible?

Había paridad de sexos, era evidente que estaban destinados a emparejarse y echar raíces, pues, debido a la gran distancia (una de las mayores emprendidas hasta entonces), hacía del todo imposible el retorno, muy a pesar de que el próximo año, ya estaba destinada una segunda barcaza de investigación para el mismo destino.

Toda barcaza, como principio base, debía ser autosuficiente, pues aunque la duplicidad en las misiones incrementaba las posibilidades de éxito, las probabilidades de desastre o pérdida en distancias tan extremas se acentuaban exageradamente. Si no había comunicación

positiva de la primera barcaza vía hiperhonda, la segunda jamás tomaría ese rumbo.

Auxiliares y técnicos de nivel uno, fueron acomodando a los viajeros. Laertes entregó su bono de embarque a un técnico calvo y regordete que le condujo a través de una maraña de pasillos hacía su cubículo de asignación. Aquella barcaza brillaba en extremo, aquellos pasillos, repletos de controles y monitores de información, resplandecían con un blanco inmaculado que daba una agradable sensación de seguridad y control tecnificados.

El mal trago llegó al final. A Laertes le tocó el turno de sumergirse en el líquido amniótico de su cabina, la sensación de ahogo que ya había experimentado en los entrenamientos le oprimió los pulmones. Ayudado por el técnico, el tránsito para acostumbrar sus pulmones del aire al líquido elemento se superó en un par de minutos. Aquel líquido había sido desarrollado a partir del estudio del líquido alojado en el útero de las embarazadas, una solución rica en nutrientes y antibióticos.

Estaba demostrado que era mucho más seguro sumergir el cuerpo en ambiente líquido para así poderlo proteger de cualquier contratiempo con los estabilizadores gravitacionales, limitando cualquier vaivén producto de las fuertes tensiones cinéticas a las que se sometería la estructura.

Seguidamente, Laertes fue invadido por una relajante sensación narcotizante que inundó su mente y músculos haciéndole flotar en aquel líquido sustituto del oxígeno natural. Así, su cuerpo quedaría protegido y listo para el híper-viaje. El viajero entró en trance y comenzó a soñar, si bien su sueño y toda actividad cerebral quedarían paralizados en el momento justo de la congelación.

Laertes se imaginó en una plácida playa al anochecer en el recóndito mundo que les aguardaba, más allá del punto N75760608, acompañado por una hermosa mujer desconocida de cabellera rubia y mirada clara que le sonreía con alegría. Laertes no reconoció el horizonte estrellado, pero la placidez y el cálido abrazo de la muchacha le tranquilizaron. Después, la oscuridad y el silencio… ¿Sería así su destino final? Sólo La Diosa podía saberlo.

Sin darse casi cuenta, Laertes se quedó congelado en el tanque de su cubículo momentos antes de que la barcaza “Arca” despegara del espacio puerto de Newton River, dirigida por un sistema automatizado desde el control de Cronos.

Entre tanto y en la inmensidad del espacio puerto, nadie se fijó en una de las decenas de barcazas estelares que despegaban en ese mismo instante rumbo al horizonte lejano. Aquella astronave era tan solo un

grano de arena en la gran playa del cosmos oscuro e infinito.

PREPARATIVOS PARA LA BATALLA

16

Isla Occidental, Fortaleza de Agarthia
Tres años desde la llegada del HMS Deméter

-¿Fuego griego? – Dijo el príncipe Aaliyah - ¿Y eso que es?

-Un arma – Le contestó Walter Stewart, a su amigo aramita, sin apartar sus ojos de la probeta.

Aaliyah había ido hasta los improvisados laboratorios que el Maestre Filip había ordenado construir para el "Maestre Loco", que era como se comenzaba a conocer al escocés. En unas horas, el aramita partiría por el Camino de las Rosas, rumbo a su encuentro con una faluca que le conduciría por el Mar Angosto de nuevo al continente. No faltaba mucho, para que su padre y otros jeques de Al-Semanet reunieran a todas las tribus del sur, de cara a la gran batalla que les aguardaba.

-¿Y cómo funciona ese arma? – Aaliyah sonreía divertido con las ocurrencias de Walter, pues, aunque sabía que solían ser ciertas. Muchas veces parecían tan inverosímiles, que luego costaba realmente creer que funcionaran.

-Se trata de una substancia incendiaria. – Walter agregó un líquido a la probeta que sostenía con su mano enguantada, usando un recipiente de latón que brilló bajo la luz de una vela y un humillo insustancial, empezó a brotar por la protuberancia de salida del instrumento.

-¿Y cómo se usa?

-Te lo puedes imaginar… provoca incendios…

-¿Funciona?

-¡Claro que funciona!- Walter se giró hacia el príncipe, parecía ofendido por la afirmación. – En el año 214 antes de Jesucristo.

-¿Jesucristo?

-Da igual – Walter, se dio cuenta, de que la explicación terminaría yéndosele de las manos y era mejor delimitarla un poco… - Bueno, hace muchos años, existía un imperio gobernado desde una ciudad llamada Roma, era un imperio poderoso y conquistador, pues había sometido gran parte del mundo conocido. Un general de ese imperio llamado Marco Marcelo presentó una gran armada, frente a una ciudad griega llamada Siracusa, a la que intentó asediar. Este general

no consiguió mucho por tierra, así pues intentó atacar por mar.

-¿Y lo consiguió?

-Lamentablemente para el bueno de Marco, en esta ciudad existía un erudito llamado Arquímedes.

-No me lo digas, ¿El inventor del fuego griego?

-Efectivamente. Su inventó destruyó la mayoría de la flota romana. Haciendo al general del imperio más poderoso de su época desistir de su intento de conquista.

-Vaya… ¿y cómo funciona?

-Tiene unas propiedades especiales que le hacen arder y avivarse al contacto con el agua y no solo eso. Puede arder debajo del agua.

-¿Qué clase de magia es esa?

-No es magia amigo del desierto - Walter sonrió de forma vivaz, como si disfrutara con aquello.

-¿Dónde aprendiste la fórmula para hacer algo así? Imagino que tener este conocimiento debe ser un gran secreto…

-Durante mi cautiverio en Rocamar, tuve acceso a muchos manuscritos, traídos por viajeros de muchos mundos y tiempos diferentes, y que durante incontables siglos fueron almacenados en Rocamar.

-¿Y Akibel te dejó leer eso?

-Era en su propio interés, quería que le diseñara y construyera armas, aunque dudo que fuera consciente realmente de todo lo que llegué a aprender. Su confianza es su debilidad, el orgullo pierde a esas bestias.

-¿Y cómo piensas que usemos eso?

-Sencillo, Rocamar es una ciudad costera. La confusión se iniciará cuando al llegar se arroje el fuego griego desde los drakar voladores y gran parte de sus efectivos se dediquen a sofocar los fuegos.

-Y al intentar contenerlos…

-Usaran agua, y propagaran más los incendios, será un momento ideal para que Freya y sus sacerdotisas, se centren en abrir brecha mientras el resto del plan se va fraguando lentamente.

-Amigo mío… - Aaliyah puso su mano en el hombro del escocés en forma de despedida. – Echaré mucho de menos nuestras entretenidas charlas.

-Yo también príncipe Aaliyah.

-Que la mano de la Diosa te proteja y que Abydos te guarde durante la batalla. – Y el rostro del aramita se tornó algo más formal y sombrío.

-Que nos proteja a todos. – Y antes de despedirse, ambos hombres se dieron un abrazo fraternal.

17

Costa Occidental de Aqueron, proximidades de Rocamar.
Tres años desde la llegada del HMS Deméter

El cielo retumbó con un estruendo tan atronador, que hubiera atemorizado al más colérico de los dioses, mientras una colosal columna de humo se elevaba sobre lo que antaño había sido la ciudad de Rocamar y tras un destello de fuego cruel y cegador y una honda de choque tan poderosa que a Walter Stewart le recordó su accidentada entrada en Aqueron, en el desaparecido HMS Deméter.

La primera honda de energía que manó del epicentro de la deflagración, sacudió su drakar de mando de una forma feroz, hasta hacerles perder el control de la aeronave y empujarles al interior continental, hacia el desierto, para ser mudos testigos del mayor de los horrores.

La mente racional del siglo XIX de Walter Stewart, no podía entender lo que estaba ocurriendo. Sus conocimientos científicos y su información de campo, no alcanzaban tan siquiera a conjeturar lo que estaba sucediendo realmente allí.

Walter en compañía del jefe Midgar, Uther de Vagarde y el Maestre Filip Leblanc, se habían adelantado desde hacía horas, elevados en la seguridad de su buque de mando sobre un promontorio rocoso, lo suficientemente lejano como para no ser vistos, pero lo suficientemente próximo al teatro de operaciones como para visualizar y dirigir el asalto final, con banderolas multicolores de mando, sobre la ciudad del poderoso dios Anu, que respondía al nombre de Abaddón.

La batalla se había desarrollado a lo largo de diferentes frentes durante horas, pero era evidente que algo extraño y caótico había ocurrido. Algo tan poderoso y asombroso que escapaba a su comprensión y cuyos efectos devastadores se harían sentir por siempre en todo aquel mundo llamado Aqueron.

Walter no lo sabía, pero la emisión inicial de energía de la detonación producida en algún punto de la Sala de Portales, la antigua sala del Trono del dios oscuro, había generado una liberación de energía brutal, en forma de rayos gamma, rápidamente absorbidos y dispersados por el aire en cuestión de nanosegundos, convirtiéndose

en radiación de pulso térmico y liberando una cantidad colosal de energía cinética, lo que provocó una inconmensurable embestida por aire y tierra, dejando que el resto de energía, de forma más retardada se liberara en forma de gas radiactivo hacía la atmosfera, generando una segunda y aún más terrible onda expansiva y liberando elementos pesados y radiactivos por esta. Pero quizás, el efecto más devastador vino a los pocos instantes de la generación del hongo de humo radiactivo, cuando un terrorífico tsunami terrestre, emergido de las profundidades de la ciudad se propagó levantando la tierra y destruyendo todo a su paso, hacia las cuatro esquinas de Aqueron, Destruyendo y desdibujando el relieve del mundo tras de sí y convirtiéndolo todo en arena y roca muerta. Era una autentica ola de la corteza terrestre, que con una fuerza colosal, despegaba el manto de la tierra en diferentes direcciones.

Desde la posición alta y caótica del buque de mando apenas se divisaba la costa y muy a lo lejos el litoral de la Isla Occidental, hasta que el cielo se oscureció como si un dragón terrible se hubiera comido el mundo… Momentos antes de que el Mar Angosto se secara y en una brutal embestida de tierra, toda la Isla Occidental emergiera sacudida por la horrorosa onda expansiva y se elevara, en una sacudida descomunal, cayendo literalmente hacía el oriente y montándose sobre la costa continental, quedando de esta apocaliptica y caprichosa forma, unida a esta como si de una sola tierra se tratara. Mientras, al otro lado y hacía el desierto, la corteza terrestre se alzó y se elevó, hasta formar una gran cordillera que hizo retumbar los cimientos del mundo y cuya sacudida se extendió aún más hacia oriente, hacía las tierras dominadas por Baalfegor, destruyendo todo a su paso. Arrasando el ya de por sí removido desierto, hasta la misma ciudad muedrta de Sippart, que quedó reducida a escombros irreconocibles, y terminó devorada por las arenas impiadosas, con todo lo que contenía.

El buque de mando se puso de costado, arremetido por las ondas de choque y con el casco incendiado por el fuego de la colosal deflagración. –“Aquello no tenía ningún sentido”- se dijo el escoces –“¿En que se habían equivocado? ¿Qué había activado las Tablillas del Destino para que ocurriera aquello?, ¿Sería cierto lo que afirmaba Sigurd Haraldsson y todo aquello no era sino una trampa del malévolo Anu Baalfegor de Sippart? ¿Y si era así se habría salido todo aquello hasta de los más descabellados cálculos del aterrador dios Anu, puesto que había destruido el mundo, y la ciudad que él mismo habitaba?

Antes de perder el conocimiento, mientras el drakar de mando era conducido en caída libre y zigzagueante hacia la oscuridad, en medio de una lluvia infernal de polvo y rocas radiactivas, Walter pensó para

sí –“Todos han muerto, es el final”-

18

Costa Occidental de Aqueron, Rocamar.
Cuatro horas antes de la explosión.

Aaliyah miró preocupado al firmamento aún estrellado. En su mirada se atisbaba cierto halo de preocupación, no de miedo. Aunque el príncipe se esmeraba por no aparentar emociones ante sus hombres. Pues entre los guerreros aramitas, mostrar esas emociones, podía considerarse una muestra de debilidad.

Las primeras luces del nuevo día despertaban lejos, en el horizonte, rompiendo contra las siluetas de las estructuras de tipo zigurat que recortaban el horizonte contra la infinita línea que delimitaba el desierto, allí donde Walter y su grupo habían sido capturados por los soldados de Abaddón, poco tiempo después de su accidentada llegada a Aqueron.

La caballería aramita avanzaba a trote raudo, alzando una cortina de humo tras ellos, visible a muchas leguas de distancia. Frente a ellos, la gran muralla de ladrillo vitrificado que daba acceso al corazón de la ciudad milenaria, parecía un monstruo imponente, que se les oponía y avisaba, de que conquistarla no sería nada fácil.

Un silbido metálico avisó a los guerreros de que un gran caballo de metal se dirigía hacia ellos, superponiéndose contra las grandes compuertas de la metrópolis, que se cerraban tras aquel artefacto temible, que expedía humo, y que Walter, al avisarle, había llamado “locomotora”.

El gran contingente de caballería se dividió en dos líneas, una a cada lado de la línea férrea y se preparó para la llegada del tren de vapor, que tenía en los tejadillos de sus vagones, a los soldados uniformados, que manejaban el temible lanzallamas que Walter había contemplado al penetrar en la ciudad por primera vez, un año atrás.

Cuando el fuego comenzó a brotar de los tejados de la máquina de vapor, para entonces, la caballería aramita ya estaba lo suficientemente alejada, como para que la lengua de llamas no les alcanzara. Como respuesta a aquella maniobra, se escuchó un terrible bramido metálico y chirriante, del artefacto frenando sobre los desgastados y ardiente railes, pero los de Abaddón no estaban

preparados para aquello y aunque la locomotora de cola se activó en muy pocos minutos, para retomar la dirección a Rocamar, la caballería del desierto dirigida por el propio príncipe Aaliyah, ya les había ganado suficiente ventaja como para alcanzar las puertas de la ciudad antes que ellos.

Entre tanto, y al otro lado, un primer drakar, comandado por el Señor del Gran Norte, Malcolm, aprovechó la oscuridad para aproximarse a la ciudad sin ser percibido por los centinelas. Sorteando las sombras de la noche, entre las nubes más cercanas. Cuando estuvieron a una distancia prudencial de los antiguos muelles abandonados que daban acceso a las grutas por las que una vez escapó el propio Filip Leblanc y Roger Trencavel, liderando a los incipientes miembros de La Orden. Se abrieron jaulas con pájaros, palomas en su mayoría, que portaban atados a sus patas frasquitos con el temible fuego griego que Walter había estado preparando pacientemente durante las últimas semanas.

Poco a poco, se escucharon a los cristales romperse, según las aves e iban dejando deslizarse los frasquitos, asidos y dispuestos, para conseguir aquel efecto, y poder desprenderse con facilitad, pero no de forma inmediata de sus endebles patas. Mientras, el drakar iba poco a poco avanzando, hasta que sobrevoló el muro y la parte occidental de la ciudad, superándola incluso y propagando más y más a sus aves incendiarias.

Una línea de arqueros, dispuestos a la derecha de la eslora, comenzaron a regar la ciudad de flechas prendidas, que poco a poco, comenzaron a tocar las regiones regadas con el líquido mortífero de Walter. El resultado de aquello, fue el inicio de un gran incendio que se extendió desde los muelles, devorando poco a poco las estructuras de la ciudad, incluso sobre la misma piedra, provocando el espanto de los soldados, que fútilmente trataban de sofocar las llamas con agua, avivando así, aún más si cabe el incendio.

Akibel fue alertado por las alarmas, muy al estilo de las bocinas de ataque antiaéreo de la vieja Tierra. Decenas de focos se situaron sobre el drakar que les sobrevolaba. El demonio Akibel, aterrado, ante lo que entendía, había sido sin duda obra del prófugo Walter, ordenó que sus propios drakar, fueran desamarrados de la Torre Dragón, que se había alzado en el interior de la Ciudadela. –“¡Ya es hora de probar mis armas!”- Dijo el maldito, sin ocultar el fulgor amarillento en sus ojos, que le conferían aún más cierta apariencia satánica.

Malcolm, espada en mano, gritó órdenes a su timonel y a sus arqueros, usando improperios en su lengua materna norteña. El drakar incendiario de Los Cruzados, trató de virar fútilmente, para salir de la

ciudad, pero ya era demasiado tarde, pues una docena de drakares de Akibel, con pinturas negras y rojas en sus esloras se aproximaban raudos hacia su posición.

Antes de que el drakar comandado por Malcolm pudiera tan siquiera terminar el viraje y volver hacía la seguridad de la costa que daba al Mar Angosto, las primeras balas de cañón les alcanzaban, detonando las jaulas con aves que aún les quedaban en la bodega y propagando rápidamente un incendio que se inició a estribor.

Con una nueva ronda de cañonazos y la sacudida en cubierta subsiguiente, Malcolm perdió el equilibrio y no pudo evitar caerse del barco. El norteño se precipitó al vació seguido de más soldados del norte, y mientras caía, pudo intuir como en su marcha hacia la nada, el barco que le había traído hasta la batalla se precipitaba contra un grupo de edificaciones en el extremo occidental de la ciudad, avivando aún más, el terrible incendio que comenzaba a consumirla.

La batalla había empezado.

19

Costa Occidental de Aqueron, Rocamar.
Dos horas antes de la explosión.

Sigurd Haraldsson y Ducan Darroch compartían drakar, en un bergantín volador de casco negro, a la cabeza del grueso de la expedición de la Cruzada.

Haraldsson supo que su amigo y hermano de sangre Malcolm había muerto, cuando su escuadra sobrevoló el muro occidental y vio los restos ardientes del drakar de vanguardia que había comandado el norteño.

El corazón de Haraldsson se había endurecido, no podía ceder a las emociones, ¡No en aquel momento!, tenía un solo objetivo, alcanzar la Ciudadela de Abaddón, y llegar hasta la Sala de Portales.

Muy pronto, el resonar de los cañones de los drakares de Akibel, retumbaron estruendosos, e inundaron el cielo de humo y olor a pólvora, que muy pronto fue respondida desde los cañones de la escuadra de Vagarde y los Señores del Norte.

Como una bestia enfurecida, el drakar de Haraldsson y el sobrino del Señor de Vagarde, penetró en una fila de nubes, quedando en la oscuridad durante unos segundos, hasta que las tinieblas rompieron, dejando ver la ciudad en llamas. Más abajo, desde los promontorios rocosos cercanos, varios caballeros de La Orden, apostaron pabellones junto a un grupo reducido de sacerdotisas del Clan Fraser y tras su ataque piromagico inicial, las puertas exteriores de Rocamar ardieron y estallaron, permitiendo que horrendas hordas de lulus “regresados” escaparan hacía el terroso desierto, donde las huestes de caballería de los aramitas, comandados por el príncipe Aaliyah, se batían en un forcejeo atroz, mientras esquivaban las lenguas de fuego, de los lanzallamas dirigidos desde los guardias de las garitas que franqueaban a ambos lados de la puerta de Rocamar y los del propio tren de ataque, que ya había conseguido regresar, surcando los raíles desde el desierto.

Entre tanto, Jonah Fox, el caballero Roger Trencavel, el druida Menoch Govind Scully y Freya Fraser, seguidos de un pequeño destacamento de caballeros de La Orden y el resto de sacerdotisas,

penetraron por las galerías aún humeantes del puerto, tras abandonar una faluca que había alcanzado la costa, amparada por las aguas nocturnas.

Jonah Fox, portando una antorcha iba a la cabeza del grupo, seguido del propio Govind, que iba portando en sus alforjas las tablillas del destino y un frasquito con sangre amablemente cedida por el bueno de Walter Stewart y a pocos metros, portada por dos musculosos infantes y cubierta por un lienzo de color hueso, el Arca.

El grupo de Fox podía escuchar y sentir las vibraciones producidas por las explosiones en la superficie y como la caída de más y más edificaciones, según iban cediendo devoradas por las llamas, se traducía en pequeños corrimientos de tierra y arenilla que les caía desde el techo de las galerías de túneles.

A medida que iban avanzando, la temperatura parecía aumentar. Nadie hablaba, solo se escuchaban sus entrecortadas respiraciones. Todos sabían, que fuera cual fuera el resultado de la batalla, la misión dependía por completo, de que ellos pudieran activar los portales, en la sala del trono, activando el Arca en la Cámara de Reflexión.

Súbitamente una sacudida movió literalmente el túnel, haciendo que algunas sacerdotisas y soldados cayeran bruscamente golpeándose con una de las rocosas paredes. Los contusionados, soltaron algún quejido ahogado, que muy pronto, fueron reprimidos por las miradas censuradoras de sus superiores. Un nuevo golpe, les volvió a zarandear, pero esta vez, nadie cayó al suelo.

Roger Trencavel llevaba un viejo mapa en la mano, de repente se paró al identificar una runa grabada en roca cuyo símbolo figuraba en su mapa. Acto seguido, el caballero se adelantó unos pasos, para parar a Jonah e indicarle que debía tomar otra dirección. Realmente ya no sabían si bajaban o subían o si estaban en la dirección correcta, pues la red de túneles bajo Rocamar, constituían un verdadero laberinto del que sería muy difícil salir.

Finalmente alcanzaron una galería más amplia, al menos con una altura el doble de un hombre, de suelo terroso y plagado de extrañas runas salpicando las paredes.

-¡Quietos! – Ordenó Roger, - es aquí.

-¿Aquí? – Respondió Govind.

-¿Te esperabas algo más solemne? – Le interrogó Jonah.

-Quizás, pero no creo que eso importe mucho ahora.

-No, no importa, pero debemos apresurarnos – Les interrumpió Freya – No sabemos cuánto tiempo podrá aguantar nuestra gente las acometidas del enemigo.

-¡Colocar el Arca en la mitad de la Sala!- Ordenó Govind a los

soldados que la portaban.

De repente un fuerte estruendo zarandeó al grupo, tirándolos contra el suelo, esta vez sí, a todos. Una pequeña cortina de polvo inundó la sala, mientras no se dejaban de sentir las explosiones en superficie. La neblina hizo imposible la visibilidad hasta pasados unos instantes.

Cuando de nuevo se pudo ver, Jonah sintió que estaba masticando tierra, pero no tenía tiempo de lamentarse, debían completar el ritual, costara lo que costara. Sin embargo, no fue del todo consciente de su situación hasta que Freya le asió de una manga y le señaló a la salida. ¡El túnel se había derrumbado por completo!, y no tenían salida.

Algunas sacerdotisas dejaron escapar un lamento ahogado, que se acompañó de los rostros de horror de los guardias. Estaba claro que todos iban a morir allí, enterrados vivos.

Entre tanto y en las nubes de pólvora y humedad que circundaban el cielo de Rocamar, la batalla continuaba impenitente. Haraldsson contempló satisfecho como las predicciones de Walter Stewart se cumplían y tras varias horas de vuelo, los primeros drakares de Akibel comenzaban a estallar en pleno aire. Después de eso, todo fue un poco más fácil.

Ducan Darroch aprovechó la cercanía de una de las naves enemigas, para lanzarse seguido de sus hombres e iniciar una trifulca a hierro y fuego sobre la cubierta balaustrada. Gritos de batalla, se mezclaban con las explosiones y el crepitar de las llamas en cabos y tejadillos, mientras poco a poco iban perdiendo altura. ¡Aquel tipo de Vagarde era valiente sin duda!, quizás, si sobrevivía podrían llegar a ser amigos, algún día… pensó Sigurd Haraldsson.

Ya solo, al mando del buque insignia de la armada, y con la espada en alto, el norteño pudo dar rienda suelta a sus ansias de venganza y ordenó a gritos al timonel que virara, abandonando la formación de cabeza y dando orden de que mantuvieran la posición y apoyaran a los aramitas en la entrada del desierto… La intención de Sigurd Haraldsson era colisionar su buque contra la cúpula que coronaba la Ciudadela de Abaddón, allí donde la torre de la Sala de Portales comenzaba.

20

Costa Occidental de Aqueron, Rocamar.
Minutos antes de la explosión.

Govind tenía la frente perlada por un sudor frio e insustancial, ¡Estaba temblando! Jonah, al otro lado de la estancia, ayudado por Roger, examinaban la salida, buscando alguna manera de escapar de allí, cuando Govind activara el Arca.

-¿Qué pasará realmente cuando se active? – Le preguntó Freya a Govind, inclinándose de cuclillas junto al Menoch.

-No lo sé Freya. No creo que nadie lo sepa a ciencia cierta…

-¿Ni tan siquiera Walter?

-No, no creo que Walter lo sepa tampoco.

-Quizás hubiera sido mejor que nos hubiera acompañado.

-Agradezco tu confianza – Govind hizo una mueca, mientras apoyaba con sumo cuidado, en tierra el lienzo que cubría las tablillas y el bote de cristal con la sangre de Walter.

-¿Qué estás haciendo exactamente?

-El procedimiento debería ser sumamente sencillo. Tan solo unos segundos…

Govind destapo los telares de la superficie del arca, y la tapa metálica, pareció brillar con un fulgor inusitado. Luego, el druida Menoch, destapó las tablillas del destino por primera vez desde que se las entregara el irritante Pazazu…

Freya contempló aquellas planchas doradas, surcadas de enigmáticos símbolos y líneas que se entremezclaban provocando formas entrelazadas, incomprensibles e infinitas. Todos se sobresaltaron y abandonaron sus esfuerzos por encontrar una salida, cuando el Arca produjo un ruido chirriante, al superponer el Menoch las tablillas sobre su superficie. Algo se activó en el interior del artefacto, una especie de mecanismo, que abrió sendas rejillas sobre la superficie, un orificio por cada una de las tablillas.

-¿Serán para que las introduzcas en sus ranuras?

-Supongo…

-¡Espera! – Gritó Roger - ¿Y si te equivocas de posición?

-Me arriesgaré… - Y tras aquellas palabras Govind empezó a

introducir las tablillas en las ranuras.

Algo empezó a vibrar en el interior de la caja, como un motor que está intentado arrancar… pero la vibración, aún se mantenía constante. Entonces, Govind miró a Jonah, como pidiendo su aprobación.

-Está bien… hazlo. – Le dijo y Govind, obedeció, tomando el frasquito con la sangre de Walter y rociando esta sobre la superficie, ya con las tablillas introducidas.

Al instante, la superficie del Arca comenzó a brillar con más y más intensidad, hasta el punto que los presentes hubieron de cerrar los ojos y protegerse con las manos… Luego vino el calor… que fue en aumento, hasta volverse insoportable y obligarles a moverse por la sala, hasta el extremo más alejado. Aquel artefacto parecía que fuera a estallar.

Freya y Jonah se entrelazaron las manos, aún con los ojos cerrados, mientras sintió como el calor les fundía la ropa y les desgarraba la piel y el dolor les hacía gritar, como si se fueran a evaporar… o sencillamente desaparecer, rumbo a lo desconocido… un primer anillo de portales se los había tragado.

Entre tanto, y en la superficie y mientras el príncipe Aaliyah y Ducan Darroch continuaban la lucha en diferentes escenarios de Rocamar. Sigurd Haraldsson estampó su drakar contra la sala del trono de Abaddón, la bóveda que Walter había llamado La Sala de Portales.

La sacudida fue grandiosa, y parte del tejado se derrumbó, matando a un nutrido grupo de guardias que franqueaban los accesos a la sala del trono de su señor Anu. Mientras Akibel, Cinnia y Aedh Drummond y la cohorte de sombras Arcontes, capitaneadas por la nefasta sombra que era el propio Abaddón, se replegaron al otro lado de la sala, de forma precipitada y en medio de inhumanos alaridos de cólera y desaprobación. Hasta que el drakar enemigo terminó de sacudirse y asentarse sobre las ruinas de la sala.

Sigurd Haraldsson saltó de la balaustrada de popa, que aún permanecía fuera de los restos de la bóveda, seguido de sus guerreros supervivientes, pero el hombre del norte, no sé esperaba el recibimiento que le aguardaba.

Antes de que tan siquiera Sigurd Haraldsson, pudiera enfocar a sus enemigos, ocultos bajo las sombras, una figura femenina saltó sobre él, mientras escucho los gritos de horror de sus hombres, tras ser reducidos, al igual que él, en pocos segundos, y devorados por la cohorte de sombras...

-¡Sacrílego! – Gritó hinchada de ira, Cinnia McGregor, mientras

hundía sus garras en el pecho del guerrero, atravesando su cota de malla con una fuerza demencial… - Debí matarte hace mucho tiempo.

Sigurd Haraldsson cayó al frio y enlosado suelo, ya con el cuerpo inerte y los ojos abiertos e incrédulos, ¡Había fracasado!... Unas gotas de sangre, procedentes de su corazón, aún palpitante y caliente cayeron cerca de su rostro, mientras Cinnia saboreaba la sangre, con una expresión mezcla de lujuria y satisfacción. Su hermoso rostro de porcelana, se había teñido de sangre, ante las miradas de aprobación de los Igigi, y el propio Abaddón.

Por un instante, Cinnia sintió la conciencia de su Dios Anu aposentarse sádica sobre su mente… Aquel acto salvaje le había excitado.

Un golpe terrible, y una sacudida, derrumbaron parte del muro, que cayó al vacío, que rodeaba la torre sobre la que se aposentaba. Entonces, un juego de luces, como chispas comenzaron a formarse alrededor de la base donde estaban, antes incluso de que le polvo, generado por el derrumbe se disolviera en el aire.

Las luces fueron creciendo en intensidad y consistencia y muy pronto deslumbraron a los Igigi y sus soldados supervivientes. Una suerte de portales apareció alrededor de ellos, hasta contemplar la suma de siete.

Abaddón abandonó la seguridad del grupo maravillado, ¡Aquello no podía estar ocurriendo! Aquel fenómeno era lo que llevaba siglos esperando. ¡Por fin una salida de la prisión!

El Anu quedó inundado por un sin fin de emociones contradictorias, pues no entendía como aquello podía haber ocurrido, ¿Habría activado alguien el Arca desde algún punto subterráneo de Rocamar?

En ese momento, algo sorprendente ocurrió, algo que nadie esperaba, dos figuras se materializaron corriendo, como si estuvieran huyendo, emergiendo por uno de los portales.

¡Se trataba de Narfater y Andreas Lampert! Que habían aparecido huyendo del ataque aéreo nuclear que se comenzaba a producir en la ciudad de Washington D. C en año 2014, en la nueva línea temporal de la que provenían.

Narfater y Abaddón cruzaron sus miradas, el poder del Dios Anu era inimaginable, y en tan solo unas décimas de segundo, el señor oscuro de Rocamar, supo que era lo que venía tras ellos, el terrible misil del tipo AIM-120 AMRAAM con carga nuclear que había sido lanzado al interior del portal tras los inesperados viajeros y que no tardaría en atravesarlo y detonar en la sala de Portales.

Abaddón chilló con un rugido espectral que hubiera helado la

sangre de cualquier mortal; pero los Arcontes e Igigis de su cohorte no eran mortales y todos pudieron sincronizar sus mentes con la conciencia de su señor a un nivel tan rápido e incomprensible, que les indujo a arrojarse en tromba, sobre el portal contrario al que habían penetrado Narfater y Andreas Lampert.

Tan solo los pocos soldados humanos, enfundados en sus uniformes de goma, quedaban en la sala cuando el misil entró como un rayo atronador. Aquellos desgraciados, no habían sido conscientes ni de la partida de aquellos seres depravados y crueles que los gobernaban, hacia un rumbo desconocido, cuando el arma terrestre del siglo XXI penetró en la sala, provocando una explosión inesperada y terrible, amplificada de una forma colosal, por la energía del Arca y los portales, que terminó por arrasarlo todo a su paso.

NEMERON

Otros libros de la Saga:

LIBRO I;

Aqueron: La Plaga Oscura

LIBRO II;

Anunnaki: Muchos mundos, una historia

LIBRO III;

Urushdaur: El Ritual

LIBRO IV;

Gehena, Los mundos arderán

LIBRO V;

Abydos; Renacer oscuro

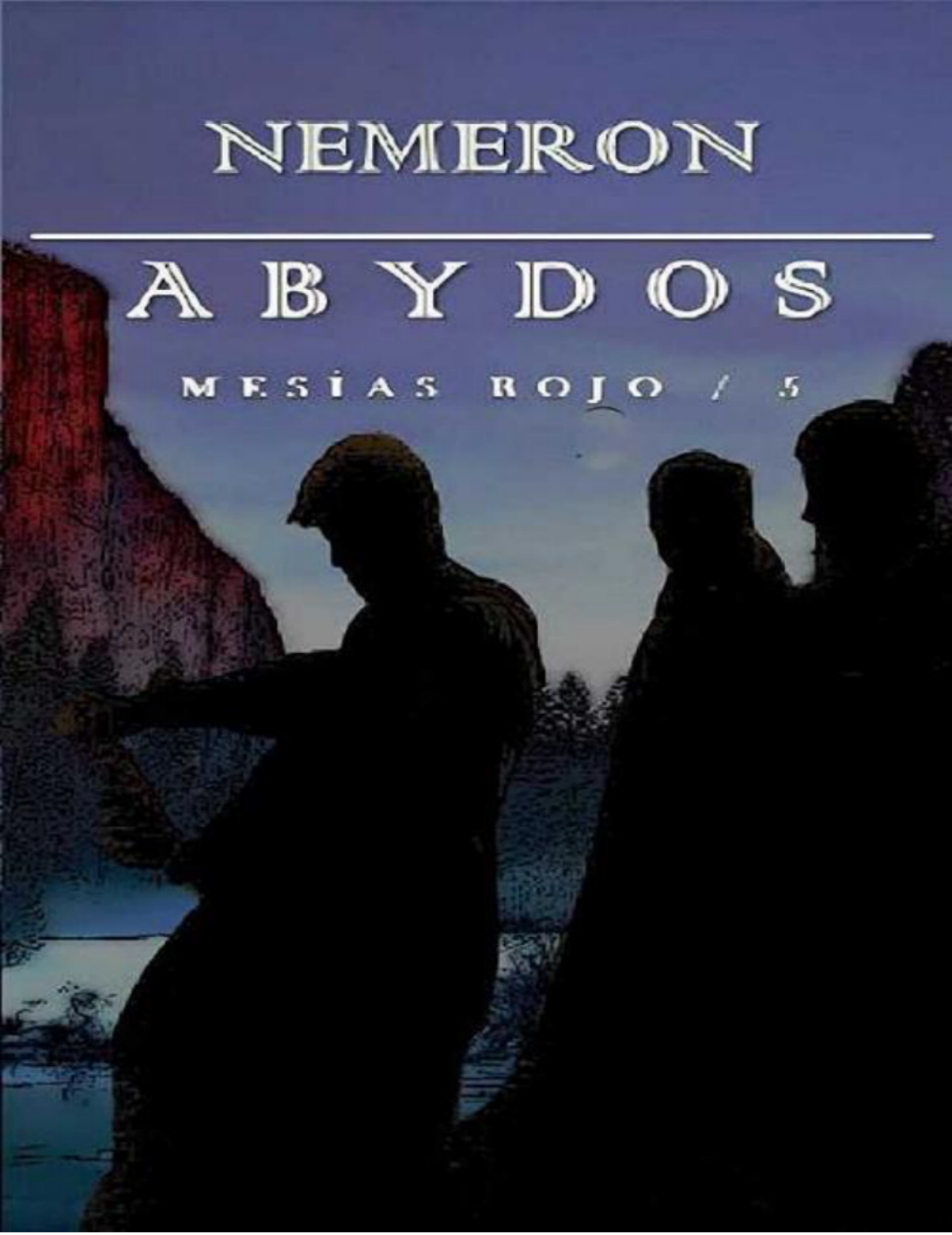
LIBRO VI;

Aurantia; La Profecía

NEMERON

ABYDOS

MESÍAS ROJO / 5



NEMERON

Abydos

Renacer oscuro

Saga del Mesías Rojo

LIBRO V

Título: Abydos © 2016. NEMERON
Registro: M-006522/2016
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguiente del Código Penal).
Revisión 2016 – v1

BAALFEGOR

1

Aqueron Oriental, Ruinas de Sippart
Dos mil años estándar, tras la caída de Cronos.

"*Cuando la tierra sea teñida de sangre, el lobo aúlle y los muertos se alcen contra los vivos, sabrás que ha llegado el final de tu era*."

Extractos del sura 44, versículo 821. Upanishads Sanatana Dharma

Las últimas luces crepusculares apenas habían empezado a acariciar los rojizos y desgastados ladrillos de adobe de la anciana muralla, cuando una brisa reseca se alzó sobre la llanura polvorienta arrancando, con una garra invisible, el polvo y los guijarros sueltos de los arcanos muros. A lo lejos, truenos y relámpagos vibraban amenazantes, como un aviso... Era una terrible tormenta, aún lejana, que acabaría de arrasar todo a su paso y no produciría ni una sola gota de agua.

Momentos después la brisa enmudeció, pero era sólo apariencia, como si una bestia contuviera el aliento previo a un ataque amenazador y, por un momento, de nuevo un silencio lúgubre se adueñó de los ruinosos palacios de la Ciudad Roja, aquella que alguna vez fue nombrada como Sippart. Entre tanto, el firmamento se iba poco a poco enlutando de un gris melancólico, como un sudario sombrío y frío que se hubiera adueñado de las vastas tierras de aquel desierto, cubriéndolo de tinieblas.

Viejas estatuas y columnas semienterradas serpenteaban por las calles y plazas atiborradas de edificios ruinosos y mutilados, construidos con piedras de tonalidades ocres. Matices que tantos siglos antes habían dado su nombre a la ahora ciudad muerta. Aquel lugar maldito antaño había sido un vergel de vida y alegría en un tiempo muy anterior al reino de la oscuridad, cuando su nombre era respetado en las cuatro esquinas de Aqueron. Pero todo eso había cambiado, ahora tan sólo el correr del viento, a través de sus oquedades, rompía su silencio sepulcral, produciendo la sensación de lamentos de los difuntos asesinados y nunca sepultados que, cual granos en la arena en el desierto, salpicaban con sus huesos

blanqueados los estratos inferiores de la ciudad. Tarde o temprano, el desierto terminaría de tragarse aquella urbe olvidada, consumiéndola bajo sus arenas en un olvido perpetuo.

Como un espectro, como un mal sueño, una silueta encapuchada de gris y rodeada de un aura neblinosa, envuelta en un manto de color ceniza y portando un cayado alto, emergió de entre una de las grietas de unas ruinas. Aquel espectro avanzó silencioso y tétrico por la tierra reseca rumbo a la oscuridad creciente del horizonte, ¿acaso las tinieblas lo habían despertado?

Aquella figura podría haber helado la sangre de cualquier hombre cuerdo, pues aquel que había despertado de entre los muertos no era un hombre. Allí, en medio de la soledad más absoluta, frente a los rasgados muros y ruinas de la Ciudad Roja, se abría un desierto infinito tan áspero y desolado como las garras de la muerte.

El espectro se agachó y hundió su mano pútrida en la cálida arena, tomando para sí un poco de aquel desierto sombrío, luego se alzó y su mano espectral se abrió dejando escapar el finísimo y sedoso polvo, al son de la lastimera brisa.

Tras aquella macabra ceremonia, la sombra volvió a ocultar su mano entre los pliegues de su roído manto y, sin tan siquiera volverse atrás, penetró con paso raudo rumbo a las crecientes dunas orientales. Una vez más, la muerte volvía a andar con pies de hombre y se arrastraba libre por la faz de Aqueron.

Aquel vagabundo de la noche eterna avanzó bajo la oscuridad sin estrellas, rumbo a las lejanas y geológicamente jóvenes montañas. Más allá del desierto, la Gran Dorsal ejercía de barrera natural entre el viejo mundo y el nuevo. Fuera de su protección, el desierto era dueño y señor. Tras sus infranqueables cordilleras, un mundo de verdor y vida se abría y aquel espectro podía sentirlo y ansiarlo.

La sombra tardaría aún meses, o tal vez años, en alcanzar la seguridad de aquellas montañas. Aun así, el destino estaba escrito y, para bien o para mal, sería parte del destino que ayudaría a cambiar para siempre la faz del universo conocido.

2

Planeta Crosaurius, Colonia Génesis
Mediados del siglo XXIII

Los dos hombres permanecieron sentados sobre un peñasco, en la cima de una colina suave desde donde se podía observar con placidez el valle que daba acceso a la joven y tecnificada ciudad colonial, dominada por colores eléctricos y una actividad bulliciosa.

No lejos de allí, en otra colina vecina, aún con las últimas luces del día, se podía distinguir perfectamente un cementerio con cruces y otros símbolos mortuorios de distintas confesiones religiosas.

Por un instante, Jonah Fox, miró con su frente arrugada de soslayo. Echaba mucho de menos a Freya.

-¿Por qué la llamaste Abydos? – Le preguntó un envejecido Jonah Fox al anciano Ralph Richardson.

-¿Te refieres a la ciudad?

-Si…

-Porque la figura mitológica de Abydos en la religión Menoch está íntimamente relacionada con el mito de la creación o del renacer, del Génesis judeocristiano. Me parecía lógico. El Génesis es el primer libro del Pentateuco y describe el origen del mundo, de la vida, del hombre…

-¿Sigues empeñado desde tu aislamiento en que tu hijo tendrá éxito? ¿Cómo se llamaba? – Jonah tenía el pelo cano, grandes greñas y unas barbas profusas e indómitas del color de la ceniza.

-Se llama Saronte.

-Tú nunca le verás triunfar. Con este régimen de aislamiento que tenemos, no podemos saber qué es lo que está ocurriendo allí fuera… ¿Te acuerdas lo que me costó entenderte cuando llegamos aquí?

-No, nunca le veré triunfar, pero sé que lo hará y sí me acuerdo de tu llegada, y la de tu grupo, recuerda que os estaba esperando. No todos los días, uno conoce a un Mesías Rojo, el Mesías Rojo, el primero de un gran linaje…

-¿Gran linaje? ¿Te refieres a esos dos malditos y a su hermana?

-Si Jonah, tus hijos y su descendencia se expandirán por la galaxia.

-A veces pienso que todas esas cosas que te contaron esos conspiradores de El Circulo, son una verdadera tontería.

-No lo fueron, cuando acerté y de todos los planetas de la galaxia, llegué justo al lugar específico y en el momento preciso, donde se abrió el portal que os condujo hasta aquí.

-Eso es cierto…

-Si yo no hubiera llegado, hubierais muerto. Este mundo no estaba adaptado a la vida humana.

-Sabes que siempre te lo he agradecido.

-Pues no dudes Jonah. Yo mismo, he vivido demasiadas cosas, en demasiados mundos y en diferentes tiempos y me costó entenderlo, pero gracias a El Circulo, lo superé.

-Sigo pensando…

-Sigues pensando en Cinnia y en Abaddón… y en los otros…

-Sí. – Jonah dibujó un círculo en la arena, con un palo que tenía sujeto con su mano derecha.

-Ellos también acabaron en algún mundo remoto. Esperemos que con suerte en otra galaxia o en otra línea temporal. Eso no podemos saberlo y no lo sabremos nunca.

-Creo que eso, tampoco lo veremos ya, tu y yo. Crosaurius y esta ciudad…, la colina, serán nuestra última morada.

-Realmente se me ocurren muchos otros lugares horribles, donde uno puede terminar sus días, Jonah – Y Ralph puso su mano en el hombro de su amigo.

-Al final, salió bien.

-Nunca lo sabremos. Ni tan siquiera sabemos que planeta es Aqueron o donde está ubicado o si en esta realidad existe o no. No podemos saber si vuestros amigos sobrevivieron a aquella batalla que me narrasteis. Ni siquiera sabemos si los Anu y los Igigi lo hicieron…

-Espero que esos dos muchachos y sus descendientes sepan gobernar este mundo en paz y mantenerlo unido, hasta que pasen los mil años de caos.

-El Círculo ya vivió los resultados de aquello, aunque no me contaron mucho al respecto. Solo que todo lo que hemos hecho, era necesario para conseguir el objetivo final.

-Perpetuar la especie humana…

-Efectivamente, pero lejos del control de los Anu y los Igigi.

-Govind te diría que fue la mano de la Diosa, y no de ninguna sociedad secreta interplanetaria… - Jonah esbozó una sonrisa.

-Tu amigo, el Menoch, lo hizo bien. Su mensaje caló y su predicamento tuvieron éxito tanto entre los tuyos, como con el grupo de colonos de Alfa Centauri que llegaron posteriormente y su religión gracias a él perdurara mucho tiempo… Incluso ese libro que ahora los nuevos escribas Menoch compilan con tanto cuidado, seguirá siendo

leído mucho después de que tu nombre y el mío desaparezcan de la historia.

-¿El Sanatana Dharma?

-Si, ese. Las lenguas de Aqueron nunca fueron mi fuerte.

-Es cierto, nunca aprendiste y es algo extraño, porque tomaste gentes venidas de mundos muy diferentes y conseguiste finalmente darnos una razón y una idea por la que vivir. Jamás soñé con llegar tan lejos.

-Estoy de acuerdo Jonah… desde la Escocia del siglo XIX, has llegado realmente lejos.

-¿Tú no te has quedado corto?

-Al menos, en el mundo del que yo procedo, el concepto como tal lo teníamos. La comprensión del universo y la posibilidad futura de una realidad interplanetaria así… pero en tu caso, vamos en tu caso y en el del resto, no creo que ni el bueno de Julio Verne os hubiera preparado para algo así.

-Nunca leí a Verne.

-Una lástima, debió ser un tipo interesante.

-¿Sabes que es lo único que me aterra Ralph?

-¿La muerte?

-No, ha eso me enfrentado muchas veces, y de formas muy diferentes.

-Entonces ¿Qué?…

-Me aterra el futuro que tendrán que vivir mis hijos y los descendientes de esta colonia…

-¿Por qué?

-Imagina que los Anu, y los Igigi, acaban siendo descubiertos. Imagina que regresan y esta vez, con capacidad para moverse por los infinitos mundos que la colmena humana a poblado para ellos en la galaxia… ¿Quién los parara entonces?

Y los dos hombres se miraron, con semblante sombrío, esperando que las últimas luces del día se extinguieran en el horizonte.

NOAH

3

Aqueron Continental, Tras la Gran Dorsal
Dos mil quinientos años estándar, tras la caída de Cronos.

"*Miré al horizonte enrojecido y escuché una voz atronadora que clamaba mí nombre. Era la Diosa, la Madre de todas las cosas, que me anunciaba la llegada del Ungido, el Mesías Rojo liberador tan largamente anunciado.*"

Extractos del sura 44, versículo 881. Upanishads Sanatana Dharma

Al abrigo de la Gran Dorsal se extendía un Bosque Oscuro encerrado en las profundidades de un gran valle, que se abría a la sombra del gran monte Dag-Guiora. Bosque Oscuro era una espesura frondosa y exuberante de pinos, encinas y robles que se entremezclaban con los primeros colores del invierno. La primera nevada de la temporada había llegado, tiñendo de un blanco pálido las copas de los árboles y los tejados de las casas de la aldea de los montañeses.

Aquel humilde villorrio se aposentaba en las cercanías de la falda del gran monte, a muy pocas leguas del comienzo del glaciar que cubría parte de las cumbres cercanas a la Gran Dorsal.

La gran montaña, Dag-Guiora, era la cumbre más elevada de la Gran Dorsal. Estaba coronada y cubierta por nieves perpetuas y sus grandiosas proporciones la habían convertido en un elemento sagrado dentro de la mitología animista de las gentes que poblaban aquellas latitudes. Aquella montaña era una deidad omnipresente, juez y parte. Su fuerza e importancia cedió su nombre al río que partía el valle en dos, al propio valle y al resto de la región. Por ello, las gentes que habitaban aquellas tierras eran conocidas como los Dag o montañeses.

Aún era noche cerrada en la aldea de los Dag cuando el portón de la choza de Noah, el cazador, se abrió dejando caer algunos copos de nieve acumulados en el tejadillo durante la última ventisca. Aún no había amanecido, pero tiempo era ya de salir a por el sustento. -"Las mejores presas no esperaban a los perezosos" -se decía Noah.

Noah era un hombre alto y fuerte, de rasgos orientales y largo

bigote azabache. Era un hombre rudo, un cazador curtido en las inclemencias del tiempo y acostumbrado a sobrevivir en situaciones muy complicadas.

El cazador llevaba un atavío de pieles curtidas e iba armado con un machete, un arco y un carcaj de cuero colmado de flechas de punta de piedra.

Cansado y aún aturdido por la madrugada y el intenso frío, Noah se deslizó entre la espesura nevada con confianza y seguridad, dejando atrás el calor del hogar e internándose en el bosque en busca de una presa de sangre caliente. Entre tanto, su esposa Tera le aguardaba en la choza familiar ocupada, como siempre, en sus quehaceres diarios.

Tera era una flor delicada de cabellos negros y brillantes y cuerpo fino y elegante, una belleza de rasgos orientales, al igual que todas las etnias foráneas del Dag-Guiora. Noah y ella se conocían desde que eran niños, realmente, eran primos por parte de padre, al igual que muchos otros. La endogamia era común en la zona debido al aislamiento. La población local escaseaba y una tribu podía pasar años sin relacionarse con otros individuos que no fueran de su mismo clan.

Siempre había existido un vínculo indisoluble entre Noah y Tera, un sentimiento de amor y respeto que les había llevado a unirse en matrimonio años atrás, sin embargo, la Diosa jamás les había bendecido con la gracia de tener hijos y ese pesar siempre los había hecho ciertamente tristes y desdichados, dentro de una comunidad cuyo mayor logro era la supervivencia y la procreación.

Las cosechas no habían sido buenas aquel año y las provisiones escaseaban. Muchas veces la supervivencia dependía de la pericia cinegética de los clanes familiares, pero la caza no abundaba por aquellas tierras. Era época de hibernación para la mayoría de especies salvajes de la zona y un pedazo de carne que llevarse a la boca era un bien preciado y escaso.

Noah y otros cazadores de la aldea habían aprendido a sobrevivir buscando en las madrigueras y en los agujeros de los animales dormidos. Sabían que esta práctica podría esquilmar las especies de su entorno en muy poco tiempo pero, cuando el hambre aprieta, la ética o la previsión no es una opción.

Sin embargo, aquel día Noah había tenido suerte, había encontrado el rastro de un joven venado, sus huellas aún permanecían claras en la nieve fresca. Con paciencia y pericia, el cazador se internó por los senderos de una colina arbolada al oriente de la aldea. Pero justo cuando las primeras luces del día iban tímidamente ocupando su lugar, algo sobresaltó al cazador. El firmamento se llenó de aves que huían hacia oriente como sabedoras de una amenaza velada para

Noah y los suyos.

El experimentado cazador receló del bosque y agudizó sus sentidos al máximo. ¿Qué estaba pasando? Poco después, un rumor llenó el ambiente y decenas de roedores y otras bestias menores salieron de sus madrigueras corriendo rumbo a la misma ruta que las aves.

Noah se quedó paralizado por el terror, no podía entender qué estaba ocurriendo. Cuando, súbitamente, sonó una gran explosión, como un rugido ensordecedor que mordiera los oídos del cazador. Tras el atronador estallido, una columna de fuego recorrió el horizonte cercano levantando árboles y arrastrando una descomunal cortina de fuego y hielo a su paso. Parecía como si un dragón estuviera devorando el mundo.

Las fuertes vibraciones provocadas por la explosión iniciaron una avalancha en las estribaciones del desfiladero que hacía las veces de puerta al valle. El terrible alud fue rápido y mortífero dejando, en pocos segundos, aislada la aldea del resto del mundo.

Aterrorizado, Noah dio media vuelta y echó a correr rumbo a la aldea, su mente aturdida sólo podía pensar en Tera, su joven esposa. Mientras corría en estampida, Noah se percató de que muchos otros cazadores que, al igual que él se habían internado en el bosque, le imitaban corriendo rumbo a sus hogares.

Confundidos y asustados, los aldeanos que permanecían en la aldea salieron de sus chozas, concentrándose en un monolito que marcaba el centro del poblado.

Poco tiempo después, la cortina de fuego y nieve se detuvo a pocos metros de la aldea. Una barrera de hielo de varios metros de alto se había erigido en forma de muro haciendo las veces de barrera entre la aldea y el resto del bosque.

Poco después, un vapor de agua neblinoso y cargado lo inundó todo. Aquel vapor era fruto del rápido deshielo de una de las lenguas del glaciar consumida durante la explosión. El terror poseyó a las gentes de la aldea helando su sangre.

Gedeón, uno de los ancianos y jefe de la aldea, trataba de calmar los gritos y sollozos de desesperación alzando la mirada al cielo pétreo e invocando protección y ayuda a la Diosa y a los antepasados del Gran Norte.

Gedeón era un anciano cazador viudo y sin hijos, de barbas y greñas canas, que ostentaba, desde hacía diez años, el cargo de Jefe de la Tribu. Era él quien presidia la reunión frente al monolito de piedra… Antes de que Gedeón terminara su oración, todos los cazadores que venían del bosque comenzaron a unirse al grupo ya congregado.

Cuando Noah alcanzó el monolito, su mujer Tera ya estaba reunida con el resto del pueblo esperándole. Cuando el cazador llegó la abrazó cubriéndola con sus poderosos brazos en señal de protección. Parecía no faltar nadie… juntos, como una gran familia, elevaron sus voces al firmamento aplicando retahílas memorizadas. Tras la oración de Gedeón, los hombres del pueblo se reunieron en la choza comunal y las mujeres regresaron a sus chozas con los niños, ya que aquellas reuniones estaban vetadas para ellas.

La choza comunal, o Gran Casa, era la choza más grande y más antigua de la aldea. Siglos atrás, cuando los primeros Dag alcanzaron el valle tras su éxodo desde las tierras del Gran Norte, ahora desérticas al occidente de la Gran Dorsal, tras la explosión que acabo con los demonios oscuros sobre la faz de Aqueron y se mezclaron con las gentes orientales que allí habitaban. La Gran Casa fue el primer edificio construido en su nuevo hogar. Desde entonces, hasta ahora, la Gran Casa había hecho las veces de templo, sala de reuniones y símbolo de unión de todo el pueblo de los montañeses. Se trataba de un edificio construido en madera tratada con una resina especial elaborada por los Dag, que estos llamaban Guantum, que le daba un color verduzco y un olor fuerte. Aquella secreta mistura había conseguido preservar la madera durante siglos.

Todas las chozas de la aldea se asemejaban o trataban de imitar las formas de la Gran Casa: tejado triangular y elevado, estructura alargada aposentada sobre zancos de sólida piedra para evitar la entrada de roedores o cualquier otro tipo de alimaña no deseada. En su interior, era confortable. La tarima del suelo daba paso a bancales y variados estantes que cubrían las paredes, repletos de estatuas de bronce de todas las formas y tamaños, en honor a los muchos antepasados y héroes de la guerra milenaria y legendaria contra los temibles Anu.

En el centro de la sala había una cavidad de piedra sobre la que se aposentaba una gran olla ritual de bronce y, sobre esta, una oquedad daba paso a una chimenea que coronaba el tejado. La olla permanecía encendida todo el invierno, alimentada, constantemente, por los ancianos de la aldea, nivelando la temperatura de la Gran Casa.

Poco a poco los hombres de la aldea se descalzaron y fueron tomando posición sentados de piernas cruzadas en el suelo en torno a la olla ritual. Todos a la misma altura, todos en respetuoso silencio.

-Debemos buscar la causa de lo ocurrido –dijo al fin Gedeón. El jefe debía romper el silencio primero, esa era la costumbre -La Diosa ha querido llamar nuestra atención hoy. Es necesario escucharla.

-¿Y si fuera un aviso? –replicó Noah mirando con frialdad a su tío

Gedeón.

-¿A qué te refieres? –le interrogó Gedeón ante la mirada atónita de sus paisanos. Era raro que un guerrero tan joven interviniera en medio de las deliberaciones del consejo

-Vi cómo se alzaba un muro de hielo tras la explosión, vi el humo del fuego tras ese muro, ¿no podría ser que la Diosa no quisiera que avanzáramos más allá de la colina oriental?

-Y, ¿cómo sobreviviremos si no? –Dijo Gedeón –Sabes bien que sólo podemos vivir si accedemos a esas tierras de caza, ¿acaso crees que los dioses quieren que muramos de hambre?

-Lo ignoro. Sólo trato de dar una interpretación a lo sucedido. –Noah sintió los susurros de los otros montañeses a sus espaldas.

-Sin la zona oriental no tenemos caza, no tenemos carne, sin eso nuestra gente morirá de hambre. Esa no puede ser la voluntad de los dioses, mi querido Noah –sentenció otro de los ancianos que llevaba la cara pintada con trazos azulados y blancos.

-Debemos organizar una partida de exploradores y marchar hacia los límites de la colina oriental, debemos averiguar qué hay tras el muro. –Gedeón parecía totalmente decidido y no parecía querer más replicas. Tras sus palabras, Gedeón azuzó más el fuego bajo la gran olla ritual. Así pues, aquella misma mañana una partida de cazadores salió de la aldea rumbo al muro de hielo en torno a la arbolada colina oriental.

JACOB

4

Aqueron Continental, Frente a la Gran Dorsal
Dos mil años estándar, tras la caída de Cronos.

"*En aquel tiempo muchos eran los pueblos que moraban dentro y fuera de la dorsal. Llegando a ser sus gentes tan numerosas como los granos de arena del desierto…*"

Extractos del sura 44, versículo 900. Upanishads Sanatana Dharma

Los aramitas eran un pueblo altivo y orgulloso, nómadas del desierto, diestros en el arte de la caza y el pastoreo y, según se comentaba, eran un linaje tan antiguo como la misma civilización de Aqueron y cuya leyenda se perpetuaba hasta la mítica batalla de Rocamar, la que originó la explosión que cambió la faz de Aqueron por siempre. Por este y otros motivos, se decían a sí mismos: "el pueblo elegido".

Como otros pueblos del desierto, los nómadas aramitas transitaban y pacían sus rebaños en torno a los pocos oasis que quedaban en los Pasos de Frontera. Allí, en los últimos vergeles, en la linde misma del desierto profundo, montaban sus orgullosas y ornamentadas jaimas, siendo capaces de construir, en pocas horas, una verdadera ciudad donde antes sólo había habido polvo y arena.

El término "Pasos de Frontera" era utilizado para denominar a las vastas tierras y rutas por las que transitaban los nómadas al oeste de la Gran Dorsal. Se extendían justo en los límites exteriores, entre la Gran Dorsal y el desierto profundo. Aquellas tierras yermas y desoladas, donde la fauna y la flora escaseaban y el agua era un lujo insuficiente, habían sido el hogar de aquellos nómadas durante generaciones y, a pesar de la adversidad habían medrado, pues los pastores aramitas eran buenos conocedores del terreno y los guardianes de una red de grutas y pozos de agua secretos que les proveían de una ventaja táctica incuestionable sobre el terreno.

En aquel tiempo, la tribu de los aramitas era consciente de que la Gran Dorsal les vedaba. Al lado opuesto de los Pasos de Frontera se encontraba un mundo fresco, verde y húmedo, pero jamás se habían propuesto abandonar la majestuosa sobriedad de aquellas tierras desoladas, pues eran felices en ellas y se conformaban con la suerte

que la Diosa les había deparado.

A parte de ser grandes pastores, eran también espléndidos cazadores. Ninguna otra tribu beduina del desierto se acercaba a su destreza en el arte cinegético.

Los aramitas usaban la cerbatana a lomos de sus temidos camellos estilizados, de patas altas y pelaje albo, a los que llamaban meharis. Aquella era una raza única, criada con primor y celo durante siglos. Su adiestramiento, así como su parentesco y selección, era uno de los secretos más preciados de la tribu, tan sólo comparable con su amor por la cetrería; el cuidado de los halcones y su uso en la caza era otra de las grandes debilidades de los clanes nómadas de los Pasos de Frontera.

Los meharis eran montados por la familia del jeque y sus más allegados, el resto de cazadores y pastores de la tribu tan sólo podía usar las castas más inferiores de camélidos: los dromedarios y camellos mestizos, típicos de aquellas regiones.

Durante más de tres décadas, Jacob había sido el jeque de aquella tribu y ahora, a la edad de ciento veinte años, viejo y cansado, se preparaba para su último viaje. Su jaima se aposentaba en las inmediaciones occidentales del colosal monte Dag-Guiora, la tienda del jeque estaba rodeada por el resto de tiendas de la tribu y sus rebaños y las hogueras anunciaban ya la proximidad del almuerzo.

Se decía que el linaje de Jacob, procedía del mismísimo Aaliyah, el príncipe mítico que contuvo a las hordas de muertos frente a las puertas de Rocamar, y que ayudó así, al legendario Mesías Rojo, en su guerra contras las fuerzas de la oscuridad.

Un imperturbable azul en el horizonte era tan sólo interrumpido, intermitentemente, por el suave devenir de humo de las hogueras mientras una brisa vespertina animaba el corazón de los hombres y bestias. En aquella ocasión, el campamento se encontraba enfrentado al desierto profundo, bien resguardado de sus inmisericordes temperaturas por la proximidad de la cordillera. Allí, ante la majestuosidad de la sagrada montaña, el jeque Jacob había aposentado por última vez el estandarte negro con franjas verdes, que era la insignia de los aramitas.

A la llamada del jeque, Esaú y Zebulón entraron en la jaima de su padre. Esaú entró primero, era el primogénito y el más altivo. De constitución delgada, alto, con el rostro y el cuerpo fibroso, largas y

puntiagudas barbas castañas y rizadas, Esaú, tenía la mirada fría y calculadora. Su presencia imponente chocaba diametralmente con la de su hermano Zebulón, que le siguió despacio y con algo de miedo.

Zebulón era todo lo contrario a Esaú, era gordo, torpe y bonachón, físicamente no podían ser más dispares, muy al contrario que su hermano, lucía unas barbas y greñas brunas y rizadas del color del carbón y una piel oscura, brillante y lustrosa. Aquella diferencia entre las fisonomías de los hermanos se debía en gran medida a que, aunque compartían padre, ambos hermanos tenían diferente madre.

Mientras, uno y otro lucían túnicas modestas de paño correoso de color tierra, endurecidas con grasa de dromedario y decoradas a rayas ambarinas simétricas y unas modestas sandalias acordonadas por los tobillos, tal era la indumentaria típica de los pastores nómadas que poblaban los Pasos de Frontera. Pero, como elemento diferenciador, Esaú lucía con orgullo un cinto dorado.

Aunque algo carcomido por el uso, aquel cinto, le distinguía en su condición de primogénito, como heredero y legítimo sucesor de su padre, el viejo Jacob. Este ornamento había pasado de padres a hijos primogénitos durante siglos. Se decía que aquel cinto magnífico había sido un regalo del mismísimo Maestre de Agarthia a la corte del jeque de los aramitas por sus servicios durante una guerra ya olvidada pues, en un pasado muy remoto, los aramitas estuvieron al servicio de los altos caballeros de la ciudad de Agarthia al oriente del mundo.

Mientras Esaú era hijo de Bahadura, esposa de Jacob, Zebulón era hijo de una de las concubinas de Jacob, una esclava gorda y mañosa llamada Amará, que Jacob había adquirido a buen precio en el mercado de esclavos del Sur en la populosa ciudad de Al-Semanet, al sur de los Pasos de Frontera, unos veinte años atrás.

Jacob se enamoró perdidamente de sus carnes rollizas y de sus inmejorables estofados dejando, muy pronto, vacía la alcoba de su siempre malhumorada esposa Bahadura, que siempre guardaba algún reproche o desprecio para su insigne esposo, quizás con ánimo de llamar su atención pero, esta actitud, había terminado por alejarlos definitivamente. Según las malas lenguas, la relación entre ambas mujeres había sido siempre nefasta, conduciendo, en más de una ocasión, a la desesperación del viejo Jacob. Aunque esto ya se podía suponer… según un viejo dicho del desierto: “El que con más de una mujer se casa o es un loco o le sobra la paciencia…”

Esaú siempre había ejercido preponderancia sobre su hermano, inducido por su más que asimilada condición de heredero. Desde siempre, Zebulón se había visto sometido a todo tipo de humillaciones y vejaciones por parte de su hermano mayor y de su panda de salvajes

seguidores (los descendientes de otras antiguas líneas patriarcales, que constituían, de alguna manera, la nobleza aramita), sin duda, estimulado por la rabia materna, que siempre le malmetió contra su hermano y la madre de este. Sin embargo, sorprendentemente, la presión de Esaú no había afectado al sentido de la responsabilidad y del trabajo de Zebulón.

Zebulón resultó ser lento pero muy sesudo, perseverante y un gran conocedor de la ciencia de las estrellas que guiaban las marchas nocturnas de su pueblo, además de un sabio curandero de hombres y bestias, como antes lo había sido su padre Jacob.

Ya siendo un adolescente, Zebulón se convirtió en el ojo derecho y orgullo del anciano jeque que se veía reflejado en él. Con el tiempo, Zebulón fue ganándose, poco a poco, el cariño y el respeto de todos los miembros de la tribu, lo cual no hizo sino enfurecer aún más si cabe, a su celoso hermano primogénito.

Esaú, a diferencia de Zebulón, dedicaba sus días a la caza y al rastreo. Con el tiempo se había convertido en el caudillo de los exploradores que defendían a la tribu de las amenazas y agresiones de los grandes depredadores y las tribus rivales. Aparte de la cerbatana, era hábil con la lanza, la espada corta y con la honda, y aborrecía de las artes del pastoreo o la sanación, como su hermano menor.

A diferencia de lo que ocurría con Zebulón, la gente temía la ira de Esaú. El primogénito del patriarca Jacob se sentía muy a gusto proporcionando esa sensación. Como tantos otros antes que él, Esaú cayó en el error de confundir temor con respeto, llegando a parecer más un soldado o un príncipe de una tribu guerrera, que el primogénito del jeque de una tribu de pastores.

Aunque tenían más hermanos, Esaú y Zebulón eran los primeros de las dos ramas patriarcales y, por tanto, en ellos era depositada la administración de los asuntos de la tribu.

La llamada a consultas era algo habitual. Jacob había ido poco a poco delegando más y más funciones en sus hijos a medida que se hacía viejo. Sin embargo, una llamada a una hora tan temprana no era nada común. En los últimos meses, el estado de salud del anciano patriarca se había deteriorado considerablemente y ambos hermanos sabían muy bien la razón por la que habían sido convocados aquel día a la jaima de su padre.

Jacob se moría y era hora ya de confirmar un nuevo sucesor. A diferencia de otras ocasiones en las que se había producido el rito de la unción, por primera vez, en decenas de generaciones, dos y no uno eran los llamados a la tienda del patriarca. Aquel era un hecho tan insólito que no hizo sino aumentar la expectación de la tribu y la

tensión entre Esaú y Zebulón. Tensión que se palpaba en las miradas inquietas de los aramitas, según se aproximaban ambos hermanos a la jaima patriarcal.

Entraban dos, pero sólo saldría un jeque asiendo el cayado sagrado.

Cuando los dos hermanos entraron se encontraron una atmósfera enrarecida. El incienso inundaba el ambiente y apenas corría el aíre fresco o entraba la luz. La estancia estaba salpicada de tapices, alfombras y velas que iluminaban tenuemente el habitáculo central o Samit.

Esaú y Zebulón avanzaron a través del Samit, donde tantas veces habían compartido la ceremonia del té con su longevo padre, hasta la estancia donde el anciano yacía en su camastro cubierto por suaves sedas y profusos almohadones bordados.

A modo ritual, enlutadas y con la cara cubierta por un velo, las madres de ambos hombres aguardaban a cada lado del lecho donde yacía el moribundo.

Bahadura aguardaba en silencio y erguida a la diestra de Jacob, mientras Amará lo hacía, de rodillas y entre llantos, a la izquierda del moribundo. De repente, un sirviente apareció medio encorvado y en silencio, alimentando un incensario de bronce para luego, a los pocos instantes, desaparecer sin hacer ruido.

Jacob entreabrió los ojos percatándose de la proximidad de sus dos hijos mayores. Con gran esfuerzo, levantó un brazo y les hizo un gesto para que se acercaran. Zebulón lo hizo por la izquierda tomando la mano de su madre y Esaú por la derecha, quedándose en pie con los brazos cruzados y la mirada altiva.

-Hijos míos, –murmuró el anciano– he tenido una visión. Esta noche, un elemental de Abydos me visitó en mi jaima y me habló…-Bahadura hizo un gesto de agobio, como aburrida de las charlas de su decrépito esposo.

-Te escuchamos padre… -dijo Esaú con una mueca de aburrimiento en el rostro. Zebulón le dirigió una mirada fría de desaprobación a su hermano y este se rio.

-El elemental me dijo: “Jacob, padre de todos los aramitas, escucha la palabra: de vuestra sangre surgirán dos tallos, uno bueno y uno malo. El malo tratará de cercenar al bueno, pero el bueno será más robusto y al final prevalecerá. Tras un tiempo de tribulación, su simiente fecundará y dará como origen una gran nación que servirá al avatar del Mesías Rojo que ha de venir. No hay triunfo sin sufrimiento, no hay resurgir sin gran calamidad. Alzad vuestro corazón y humillaos ante La Diosa y su siervo Abydos.”

-¿En serio? –contestó en tono burlón Esaú.

Jacob se percató de la mala intención de su hijo, pero no le hizo caso. Haciendo un esfuerzo supino, tomó la mano de Zebulón y la apretó con fuerza.

-Zebulón –dijo mirando fijamente al muchacho–, tú eres el tallo bueno. Tú prevalecerás, por ello te doy mi bendición y te nombro mi único heredero.

-¡¿Qué?! –gritaron Esaú y Bahadura estupefactos, al tiempo que montaban en cólera, sin preocuparse más por disimular.

-En el nombre la Diosa, yo te unjo padre de todos los aramitas –y diciendo estas palabras, Jacob hizo una señal con el pulgar en la frente de su hijo.

Bahadura y Amará enmudecieron. Mientras, las manos tatuadas de gena de Bahadura taparon su boca ocultando una mueca de incredulidad en su rostro totalmente desencajado. Aquél había sido el último insulto de su esposo para con ella y su hijo… Esaú tomó a su madre del antebrazo y la arrastró fuera de la tienda, dejando allí a los enmudecidos Zebulón y Amará, junto a su padre moribundo.

-Ten fe, hijo mío… confía en la Diosa, a pesar del dolor y las penurias que puedas sufrir, su bendición prevalecerá. -dijo Jacob mientras su brazo cayó de nuevo a la cama, igual que un peso muerto, y su rostro se contrajo más abrumado por el creciente dolor.

-Esaú no me permitirá gobernar, padre -le respondió, aturdido, Zebulón.

-No es Esaú quién debe decidir el destino del pueblo de la Diosa, sino la Diosa misma. Y Él te ha elegido a ti. Al final, sólo quedarás tú y aquellos que decidan seguirte y tu estirpe servirá al Mesías Rojo, muy pronto se mostrará a los hombres y nos conducirá a la verdadera libertad y, cuando eso ocurra, tus herederos, Zebulón, deberán estar a su lado y servirle hasta el final mismo.- Y diciendo estas palabras, Jacob exhaló su último suspiro.

Zebulón, en señal de duelo, se rasgó las vestiduras. Su madre se fundió en llantos y lamentos y se tiró de los pelos… Unos instantes después, Zebulón se incorporó y dejó a su madre llorando junto al cadáver del anciano jeque.

Aún aturdido y embargado por la emoción, con los ojos teñidos de un rojo intenso, Zebulón buscó el báculo de Jacob. Aquel símbolo del poder de los jeques herederos del legendario príncipe Aaliyah,

normalmente, se solía depositar en la mesita baja y circular que dominaba el salón del Samit, pero el báculo ya no estaba. Un escalofrío intenso recorrió la espina dorsal de Zebulón.

Los peores temores de Zebulón se materializaron al salir de la jaima. Centenares de aramitas se habían congregado allí: ancianos, mujeres, hombres y niños… todos estaban absortos escuchando las explicaciones de Esaú que, báculo en mano, les anunciaba el inicio de su reinado, suplantando así la decisión de su padre Jacob. Por primera vez en toda su vida, Zebulón se vio con las suficientes fuerzas como para oponerse públicamente a su hermano mayor y allí, ante la mirada atenta de su esposa Ashna, de sus hijos Lot y Seth y del resto de sus parientes y súbditos aramitas, Zebulón habló por primera vez en su vida al pueblo.

-Aramitas, escuchadme. -Y su voz sonó atronadora. Todos enmudecieron excepto Esaú que se volvió hacía su hermano rojo de ira y desprecio, mirándole como si fuera un vulgar gusano.

-¿Tú? Tú no puedes hablar Zebulón. -Los nómadas estaban atónitos, incluso los más viejos, que habían presenciado la unción de Jacob a manos de su moribundo padre, no habían oído jamás hablar de una disputa en un momento tan sagrado, ni tan siquiera entre hermanos. –Ahora soy yo quien sostiene el báculo de Jacob, hijo de Jonás-.

-Tus mentiras no prevalecerán Esaú, la Diosa así lo quiere y si le temes, si temes su ira, deberás entregar ese báculo a su legítimo dueño -dijo Zebulón apuntando con el dedo índice a su hermano.

-¿A ti? –Dijo en tono burlón Esaú– ¿al hijo de una esclava?, ¿una ramera? -Algunos de los partidarios de Esaú, en su mayoría cazadores, rieron de soslayo, pero la mayor parte del pueblo permaneció enmudecido y horrorizado por lo que estaba pasando.

-Deberías cuidar tu lengua maldito. Hoy es un gran día para los aramitas, pues, en verdad os digo, que el tallo malo será cercenado para siempre. –Y, diciendo esto, Zebulón sintió un escalofrío recorriendo sus tripas.

Zebulón se quedó estupefacto y casi sin poder creerlo, aún antes de sentir dolor alguno… Esaú poseído por la ira y la rabia había sacado su espada y se la había hundido en el vientre. Seth y Lot corrieron a socorrer a su padre que yacía ya en un charco de sangre, tendido ante la jaima del patriarca Jacob.

Esaú volvió en sí, miró la hoja de la espada ensangrentada y a su hermano moribundo en el suelo, fue entonces cuando, dándose cuenta

de lo que había hecho y aún aturdido, dejó caer la espada en la cálida arena. Entre tanto, un rumor de horror e incredulidad se sobrepuso sobre la muchedumbre aturdida. Ashna comenzó a gritar enloquecida, corriendo hacia su marido.

Entonces Bahadura se acercó a su hijo y le susurró algo al oído, este asintió y levantó el báculo de Jacob mostrándoselo a todos.

-Yo soy el nuevo y legítimo jeque de los aramitas. Quien quiera seguirme que recoja sus jaimas, reses y su familia y parta conmigo ahora. Marcharé ahora mismo rumbo al norte y las bendiciones de la Diosa, seguirán a quien me siga y no a este moribundo impostor. –La voz de Esaú sonó otra vez, rotunda y amenazante.

Muchos de los cazadores y los pastores más jóvenes obedecieron las órdenes de Esaú y su pérfida madre, pero otros permanecieron alrededor de la tienda de Jacob, arrodillados y llorando en silencio. Poco tiempo después, un grupo de pastores condujo al ya inconsciente Zebulón al interior de la jaima de Jacob.

Ayudados por Amará y Ashna, le prepararon un lecho mientras trataban de contenerle la hemorragia cerrando la herida a fuego y usando ungüentos y misturas aramitas para, posteriormente, ceñirle el vientre con telas prietas.

Entre tanto y al caer la tarde, mientras Zebulón se debatía entre las fiebres y pesadillas que rondan la muerte, el nutrido grupo de Esaú estaba preparado para salir.

Sin mediar más palabras, sin mirar atrás, la caravana de Esaú, el jeque hereje, partió del campamento de Jacob rumbo al norte, marcando la división y el éxodo de las tribus aramitas.

5

Aqueron Occidental, Ciudad de Agarthia
Dos mil quinientos años estándar, tras la caída de Cronos.

"*Después vi a otro elemental que descendía del cielo con gran poder y la tierra fue alumbrada con su gloria. Clamó con voz potente, diciendo: « ¡Ha caído, ha caído la gran Sippart! Se ha convertido en habitación de demonios Igigi y regresados lulu, en guarida de todo espíritu inmundo y en albergue de toda ave inmunda y aborrecible, porque todas las naciones del Aqueron han bebido del vino del furor de su fornicación. Los nobles de Aqueron han fornicado con ella y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con el poder de sus lujos sensuales".*

Extractos del sura 44, versículo 112. Upanishads Sanatana Dharma

Más allá de los Pasos de Frontera y de las escarpadas cumbres de la Gran Dorsal, al occidente de los espesos bosques y nieves perpetuas de los valles del Dag, se extendía el Pantano Sombrío, al que llamaban Gran Asoka. Un erial cenagoso y decrépito, salpicado por árboles esqueléticos con ramas astilladas y lastimeras, tan amplias y bastas que, según se decía, un hombre no podría recorrerlo andando durante toda una vida. Esa tierra yerma e inmensa que una vez fue un mar conocido como el Mar Angosto, daba paso a una altiplanicie desecada a la que llamaban las Llanuras Sedientas, mixtura de tierras desecadas y arcillosas, viciadas bajo el castigo de un sol impenitente y poblada por los esqueletos blanquecinos y polvorientos de los grandes Dahaka, bestias terribles que, mucho tiempo atrás, sobrevolaron los copiosos humedales. Y más allá aún, hacía el occidente de Aqueron y tras las laderas de suave hierba, regadas por generosas y calmadas pozas, se extendía una colosal jungla de sombras tupidas, guardianas de una trama de claros repletos de interminables lagunas conectadas entre sí por ríos ondulantes, atestados de meandros y con la suficiente anchura como para ser navegables. Aquella tierra misteriosa y distante, al occidente de todas las tierras de Aqueron, era conocida como los dominios de La Orden.

La más grande de entre todas las lagunas de la anciana Orden, la que los lugareños llamaban Aurantia, sonreía a poniente a través de

una bahía con forma de media luna. Frente a esta, se aposentaba una isla plana a ras del agua, salpicada y rodeada de incontables islotes de similar tamaño y configuración y, sobre la maraña de islas e islotes se alzaba, orgullosa y noble, la ciudad de Agarthia, que conformaba un todo compacto y altivo a la par que sobrio y señero, como una visión onírica elevada sobre las aguas, eternamente a punto de hundirse en las profundidades de la legendaria laguna azul.

Hay quien afirmaba que Aurantia, no era el nombre original de la laguna, sino que este se tomó, tras el cataclismo de Rocamar, para denominar a la bastedad de agua, que rodeaba la antigua ciudad, que a su vez tomó su nombre de un lago aún más primitivo, inundado y sobredimensionado tras la hecatombe.

En aquel tiempo, la milenaria Agarthia era una urbe amurallada y altiva construida en caliza, sólida y gris, procedente de las regiones noroccidentales más remotas de La Orden, justo en las fronteras de las Colinas Verdes. Pues la vasta y compleja Orden poseía numerosas aldeas y principados a lo largo y ancho de las riberas y costas de las lagunas aledañas a Aurantia, centralizando todo su poder bajo el férreo control del Trono del León Dorado. Este trono era una metáfora para designar el poder del Maestre, el dueño y Señor de Agarthia y, por ende, el magistrado máximo del Senado de La Orden.

La Orden había evolucionado desde sus inicios como una mera organización militar primitiva al legendario servicio del Mesías Rojo, en la batalla de Rocamar, hasta transformarse muchos siglos después, en un estado organizado y compacto que comprendía territorios tan distantes como el Gran Norte, Morgay o la lejana Vagarde. Dando a aquella estructura medieval inicial, una forma, y cohesión más propia de un reino o un imperio.

Agarthia era, ciertamente, un mosaico de espléndidos palacios y avenidas, magníficos puentes repletos de columnatas y techumbres sinuosas, que conformaban la metrópoli que, a todos ojos, se decía la mayor y más noble de entre todas las ciudades conocidas de Aqueron y la primera de todas las naciones de los hombres del mundo. En el pasado, los colores y la alegría habían lucido por las estrechas callejas y las populosas plazas de la capital de La Orden, inundando sus comercios, mercados y anfiteatros. Pero aquellos tiempos felices habían pasado y la alegría había abandonado las calles de Agarthia, instaurándose el imperio de la decadencia, la mugre y las enfermedades. Era como si una sombra espectral se hubiera apoderado de sus fachadas y avenidas, de las agrietadas y pétreas estatuas, de sus héroes mitológicos, dando a Agarthia una apariencia triste, desapacible recuerdo de lo que una vez fue.

Desde hacía más de cien años, las constantes rebeliones y guerras, las plagas y la inmundicia, habían dominado el destino del estado. Sus corruptos magistrados apenas representaban un pintoresco retrato de lo que una vez fueron pues, ahora, los altivos magistrados se parecían más a los sangrientos y vengativos señores feudales que gobernaban en los primitivos reinos que crecían en las fronteras de La Orden, que a sus nobles y sabios antepasados, admirados y respetados a lo largo y ancho de las tierras de Aqueron. El mal tenía un nombre y ese era decadencia.

Los nobles habían sucumbido a los placeres mundanos amasando grandes fortunas, más de uno había repudiado su condición de magistrado de La Orden y se había declarado independiente en alguna de las perdidas regiones fronterizas, creando su propio principado y edificando su propia ciudad estado. Con el tiempo, el poderío económico de Agarthia fue declinando a favor de las nuevas potencias emergentes, gobernadas por los nobles rebeldes y, sin embargo, un halo de grandeza aún podía sentirse en las calles de Agarthia: se percibía en sus estancias palatinas, en sus estandartes multicolores, ondeando al viento desde las amplias balconadas, en sus interminables torreones o en sus magníficos templos.

El poderío militar de Agarthia aún era temido y respetado y, aunque la piratería fuera una práctica en auge, los principados más jóvenes no osaban a atacar a las caravanas mercantes de su anciana madre patria.

De entre todos los monumentos y edificios de Agarthia uno era, sobre todos, el orgullo y la admiración de sus gentes, sobresaliendo como ningún otro en la irregular silueta de la ciudad sirena, el palacio del Maestre.

La sede maestral era un castillo sobrio y altivo, coronado por cuatro almenaras blancas y magníficas, fulgurantes como la luna, cada una de ellas apuntando a un punto cardinal.

Las almenaras daban paso a una muralla alta y robusta, muy superior incluso a la que rodeaba al resto de la ciudad, revestida del mismo color plateado que el de las paredes palatinas.

Un poco más abajo, y tras la corte y las estancias palaciegas del Maestre, se erguía el Torreón del Dragón, sede y puerto de la armada voladora de Mercaderes. Aquellos eran los llamados navíos lunares, los poderosos drakares, que constituían el secreto de toda la gloria y superioridad militar de la vieja y altiva república.

El Torreón del Dragón, recibía su nombre en honor al que una vez se construyó en la desaparecida ciudad de Rocamar, dado que cumplía una función similar. Estaba en contraposición con los muros, torres y

palacios blanqueados, era de color negro como el carbón y se trataba, sin duda, del edificio más sombrío y estremecedor de la ciudad.

El Torreón había sido construido apenas cinco siglos antes, usando antiguos planos firmados por el mítico arquitecto y sabio alter Stewart, que habían permanecido ocultos durante siglos. Justo en la época del comienzo de la decadencia de la Liga, era una torre tan gruesa como una ciudad enana, lucía un gran estandarte casi tan alto como la misma torre, de color purpúreo, con el emblema de la ciudad: un león dorado rampante dibujado en su centro. Su interior era hueco y, según se decía, alcanzaba hasta la misma tierra bajo la laguna. Dentro, en sus distintas y amplias bóvedas, sus más de cien plantas albergaban amarrados los temibles drakares. Los navíos lunares tenían forma de barco y, al igual que la flota mercante que arribaba en los amplios muelles occidentales de la metrópoli, protegidos por el Gran Faro de Mercaderes, su armazón principal era trabajado en los mismos astilleros donde se montaba el resto de las flotas. Cuando un casco era finalizado en los astilleros de la ciudad, era transportado por otros drakares hasta la base del Torreón, donde se sumergía a través de un complejo sistema de poleas hasta su dársena correspondiente. Allí, finalmente, se les aparejaban los arneses y los sistemas de flotación. Luego, la oquedad central de la torre quedaba libre para así permitir de nuevo el tráfico de entrada y salida del resto de drakares.

Los drakares eran esbeltos y estilizados, estaban acabados en una proa con forma de león y con la eslora repleta de ojos de buey terminados en anillos de bronce y troneras listas para los lustrosos cañones de Mercaderes. La gran diferencia entre un barco normal y un drakar, era que, en lugar de velamen, los drakar se suspendían en el aire por medio de globos estáticos inflados con gas caliente procedente de las calderas subterráneas del Torreón del Dragón, aspirado por grandes tuberías de bronce que manaban del centro mismo de la tierra hasta la superficie, y estaban sujetados por medio de gruesos mástiles y cabos al casco. Cual zeppelines, los drakares eran capaces de transportar grandes cargas a mucha distancia y en poco tiempo, lo cual constituía una ventaja incontestable frente a los navíos fluviales tradicionales. Por tanto, estas grandiosas naves voladoras habían sido, durante generaciones desde la mítica batalla de Rocamar, el secreto del poder y la superioridad de La Orden en la tierra de Aqueron aunque, en los últimos años, la creciente anarquía de las fronteras y la creciente amenaza de los terribles poderes del Señor de la Oscuridad hacían insuficiente dicho poder.

Pero, ante todo, los hombres de La Orden eran grandes mercaderes y sus flotas marítimas o aéreas no concebían su existencia sino para

garantizar la preponderancia y libre circulación de las flotas de los nobles agartianos, cuyos nobles prelados ocupaban los escaños de la Asamblea de la Liga, sede de todo el poder político y económico de esta. Aquellos señores, altos y magníficos entre los hombres mortales, presumían de ser la estirpe heredera de los últimos "Celestiales" en llegar a Aqueron, una casta olvidada que, según se decía, en un tiempo lejano gobernó el destino de los hombres del universo conocido antes de la llegada de la oscuridad y el ostracismo, cuando Aqueron perdió contacto con sus hermanos… La leyenda de los "Celestiales" era el mito más antiguo conocido. Se trataba de una tradición contada por los abuelos a sus nietos, desde tiempos inmemoriales, que trataba de dar explicación a uno de los mayores misterios que habían acompañado al género humano desde hacía milenios: su origen. Según la leyenda, los seres humanos habían poblado las estrellas mucho tiempo atrás, antes de llegar a Aqueron, cuando eran altos y sabios y su poder y saber no conocían límites. Se decía también, de un período muy anterior, incluso, en un tiempo pretérito a todos los demás, en el que los hombres primigenios habían poblado un único mundo, una tierra de promisión de la que provenían todas las plantas y animales que siempre habían acompañado a los hombres en los mundos que, posteriormente, habían conquistado. Aquel lugar único en el universo conocido era Gaia, "El Sistema Madre", el mundo mágico de los Padres Celestiales.

A pesar de lo arraigado de la tradición, los hombres de ciencia de la Liga, más preocupados en la teoría de los gases y en el control de las disciplinas mentales que en justificar las tradiciones y aspiraciones del pueblo, se resistían a dejarse llevar por aquellos viejos anhelos. El mundo era plano y nadie podía ascender más allá de los mil pies de altura… y por ello, en aquel tiempo, los sabios de Agarthia vilipendiaban el mito y lo llamaban "cuentos de viejas", asumiendo de facto que Aqueron era el origen y el único hogar del género humano y las costas de Aurantia; muy probablemente, el primer lugar habitado por los hombres civilizados miles de años antes de la dispersión de los pueblos occidentales y la posterior fundación de La Orden.

El Maestre lucía una túnica aterciopelada de color granada, coronada con bordados dorados; el león rampante de la heráldica de Agarthia ciñéndole el pecho y un gorro de la misma tela bien ajustado a la cavidad craneal marcando, aún más, sus facciones serias y angulosas y su prominente y espeso bigote color madera, en contraste con el resto de los magistrados, que lucían túnicas de color purpúreo. Aquella era una sala magnífica y espectacular, de forma oval y de paredes forradas en mármol esculpido con motivos mitológicos y los

estandartes heráldicos multicolores de las principales familias nobles de la ciudad, cada uno con su color, bordado y emblema particular.

Poco a poco, el resto de magistrados fueron llegando, como siempre, cuchicheando y revoloteando como viejas porteras mientras iban ocupando sus correspondientes escaños de suave caoba, que cercaban el hemiciclo del senado de La Orden. En el centro de la sala, presidiendo la tribuna, había un estrado cubierto por amplios telares carmesí y, sobre este, un trono pomposo forjado en oro puro y con forma de león sedente. Sobre el trono había una amplia vidriera multicolor por la que penetraban los primeros rayos de luz de la tarde.

Tras unos minutos, la sala se hizo en silencio. Todos los magistrados habían ocupado ya sus escaños y aguardaban, ceremoniosamente, a la apertura de la sesión. Un hombrecillo ancho y algo cómico hizo su aparición a la diestra del Maestre. Lucía un yelmo bruñido y damasquinado con motivos arbóreos y una exuberante melena. El hombrecillo portaba un pergamino enrollado, tras alcanzar el centro de la sala, desenrolló el pergamino y, con aire ceremonioso, leyó en voz alta:

-Por la autoridad que me confiere esta augusta cámara y con la venia del Magistrado Máximo, su majestad el Maestre Leopold III, declaro abierta la sesión del día y cedo la palabra a su majestad. Gloria a La Orden y larga vida a su capital, Agarthia.

Y diciendo esto, con la misma pompa y ceremonia con la que había aparecido, el hombrecillo enrolló el pergamino y desapareció por donde había venido.

-Estimados magistrados –comenzó a hablar el Maestre, se trataba de un orador experimentado-, he convocado tan precipitadamente a esta augusta asamblea, por el poder que vuestras eminencias me concedieron hace ya veinte años… -Era la fórmula típica, para comenzar cualquier disertación.

-Te escuchamos, ¡oh noble nacido! -contestó, como era costumbre, el más anciano entre los magistrados.

-Han llegado a mis oídos rumores preocupantes sobre extraños movimientos en nuestras fronteras al norte de la Bahía de la Media Luna. Nuestros espías nos informan de que alguien, un magistrado nada menos y miembro de esta noble asamblea para más señas, está involucrado en un escándalo que podría poner a Agarthia en peligro, lucrándose de forma indebida, comerciando con nuestros enemigos los bárbaros del norte y con otros príncipes mercaderes rebeldes de Morgay y Vagarde, que, sobre todas las cosas, codician dominarnos y

vivir a nuestras expensas reduciéndonos a la condición de meros esclavos. –El Maestre esperó a que sus palabras hicieran mella en la asamblea; un rumor informe comenzó a alzarse entre los magistrados.

-¿Quién ha osado? –dijo Casio, patriarca de la familia de los Trencavel. La familia Trencavel era antigua y contaba entre sus antepasados al mismísimo caballero Roger Trencavel, que según la Leyenda había desaparecido junto con el Mesías Rojo, tras el asalto y la explosión de Rocamar, haciendo que su apellido se uniera para siempre con el mito y confiriendo a su familia, cierto halo religioso de respetabilidad.

Era un hombre alto y delgado, de porte elegante y nariz aguileña. Tenía el respeto y la admiración de la sala. En su juventud, Casio había aspirado al cargo de Maestre, compitiendo con el mismo Leopold por él y, desde entonces, siempre habían sido rivales. En los últimos años Casio había ido poco a poco ganando votos de los magistrados de la cámara. Leopold estaba seguro de que, de producirse una moción de censura contra su cargo en esos momentos, Casio sería elegido Maestre sin ninguna duda.

-Noble Casio, me gustaría que el culpable confesara por sí mismo, de esta forma, esta noble Asamblea podría mostrarse indulgente.

-No puedo creerlo, ¿un magistrado?, ¿un caballero noble de Agarthia?, ¿cómo es posible? -dijo otro magistrado desde el fondo del hemiciclo.

-¿Cómo acusar? mi mandato expira el año que viene y vosotros, oh nobles magistrados, debéis revalidar mi nombramiento o, por el contrario, nombrar a un nuevo Maestre. Mi posición es delicada ¿cómo atacar a una de las más nobles familias de esta nuestra amada Agarthia?

-Es tu obligación, es tu deber… -se alzaron varias voces.

-Es tu deber Maestre –repitió Casio y su mirada áspera acuchilló al Maestre como si de una jabalina se tratara.

-¿Es mi deber? ¿Aun cuando la verdad queme y ciegue la voluntad de esta augusta asamblea y esa verdad pueda conducirnos a la guerra civil?

-Aun cuando queme ciego –repitió Casio mordiendo las palabras.

-No conduciré a La Orden voluntariamente a una guerra civil. Antes prefiero que el infractor confiese y acate mi sentencia, por el bien del Senado y Agarthia.

-¡Qué confiese! ¡qué hable! –se alzaron las voces de los magistrados partidarios de Leopold; aquella pantomima, empezaba a ser

demasiado evidente.

-¿Confesaréis, mi buen Casio? –Y, tras sus palabras, la sala enmudeció.

-Señor… ¿me estáis acusando? –se incorporó el príncipe.

-Magistrado Casio Trencavel, yo os acuso. –y, diciendo esto, Leopold se levantó y señaló con el índice hacia donde se sentaba Casio.

-Pues yo os acuso a vos, Maestre, de enarbolar un interés personal contra mí y mi familia y me niego a reconocer vuestra acusación, puesto que no es la mano de la justicia la que os guía, sino otro destino oscuro y sombrío que aún no alcanzo a comprender, pero que nos conducirá a todos al desastre.

Y, diciendo estas palabras, el magistrado Casio Trencavel se levantó y, sin el consentimiento del Maestre, abandonó la sala seguido en silencio por casi la mitad de los magistrados que componían el grueso de sus partidarios, ante la estupefacta mirada del Maestre y sus seguidores. La Guerra Civil de Agarthia había comenzado.

Unas horas después de la tormentosa asamblea y ya entrada la noche, el Maestre se quedó a solas en una de las grandes y lujosas estancias de su palacio, tras la cena había ordenado a sus numerosos sirvientes que lo dejaran solo con sus pensamientos.

Allí, meditabundo en un fastuoso butacón, en medio de una gran sala iluminada bajo la luz de ornamentados candelabros y decorada con espléndidos cortinajes y magníficos tapices, Leopold permaneció en silencio, esperando una visita largamente anunciada. Súbitamente, un golpe seco tronó contra el suelo marmóreo y, sobresaltado, el Maestre se giró para, horrorizado, contemplar el cadáver inerte de un sirviente que al parecer le espiaba tras uno de los tapices más alejados.

Una sombra apareció tras el siervo muerto. Repentinamente, el Maestre se incorporó. Un sudor frío perlaba su frente incrédula.

-¡Cuánto tiempo Maestre!… -dijo una voz horrenda– o tal vez debería decir Leopold. Has cambiado, estás más viejo y gordo desde la última vez que nos vimos.

-Bienvenido seáis a Agarthia, mí Señor Pazazu –consiguió al fin articular Leopold sin poder disimular su terror.

-He esperado mucho tiempo para poder veros. Los lujos palaciegos han hecho mella en vos. -La sombra avanzó hasta que se mostró oculta

bajo una túnica de color ceniza, bajo la luz de los candelabros.

Sin duda, el cuerpo el arcano Igigi se había consumido por el peso de los siglos, lo cual no implicaba que fuera débil, sino todo lo contrario, pero sin embargo, su apariencia fantasmagórica era más propia de un fantasma Arconte, que de un Señor Igigi. Tal vez, sin el apoyo de un dios Anu, su poder de regeneración había terminado por menguar. Mutando su semblante a aquella aberrante y horrorosa apariencia.

-Soy vuestro más humilde servidor –dijo el Maestre mientras observaba el semblante de oscuridad de su interlocutor, oculto en las profundidades de su capucha. Aquella visión horrenda y demoniaca, hubiera perturbado la mente de cualquier hombre cuerdo.

-Eso espero Leopold, por tu bien, eso espero… –siseó Pazazu, como una cobra mientras sus ojos inyectados en sangre se iluminaron durante unos instantes.

-Los magistrados sospechan, mi Señor. Casio no quiso someterse a mi voluntad, temo que trame un golpe de estado, podría ser el fin de mi mandato y nuestros movimientos podrían quedar al descubierto.

-Tú no te preocupes por los Trencavel, su suerte está ya echada, tengo otra misión para ti –dijo el Igigi, mientras se sujetaba a la túnica del Maestre con fuerza, mirándole con ojos de depredador, olfateando y sintiendo su sangre y su carne viva, observando con avidez cómo le bombeaba el líquido elemento, con más y más fuerza, por mediación de su alterado corazón inundado de adrenalina. El Maestre no pudo evitar fijarse en aquellas manos frías y demacradas, terminadas en amplias garras curvas y amarillentas.

-¿Qué misión, mi Señor?

-Nuestras despensas del norte se vacían rápidamente, necesitamos más ganado. Quiero que organices una nueva cacería de esclavos y luego digas que encontraste un comprador en las regiones del sur que se llevará todo el lote, eso alegrará el corazón de tus corruptos aliados y dejarán de pensar en la pérdida de los Trencavel, les preocupa más llenar la bolsa que sus viejas amistades ancestrales y los olvidados pactos de honor. Recuerda, te mandaré oro a raudales para cerrar tu coartada. Habla de un reino desconocido, un principado perdido más allá de las tierras conocidas, del resto me encargo yo.

-Pero, mi señor, no quedan aldeas que saquear en las Colinas Verdes o en las Llanuras Sedientas, tengo drakares patrullando todas nuestras fronteras, las reservas de caza de esclavos están extinguiéndose.

-¡Idiota! -El Igigi dio un bofetón al Maestre, este cayó al suelo arrastrándose unos metros por el mármol bruñido hasta que se detuvo.

– Hace cinco siglos, di el secreto de los gases ardientes que alzan vuestros drakares a uno de tus predecesores junto con los planos del Torreón del Dragón. Erais estúpidos entonces y lo seguís siendo ahora, os conozco desde antes de cambiarias las armaduras por las togas, ya me servisteis mal entonces, y ahora volvéis a cometer los mismos errores.

-Mi Señor, perdonad a vuestro siervo. -El aterrorizado Maestre se postró con humildad frente al pérfido ser, pálido ante la perspectiva de convertirse en su segundo plato.

-Envía a tus drakares más hacía el Oriente, hasta el Gran Asoka o la misma Dorsal si es preciso ¡pero tráeme carne fresca!

Y diciendo esto, Pazazu se separó de Leopold y regresó a las sombras de las que procedía, dejando al Maestre de Agarthia solo y aterrorizado, en aquella inmensa sala de su gigantesco palacio.

BAHADUR

6

Aqueron Continental, Frente a la Gran Dorsal
Dos mil quinientos años estándar, tras la caída de Cronos.

"*Y el hijo se alzó contra el padre y el hermano contra el hermano y ya no se conocieron parientes o amigos y la sangre regó las arenas del desierto"*

Extractos del sura 44, versículo 933. Upanishads Sanatana Dharma

En el horizonte reseco se distinguió una silueta distante. Bahadur, el gran cazador aramita, distinguió fácilmente el perfil de un jinete cabalgando en un resplandeciente meharí pardo. Aquel jinete cabalgaba como un aramita, montaba una montura aramita y viajaba por una ruta aramita. Pero sus extrañas vestiduras obscuras no eran aramitas.

-Salam –dijo el extraño extranjero cuando alcanzó la jaima que marcaba el centro del pequeño campamento de Bahadur.

-Salam –le respondió con respeto el aramita, utilizando la antigua fórmula de salutación del desierto.

Bahadur era un cazador de una de las mejores y más nobles familias aramitas y como era su costumbre, llevaba varias semanas vagando solo por las extensiones occidentales de los Pasos de Frontera, cazando y desecando piezas, para luego comerciar con ellas en la capital del sur de los Pasos de Frontera, la fastuosa ciudad de los mercados de adobe, Al-Semanet.

El cazador aramita había montado su campamento cerca de uno de los pozos secretos de la tribu. Era imposible que otro cazador, o al menos uno que no fuera aramita, conociera la ubicación de aquel valioso lugar imprescindible para la supervivencia de los incautos que se aventuraban en las estribaciones occidentales de los Pasos de Frontera, lejos del confortable abrigo de la Gran Dorsal.

-¿De dónde vienes forastero? –le interrogó el barbudo Bahadur.

-Vengo del lejano norte, allí donde el desierto se vuelve frío y la tierra termina por fundirse con el mar.

-He oído hablar de esa tierra, pero tú pareces aramita.

-En efecto, porque lo soy. -La voz del forastero sonó áspera. Ocultaba su rostro con un velo del mismo color que su turbante y su chilaba, todo en un negro intenso.

-Pero no vistes como nosotros… -dijo perplejo Bahadur.

-Eso es porque pertenezco a la tribu de Esaú, el verdadero jeque de los aramitas. -El extranjero dejó que aquellas palabras atravesaran el corazón de su interlocutor como una daga ardiente mientras desmontaba del meharí con la naturalidad con la que los amos transitan por sus huertos, para después, tomando su cantimplora, dirigirse hacia el pozo.

Ambos sabían bien que la pena para todo nómada común, no perteneciente a la etnia aramita, por intentar utilizar el pozo sería la muerte inmediata. No había peor delito en el desierto que robar el agua de la tribu.

-Hace varias lunas que no me encuentro con nadie y la soledad invade sin compasión en estas extensiones –Bahadur forzó una sonrisa.- Me gustaría invitarte a cenar conmigo y que me contaras más cosas de tu gente. -Bahadur era un veterano del desierto y no se iba a dejar llevar por las ofensas pueriles de un explorador bravucón. No dejaba de tratarse de una buena oportunidad para obtener información, el saldar las cuentas ya vendría después.

-Está bien, que así sea –respondió el otro con desdén y accedió a sentarse a la lumbre frente a la jaima de Bahadur, como era costumbre, para compartir el almuerzo que acababa de terminar de preparar el cazador: ratas del desierto y serpientes de arena, el único manjar disponible por aquellas latitudes remotas.

-¿A qué distancia está tú campamento, hermano? –Bahadur utilizó el apelativo “hermano”, deliberadamente. Era un tratamiento muy común entre los aramitas. Pero aquel extraño aramita se le antojó demasiado limpio como para llevar mucho tiempo en el desierto.

-No tengo campamento. Vengo de la Ciudad de los Grandes Puertos, soy un explorador de mí señor Esaú.

-¿La Ciudad de los Grandes Puertos? No he oído hablar de ella –Bahadur fingió extrañeza.

-Pues no sabes lo que te pierdes. Es una de las siete ciudades magníficas del Reino de Esaú.

-¿El Reino de Esaú? -Bahadur volvió a simular sorpresa.

-Pero, ¿de dónde has salido? aunque claro, casi he olvidado que los esbirros de Zebulón continuaron viviendo como nuestros bárbaros antepasados –Bahadur esgrimió una mueca al escuchar aquellas palabras herejes, aquel personaje empezaba a molestarle.

-¿Me quieres decir que ya no sois nómadas?

-No, ya no lo somos. No en el sentido que vosotros dais a la expresión.

-Y, ¿cómo es eso?

-Mucho aconteció desde que Esaú abandonó la seguridad del campamento de Jacob. Mi gente peregrinó por el desierto en un éxodo terrible que puso a prueba sus fuerzas. Muchos murieron, incluidos la esposa y casi todos los hijos de mi buen rey Esaú.

-Vaya, lo siento mucho, debió ser terrible.

-Sí, ¡fue terrible! puesto que según nos contaron, Zebulón había lanzado una maldición contra su hermano y este había olvidado cómo dirigir a su pueblo por el desierto, murieron incontables.

-Y, ¿qué pasó?… -Bahadur conocía perfectamente la otra versión de la historia y, sobre todo, de la ineptitud del antepasado Esaú para dirigir caravanas usando las estrellas… pero ponerse a discutir con el extranjero, podía conllevar terminar en una lucha a vida o muerte y aquello no merecía la pena, por ahora.

-Dice el libro sagrado… -el forastero se puso a recitar- “Arreciaba un sol abrasador y los pies desnudos de Esaú el rey, bendito sea entre todos los aramitas, se quemaban sobre la ardiente arena. Hacía una luna que Esaú había enterrado a su esposa y, antes de esta, a su madre y, antes de esta, a dos de sus cuatro hijos. Y hombres y bestias yacían hacinados en las dunas esperando la muerte bajo la luz impenitente. Cuando Baalfegor, el sagrado, el que una vez fue y de nuevo será, se apareció a Esaú en medio de una repentina tormenta de arena y, con voz de trueno, le ofreció la salvación de su primogénito que ya andaba en la agonía previa a la muerte y, con esta, la conducción de su pueblo a una tierra fresca y buena donde su pueblo hallaría la salvación.”

-Eso es increíble.

-Lo es… -El extranjero pareció molestarse con la interrupción, como invadido por el fervor religioso, continuó– “Baalfegor, Baalfegor, el sagrado, el que una vez fue y de nuevo será, prometió a Esaú las llaves y la corona de su reino a cambio de un sacrificio que su

señor Anu se cobraría más adelante. A lo cual Esaú accedió sin oponer resistencia.”

-¿Baalfegor?

-Si, nuestro amo Igigi. Él se manifiesta con forma de sombra. Baalfegor informó a Esaú el rey, bendito sea entre todos los aramitas, –Bahadur se empezaba aburrir de las repeticiones y la retahíla religiosa del extranjero -que había llegado del desierto profundo procedente de la mítica Ciudad Roja, aquella de la que hablan las antiguas Crónicas de nuestro pueblo. La primera de todas las ciudades de Aqueron que fue construida por los Padres Celestiales y que Baalfegor llegó a gobernar.

-Sí, he oído hablar de la Ciudad Roja, pero creí que había sido destruida por una gran guerra o algo así… y el Dios Anu que la gobernaba sepultado fue para siempre.

-Sí, Baalfegor nos anunció que había despertado de su tumba en la que había sido enterrado, tras ser engañado por el maldito Pazazu, su vástago traidor.

-He oído ese nombre también de la boca de los ancianos. Es un gran señor Igigi que mora al occidente, en una tierra remota gobernada por un reino de poderosos caballeros y mercaderes.

-Pazazu es el demonio que nos proponemos combatir. Baalfegor planea la venganza sobre su vástago rebelde.

-Y, ¿qué pasó después? –Bahadur fingió no haber escuchado esa última frase.

-Baalfegor pudo escapar de su prisión y encontrar a los verdaderos aramitas de Esaú, selló un pacto con nosotros y nos condujo a una tierra de promisión cercana al mar, allí fundamos las Siete Ciudades Magníficas y, con ellas, el Reino de Esaú.

-Pero hablas de Esaú como si siguiera vivo… Esaú se separó de Zebulón hace más de quinientos años –dijo Bahadur con gran asombro.

-Mi rey Esaú es inmortal. Baalfegor lo convirtió en su nuevo hijo predilecto tras someterle al sagrado Urushdaur y ahora es el mismo Esaú quien intercede y habla por Baalfegor y trae las lluvias que riegan nuestras cosechas todas las estaciones ¿es que acaso Zebulón no vive?

-El jeque Zebulón murió hace casi quinientos años, su hijo Seth le sucedió y tras este, muchos otros nos han gobernado, pero lo que me cuentas es en verdad prodigioso.

-Mi señor Esaú no es el único inmortal del reino, la inmortalidad es el premio que Baalfegor reserva a los más fieles de entre las gentes de su pueblo. Sólo las familias que admiten “el sacrificio” o prueban su

valía en las guerras contra nuestros enemigos llegan en algún momento a probar su rito de vida eterna.

-¿Sacrificio?

-Sí, tras la fundación de la primera de las ciudades, Baalfegor nos mandó construir la Gran Pirámide Oscura. Nuestro señor Anu instruyó a una casta de sacerdotes en sus sagrados ritos y todos los años, antes de la estación de la cosecha, los prisioneros y los elegidos de entre las mejores y más valiosas familias del pueblo son sacrificados en la cima de la pirámide por los sacerdotes ante la atenta mirada del rey, a la espera de la llegada de las lluvias. La sangre y las vísceras de los sacrificados son recogidas en un gran cáliz de oro bruñido y entregada a Baalfegor en señal de sacrificio y tributo. Baalfegor mora oculto para todos en el interior de la Gran Pirámide Negra. Es el propio rey, como Pontífice Máximo, el que le hace llegar el cáliz al Dios.

-¿Beben sangre y comen carne humana? eso suena horrible.

-¿Horrible? ¿Es horrible que nuestros hijos ya no pasen hambre?, ¿que nuestras flotas transiten por el Gran Mar del Norte y que comercien con pueblos de los que no has oído ni hablar? ahora somos fuertes, somos sabios y hemos derrotado las plagas y enfermedades que antaño nos asolaban.

-¿Pero, a qué precio?

-El precio de servir a un Dios Anu justo, al precio de la fe. Baalfegor nos sirve una gran mesa repleta frente a todos los que osan alzarse contra las Siete Ciudades Magníficas de Esaú.

-Prefiero seguir nómada, aquí en el desierto, libre como nuestros padres.

-Eso es porque no conoces el esplendor de la Ciudad de los Grandes Puertos, no conoces nuestro poder –el extranjero cerraba el puño emocionado mientras hablaba.

-Quizás sea así hermano, pero, como dice un viejo refrán del desierto, “La ignorancia es la felicidad”, pero aún me queda una pregunta.

-Dime. -El extranjero se calmó un poco y volvió a probar el caldo de Bahadur.

-¿Qué sacrificio fue exigido a Esaú por la vida de su primogénito y su pueblo?

-Baalfegor exigió a Esaú la sangre de su otro hijo, fue el primero de todos los sacrificios que se oficiaron en la cima de la Gran Pirámide Oscura.

-Lo suponía –Bahadur esgrimió una mueca -Dime hermano, dijiste que eres explorador, ¿qué puede buscar un explorador por estos lugares yermos y desolados?

-¿Realmente?

-Sí, claro.

-No te ofendas hermano… -dijo el extranjero, ahora con un tono conciliador, pues había empezado a coger aprecio al veterano cazador aramita. –Busco la ubicación de la tribu de Zebulón. Mi señor Esaú quiere saber dónde mora ahora el resto de los aramitas.

-Y eso, ¿por qué? han pasado quinientos años.

-Debéis convertiros a la fe verdadera. Baalfegor así lo ha dispuesto. Nuestras guerras con las gentes del norte terminaron y hora es ya de que volvamos nuestra mirada al Sur de donde una vez partimos. Debemos nutrirnos con vuestra fuerza y sangre y prepararnos para las grandes guerras que se avecinan. Pazazu, el renegado, se alza como una sombra en el occidente remoto.

-Entiendo –dijo Bahadur y, con gran destreza y disimulo, empuñó una daga de hoja damasquinada que hábilmente ocultaba entre los pliegues de su ropa.

-Es bueno que comprendas, hermano. Me alegra haberte encontrado, tu gente se sentirá orgullosa de entregar a sus hijos al sacrificio a cambio de los grandes dones que pueden recibir.

-Yo también me alegro. -Y, diciendo esto, y antes de que el extranjero se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Bahadur hundió su daga en el costado del extranjero, con suma destreza y precisión, produciéndole una muerte casi instantánea. Los ojos del moribundo se clavaron incrédulos en la mirada impasible del aramita. –Gracias por avisarme con tiempo, hermano… -Y la última palabra fue como si Bahadur la escupiera.

Sin dilación, Bahadur ocultó el cadáver bajo la arena, muy pronto el desierto haría su parte devorando el cuerpo para siempre. Horas antes del amanecer, el aramita ya había recogido su campamento y, como guiado por un instinto natural, emprendió viaje raudo y silencioso al gran campamento nómada de la tribu de Zebulón, donde le aguardaban sus hermanos y hermanas. Bahadur debía darse prisa y alertarles del mal que se avecinaba, pues la maldición de Esaú, el traidor, había vuelto.

KADOSH

7

“Mayor que el primero, mayor que el Profeta Crosariano venido del Aqueron. Su montura será de escamas y su ira no conocerá límites. Amo y Señor del lago de fuego y de todos los mundos del universo conocido”.

Extractos del sura 44, versículo 1001. Upanishads Sanatana Dharma

-¿Adónde va Noah? -preguntó el joven Kadosh.
-La estación del monzón ha pasado, ahora es el tiempo de cazar dahakas -le respondió la cansada voz del anciano Gedeón. –Nuestro pueblo no sólo vive del cultivo del trigo y la cebada, de la lana de las ovejas o de los huevos de nuestras gallinas. Los Dag somos grandes cazadores. Cazadores de dahakas. -Kadosh detectó cierto orgullo y ensalce en la voz del anciano.

Kadosh miró al cielo plata y gris, la lluvia hacía unos momentos que había cesado embarrando las torcidas calles de la aldea. El lento desfilar de los cazadores, descendiendo por la empinada cuesta que cruzaba el villorrio de los Dag de palmo a palmo, le embargó de emoción.
El niño jamás había visto nada semejante. Los aldeanos inundaban las empedradas y toscas aceras para despedirse de sus valientes protectores. Kadosh los seguía maravillado tras la multitud.
Por aquel entonces, Kadosh tan solo contaba nueve años. Era un joven de rasgos afilados, mirada clara y cabellos dorados, nada que ver con la etnia de los montañeses tradicionales.
Kadosh había sido adoptado por el anciano Gedeón a la muerte de sus misteriosos padres. Según le habían contado, estos eran unos forasteros venidos de las tierras que se extienden más allá del Gran Desierto.
Los Dag siempre le habían mirado con recelo y él había asumido su soledad con resignación y amargura, ignorante de su verdadero origen y procedencia. Lo único que sabía a ciencia cierta es que los montañeses no le trataban como uno de los suyos. Más bien era un extraño entre su propio pueblo. Quizás tan solo Gedeón, Tera y Noah,

el gran cazador, parecían tratarle con afecto.
Por suerte, un joven monje proveniente del monasterio Corvino, del monte Dag-Guiora, y de nombre Kumar Rimpoche que, casualmente, peregrinaba por los aledaños de la aldea de los Dag, percibió algo insólito y extraño en el muchacho. Prometió regresar por él algún día. Entre tanto, el rapado monje rogó a las gentes de la aldea del Valle del Dag que cuidaran del muchacho. Devotos al culto Neo-Menoch, al cual pertenecía el monje, la tribu en pleno aceptó el ruego con la cabeza gacha y con evidente resignación. Sin embargo, y a pesar de los montañeses supersticiosos y temerosos de la palabra del monje, jamás se fiaron del todo de Kadosh. Aunque ese no era el caso de Noah, el veterano y valiente guerrero y cazador que se había encariñado con el joven huérfano.
Noah era sobrino de Gedeón y muy pronto se convirtió en el verdadero mentor e instructor de Kadosh.
Todos pensaban que el ahora barbudo Noah algún día llegaría a ser el jefe de la tribu de los Dag. Este hecho confirió cierta protección a Kadosh, que se vio a salvo de la amenaza velada que representaban sus detractores.
En las noches nevadas, Noah acudía a la choza destartalada del viejo Gedeón y, frente al fuego de la chimenea, contaba historias al niño sobre la ciudad de piedras blancas y las barcas que vuelan y viajan hasta la corte del Gran Rey donde todo es de oro y plata, al occidente de la tierra de Aqueron; o la confusa y viva ciudad de Al-Semanet, al sur de los Pasos de Frontera, donde los grandes guerreros del desierto comerciaban y se reunían.
Noah hablaba al niño de batallas pretéritas en los cielos y los desiertos, de grandes barcos voladores que eran atacados, de extrañas tierras más allá de la negrura de la noche y de monstruos aterradores con ojos amarillentos y sedientos de carne y sangre que confundían la mente de los hombres y los hacían enloquecer, y ahora esto… ¿Cazar dahakas? ¿Cuántas maravillas más le habían ocultado sus mayores?, Kadosh no quería perderse este acontecimiento.
El niño corrió por los serpenteantes y laberínticos corredores de la fangosa aldea hasta que dio con un hueco estrecho y sin apenas visibilidad por el que pasaba la caravana. Cuando Kadosh se cercioró de que nadie le veía, se ocultó entre las provisiones que transportaba un gran buey, sobre los cestos que iban en su lomo.
El niño estaba muy emocionado, aquello le pareció la aventura más grande que jamás había vivido hasta ahora.
Gedeón, embargado por la emoción de volver a ver a la caravana de los cazadores tras varios años de escasez, hasta que el misterioso muro

helado se derritió y permitió salir con tranquilidad y facilidad a los montañeses del valle, no se había percatado de la marcha del muchacho. Ahora, Kadosh estaba solo.
La inmensa caravana abandonó la seguridad del valle de Dag y se internó en el Páramo que los hombres llamaban Gran Asoka, en pos de otros horizontes. Atrás quedaba el gran monte Dag y la silueta del espléndido monasterio de Dag-Guiora, que se asentaba sobre este.
El páramo era una extensión inmensa de rocas y cenagales, muy diferentes al verdor y la sinuosa y hermosa espesura del Valle del Dag donde se encontraba el poblado de los cazadores montañeses.
Durante horas, la lenta caravana de hombres, bueyes, caballos y asnos se internó en el páramo, igual que una gran serpiente, hasta que la luz de sus antorchas al atardecer se perdió en la delgada línea del horizonte y los vigías de las atalayas de los Dag ya no distinguieron las últimas luces del día y las antorchas de la caravana.
Ya de noche cerrada, la caravana paró. Los cazadores armaron el campamento y montaron la cena a la luz de las primeras hogueras.
Un joven escudero había sorprendido a Kadosh robando un mendrugo de pan duro cerca de la tienda de uno de los jefes de los cazadores. Enseguida había reconocido al huérfano Kadosh y, antes de aplicarle un castigo por el hurto, prefirió llamar a Noah, sabedor de la simpatía que sentía el gran cazador por el muchacho.
Noah no podía creerlo. De todas las travesuras de Kadosh, aquella sin duda había sido la peor. –“Pero, ¿cómo se te ocurre? Maldito muchacho…” -le reprochó Noah.
Kadosh estaba asustado y prefirió callar pues conocía el lío en el que se había metido. Ante todo, Noah era un hombre práctico, sabía que castigar a Kadosh allí no le aportaría nada a nadie. Por tanto, decidió darle una oportunidad como aprendiz de escudero, en espera de su regreso y seguro castigo en la aldea.
La misión de Kadosh consistiría en ayudar a los sirvientes de los carros cocinas a limpiar y recoger. A pesar de la dureza del trabajo, el niño no se quejó y asumió su parte de responsabilidad por sus malas acciones y como un miembro más de la tribu. Entre tanto, los días en el páramo gris eran calurosos y húmedos y las noches, en cambio, secas y frías.
Noah hizo un hueco a Kadosh en una de las tiendas de los cocineros y le prestó algunas mantas. Durante el resto del viaje, Kadosh tuvo que ganarse la comida y el lecho trabajando.
Velaryon era un chico rollizo y fuerte que disfrutaba riéndose de Kadosh y ridiculizándole delante del resto de cazadores y sirvientes. Velaryon tenía seis o siete años más que Kadosh y era una de esas

personas que afirman su personalidad mofándose y abusando de los débiles, para así ocultar sus propias debilidades y miedos.
Kadosh era incapaz de enfrentarse a alguien como Velaryon, prefería callar y disimular que el bruto no existía.
Desde luego, Noah sabía de la actitud de Velaryon, pero prefería hacerse el loco pues estaba convencido de que pasar por aquella experiencia fortalecería el carácter de su joven aprendiz.
Al quinto día de viaje y, tras una dura mañana montando el campamento a la sombra de unos árboles desecados, Velaryon se encontraba con otros muchachos riéndose, como siempre, del desvalido Kadosh. Hacía bromas y gracias sobre su baja estatura, su falta de fuerza y su estupidez. Realmente, no era un día diferente al resto de los días, hacía un rato que se había repartido el rancho y el sol empezaba a ser insoportable pero, de repente, el ritmo normal de las bromas del matón varió.
Velaryon empezó a ponerse más pesado que de costumbre, se levantó y tiró la comida de Kadosh al suelo. El resto de jóvenes se rieron ante la impasible mirada de los cazadores veteranos que comían en las proximidades.
Kadosh iba a pasarlo, continuaría haciéndose el loco, no quería causar más problemas a Noah de los que ya le había causado por defenderlo. Pero Velaryon tocó el único punto sensible que el niño no estaba dispuesto a soportar. Velaryon comenzó a meterse con los desconocidos padres de Kadosh, retándole y diciendo todo tipo de barbaridades. Incluso el coro de jovenzuelos se percató de que Velaryon había sobrepasado el límite, las risas dejaron de acompañar las tonterías de Velaryon pero este, lejos de darse por aludido y parar, se envalentonó aún más, buscando la gracia fácil y la aprobación perdida de su público.
Fue entonces cuando Kadosh se alzó en pie y, por primera vez en su vida, sostuvo la mirada de su acosador. Velaryon aprovechó la oportunidad para hacer una zancadilla al niño y hacerle caer. De nuevo la chiquillería aplaudió a Velaryon.
Cubierto de polvo y con los ojos irritados por las lágrimas, Kadosh alzó la mirada hacía el gordo Velaryon que estaba sonriente y confiado. El bravucón de Velaryon se preparó para asestar un nuevo golpe a su presa, pero algo le paró provocando la estupefacción de todos los presentes.
Los ojos de Kadosh eran de un azul claro e irreal, Velaryon nunca había mirado directamente a aquellos ojos, ahora, con las lágrimas, aquellos ojos brillaban con una insólita fiereza, inusual en otro ser humano.

Velaryon sintió aquel brillo como opresivo e iba a más, sus oídos zumbaron y sintió un leve mareo, después una sensación de ahogo muy pesada; quiso ignorarlo todo y avanzar hacia Kadosh, pero algo en el interior de Velaryon le decía que Kadosh le estaba produciendo ese malestar.
El matón se paró en seco. Estaba claro que el resto no sentía lo que sentía él y no relacionaban a Kadosh con una amenaza. Miraban a Velaryon incrédulos, como si no comprendieran lo que le estaba ocurriendo. Finalmente, Velaryon se asustó y dio media vuelta desapareciendo de la vista de todos. Fue entonces cuando las miradas de todos se clavaron en Kadosh. La gente susurró - “brujería, el chico traerá el mal agüero.” -Haciendo retornar a sus mentes ignorantes el recuerdo de la misteriosa procedencia del huérfano.
Cuando otros cazadores contaron a Noah lo ocurrido, este sonrió con aire enigmático. Como si él supiera algo que los demás desconocían, incluso el propio Kadosh. Noah se limitó a señalar que Velaryon era un estúpido y que le estaba bien empleada la lección, mientras recogía sus cuerdas y ponía en orden algunas lanzas.
La noche cayó sobre la Cuenca de los Huesos Quebrados, pues era así como llamaban los cazadores Dag aquella extensión septentrional del páramo.
Aquella noche, los guías habían perdido todo rastro de dahaka esmeralda. Las señales, antes claras y firmes, se habían desvanecido en la inmensidad del páramo y, con ellas, las esperanzas de negocio para la tribu. Al fin y al cabo, el dahaka esmeralda era un reptil de apenas dos metros de altura y unos cuatro de la cabeza a la punta del rabo que corría medio erguido sobre sus patas traseras. Eran fuertes pero un poco tontos, lo que los hacía relativamente fáciles de cazar y, aun así, costaba encontrar uno.
Los dahaka Esmeralda solían viajar en grupos de cinco o seis hembras y un macho, su piel era muy codiciada por los mercaderes aramitas que, procedentes de los Pasos de Frontera llegaban, de cuando en cuando, al Valle del Dag para comprarlos y llevarlos al lejano mercado de Al-Semanet, donde se pagaban verdaderas fortunas por ellos.
Los dahaka Esmeralda poseían una mandíbula fuerte y poderosa capaz de arrancar un brazo a un hombre fornido de un solo mordisco. Sin embargo, sólo habían demostrado ser mortales en sus continuos ataques a partidas de cazadores desprevenidos. Un grupo alertado y bien organizado podía reducir a una manada en cuestión de pocos minutos, aprovechando la escasa capacidad de reacción del dahaka esmeralda común.
Era ya noche cerrada y el brillo de la luz de las grandes hogueras

tribales iluminaba el campamento. Los guerreros danzaron y cantaron, rogando el favor divino en pos de una fructífera caza y un pronto regreso al hogar. Aquellos cantos conmovieron a Kadosh que, en una esquina solitaria, observaba a sus esquivos mayores.

Un zumbido repentino tronó en el ambiente. Algo sobrevoló el campamento entre las nubes nocturnas haciendo enmudecer a todos los presentes. Después, un silencio pavoroso y luego sonó un rugido feroz y brutal, como Kadosh jamás hubiera podido imaginar, ni en sus más horribles pesadillas.

La luna brillaba en el horizonte estrellado provocando una sensación de falsa quietud. Alguien dijo: -"Los dahaka esmeraldas no vuelan… eso es…", -y después otra vez el silencio.

Un estruendo brutal rugió tras ellos. Varias tiendas de campaña fueron aplastadas en medio de la oscuridad mientras los guerreros empezaron a gritar y a correr hacía sus armas.

Kadosh escuchó a alguien decir que aquella criatura era un dahaka negro mientras unas pisadas, que hacían retumbar la tierra, se acercaban más y más en medio de la oscuridad. El niño recordó una velada en casa de Gedeón en la que el anciano les contó, a Noah y a él, la leyenda de cuando los dahaka negros asolaron el valle de Dag en los remotos tiempos tras la batalla de Rocamar y de cómo, cuando aún no existía la tribu de los Dag y las huestes del Gran Maestre gobernaban todo Aqueron, comenzaron una lucha feroz entre los hombres y los dahaka por la conquista del territorio aún ardiente tras la gran explosión. Los dahaka negros habían huido tras el cataclismo que asoló las tierras occidentales, abandonando las montañas de Morgay y volando al Oriente.

Según la leyenda de Gedeón, las huestes del Gran Maestre y sus barcos voladores acabaron con todos los dahaka negros hasta extinguirlos de la faz del mundo. Entonces, ¿de dónde había salido aquel monstruo?

Una pasada fugaz y el niño contempló a la bestia erguida sobre sus patas con las alas extendidas a la luz de la hoguera. Debía medir unos diez metros y pesar varias toneladas, su piel negra y correosa parecía una coraza escurridiza y húmeda. Sobre su rostro arrugado y rectilíneo sobresalían dos ojos de un tono rojizo y aterrador, que se clavaron sobre el muchacho. La criatura rugió mostrando sus protuberantes colmillos y lengua afilada, tenía la boca del tamaño de dos bueyes maduros.

Kadosh quedó petrificado por el terror y corrió a esconderse bajo un carro, pero aquella criatura parecía quererlo a él y avanzó en su misma dirección. Entre tanto, varios cazadores montañeses salieron a enfrentarse con la bestia, estaban dirigidos por Noah. Pero las lanzas

de aquellos hombres rebotaron, como brotes de hierba, sobre la piel escamosa y acorazada del monstruo. Después, el dahaka los fue sacudiendo uno a uno…

Tras lanzar a Noah a la oscuridad, Kadosh contempló cómo uno de los cazadores Dag era despedazado y parte de sus miembros devorados por el animal rabioso ante la atónita e impotente mirada de sus hermanos tribales. Tras quitarse toda la resistencia, el monstruo avanzó en dirección al niño.

Kadosh observaba a la criatura con la garganta seca y el corazón a punto de explotarle bajo el pecho. Un sudor frío perló por completo su frente desnuda. Entre tanto, Velaryon y otros corrían de aquí para allá despavoridos. Sin embargo y ante la presencia del terrible dahaka tenuemente iluminado bajo la luz de las grandes hogueras, todos quedaron paralizados frente a la terrible bestia que avanzaba sin remisión en pos del joven Kadosh. Mientras, Noah permanecía inconsciente y tendido no lejos de allí…

Súbitamente, cuando todo parecía perdido, algo cambió en la mente de Kadosh. Fue como si otra persona se adueñara de su consciencia y, de repente, el miedo se fue. El chico se incorporó y avanzó con decisión haciendo frente a la bestia ante la estupefacta mirada del resto de los Dag.

Un terrible dolor de cabeza acompañó a Noah mientras, poco a poco, fue entreabriendo sus enrojecidos ojos. Estupefacto, aún entumecido por el golpe de la bestia y el frío nocturno, Noah se quedó perplejo al contemplar la escena. Aquel monstruo titánico se había parado frente al pequeño Kadosh.

La mirada de Kadosh era fría y enigmática, como lo había sido ante Velaryon. Si no fuera por su aspecto infantil, se podría decir que aquella mirada podría perfectamente pertenecer a un anciano con varios siglos de edad. Parecía como si Kadosh sostuviera un duelo mental mudo contra la bestia, un cruce de miradas que había paralizado al reptil alado.

Como si de una pesadilla mística se tratara, Kadosh extendió la mano y la bestia cedió, tumbándose en tono sumiso ¡igual que un perro acobardado! Los Dag supervivientes no daban crédito a sus ojos.

Kadosh acarició el hocico de la bestia y esta le relamió la mano, ahora como una criatura dócil y mansa.

La expresión del muchacho era impenetrable, sin mostrar el menor signo de emoción.

Tras unos pocos instantes, el temible reptil estiró su largo cuello y

miró hacia arriba, después abrió de nuevo sus increíbles fauces exhalando un rugido que heló el corazón de los montañeses. Tras esto, como guiado por un todo interconectado, el muchacho se retiró andando hacia atrás sin dejar su expresión hipnotizada. Para que, acto seguido, la bestia extendiera sus poderosas alas negras y volviera a alzar el vuelo levantado polvo y tirando con su huracanada brisa las pocas tiendas que aún estaban en pie, para, inmediatamente después, perderse para siempre en la noche oscura.

Un sinuoso rumor, mezcla de fervor religioso y miedo, se alzó ligeramente entre los supervivientes y los restos de la destrucción. Los Dag alzaban plegarias al viento, sus ojos, antaño hostiles, empezaban a ver a Kadosh con un respeto y un miedo como sólo los dioses transmiten a los hombres.

Noah estaba magullado y con la cara llena de rasguños, seguía inmóvil y perplejo. Los ojos estupefactos del veterano cazador contemplaron cómo el dahaka alzaba el vuelo mientras Kadosh permanecía en pie, solo y desamparado, en medio de la destrucción.

Sacando las pocas fuerzas que le quedaban, el cazador corrió hacía el muchacho pero, antes de que este le alcanzara, Kadosh cayó al suelo embarrado, totalmente inconsciente.

Ahora ya no había dudas sobre el poder del muchacho de misterioso origen. Ahora todos sabían que Kadosh les había salvado de una muerte segura y ese fue el principio de la leyenda.

8

"Y llegará el día en que ninguna tierra será segura y la sombra se extenderá, cual brisa impenitente en busca de la carne de los vivos."

Extractos del sura 44, versículo 1408. Upanishads Sanatana Dharma

Aquel bosque lóbrego y sombrío, bajo un cielo encapotado, daba paso a un abrupto lodazal. Un pantano yermo, poblado de peñas bajas y quebradas, árboles flacos y escasos que se mostraban como esqueletos enfermizos, espectros ramificados que intentaban amenazar al melancólico cielo.

Andando, torpe y cansado, el caballero terminó por tropezar y caer en medio del cenagal, justo a la entrada de la esquelética floresta. Aun con los ojos arrasados, reflejo inexorable de la angustia que atenazaba su espíritu, continuó avanzando con torpeza y dificultad.

El cansado viajero se cubría con una armadura carcomida por la herrumbre, tan sucia y abollada que apenas se distinguía su tonalidad original. La mugre y el fango habían terminado por comerse el bonito color de la armadura antaño plateada y lustrosa.

Finalmente, el caballero se dejó caer en un pequeño promontorio a forma de islote en medio del acuoso barrizal. Boca arriba y con los ojos perdidos en el firmamento, terminó por desfallecer y caer momentáneamente en la inconsciencia.

Aún luchaban por prevalecer las últimas luces de la tarde cuando unos pasos, alborotando por las charcas próximas, despertaron súbitamente al exhausto Lord. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, el caballero consiguió incorporase y desenvainar su espada. El filo de la hoja estaba teñido por el agua sucia y la sangre seca, pero aún conservaba algo de su brillo y señorío originales que antaño la hicieron refulgir con un aura victoriosa.

Dos indecorosos aldeanos se acercaron al minúsculo promontorio.

-No temáis señor… -dijo el más alto de los dos.

-Venimos del bosque, os distinguimos al llegar desde lejos. ¿Necesitáis auxilio? -dijo el otro.

-¿Quién sois? Hablad u os ensarto como a vulgares ratas… -les increpó el Lord, al tiempo que se ponía en posición de guardia, blandiendo en alto su pesada espada.

-Somos leñadores, noble nacido. Sólo jornaleros del bosque… -respondió el alto sin ocultar su espanto ante la figura del guerrero, una vez más, erguido en toda su majestad.

El caballero los estudió, eran dos lugareños ataviados con pieles curtidas típicas de los límites orientales del Gran Asoka. Sus rostros estaban arrugados y tostados por las inclemencias y la necesidad. Por un instante, el guerrero recuperó algo de sentido común y envainó la espada.

-¿Qué comarca es esta? –inquirió el Lord.

-Os encontráis a las puertas de la comarca del "Cuerno Blanco", más allá de la región oriental de El Gran Asoka. ¿Quién sois vos, señor?

-Mi nombre es Ragnar, hijo de Samos y soy el último superviviente de la guardia personal del magistrado Casio Trencavel.

-¿Cómo decís? –Ninguno de los villanos ocultó su sorpresa- ¿Vos?, ¿sois un caballero del patriarca de los Trencavel?… -diciendo esto, los dos villanos se arrodillaron, hundiéndose hasta la cintura en el cenagal.

-¡Levantaos, desgraciados! –les increpó el guerrero-ya no soy caballero de nadie. El noble príncipe ha muerto y, con él, casi todo su ejército y la esperanza para los hombres libres de Aqueron. Leopold ahora es libre para cerrar su puño sobre sus indefensas presas.

-Se decía que iba a acontecer una gran batalla –recordó el más bajo de los leñadores-durante los últimos seis meses, hombres y bestias transitaron con provisiones por el camino viejo rumbo a Oriente, donde la tierra húmeda termina y comienza el desierto. Drakares de Agarthia, nos sobrevolaron como aves de rapiña. Todos sabíamos que algo malo estaba a punto de suceder.

-Pero nadie había traído nuevas de lo ocurrido tras la batalla, ni siquiera de cuando acaeció la cruzada -continuó el otro.

-Nadie las trajo porque casi nadie sobrevivió. –El caballero suspiró triste antes de continuar. Los leñadores creyeron ver un brillo acuoso en sus ojos-La batalla fue perdida, el último de los magistrados honorables de la Orden, el príncipe Casio Trencavel, fue devorado por los demonios lulu de Pazazu junto a su ejército. El último gobierno de los hombres libres ha caído, ahora los demonios Igigi y sus espectros regresados se han aliado con los corruptos gobernantes de Agarthia y campan a sus anchas por las tierras de Aqueron sin nadie que se les

oponga.

-¿Demonios decís? –Los leñadores se miraron espantados.

-Creímos ser los dueños de este mundo. Nos veíamos invencibles desde nuestras ciudadelas de sólida roca, desde nuestras estancias palatinas de oro y nácar. –El caballero se paró una vez más, como si un dulce recuerdo hubiera nublado su conciencia, tras unos segundos, continuó-Seguros bajo la luz del sol y las estrellas, nuestra osadía nos llevó a cometer demasiados errores. Avanzamos demasiado hacía el norte y hacía oriente, más allá de las montañas que nacen al norte de la gran tierra que se extiende el Gran Mar del Norte. Allí se ocultaba, escondido pero latente, un poder mayor a cualquier otro. Y ahora hemos pagado por nuestra osadía.

-¿Qué poder es ese?

-Uno tan antiguo como olvidada ciudad de Sippart o Rocamar, un mal que fue traído a Aqueron a la par que los hombres, el baluarte perdido de la maldición que acabó con el poder de los hombres que poblaron el cosmos mucho antes de que Agarthia fuera edificada. Esos malditos demonios, bebedores de sangre y comedores de carne humana, conducidos por su rey impío Pazazu, sólo nos ven como simple ganado que consumir.

-Pero… ¿Qué será de nosotros ahora? -dijo el más alto de los leñadores.

-¿Tenéis familia? –les preguntó el caballero.

-Así es, ambos –asintió.

-Pues id por ellos, tal vez aún no sea tarde. Tomad lo que podáis y partid cuanto antes hacia el Oriente.

-¿Hacia el Oriente decís? –dijo el más alto.

-En la Gran Dorsal, donde se extienden las minas de argento bajo las entrañas del colosal Dag, son tierras aún muy alejadas, tardaran algún tiempo en alcanzarlas.

-¿Y vos, Señor? ¿Habéis pensado qué hacer?

-No… -el caballero vaciló– no he considerado nada aún. Desde que el ejército del gran Casio fuera vencido y devorado por las hordas lulu, durante cuatro días y cinco noches, no he hecho otra cosa más que huir. Al principio éramos veinte, pero nos han ido cazando uno tras otro. Ahora, tan solo quedo yo.

-Venid con nosotros, señor –dijo el más bajo.

-Si es cierto lo que decís, tampoco queda aquí nada para vos –prosiguió el más alto.

Finalmente, el caballero aceptó la oferta de los leñadores y poco

después, caminaron un par de horas por el bosque, la tierra firme ayudo a Ragnar a moverse con más facilidad. Pero el peso de la armadura le impedía seguir avanzando con la prontitud que la situación requería.

El caballero tenía una apariencia confiable y elegante, era alto y corpulento, de tez clara y largas greñas castañas y lisas.

El peligro era demasiado acuciante como para andar con miramientos. Ayudado por los leñadores, Ragnar desmontó su yelmo, sus grebas, escarpines, hombreras, guardabrazos, codales y brazales. Tan solo se quedó con el peto de su armadura y, una vez liberado del peso, Ragnar aceleró la marcha hasta alcanzar las proximidades de la aldea de los leñadores.

Hacía pocas horas que la noche había caído sobre el bosque y las dos lunas se habían aposentado en todo su esplendor compartiendo su reino con las estrellas. En el centro de la aldea, las últimas ascuas de una hoguera se extinguían al ritmo de una suave pero fría brisa otoñal.

Tan solo el ruido de las pisadas del caballero y los leñadores les era revelado. Era como si la muerte se hubiera comido toda la vida en aquella oquedad en medio del bosque. Ragnar percibió cómo un sudor frío perlaba la frente de los leñadores y uno de ellos, el más bajo, trató de lanzarse corriendo rumbo a las chozas donde, por la mañana, había dejado a su familia. Pero Ragnar, intuyendo su movimiento y anticipándose a él, lo retuvo asiéndole de una manga, con una fuerza y un vigor que sorprendieron al aldeano.

Con el rostro tensionado, como preparándose para lo que iba acontecer, Ragnar hizo gestos a los leñadores para que se sentaran ocultos y no hicieran ruido. Los leñadores, bastante asustados y confusos, obedecieron. Fue entonces cuando el caballero desenvainó su espada, una vez más, un brillo fugaz recorrió la hoja al tiempo que se desnudaba bajo la luz de las lunas.

Como una sombra, como un mal sueño, el caballero desapareció entre las tinieblas, quedando oculto a los ojos de los leñadores.

La turbación, el miedo y el frío fueron poco a poco haciéndose presa de ellos.

-¿Nos ha abandonado? –dijo el más bajo.

-¿Por qué lo dices? –le interrogó el alto.

-¿No le oíste? Había dejado a los suyos en medio de la batalla, los dejó a su merced. ¿Por qué él se salvó y el magistrado no? ¿Qué pasó con los diecinueve que lo acompañaban? Seguramente es un traidor y

ahora estamos a su merced.

-Será mejor que te calles, el bosque tiene oídos muy finos –le advirtió el alto, poniéndose un dedo en la boca.

-¿Por qué debería? ¡Nuestras mujeres e hijos están en esas chozas!, y nos esperan.

-Él dijo que nos quedáramos aquí y yo le voy a hacer caso.

-Está bien, haz lo que quieras, pero yo me marcho.

El más bajo de los dos leñadores se escabulló rumbo directo hacía la aldea. Su compinche no pudo hacer nada por retenerlo. El leñador más alto se quedó solo, en medio de la oscuridad y a la expectativa y, muy pronto, el miedo le embargó, un vació le atenazó el alma naciendo de la boca del estómago hasta ponerle toda la piel de gallina.

Entre tanto, el leñador más bajo avanzó furtivo por las retamas y entre los viejos y gruesos pinos. La luz de las lunas era clara e invitaba a avanzar con seguridad.

En pocos segundos, alcanzó el centro de la minúscula aldea, justo a los pies de las esquirlas de la lumbre recién consumida. Ignorante de los nuevos peligros que atenazaban al mundo, el incauto comenzó a chillar en un vano intento de llamar a sus amigos y familiares. Pero aquel lugar era como un cementerio mudo y sombrío, sólo el viento y el batir de las ramas se manifestaron ante él.

De repente, el crujido de una rama le sobresaltó, algo había sonado tras él, algo como un crepitar o unos pasos acompañados del eterno devenir del viento, ahora más fuerte quizás. El leñador miró nervioso en todas direcciones sin alcanzar a ver nada, tembloroso y con la respiración entrecortada, removió con cierto nerviosismo las ascuas de la extinta hoguera utilizando el pie, algo que calmara su malestar y su ansia. Súbitamente, una sombra gris apareció en la puerta de una de las maltrechas chozas, el incauto creyó identificarla, pero la sombra no respondió a sus llamadas. Poco a poco, se fue viendo rodeado de más y más crujidos, pasos quizás…, creyó escuchar a alguien arrastrándose.

Más y más sombras fueron surgiendo de las chozas y otros rincones de la tenebrosa aldea, todas mudas y con aspecto pálido, siniestro y amenazador. Aquellos seres tenían unos ojos amarillentos, que parecian brillar en la oscuridad.

Súbitamente, una mano rozó el antebrazo del hombre, el leñador creyó oír un gruñido, como el de una bestia, suspirar cerca de su nuca; repentinamente, sintió un escalofrío y dio un traspié removiendo más las cenizas de la lumbre consumida; para su sorpresa y horror,

encontró entre las ascuas, aún ardientes y negruzcas, los restos de una mano humana medio devorada y algo quemada, apenas la vio por el rabillo del ojo pero el pánico se hizo presa de él y empezó a gritar como un alma que es arrastrada a través de un lóbrego y profundo túnel hacía el mismo infierno. Antes de percatarse del peligro real que lo amenazaba, el leñador sintió cómo decenas de bocas hundían sus fríos y putrefactos dientes en la carne de sus extremidades, tronco y cara… devorándolo y despedazándolo entre terribles estertores de dolor sanguinolento.

Los alaridos del desgraciado pudieron oírse a varios cientos de metros de distancia.

De repente y como un relámpago vengador, el caballero surgió de entre las tinieblas blandiendo su espada y haciéndola silbar con cada trazo de su acero. Miembros, cabezas, tendones y huesos crujieron en el aire mientras las sombras trataban de revolverse y contraatacar sin éxito.

De entre las oscuras siluetas saltaron gruñidos y un extraño tono amarillento refulgente que destacaba en sus ojos como los de un gato, quizás. Pero ya era demasiado tarde para el incauto leñador, aún con el corazón palpitante, el caballero no pudo otra cosa que tomar piedad y rematarlo en su miseria para evitarle mayor dolor.

Pronto allí no quedó nada. Los atacantes se habían visto reducidos a una marea de carne, sangre y hueso descoyuntados. Por un instante, el silencio volvió a dominar el lugar, entre tanto, el otro leñador, que lo había visto todo desde su escondite, salió corriendo hacia el caballero; cuando estaba a punto de abandonar la maleza para entrar en el claro, justo tras el caballero, este viró en redondo y apuntó el mandoble hacía la garganta del leñador que frenó en seco. Por un momento, el leñador sintió que la punta de la espada rozaba su nuez.

El leñador se quedó petrificado, no esperaba esa reacción del caballero.

-¡Señor! Soy yo, ¡el leñador! ¿No me conocéis? –Tras oír sus palabras, el caballero, que tenía el rostro tintado de lo que parecía una sangre negra y espesa, bajó la espada y la envainó de nuevo.

-No queda nadie con vida –dijo al fin– lo siento.

-Pero, Señor… Mi familia, mis hijos, mi mujer ¿dónde están?

-Todos han muerto leñador. –El caballero agachó la cabeza, visiblemente apenado. -Lo siento.

-No…, mi…, mi familia. –El leñador cayó al suelo, llorando y gimiendo, destrozado por el dolor.

-No queda tiempo, ya han llegado a esta región, es hora de marcharnos –continuó el caballero con un tono calmado y tranquilo. –Nada queda aquí para nosotros. El mal avanza, llega presto del Occidente y alcanzará muy pronto las faldas de la Gran Dorsal, si en dos días no llegamos a las faldas de esa cordillera, nos convertiremos en sombras sedientas de carne y sangre, igual que tu familia y el resto de miembros de tu tribu.

-Dejadme aquí noble nacido… -dijo el leñador entre sollozos–quiero morir con ellos.

-No morirás, serás devorado por ellos cuando sus miembros retornen a la vida y lo harán muy pronto. Tu gente ha muerto, igual que ha muerto La Orden.

El caballero tomó del brazo al leñador y lo ayudó a incorporarse. Destrozados por el dolor y la culpa, los dos hombres se volvieron a internar en el bosque, perdidos en medio de las tinieblas.

La noche pasó y una fría mañana siguió tras el paso de la oscuridad, helando los corazones de los fugitivos. Apenas habían despuntado las primeras luces cuando llegaron al límite oriental del bosque, allí donde el camino viejo se pierde en los bordes de las ciénagas y comienza un gran prado de forraje alto y verde.

Una niebla matutina fue inundando el horizonte avanzando con sinuosa lentitud, como deleitándose mientras enterraba a la tierra entre tinieblas. Aunque todavía, muy lejos, en el horizonte, se distinguía perfectamente la silueta del gran monte Dag y la Gran Dorsal, su única vía de escape a los horrores del mundo.

Ocultos tras los peñascos que salpicaban una pequeña colina, soldada al límite de la frondosidad, el leñador y el caballero no quitaban ojo a la meseta que se abría ante ellos ya que, unos cientos de metros más abajo, se extendían unas pocas edificaciones de madera. El leñador advirtió al caballero de que se trataba de una granja que hacía las veces de hospedería para los peregrinos y viajeros que antaño transitaban por el camino viejo.

Tras unos minutos de observación en silencio, el caballero señaló una cerca adyacente a lo que parecía la construcción principal de la alquería, tras la cerca, varios rocines relinchaban hostigados por sombras pequeñas como de niños oscuros y fornidos.

-Maldición… ya han llegado aquí los espectros lulu -dijo el caballero.

-¿Espectros? –Inquirió el leñador- ¿quiénes son?

-Demonios sin cerebro, muertos vivientes antropófagos, son peligrosos si van en manada, sirven a la oscuridad igual que sus amos, los Igigis.

-Parecen sombras ebrias.

-Que no te engañe su aparente torpeza, son fuertes y rápidos como alimañas sanguinarias. Hay cientos de miles, durante la última batalla no pudimos contenerlos.

-¿Qué hacen flagelando a esos caballos?

-Supongo que quieren cazarlos y comérselos mientras su sangre esté aún caliente, los cadáveres fríos no les satisfacen y sólo los devoran cuando no tienen otra cosa que llevarse a la boca, su hambre no tiene fin. A estas horas ya habrán acabado con la gente de la granja, seguro que hay más dentro devorando los cuerpos de los granjeros.

-¿Se comen a la gente? –le cotilleó el leñador horrorizado.

-Bueno sí, en parte. Digamos que les gustan las vísceras, esa es la parte buena…

-¿Y cuál es la mala?

-Luego les transmiten su extraña enfermedad, al caer la noche se convierten en lo que ya viste ayer.

-Entonces… ¿el ejercito del magistrado Casio?

-Si, con Casio a la cabeza… –Ragnar parecía entristecido-son ahora como la gente de tu aldea, muertos vivientes, regresados, esclavos de la noche eterna, asesinos sedientos de carne y sangre viva, sin moral o remordimientos. Antaño lo llamaban la plaga oscura.

-¿Qué vamos a hacer?

-Vamos a deslizarnos por la pendiente y vamos a avanzar tan rápido como sea posible hasta la cerca… Allí yo acabaré con los espectros y robaremos dos caballos.

-¿Se puede acabar con ellos?

-El hambre no tiene fin, sólo puedes descoyuntarlos o abrasarlos, si no quemas sus restos toman voluntad propia y pueden seguir avanzando, incluso transmitir la enfermedad.

-¡Pero yo no sé montar y esas bestias no están ensilladas! –dijo el villano dando excusas vanas para ocultar su verdadero miedo.

Los lamentos del leñador fueron obviados por el caballero. La decisión estaba ya tomada y el pobre aldeano no podía hacer nada al respecto. Totalmente desesperados, avanzaron colina abajo hacia el prado y rumbo a la cerca.

Muy pronto, los espectros se percataron de su presencia. Uno de los tres, que estaba hostigando a los caballos, gritó con voz estridente en una lengua grosera y, apuntando con un dedo huesudo y trémulo hacia la nueva amenaza, desenvainó una cimitarra herrumbrosa. Una sonrisa a forma de mueca maligna se dibujó en el rostro desdentado y putrefacto.

Al acercarse, el leñador contempló con horror los rostros de aquellas criaturas y, durante unos segundos, se quedó paralizado por el pánico.

Los espectros eran de tez cetrina y de ojos grandes como los de los gatos, sus rostros arrugados y deformes lucían el semblante de la muerte, de sus desproporcionadas fauces surgían colmillos de forma irregular y variopinta, hacia abajo y hacia arriba, sin orden alguno.

Como un río de agua sucia, decenas de malolientes lulus salieron de la casa a la carrera y rumbo al cercado, como alimañas. La escena habría congelado el alma a cualquiera, unos armados, vestidos o desnudos, cojeando, corriendo o arrastrándose todos como cadáveres animados y congelados en el momento mismo de su defunción.

Ragnar se percató del peligro, debía decidir: si esquivaba a los espectros de la cerca y montaba uno de los caballos para salir huyendo y salvar la vida, o se detenía a ayudar al indefenso leñador que ya estaba sentenciado.

La lucha interna entre el espíritu de supervivencia y el honor perdido le hizo reventar en un alarido de rabia largamente contraída.

El caballero frenó en seco, desenvainó su espada y corrió en dirección a las tres sombras más cercanas. Su acero se cruzó con el de los muertos vivientes en una lucha desigual por la misma vida. El caballero hizo una finta rápida que pareció cortar el aire y, después, dos quiebros para terminar con un corte transversal que partió el cráneo del primer regresado. Los otros dos aullaron de ira al ver los sesos de su hermano desperdigados por la hierba fresca y verde.

El segundo cayó de bruces cuando Ragnar le propinó un puntapié en la barbilla, al tiempo que giraba y segaba el cuello del tercero, para terminar hundiendo su mandoble en las tripas de su contrincante derribado.

La sangre negra y nauseabunda de aquellas criaturas malditas le había salpicado encima ensuciando, aún más, las ropas y el peto de Ragnar, los muertos vivientes de la cabaña no andaban ya lejos.

Ragnar se cargó encima al paralizado leñador y, no sin dificultad, lo subió a uno de los caballos. Él se montó a lomos de otro y azuzando a las bestias, saltaron la cerca rumbo al norte. El leñador, recuperándose de la impresión, trató penosamente de dominar a la

bestia como pudo.

El grupo de espectros frenó en seco al percatarse de que ya no podían alcanzarles, las sombras no montaban a caballo… Rugidos y gruñidos de desaprobación e ira se escucharon en torno a la pequeña multitud de lulus congregada a su llegada a la cerca. Mientras, aún relamían y saboreaban la sangre aún caliente de sus últimas víctimas.

Poco antes de internarse en el camino viejo, rumbo al Occidente, Ragnar se percató de que eran observados desde la colina en la que momentos antes se habían refugiado, por una criatura con semblante de hombre que los miraba. Su rostro y cuerpo quedaban tapados por un largo manto y un abultado capuchón.

Aquella figura tenía las manos cubiertas por guantes de acero, cruzadas y apoyadas sobre un gran espadón cuya punta se hundía en la tierra.

Ragnar conocía ese uniforme, lo había visto antes dirigiendo a millares de hombres del norte hipnotizados bajo su poder demoníaco y a sus terribles lulus, poco antes de caer como aves de rapiña sobre las esplendorosas huestes de Casio Trencavel. Pues Ragnar jamás podría olvidar la armadura del terrible y poderoso Igigi Pazazu, el renegado.

Cabalgaron como almas escapadas del averno, con el corazón desgarrado y sin mirar atrás, aunque podían sentir la sombra del mal más puro avanzando tras ellos.

Los huidos atravesaron las nieblas de las praderas y pasaron más allá, siempre siguiendo la linde del camino viejo, rumbo a la Gran Dorsal y el valle del Dag-Guiora.

A la caída de la tarde, la niebla se retiró y Ragnar se sintió un poco más seguro y, por fin, quiso parar la marcha para descansar. El leñador estaba poco acostumbrado a cabalgar, tenía todos los huesos molidos y prácticamente se dejó caer del caballo.

Los viajeros habían parado en las ruinas de una antigua abadía, justo donde las praderas terminan y comienzan las Llanuras Sedientas. Antes de que cayera la noche, Ragnar buscó un hueco entre unos arcos y los restos de un muro, a salvo de las acometidas del viento. El caballero encendió un pequeño fuego, donde los fugitivos se calentaron para sentir algo remotamente parecido al calor del hogar perdido.

-Me habéis salvado la vida, ahora soy vuestro humilde servidor –dijo el leñador.

-Vos hubierais hecho lo mismo por mí –le respondió el caballero con una sonrisa forzada.

-Sabes que no… me quedé petrificado, dudo que yo hubiera hecho lo mismo.

-Era la primera vez que te encontrabas con criaturas semejantes, es lógico dejarse llevar por el pánico. Decidme, ¿Cuál es vuestro nombre?

-Me llamo Nejmad.

-¿Tu nombre significa “agradable”? Qué curioso… Bueno Nejmad, estamos a varios meses de la linde de las estribaciones que dan paso a la comarca del Valle del Dag-Guiora. ¿Crees que, antes de que lleguemos, tendrás la fuerza suficiente como para empuñar un arma contra el enemigo?

-Nunca fui instruido en el uso de las armas.

-Pero sí del hacha, ¿no es así?

-Vuestra merced conoce mi profesión.

-Pues os buscaremos un hacha.

-Os ayudaré noble nacido. Quiero luchar contra esos demonios, quiero vengar a mi familia.

-Que así sea, Nejmad. Recordad… no hay mejor soldado que aquel que lo ha perdido todo. –Y los dos hombres se estrecharon la mano en señal de amistad.

KUMAR

9

“Si no tuvieras vista, ni oído, ni tacto, ni gusto, ni tan siquiera olfato… ¿existirías realmente?”

Sutra de la Verdad Infinita - Retahíla Neo-Menoch

El silencio fue roto por el hondo latir de centenares de cuernos de oración que resoplaron a la vez, aflorando con gran estrépito, de entre los solitarios templos salpicados por las afiladas y aristas cumbres de la Gran Dorsal, como una orquesta armoniosa y conjuntada.

Un viento helado siguió al final de la monacal retahíla. Los monjes Neo-Menoch intentaban despertar a los dioses, avisando a los vivos de que la hora para el rezo y la meditación diaria había comenzado. Los cuernos de oración eran grandes y estilizados instrumentos de viento con forma de clarinetes torcidos de más de cuatro metros de largo, elaborados en marfil de dahaka y decorados con gemas encastradas, se encontraban dispuestos estratégicamente dentro de las capillas que se alzaban sobre los minaretes de los templos.

Para mover o hacer sonar un solo cuerno de oración, eran necesarios varios monjes bien fornidos. Este ritual debía practicarse varias veces al año, tal y como ordenaban las reglas de la disposición sagrada, que indicaba el calendario religioso para cada estación del año.

Kumar Rimpoche era un lama Neo-Menoch entrado en los cuarenta que vivía recluido en el monasterio Corvino. Este se alzaba majestuoso y soberbio sobre la cima del monte Dag-Guiora, el más antiguo y elevado de los existentes en él.

Kumar era de rasgos orientales puesto que, como la mayoría de los monjes de aquellos monasterios de las montañas, era originario de la misma etnia que los Dag del valle, de tez ligeramente oscura, rasgos marcadamente afilados, ojos rasgados y mirada profunda e enigmática. Kumar era estrecho de cintura y no muy alto, tenía el cabello rasurado al cero y un cuerpo de músculos bien definidos que daban cuenta de su entrenamiento diario y, como cualquier otro monje-guerrero, Kumar estaba versado en las sagradas artes marciales de las disciplinas Menoch que a diario practicaba en las plácidas tardes de entrenamiento del monasterio.

Aquellas antiguas rocas, que habían sido el confortable hogar de los monjes Neo-Menoch durante siglos, estaban impregnadas de la humedad que hace presagiar un brusco e inminente cambio climático.

El lama se encontraba solo, ataviado con su túnica bermellón y dorada, en actitud contemplativa, sentado en la posición del loto sobre la base de una pequeña murallita de roca caliza desgastada que rodeaba el palacio-templo de Corvino. Se encontraba justo al borde mismo del abismo de la montaña que conducía a las postrimerías del fértil Valle del Dag. Tras el final de las entonaciones de los cuernos rituales, Kumar reparó por un instante en las lunas, -"Una imagen perfecta" -pensó mientras se iba poco a poco sumiendo en la meditación y, a pesar de ser de día, las lunas eran perfectamente visible en el horizonte.

Una precipitada y fría brisa glaciar cruzó la cima del monte Dag haciendo estremecerse al monje. Fue el momento para abandonar la lectura de un viejo códice trascrito a mano con algunos extractos del sagrado libro Upanishads Sanatana Dharma y comenzar la meditación trascendental.

Kumar entonó para sí una y otra vez el Sutra de la verdad: "si no tuvieras vista, ni oído, ni tacto, ni gusto, ni tan siquiera olfato… ¿existirías realmente?"… Con el objeto de entrar en un profundo estado trascendental que lo alejaría de la realidad. Cerró los ojos y se sintió vagando en el oscuro infinito. Primero sintió una fina punzada en la sien, después algo de tensión sobre los hombros y, por último, vértigo y precipitación en medio de la nada, como una caída en picado hacía el mismo abismo de la conciencia. Dejó de ser él por un instante para fijarse en otros ojos, en otra vida, en otro mundo.

Los ojos de Kumar fueron los ojos de un niño y los ojos de ese niño los de Kumar. El monje ya no supo si se encontraba recordando acontecimientos de otra vida pasada o, por el contrario, veía a través de los ojos de un niño real ubicado en un tiempo y un lugar desconocidos.

Aquel niño enigmático corrió sollozante atravesando un pasillo en tinieblas, a pesar de encontrarse en medio de la penumbra, era claramente visible el imperio de la inmundicia y la extrema suciedad que gobernaba aquel lugar abandonado y maldito. A duras penas y en un estado famélico y fatigado, el niño siguió corriendo.

Aquel muchacho no debía contar más de siete años, súbitamente, se tambaleó hasta penetrar a través de una puerta abierta que le daba acceso a una nueva estancia aún más oscura que el pasillo del que provenía, pues sabía que le estaban persiguiendo y estaba seguro de que no tardarían en dar con él. Kumar sintió sus latidos, su pánico

lacerante punzando su joven piel y un sudor frío que perló su frente. Aceptando su propio destino, se quedó en cuclillas bajo una mesa, temblando aterrorizado. En los últimos días, había visto muchas cosas que no entendía.

Extrañas personas vestidas de blanco, que tapaban sus rostros, le daban toda suerte de medicamentos y punciones, sus ojos sucumbiendo al dolor, mientras el terror le invadía. -“Corre, hijo… corre” -le dijo una voz en su subconsciente. Las ideas y pensamientos se le amontonaban rápidos y precipitados, sabía que había huido de sus captores sin orden, rumbo o concierto y, sin recordar cómo, ahora se encontraba en aquel lugar lúgubre y oscuro. De repente, sintió unos pasos pesados y lentos cruzando el pasillo que antes había cruzado él mismo, aquellos pasos iban acompasados de una respiración profunda y dificultosa que se le antojó familiar. Y entonces lo vio: aquel hombre viejo con su mismo rostro, aunque más arrugado y severo, le había encontrado.

Fue entonces cuando el niño gritó, Kumar sintió súbitamente cómo el dolor y el olvido se fueron poco a poco adueñando de su mente y, de pronto, Kumar despertó de su meditación sobresaltado.

Él conocía a ese niño, realmente lo había visto años atrás, pero aún no conseguía recordar dónde. Por un instante no se percató de lo que ocurría a su alrededor. Ya era de noche y seguramente se había pasado todo el día inmerso en su meditación, ajeno a su propio cuerpo.

Decenas de monjes alumbrados bajo el fuego de antorchas le rodeaban, maravillados de lo profundo del trance que había alcanzado, era evidente que le habían estado velando hasta su regreso.

-¿Has vuelto a soñar con el niño, Kumar Rimpoche? -le interrogó el Abad del monasterio, Diorde Rimpoche, un anciano octogenario de cuerpo enclenque y curvo que había sido maestro de Kumar en su infancia. Diorde apareció destacándose entre los monjes del grupo.

-Así es maestro Diorde, pero esta vez era distinto. –Kumar aún no se había recuperado de la impresión.

-Distinto, ¿por qué? ¿Tiene que ver con que nos dejaras durante dos días…? -Diorde sonrió con aire enigmático y dejó que esta última frase pasara por los sorprendidos oídos de Kumar como un viento helado azotando las crestas del monte Dag. ¡Había estado en meditación durante dos días realmente! todos los monjes rieron de felicidad y admiración.

-¿Dos días? pero si acababa de cerrar los ojos…

-¡Cuán cerca estás de la perfección, Kumar! Sin duda eres el mejor de entre todos nosotros, por esto la Diosa te han bendecido para que veas a ese niño.

-Aún no sé quién es…

-¿No lo sabes aún? Yo creo que sí.

Y diciendo esto, Diorde se despidió dejando al conmocionado grupo de monjes para avanzar por el suave y serpenteante camino, que ascendía desde la murallita de la cima hasta el complejo principal del monasterio de Corvino. Todas las miradas siguieron al venerable y anciano maestro.

-Maestro Kumar, ¿veis un niño realmente? -le preguntó el joven Shigatse, uno de los jóvenes aprendices del monasterio. Kumar recordaba su nombre porque hacía unos meses le había dado clases de retórica y oratoria. Shigatse no debía contar más de quince o dieciséis años, no era muy alto y, al igual que la mayoría de los aspirantes a monje del monasterio Corvino, era de rasgos orientales. Shigatse lucía una cabeza rapada y el manto marrón que indicaba su grado de estudiante.

-No Shigatse, en mis meditaciones veo a través de los ojos de un niño –respondió Kumar recuperando su dignidad de respetable lama.

-No lo entiendo.

-Es sencillo, yo estoy dentro de él y veo a través de sus ojos, siento lo que él siente y padezco lo que él padece.

-Pero maestro, ¿no sabe quién es tan siquiera?, ¿por qué están compartiendo lo que ven?

-Ese es el misterio que el venerable Diorde quiere que descubra.

-¿Qué enseñanza nos puede transmitir sobre estos hechos, maestro Kumar? –preguntó otro monje al que Kumar no alcanzó a ver el rostro.

-Aún no tengo nada claro, pero intuyo que el muchacho pertenece a nuestro tiempo y está ya entre nosotros, creo que los demonios Igigi del Occidente ansían encontrarlo –respondió musitando mientras se incorporaba. Súbitamente sintió una punzada de dolor, sus piernas estaban completamente dormidas… Los monjes le ayudaron a ponerse en pie. Kumar comprobó el estremecimiento y el silencio que se había hecho sobre los presentes y cómo el pánico crecía entre los monjes que acababan de escuchar sus palabras. El sólo nombramiento de aquellos seres que gobernaban a los humanos sometidos en las tierras occidentales, más allá de la seguridad de la Gran Dorsal y el valle,

hacía temblar de terror al más aguerrido de los habitantes de la comarca del Dag. Kumar se mostró dubitativo, como inmerso aún en sus meditaciones… Las preguntas enmudecieron, el miedo se había adueñado de los monjes. Kumar se marchó buscando la paz y el calor en el habitáculo comunal del monasterio. Muy pronto la masa de monjes congregada se disipó, reorganizándose para volver a sus tareas cotidianas pero, cuando aún no había alcanzado la puerta del recinto, Kumar fue interceptado por un pequeño monje sediento de conocimiento, era Shigatse.

-Maestro Kumar… -dijo el muchacho haciendo parar en seco al monje.

-Sí, dime… Shigatse –contestó Kumar sin disimular su resignación.

-Me gustaría saber más, maestro, y sé que los demás no me contarán nada, tienen miedo de hablar sobre lo que ocurre más allá, en las remotas extensiones del occidente.

-Tienen miedo y tienen razón. El miedo no es malo, nos ayuda a sobrevivir.

-Sí maestro, pero yo quiero saber, quiero entender. Apenas he aprendido lo básico desde que estoy aquí, pero me gustaría saber más; conocer de dónde viene nuestra gente. ¿Quiénes son aquellos que causan tanto terror en el alma de los hombres?

-No hay una respuesta sencilla para ninguna de tus preguntas. –Kumar sonrió y con un gesto amigable condujo a Shigatse hacia la biblioteca. La biblioteca era un edificio anexo al complejo central del monasterio de Corvino, de forma ovoide.

Maestro y discípulo entraron en la inmensa sala empujando los grandes portones de bronce que conducían a la misma, Shigatse sólo había estado en aquel lugar en una ocasión y no por mucho tiempo. El resto de alumnos decía de aquel lugar que estaba habitado por espíritus de antiguos monjes. Kumar invitó a Shigatse a sentarse a su lado en una gran mesa rectangular. Tras encender un cirio, tomó un gran libro polvoriento de los inmensos estantes a su espalda y lo abrió frente al sorprendido muchacho. El libro estaba escrito en una lengua que Shigatse no identificó, pero también contenía hermosos dibujos a pluma que, supuso, interpretaban el contenido de los textos.

- Seguramente ningún habitante de los monasterios del Dag habrá salido jamás de las extensiones de la falda de la montaña o, quizás, más allá de la región del valle o las regiones más occidentales del Gran Asoka –comenzó a narrar Kumar mientras señalaba un gran mapa de la región de Dag dibujado a mano sobre el libro. –La mayoría de los habitantes de nuestra hermosa región jamás han salido de ella. La Gran Dorsal es un universo en sí mismo, un bastión de paz y

libertad ajeno a la cruel realidad del resto de nuestro mundo… Aqueron. Dos mil años atrás, la Gran Cordillera era una tierra apenas recién formada y colonizada, tras la mítica explosión de Rocamar. Desconocida para el incipiente reino que hoy es llamado La Orden.

-Perdón maestro… ¿La Orden?

-Te surgirán miles de preguntas a lo largo de mi historia y, lejos de entender, te darás cuenta de que te encuentras aún más ignorante que al principio, pero eso es inevitable. Por el momento, sólo te diré que la humanidad no nació en este mundo, nuestro hogar… sino que provenimos de otro mundo muy distante denominado "Gaia" que, por otro lado, ya no existe.

-Entonces… ¿Los humanos supervivientes de ese planeta Gaia, llegaron a Aqueron? –Kumar rio ante la inevitable ignorancia de un chico criado en las montañas y únicamente versado en los fundamentos más básicos de la lengua y la matemática.

-No, mi joven aprendiz. Lo cierto es que Aqueron nunca fue un mundo especial o significativo en la inmensa colección de planetas habitados por la especie humana. Sin embargo, una serie de hechos casi fortuitos lo convirtieron en la mayor singularidad del universo habitado por los hombres.

-No entiendo nada.

-Ya lo entenderás mi joven discípulo y, aunque muchos eruditos no crean en el mito de los Constructores o el de los Padres Celestiales, puedo asegurarte que la historia es cierta y verdadera como ninguna otra. Digamos que, en un momento incierto de la historia de los hombres, abandonamos el "sistema madre" y comenzamos a colonizar miles y posteriormente millones de mundos, todos ellos coordinados y controlados desde Gaia. El peso de los siglos dio identidad a esos mundos y los hijos quisieron emanciparse de sus padres, pero los padres no lo permitieron y estalló una terrible guerra que terminó por destruir a la propia Gaia y, por ende, el sistema de comunicaciones y direccionamiento de navegación de todos los barcos estelares que sabían navegar por el espacio en esa portentosa época, dejando a las distantes humanidades incomunicadas durante más de mil años.

-Pero, ¿no poseían las mismas tecnologías?, ¿no pudieron superponerse a la tragedia del "sistema madre"?

-Digamos que la guerra duró siglos… durante ese periodo las distintas facciones beligerantes se especializaron más en el arte de la guerra, que en preservar sus sistemas científicos o formativos. Cuando ocurrió el terrible imprevisto de la destrucción del sistema de comunicación cósmico, al que llamaban Cronos y que se alojaba en Gaia, nadie estaba preparado. Billones de seres perecieron en el

espacio, atrapados en sus navíos a la deriva; las comunicaciones interplanetarias enmudecieron y la mayoría de mundos degeneró rápidamente hacia la barbarie.

-¿También en Aqueron?

-Desde luego… En apenas cien años, la humanidad olvidó prácticamente todo… Jamás sabremos realmente cuántos mundos colonizó la raza humana en su época gloriosa. La cuestión es que esto provoco un cisma terrible entre las diferentes culturas. Un cisma que nos separó y diferenció e incomunicó por siempre.

-¿Aqueron fue poblado por esas personas también?

-El caso de Aqueron es un tanto distinto. Aquí ya había humanos debido a las brechas de los Constructores.

-¿Los Constructores?

-Ellos no eran humanos y poblaron el universo muchos miles de años antes de que el ser humano tan siquiera evolucionara a lo que es hoy. Ellos son los responsables del hallazgo de los terribles dioses Anu y de su entrada en nuestro espacio-tiempo, pero también fueron los responsables de las primeras colonizaciones de Aqueron. Aunque, tras la caída de Rocamar, al igual que muchos otros mundos, y debido a esas mismas brechas temporales, colonos de Gaia alcanzaron también este mundo, uniéndose inevitablemente a los pobladores primitivos y sufriendo la misma suerte que el resto de mundos habitados.

-¿Y qué paso con los otros planetas colonizados tras el desastre de Cronos?

-Mil años después, en un lejano mundo ubicado en la nebulosa de Orión llamado Crosaurius, un gran rey, heredero según dicen del mismo Mesías Rojo que una vez venció a los Anu en Aqueron, unificó sus tribus con la ayuda de un gran general y trajo la paz, este hecho desembocó en la creación de un estado estable que, con el tiempo, empezó a recuperar el conocimiento perdido bajo la guía de la antigua fe Menoch de la que proviene nuestro credo.

-Sí, esa historia la conozco. Es la historia sagrada que tan solo conocemos los monjes y cuyo conocimiento queda vedado al pueblo, la que llegó a nosotros gracias a los artefactos que cayeron del cielo y que los monjes recogieron en cráteres humeantes, repartidos por las cuatro esquinas de Aqueron.

-Has realizado tus deberes, Shigatse. Este pueblo fue el precursor de unas nuevas tecnologías de transporte estelar y de la ciencia del redescubrimiento.

-¿Comenzaron a contactar con otras humanidades?

-Así es, los once primeros mundos redescubiertos por los crosarianos se convirtieron en el eje de la nueva civilización

interestelar. Períodos de cismas religiosos se intercalaron con imperios y alianzas inciertas, mientras miles de nuevos mundos eran redescubiertos cada año estándar…

-¿Entre ellos Aqueron?

-Si, entre ellos Aqueron. Aunque el redescubrimiento de Aqueron fue muy reciente comparado con otros mundos como Ática o Estigia, sólo hace mil años estándar.

-¿Más de mil años?

-Exactamente hace más de mil años de ese redescubrimiento, créeme es sólo un suspiro.

-¿Y porque no navegamos por el espacio ni compartimos la suerte de esos mundos?

-Como ya he dicho, Aqueron, siempre fue especial. Poco después de ser redescubierto por ese antiguo imperio, nuestros redescubridores desaparecieron.

-¿Nos abandonaron?

-De alguna forma, si. No tenemos explicación para eso. Tal vez alguien, en algún punto lejano, tenía algún plan para nosotros. Estoy seguro de ello.

-¿Y qué pasó en el resto del cosmos?

-La raza humana es mucho más antigua de lo que imaginas. Muchos mundos se dedicaron a la ciencia del redescubrimiento, unas veces por la fe, otras para aumentar su poder o, simplemente, por un espíritu romántico y aventurero. Cuando la humanidad se hallaba sumida en uno de sus periodos más pacíficos y estables de su historia, bajo la hegemonía del imperio antiguo. Desde una remota provincia imperial llamada Saqqara, se realizó el redescubrimiento de un arcaico mundo que llamaron Hades.

-¿No es un nombre relacionado con el concepto de la muerte?

-Sí, pertenece a una antigua mitología de uno de los centenares de civilizaciones pretéritas de Gaia. La cuestión es que los colonizadores de este mundo lo bautizaron así, al parecer, por las condiciones extremas de supervivencia a las que se vieron expuestos.

-¿Al verse atrapados allí?

-Así es. La expedición de Saqqara se encontró con algo que no esperaban, una población redescubierta totalmente sometida a unas criaturas pavorosas que, mediante tácticas de control mental, sometían a la población a la sumisión y la esclavitud. Aquellos que ahora llamamos Ano e Igigi…

-Pensaba que los Anu fueron desterrados y vencidos por el Mesías Rojo tras la batalla de Rocamar.

-Lo fueron, en Aqueron.

-No entiendo.

-¿Nunca te has preguntado a donde fueron desterrados?

-¿Quiere decirme maestro que aquellos insensatos descubrieron el mundo donde Abaddón y sus Igigi llegaron tras la destrucción de Rocamar?.

-Así es, con la terrible coincidencia de que en ese mundo hostil, ya existía una colonia humana estable, cuando la brecha espacio-temporal les condujo hasta allí.

- Maldición.

-Aquel mal enterrado en las estrellas trajo al resto de la humanidad el conocimiento más siniestro y terrible que había permanecido velado para ellos hasta entonces. La primera inteligencia no humana descubierta, resultó ser el peor enemigo al que nos hemos enfrentado jamás, la existencia de los Igigis y sus ejércitos de lulus carroñeros. Todos ellos dirigidos por el terrible Dios Anu Abaddón.

-¿Los Igigis?

-El origen de todos los males que asolan nuestro tiempo.

-Pero, ¿quiénes son?

-Se cree que un ser humano es poseído por una entidad incorpórea, una especie de demonio sobrenatural, quizás la forma inicial de esta raza, denominada Arcontes mediante un rito de iniciación denominado Urushdaur. Provocando en la victima, quizás una especie de envenenamiento genético o si lo prefieres posesión. La cuestión es que, fuera lo que fuera, su ADN muta rápidamente. Esto ocurre también con los lulus, todo dependen del ADN de la víctima. Dado que se acciona un mecanismo genético llamado Llaves.

-¿Se creó una nueva raza?

-Hay quien piensa, que esa horrenda evolución siempre existió. Los primeros infectados debieron ser incautos colonos que poblaban nuevas zonas del continente Norte, del planeta llamado Hades. Quizás no se dieron cuenta de lo que ocurría hasta que fue demasiado tarde. Todo ello orquestado por la mente más terrible.

-¿Aquel a quien no nombramos?

-Sí, aquel a quien no nombramos. Ese ser despreciable y cruel acechó la ciudad de los colonos de Hades hasta que satisfizo sus ansías de poder, de carne y de sangre y se decidió a propagar su poder y su enfermedad, ayudado por aquellos que le seguían. Cuenta la leyenda que estaba enamorado de cierta mujer Igigi y que al menos durante un tiempo, alzó a esta sobre el resto de sus vástagos y gobernaron juntos.

-Y luego, ¿qué pasó?

-Se extendieron como la peste. El que no nombramos sometió a más colonos, hasta completar la suma de doce, los que ahora

llamamos Reyes Dragón, los más antiguos de entre los Señores Igigi y con ellos se repartió la población y las tierras de Hades.

-¿Y después?…

-Hasta aquel momento, estas criaturas se habían entretenido luchando entre sí en los feudos terrestres de Hades, utilizando a los pobres descendientes de los colonos de aquel mundo como peones hipnotizados sometidos bajo su siniestro control mental. Tras la expansión estelar de los Igigis, los humanos de Hades fueron la base más codiciada de sus fanáticas legiones de terror.

-Pero… ¿les sirven humanos?

-Sí y muchos, no todos son utilizados para alimentarse. Muchos se entregan voluntariamente en sacrificio pues, en incontables mundos, se les tiene por verdaderos dioses, pues han pervertido el culto Menoch y convertirse, o dar su vida por ellos, es el mayor de todos los honores para esas pobres gentes esclavizadas y engañadas.

-Y ¿quién les gobierna?

-Todo era un juego orquestado por su líder, aquel que llamamos Abaddón. Una vez que este ser se hizo con el control de la expedición de redescubrimiento de Saqqara, tomaron su crucero estelar. Después, su expansión por el universo humano se consumó en menos de un año estándar.

-¿Por qué no lo habían hecho antes?

-Porque antes no había cruceros estelares operativos en Hades. La barcaza estelar que llegó en la primera y única misión colonial que desembarcó en aquel mundo sombrío, años antes del descubrimiento de aquella raza parasitaria y de la primera conversión de un humano en Igigi, fue usada como cimiento para la primera base colonial estable en aquel enclave. Eso no ocurrió hasta transcurrido más de un siglo desde la fundación de esa colonia primigenia. Para entonces, la astronave que había traído a los primeros colonos de Hades ya no existía y estos dirigían todos sus esfuerzos hacia la terraformación del planeta.

-Entonces estaban aislados.

-Así es, como muchos otros mundos tras el desastre de Cronos. La llegada de la misión de redescubrimiento fue una oportunidad que aquella terrible raza que no pudo desperdiciar. Ayudados por sus poderes telepáticos y de control mental, su propagación fue como un relámpago, convenciendo y lavando el cerebro de las masas. Derrocaron al gobierno imperial y la civilización tal y como la habíamos conocido.

-¿El imperio de Abramantes?

-Sí, el pobre Abramantes, era un emperador mediocre que en

condiciones normales, nunca hubiera pasado a la historia de no ser el último con esa atribución real. Un descendiente directo del linaje de Nazarius Damocles, que a su vez había emparentado con una de las hijas del rey que unificó Crosaurius, descendiente directo Freya y Jonah, el Mesías Rojo de Aqueron. En esta parte de la historia es donde aparece nuestro recóndito y esquivo mundo.

-Es como si la misma Diosa hubiera dispuesto sus cartas una vez más, para fijar un plan que nos salve en el futuro.

-Tal vez, estés en lo cierto - Y Kumar miró a su discípulo estudiando sus expresiones con un atisbo de esperanza.

-¿Aqueron fue conquistado también por Igigis? , ¿cuándo?

-Hay muchas lagunas en la historia que realmente ignoramos, creemos que los Igigi y los Anu, ya estaban en Aqueron antes de la expansión humana del cosmos, como si esta fuera su prisión. Tras la colonización, estos parecían haber desaparecido. Tras la victoria de Rocamar los dimos por vencidos, ahora sabemos que nos equivocábamos, ya que no todos atravesaron el portal.

-¿Pero no gobernaba el terrible Anu Abaddón desde Rocamar?

-Cierto, sin embargo, había una gran ciudad en lo que ahora llamamos el Desierto Profundo, La Ciudad Roja o Sippart, la llamaban. Pero algo ocurrió, un cataclismo que cambió las boscosas extensiones del Oriente.

-¿La explosión de Rocamar?

-Si, de alguna forma, aquel mal se propago multiplicado o amplificado por las tablas del destino y el Arca, miles y miles de veces, y alcanzó las cuatro esquinas de Aqueron. Destruyendo Sippart y sumiendo a los pueblos de Aqueron, poco a poco, en el ostracismo y la involución total. Pero también creemos que algún Anu e Igigi sobrevivió y que se enemistaron partiendo en diferentes direcciones, pero de esto no podemos estar seguros…

-Es increíble.

-La historia de Aqueron es la misma que la de muchos otros mundos sometidos ahora ignorantes de las otras humanidades… Al principio, utilizaron su potencial para proclamarse reyes entre los mortales y utilizarnos como ganado pero, al final, no pudieron ir contra su propia naturaleza, mezquina y cruel. Muy pronto empezaron a multiplicarse infectando a otros y dándoles, así, su antinatural poder y longevidad. Todo infectado Igigi, al final ansiaba su propia corte de adoradores e hijos oscuros… Sus guerras intestinas terminaron con lo poco que había quedado de la civilización y el antiguo imperio humano, dividiendo sus dominios en feudos estelares que cada Señor Igigi controlaba con total independencia.

-Fuera de Aqueron... ¿Se repartieron el universo conocido?

-En efecto, sí. Unos eran más poderosos que otros, unos con más mundos que otros, pero todos en continua beligerancia entre sí por controlar los recursos naturales y humanos de cada mundo. Sabemos que son seres traicioneros y miserables incluso con los de su propia raza, llegando a multiplicarse en un mismo mundo, como fue el caso de Aqueron en el pasado, y de parcelarlo en feudos independientes. Muchos olvidaron cómo volver a las estrellas deliberadamente y se entretuvieron sirviéndose de la involución de los hombres para sus propios fines, programándose como dioses y así asegurándose el aislamiento y sus despensas llenas para no compartirlas.

-Pero, si la multiplicación conllevaba crear más rivales, ¿por qué lo hacen?

-Al principio, para tener los suficientes efectivos como para controlar a todo el universo conocido; después, cada Casa Regente buscó la supremacía y una casta de vástagos suficiente como para imponerse al resto. Finalmente, los mismos hijos se alzaron contra sus padres. La tendencia terminó por ser el aislamiento de cada Igigi en su satrapía estelar correspondiente y consolidar así su poderío, con la creación de sus propias hordas lulu.

-¿Qué son los lulus?

-Son cadáveres portadores de una enfermedad fantasmal, un derivado de la propia sangre negra mancillada por el Urushdaur de los Igigi, una plaga oscura incontrolable generada por ellos mismos que reanima a los cadáveres dotándoles del ansia de la carne y la sangre; los convierte en depredadores antropófagos, pierden algunas facultades cognitivas primarias, su moral y sus recuerdos terrenos, pero son extremadamente peligrosos y su enfermedad es sumamente contagiosa. Basta con que una sola gota de sus fluidos corporales entre en contacto con un no infectado para contagiarlo. Los Igigis los utilizan para someter territorios enteros y, luego, ellos mismos los exterminan liberando la tierra y reubicando nuevos pueblos leales o esclavizados en tierras que antes les eran hostiles.

-Pero, ¿cómo llegaron a controlar a toda la raza humana?

-Sumieron a los hombres en el miedo supersticioso, el ostracismo y en el olvido, reduciéndolos en millones de mundos a la esclavitud y a un estado primitivo y bárbaro que les permitió controlarnos con facilidad, utilizando su habilidad telepática y de control mental, así como conocimientos tecnológicos robados a los hombres o incluso a los Constructores y olvidados por nosotros.

-Pero, si su control ha sido tan fuerte, ¿cómo podemos saber todo esto?

-Sólo unos pocos grupos y sectas consiguieron preservar la verdad y no involucrarse en las tretas políticas de estos seres horrendos. Lo poco que sabemos es que, hoy, Aqueron no es más que uno de tantos mundos en el gran océano del universo y que, desde hace siglos, permanece controlado en la sombra por un grupo indeterminado de estas criaturas que nos gobiernan desde la oscuridad, controlando a los líderes de las naciones más fuertes o haciéndose pasar por falsos dioses.

-Y, ¿no hay futuro maestro?, ¿no hay remisión para la raza humana?

-El Lama fundador de nuestro monasterio que, como ya sabes es el más antiguo de Aqueron, fue el lama Rimpoche-Corvino. Corvino, aparte de ser un Sidi, un hombre Santo, era un Profeta y cuenta la leyenda, que tuvo tratos con algunos Padres Celestiales rebeldes pertenecientes al imperio pretérito. Muchos de nuestros conocimiento también provienen de esos contactos hace incontables siglos.

-He leído sobre su vida y obra.

-Pero lo que no sabes, mi joven aprendiz Shigatse, es que Corvino viajo fuera de Aqueron en sus navíos celestiales y, cuando regresó, predijo que un día llegaría un nuevo avatar del Mesías Rojo; que guiaría a los hombres a la verdadera libertad y del que nacería una casta Santa de Reyes Magníficos que terminarían con el poderío de los Anu y los Igigis y, por ende, con el sometimiento y el impío sacrificio de la raza humana.

Kumar se levantó de la mesa y con un gesto tranquilo cerró el libro y, posteriormente, lo guardó en su sitio. Shigatse se quedó unos segundos dubitativo y después optó por dejar de incordiar a su maestro con más preguntas. Se despidieron con el saludo de “veneración”, juntando las manos e inclinando la cabeza y el muchacho se marchó hacía las dependencias de los estudiantes, dejando solo al maestro.

Al salir de la biblioteca, el lama se paró un momento para contemplar las estrellas. De repente, sintió un escalofrío al pensar en lo vasto y desconocido de las inmensidades estelares… Un pensamiento inundó su mente –“El imperio del sol… cayó…”. -Cansado y soñoliento, se rindió al final y marchó hacia sus dependencias para dormir.

LEOPOLD

10

“Mucha sangre fue vertida en Aqueron. Muchos jóvenes y muchos valientes murieron por designio de los falsos dioses".

Extractos del sura 44, versículo 1410. Upanishads Sanatana Dharma

Leopold III bajó al galope a lomos de un vigoroso corcel azabache. Bestia y jinete descendieron raudos, haciendo retumbar los tablones de la rampa de apertura del esbelto drakar, aposentado sobre la cima de la colina.

Se trataba de un magnífico drakar de guerra. El zeppelín iba embellecido con el León Rampante de Agarthia en la reluciente proa de su casco, al igual que los motivos forjados en la reluciente coraza del Maestre, dorada y resplandeciente, tal era el emblema del buque insignia de la armada de la Orden.

Tras el Maestre y al trote, una partida de Caballeros le seguían a lomos de decenas de esplendidos purasangres enarbolando, con orgullo, los estandartes y banderas multicolores de sus respectivas heráldicas. Casi todas las Grandes Casas de La Orden tenían allí representado su emblema.

Apenas había amanecido cuando las armaduras de los caballeros, brillantes e impolutas, descendieron en tropel desde la cima de la colina donde había atracado el drakar rumbo a la orilla de la laguna. Era como si una gigantesca serpiente, brillante y multicolor, descendiera por la pendiente hacia las aldeas orientales en la ribera de Aurantia.

Momentos antes y ya con el penacho ensalzado con la magnífica cresta roja de batalla ensillada sobre su cabeza, el Maestre había hablado a sus nobles desde la cubierta del drakar.

-Príncipes, nobles hombres y caballeros, todos ciudadanos de la noble La Orden y de la brillante ciudad de Agarthia, todos primogénitos herederos de las verdaderas y más nobles de entre las casas de Agarthia, aquellas que son descendientes de las huestes de La Orden que acompañaron al mismisimo Maestre Filip Leblanc y al Mesías Rojo a las puertas de Rocamar: Hoy será un gran día porque

hoy triunfaremos donde el noble Casio Trencavel y sus leales flaquearon. Hoy liberaremos a nuestros súbditos del yugo del mal. –Los caballeros congregados rompieron en vítores y clamores para con su Maestre.

El plan se había fraguado unos días antes. Los emisarios de Casio habían informado al Maestre en Agarthia de la caída del noble magistrado y de las familias leales tras una emboscada en la ribera occidental de Aurantia. Por supuesto, Leopold ya estaba debidamente informado sobre el tema. Al parecer Casio habría convocado un ejército con el objeto de dirigirse al Oriente y fundar allí un principado independiente, lejos de las almenaras de Agarthia.

Desde luego no había sido una solución nueva, muchos otros nobles habían tomado el camino del exilio tras dejar de comulgar con la corrupción política de Agarthia. En el pasado, el exilio había conducido a otros grandes señores a fundar sus propios feudos, pero esa solución no había resultado como Casio y los suyos esperaban.

Miles de lulus carroñeros les aguardaban en las costas occidentales sabedores de la llegada de Casio y sus huestes y después de haber devorado a las poblaciones ribereñas: hombres, mujeres o niños, daba igual… Los lulus se preparaban en silencio para un festín aún mayor.

Todos habían sido mutilados y devorados salvajemente y alguno, incluso, se había terminado por convertir en parte del mal que los había engullido. Muy al contrario de lo que ocurrió en el último Concilio, el Maestre se había presentado como defensor de Casio y sus seguidores. Con una oratoria asombrosa los había dibujado como hombres nobles, de venerable origen, aunque profundamente equivocados.

Leopold había convencido al nuevo senado y había armado un batallón con la flor y nata de los nobles de Agarthia, dejando misteriosamente acantonado al grueso de las huestes de La Orden en la Torre del Dragón y que, realmente, se trataba de un contingente bastante atípico. Todos los primogénitos herederos de las Casas Nobles de La Orden fueron llamados a engrosar las filas de la expedición del Maestre. Teóricamente, iban a levantar la moral del ejército y a restablecer el orgullo del pueblo por sus dirigentes. En palabras del Maestre –“Todo será muy sencillo y sin peligro alguno.” -Como era de esperar, cuando las tropas del Maestre alcanzaron las aldeas de la costa, nadie salió a recibirles. Todo estaba deshabitado y en calma, al menos en apariencia.

Las aldeas ladrilladlas de pescadores, antaño alegres, se

encontraban ahora desiertas. Era como si la gente hubiera desaparecido en medio de sus quehaceres diarios y los caídos sauces de los enmaderados embarcaderos fueran un aviso mudo de lo que estaba por venir, pues había redes y aparejos a medio recoger en los muelles del puerto. El pescado olía a podrido junto al pan duro de los tenderetes. Algunas casas tenían sus puertas abiertas y, junto a estas, útiles cotidianos de todo tipo tirados por el suelo. Era evidente que algo no muy bueno había ocurrido allí.

El corazón de los caballeros se estremeció cuando, en medio de una calleja, apareció tirado y roído el cuerpo ensangrentado de una mujer. El batallón se detuvo en seco.

El camino embarrado estaba en silencio y este se podía cortar con cuchillo. Entre tanto, una niebla espesa venía del interior de la laguna e iba, poco a poco, tomando tierra. Aquel silencio era como la calma que precede a la tempestad.

Primero fueron pisadas, después batir de centenares de piernas arrastrándose y algún gruñido gutural aislado y, finalmente, se sintieron rodeados por una muchedumbre de cadáveres de ojos amarillentos, que avanzaban hacía ellos con torpeza entre la niebla, rodeándoles en un círculo mortal. A un grito del Maestre, todos los caballeros desenvainaron sus espadas. Lo que en apariencia, según lo que había vendido Leopold, iba a ser un paseo triunfal para defender al desvalido Casio y a sus débiles y enfermizos aliados supervivientes, se había convertido en una expedición suicida.

Aquellos eran los herederos de todas las Grandes Casas y estaban más acostumbrados a las orgías palaciegas y al buen vino, que a la lucha cuerpo a cuerpo y a las inclemencias de la guerra. Ahora estaban aterrados, los discursos del Maestre habían resultado ser una trampa mortal.

Una espontánea y rápida niebla se volvió tan espesa que muy pronto no se podían distinguir los límites del círculo en el que se hacinaban los nobles herederos. El grito de un par de jóvenes caballeros encabritó al resto de jamelgos que habían sido arrastrados por manos putrefactas hacía las profundidades neblinosas y, después, sólo se oían gemidos, gruñidos pavorosos y mandíbulas masticando.

Un caballero comenzó a luchar cortando brazos y tendones y, tras él, el resto continuó la lucha sin mirar a qué o contra quién combatía. Inexorablemente, uno a uno todos fueron cayendo y, cada vez que uno era derribado, sus alaridos azuzaban la angustia del resto. La sangre manaba, al igual que el miedo, en una terrorífica procesión de espanto sin salida.

Tan solo uno de entre todos los caballeros había permanecido

quieto y sin desenvainar su espada, sumido en el más absoluto silencio y totalmente tranquilo, guarecido bajo la niebla; mientras, como buen cobarde, escuchaba los alaridos de los pobres desdichados a los que había conducido a su fin. Poco después, el Maestre, a lomos de su caballo, avanzó colina arriba rumbo a la seguridad del drakar que le llevaría de regreso a Agarthia.

Para los magistrados de La Orden y del resto de las ciudades vasallas, el Maestre habría sido el único superviviente. Planes sobre planes, intrigas en medio de maquinaciones, Leopold se felicitó a sí mismo por su habilidad.

Mientras llegaba al drakar, Leopold esbozó una sonrisa triunfal, los planes de su señor Pazazu se habían empezado a materializar. Ahora, las Grandes Casas de Agarthia se quedarían estériles y sin rumbo, heridas de muerte por el duelo de sus herederos e incapaces de provocar reacción alguna y, después del duelo, vendrían las rebeliones y la anarquía y él, Leopold III de Agarthia, estaría ahí, dispuesto para sofocar todo halo de rebelión y acabar para siempre con el poder del senado y de los molestos nobles.

Todo quedaba preparado para la llegada del amo.

CHARLIZE

11

“De entre las cenizas del caos surgirá la esperanza.".

Extractos del sura 44, versículo 1420. Upanishads Sanatana Dharma

Charlize avanzó semidesnuda a través del barro seco que circundaba la orilla occidental del río. Estaba ida, totalmente desorientada y sin aliento. Apenas si se cubría con cuatro paños rasgados y ennegrecidos. Por unos momentos se paró, su corazón se calmó un poco y durante un minuto se sintió segura y a salvo.

La bella muchacha miró a su alrededor estudiando su situación. Más allá del margen del río refulgente, se extendía la inmensidad de un páramo yermo y desolado. Por el contrario, a sus espaldas se erguía, magnífica y profusa, una colina de color pardo sobre la que parecía extenderse un pequeño poblacho de fachadas de cal, techumbres abovedadas e irregulares minaretes.

La fugitiva distinguió en el horizonte la llegada del lánguido atardecer, acompasado por una furiosa tormenta de polvo capaz de arrancar la carne de los huesos a cualquier mortal. Y no tardaría mucho en llegar allí, Charlize calculó que aún tardaría más de una hora en alcanzar la seguridad de la colina, donde estaría a salvo del viento amenazador.

Como alma que lleva el diablo, la fugitiva comenzó a correr.

Charlize apenas había cumplido los veinte años y su piel, ahora embarrada e indecorosa, era pálida como la más fina porcelana. Su cuerpo, en apariencia frágil, se remataba con curvas gráciles y generosas en contraste con su melena larga, suelta y azabache como la noche oscura, en lucha constante contra sus ojos, ligeramente rasgados, de un profundo azul cristalizado.

Muy pronto, las dos lunas se alzaron en el horizonte. La noche había llegado, invadiendo impenitente aquella tierra maldita.

Poco a poco, el viento fue levantándose, al principio juguetón y amenazante, más tarde, furioso y cruel como la mano de un cadáver que trata de arañar la tierra en busca de la luz.

Las piedras más pequeñas empezaron a volar en medio de los remolinos, algunas alcanzaron a Charlize. La fugitiva avanzó por el páramo desolado y pedregoso, arañando sus pies desnudos, ni un solo

miembro de su cuerpo quedó intacto lustrando su hermosa figura con rasgaduras y cardenales sangrantes, y su frente se perló de un sudor frío y angustioso. Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos acompasados por los excesos de su respiración desbocada, como un gong anacrónico que retorcía su consciencia entre el miedo y el dolor. Cuando finalmente alcanzó la seguridad de la colina, pudo ver en el horizonte la estampa deseada. No muy lejos, se mostraba orgullosa y altiva la generosa seguridad de la Gran Dorsal.

El valle de Dag ya no quedaba lejos.

12

“El Mesías Rojo, decían. Bendito entre los hijos de los hombres. Conductor y guía de todo cuanto es recto bajo las estrellas".

Extractos del sura 45, versículo 30. Upanishads Sanatana Dharma

Kadosh ardía bajo el calor de las fiebres tiritando inconsciente en un camastro, mientras Tera, con expresión preocupada, ponía paños húmedos y fríos sobre su frente abrasada.

Noah entró en la choza seguido de Gedeón.

-¿Cómo está el chico? –preguntó el anciano.

-Sigue igual, la fiebre no le ha bajado, esto no es bueno.

-Es todo tan extraño… –afirmó Noah mientras se quitaba, al igual que Gedeón, las pieles que le cubrían.

-¿Y dices que las fiebres comenzaron al poco de caer inconsciente?, ¿después de que amedrentara a la bestia y la hiciera huir? –interrogó Tera a su marido.

-Ya te lo he contado decenas de veces Tera, así fue.

-Sea como sea –Gedeón habló en tono conciliador– lo más importante es el chico. He mandado un mensajero al monasterio de Corvino para pedir socorro, espero que nos mande un monje docto en la ciencia de la curación.

-Pero, ¿cuánto puede tardar? –Tera parecía desesperada. –La fiebre puede destruirle en pocas horas.

-No tenemos más opción –continuó Gedeón– la otra alternativa es sacarle a la calle, al frío, y rezar a los dioses para que la fiebre remita.

Al amanecer la fiebre bajó un poco y Kadosh dejó de temblar. Tera había pasado toda la noche en vela cuidando al muchacho que había llegado a querer como al hijo que nunca tuvo.

Al llegar el medio día, Kadosh abrió un poco los ojos. Gedeón estaba a su lado, le tenía cogida la mano. Al enfocar los ojos, el niño le miró con extrañeza.

-Hola abuelo –le dijo al fin a Gedeón que había ejercido de abuelo y Tera y Noah de padres. Pero todos sabían perfectamente que no había verdaderos lazos de consanguinidad entre ellos.

-Hola nieto –Gedeón rio- ¿cómo estás?

-Me encuentro mejor. ¿Dónde está Tera? La sentí cerca de mí toda la noche.

-Tera ha ido a dormir, se lo pedí yo, porque estaba rendida.

-Me parece bien. ¿Dónde está Noah?

-Aquí estoy Kadosh –dijo Noah incorporándose desde el otro extremo de la choza– ¡Menudo susto nos has dado!

-No era mi intención.- Dijo el niño girándose, para poder ver al cazador, tras él.

-Ya lo sé, me alegro de poder hablar contigo.

-Aún no estás bien Kadosh. Pero pronto vendrán del monasterio y un monje terminará lo que Tera ha empezado.

-Eso está bien, pero ahora no me preocupa eso. –Kadosh parecía mucho más maduro. Noah pudo ver, de nuevo en su rostro, la misma expresión impenetrable que había visto frente al dahaka.

-Y, ¿qué te preocupa? –le preguntó Gedeón.

-Muchas cosas, pero ahora vosotros me podéis empezar a solucionar una de ellas.

-Dinos –respondió Noah.

-¿De dónde vengo? –Tras la pregunta, Gedeón y Noah se miraron estupefactos. No se esperaban aquella salida del muchacho.

-¿Por qué ahora?, ¿por qué nos haces esa pregunta precisamente en este momento?

-Algo me paso en el páramo, no sé qué fue, pero algo despertó en mí. Necesito saber cuál es mi propósito en la vida y debo empezar a preguntarme por mí origen. –Aquel no parecía un niño de nueve años.

-Está bien, te lo contaré –dijo Noah con resignación– Pensaba que este momento no llegaría nunca, pero creo que tienes derecho a conocer la verdad. –Tomó una banqueta y se sentó junto a la cama del muchacho. -Hace algunos años una gran explosión me sorprendió a mí y a otros cazadores en el bosque. La explosión fue colosal y aconteció no lejos de la aldea en los mismos glaciares perpetuos, que se extendían desde la falda de las montañas hasta los picos más altos.

-La gente se asustó mucho –continúo Gedeón-no sólo los montañeses que habían salido a cazar, sino también la gente de la aldea. Así pues, y tras un consejo de deliberación, mandé una expedición rumbo a la cortina de vapor que manaba del glaciar. Noah iba liderando la expedición de doce guerreros.

-Así fue –confirmó Noah– avanzamos por la nieve hasta llegar a un gran cráter, donde se había empezado a derretir el hielo y la nieve, y allí lo vimos… -Noah se quedó con la mirada perdida, como absorto en sus recuerdos.

-¿Qué visteis? –le interrogó el muchacho.

-Vimos un gran navío de metal, un crucero sin velas que se había caído del cielo y se había estrellado contra el glaciar y que, poco a poco, se iba hundiendo en el hielo derretido.

-Pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

-Espera. –Gedeón le cogió la mano.

-El peligro era inminente –Noah continuó– pero la curiosidad primaba más que nada. A pesar del peligro de ahogarnos en la incipiente laguna que estaba creando el barco celestial, nos arriesgamos a acercarnos más. No todas sus paredes ardían. Al pasar por uno de los pliegues del vientre de metal, una puerta se abrió sola ante nosotros. Todos los guerreros huyeron despavoridos.

-Todos no… -interrumpió Gedeón. Kadosh miró a Noah.

-No, yo me quedé y tragándome mi propia lengua de puro miedo, entré dentro de la panza del monstruo de metal. –Kadosh tenía los ojos desorbitados, clavados en Noah.

-Avancé por pasillos y salas espléndidas mientras el agua empezaba a penetrar en el interior del vientre del monstruo mecánico, hasta que llegué a una sala abovedada con una gran columna acristalada en el centro. Tú estabas dentro, Kadosh, suspendido en un líquido de color rojizo.

-Y, ¿cómo me sacaste?

-Presioné una luz parpadeante a tus pies. El cristal se retiró y el líquido inundó el suelo de la sala. Tú caíste en mis brazos; eras muy pequeño, más pequeño que ahora. Estabas desnudo y no respirabas. Entonces, te di unos azotes en el trasero, como a un recién nacido, tosiste y escupiste aquel misterioso líquido y empezaste a llorar. Fue un milagro.

-Así es, fue un milagro –sentenció Gedeón.

-Y, ¿qué pasó?, ¿seguiste buscando? Me refiero a más gente como yo.

-No, el agua me llegaba a los tobillos y opté por cubrirte con una piel y salir corriendo. Conseguí salir de milagro y saltar a un pedazo de hielo que flotaba en la recién formada laguna.

-La Laguna Joven, la llamamos ahora –dijo el anciano.

-Tuvimos suerte de salir con vida.

-Pero no me acuerdo de nada –dijo Kadosh.

-No sabemos realmente qué edad tenías. Al poco tiempo, caíste de

nuevo en un sueño largo de varios días. Cuando despertaste, comenzamos a enseñarte todo lo que sabes.

-Aunque tengo que añadir –interrumpió Gedeón– que aprendías muy rápido. Incluso nuestro idioma, no te costó nada asimilarlo.

-Gracias Noah -dijo el muchacho.

-¿Por salvarte la vida?

-No, por decirme la verdad. –Y tras decir esto, el niño se volvió a dormir.

13

“Muchos serán los llamados y muy pocos los escogidos."

Extractos del sura 45, versículo 37. Upanishads Sanatana Dharma

Charlize avanzó por las calles desiertas de la aldea muerta. El hambre, el miedo y el cansancio trataban de imponerse en su mente sin darle espacio para el descanso.
El villorrio parecía deshabitado, pero también parecían deshabitadas las calles de otras aldeas de las que había escapado por los pelos.
La prioridad de Charlize era la de encontrar comida a cualquier precio. Debía llevar al menos dos días sin alimentarse y sin dormir. Muy pronto estaría tan exhausta que sería una presa fácil para los espectros lulu.
Como un mal sueño, sus más oscuros miedos se materializaron, como guiados por la espesa y caliente sangre de Charlize. Multitud de cadáveres comenzaron a abandonar los rincones y recovecos de entre las casas de aldea, mostrándose ante Charlize. La muchacha no iba armada pero se puso en guardia.
En un momento, Charlize contó más de cinco “huesudos” arrastrándose hacía ella entre lamentos y gruñidos guturales.
Súbitamente y cuando todo parecía ya perdido, un silbido irrumpió rasgando el silencio sepulcral de la muda aldea. Charlize se volvió y para su asombro, vio a un hombre apoyado en la pared de una casa cercana.
Había estado ahí esperando, pero ella no se había percatado de su presencia hasta que él se había decido mostrar y, al parecer, los “huesudos” tampoco.

Los cadáveres no se habían inmutado e impávidos seguían avanzando con aire torpe pero decidido hacía la muchacha. Parecía que llevaban mucho tiempo convertidos, estaban especialmente esqueléticos y sin casi carne trémula colgando de sus huesos. El destino final de cualquier lulu era terminar por pudrirse y volver a la tierra de la que provenía.
La muchacha volvió a mirar al hombre pero este ya no estaba.

Bruscamente se giró y una sombra pasó rozándola.
El hombre se había puesto entre los “huesudos” y ella, alzando un hacha descomunal. Los regresados lulus ya no esperaron y salieron a la carrera a por su merienda.
El arrugado Nejmad comenzó a cortar brazos y piernas pero aquellos “huesudos” no parecían querer detenerse por nada. Uno se escabulló entre las fintas de Nejmad y alcanzó a Charlize, pero esta ya estaba preparada y le lanzó una patada circular que estampó la punta de su pie contra la cara putrida del lulu, arrancándole la cabeza de cuajo.
Nejmad se quedó estupefacto por la destreza de la muchacha, tan boquiabierto que no se percató de que otro espectro se le acercaba por la izquierda.
Como un rayo, Ragnar apareció a lomos de su caballo segando la garra que amenazaba de Nejmad.

-¡Habéis tardado!, mi señor Ragnar –le espetó Nejmad.
-¿No te has fijado cuántos había al otro lado de la colina? –dijo Ragnar con una mueca dibujada en el rostro– Ahora ya sólo queda el viento.
Una hora después, la aldea estaba limpia y Nejmad se puso a preparar una hoguera. Charlize le ayudó a recoger algo de comida medio podrida de algunas chozas de la aldea.
Tras reposar un poco, Ragnar se les unió. Con muy poca materia prima, Nejmad consiguió un estofado medio decente. La joven Charlize sintió por fin algo caliente llenando su estómago.
-Y dime muchacha –dijo Nejmad- ¿Cómo te llamas y de dónde eres?
-Mi nombre es Charlize, vengo de una pequeña aldea en la región septentrional del Gran Asoka y ¿vosotros?
-Yo soy Nejmad, el leñador, y vengo de la comarca del Cuerno Blanco, también en el Gran Asoka, y él es mí señor, el último caballero de La Orden: Ragnar hijo de Samos. –Al oír esto la muchacha se postró ante Ragnar.

-Levántate, niña. –Dijo Ragnar con tono aburrido– Ya no existe La Orden y tampoco la ciudad de Agarthia, a estas alturas, debe ser un pozo de huesudos infectos y carroña pútrida. Las pocas gentes que hayan sobrevivido en las regiones leales del Gran Asoka, ya no deben servir a los mezquinos señores de La Orden.
-Pero señor… ¿por qué habláis así? –Dijo la muchacha– La Orden siempre representó la civilización, la justicia y la verdad en Aqueron.

-Puede que hace siglos eso fuera cierto. Pero poco antes de que el gran Casio cayera, sólo era un rincón hediondo repleto de miserables cuervos codiciosos. –Ragnar escupió en el fuego.
-Y, ¿a dónde ibas? –le interrogó Nejmad cambiando de tema.
-Huía. Hacia la Gran Dorsal. Mi padre, antes de morir, me dijo que era el único lugar seguro.
-Tu padre era un hombre sabio –dijo Ragnar.
-Ven con nosotros –le invitó Nejmad sonriente mientras Ragnar le apuñalaba con la mirada.
-¿No os importa? –dijo la muchacha mirando con lástima al caballero.
-Está bien… -Ragnar no pudo soportar la presión de las miradas de Nejmad y Charlize-pero no debes retrasarnos o te dejaremos a tu suerte en el páramo.

DIORDE

14

"Hubo hombres sabios también en aquel tiempo sombrío, grandes Almas proveedoras de la verdad, que acompañaron al Mesías Rojo en su guerra contra el mal.".

Extractos del sura 44, versículo 1473. Upanishads Sanatana Dharma

Shigatse acudió sin aliento al despacho del Abad Diorde, le habían sacado de su clase de meditación avisándole de que la máxima autoridad del monasterio Corvino y, por ende, de todos los monjes Neo-Menoch de Aqueron, quería verlo. Este era un honor inusitado al que muy pocos novicios tenían acceso.

Shigatse tocó con respeto reverencial a la puerta y se percató de que estaba abierta.

-Pasa Shigatse –dijo la voz del anciano Abad en el interior.

-Sí, maestro. –Con su cabeza afeitada gacha, Shigatse movió el pesado portón de caoba tallada y entró en el despacho del Abad.

-Pasa, pasa… toma asiento por favor –le dijo el Abad extendiendo su mano temblorosa.

-A su servicio, maestro –dijo el muchacho utilizando la típica fórmula de salutación.

-Me alegro de conocerte al fin, mi discípulo, Kumar Rimpoche, me ha hablado maravillas de tus inquietudes – le dijo el anciano. Shigatse no pudo evitar fijarse en la pila de manuscritos y códices extendidos sobre la mesa del Abad, todos escritos a mano, algunos en lenguas que le resultaron incomprensibles y otros en el centauri tradicional, que era la lengua más extendida en Aqueron.

-Es un honor para mí escuchar sus palabras, maestro.

-Lamentablemente, no solo estamos aquí para escuchar buenas palabras Shigatse. Tengo que contarte algo, pero quiero que permanezca en secreto entre nosotros.

-Mis labios y mi corazón están sellados –respondió el muchacho. Diorde Rimpoche le examinó, estaba tembloroso y tenía miedo; aún era joven e inexperto y le costaba confiar en el criterio de su maestro Kumar. Pero el tiempo apremiaba y no tenía alternativa.

-Verás Shigatse, el don de la clarividencia es algo muy escaso en estos tiempos y también muy peligroso.

-¿Clarividencia, maestro?

-Es una cualidad muy rara. Los que la poseen pueden ver lo oculto, explorar los distintos caminos que presenta el pasado, el presente y el futuro. Tienen visiones o sienten a los muertos.

-Eso es increíble.

-Lo es. Muy pocos lo poseen y que yo sepa, desde hace más de doscientos años estándar nadie ha tenido el don, hasta ahora.

-¿Quién maestro?

-Tu maestro: Kumar Rimpoche –Diorde dejó que sus palabras hicieran mella en el muchacho.

-Lo suponía. Suponía que algo extraño y maravilloso le estaba ocurriendo al maestro Kumar –dijo él. Diorde esbozó una sonrisa, aquella seguridad era un buen síntoma.

-La cuestión es que el don de la clarividencia es como el fuego, va consumiendo poco a poco a quien lo posee y casi siempre termina por matarlo. Afortunadamente, Kumar no nació con ese don. Lo desarrolló tras largos años de meditación trascendental y de duro estudio.

-¿Todos podemos desarrollar esa capacidad?

-No todos, Shigatse. Sólo algunos elegidos cuyas facultades, aunque aletargadas, se encuentran implícitas en su genoma. Es una herencia de origen desconocido que atribuimos a las Llaves, que los Constructores guardaron en la esencia más oculta del ser humano y se manifiesta de muy distintas formas.

-¿La raza primigenia?

-Correcto, sí.

-Eso quiere decir que la línea genética del maestro Kumar está emparentada con las gentes que poblaron la galaxia antes de la colonización de Aqueron –Diorde estaba sorprendido.

-Veo que has estudiado mucho Shigatse, eso es bueno –Diorde sonrió al muchacho con amabilidad–. Verdaderamente, todos estamos emparentados con los Padres Celestiales, porque todos provenimos, realmente, de un único mundo primigenio llamado Gaia. Pero aquellos que poseen el don de la clarividencia están emparentados con una clase más extraña de línea genética. Es el legado de unos seres más evolucionados que moraron entre los hombres comunes y de cuyo origen o existencia apenas sabemos nada, pero que nos visitaron aun cuando nos encontramos encerrados en el ostracismo de Aqueron.

-Entiendo, maestro. Seres evolucionados.

-Sí y no, digamos que son el resultado de un último intento por combatir al mal que asola el cosmos. Algunos incluso creen que esta

mutación fue la preparación para la creación de nuestro esperado Mesías Rojo.

-Y, ¿cómo podemos saber si alguien pertenece a esa noble casta?

-No podemos, sólo cuando el don se desarrolla, podemos cerciorarnos de que estamos ante un caso concreto.

-Entiendo, maestro.

-La cuestión es que esa pretendida evolución para evitar o digamos combatir las habilidades cognitivas de los Anu e Igigis, no salió bien. El problema es que termina por convertirse en una enfermedad de imprevisibles consecuencias. En cada individuo se manifiesta de forma distinta.

-Y, ¿el maestro Kumar está ahora enfermo?

-Sí Shigatse, lo está. Poco tiempo después de tu charla con él, empezó a enfermar. Unas fiebres lo mantuvieron inconsciente durante días y cuando al fin volvió en sí, Kumar estaba ciego.

-No sabía nada.

-No lo sabías porque lo hemos mantenido en secreto. En estos tiempos aciagos ya no podemos confiar en todos los monjes. No sabemos quién puede ser realmente leal al culto y quién se ha convertido en un espía.

-¿Espías?

-Sabemos que hay espías entre nosotros, Shigatse. Monjes al servicio del mal que mora más allá de estas montañas. Les informan sobre nuestros movimientos porque, realmente, nos temen. Los Neo-Menoch somos los únicos en Aqueron que realmente conocen la verdad.

-¿Por qué me cuenta esto, maestro?

-Kumar Rimpoche ha tenido visiones sobre el futuro. Ha visto al nuevo avatar del Mesías Rojo en sus sueños y cree que lo puede encontrar.

-¿El Mesías Rojo?

-La leyenda del Mesías Rojo. Está escrito en el Upanishads Sanatana Dharma –el viejo lama cerró los ojos y recitó de memoria- "Él vendrá de nuevo, entre los hombres para traer la verdadera libertad, aunque no nacerá de vientre de mujer".

-¿La liberación?

-Si, Shigatse. Kumar me habló, me dijo que tú estabas en sus visiones. No se fía de nadie más. Se está preparando para abandonar la seguridad del monasterio. Él quiere empezar a buscar en el valle del Dag y quiere que tú seas sus ojos y su guía.

-Será un honor, maestro. –El muchacho agachó la cabeza en signo de humildad.

-Shigatse, no sé si sabes el peligro que comporta lo que te estoy pidiendo.

-No me importa mi carne, si esta puede devolver la luz y la esperanza a los hombres –dijo el joven acólito. Diorde no pudo evitar conmoverse.

-Os enfrentaréis a numerosos peligros. Será un viaje de descubrimiento, sí; pero también traerá mucho dolor.

-Estoy dispuesto.

-Muy bien joven Shigatse. Pues que así sea, prepárate pronto. Saldréis esta noche en secreto, con las primeras luces de las lunas.

15

"Los rescatados son de un mundo y un tiempo perdido, son un legado del olvido y de las esperanzas enterradas. Náufragos de su propia ignominia."

Extractos del sura 44, versículo 1480. Upanishads Sanatana Dharma

Como salida de la brumosa negrura de un mal sueño, una astronave con forma de ave de rapiña se materializó en la inmensidad del espacio oscuro, proyectando un rumbo perpendicular a la ruta de deriva que seguía la antiquísima barcaza que rezaba, en su viejo y gastado casco, el nombre "Arca" esgrimido con grandes caracteres en Terrano Clásico…

Haciendo maniobras lentas e inseguras, la astronave trató de encontrar algún punto común de anclaje a fin de comunicar y conectar ambos cruceros. Tras unos minutos de intentos fallidos, el ave de rapiña se paró orbitando en torno a la gran astronave. El capitán optó por anclar garfios electromagnéticos a fin de fijar una vía entre ambas naves y parar la rotación. Era un método algo primitivo, pero las tecnologías de ambos cruceros estaban tan distantes en el tiempo y el espacio, que encontrar algún elemento de acoplamiento común era simplemente imposible.

Los garfios eran largas y robustas cuerdas de irrompible metal forjado con Minzlli que se anclaban en los casos de los cruceros estelares abordados. Las compuertas de carga del "Argos", que era el nombre que rezaba en la lengua crosariana en el casco de la astronave invasora, se abrieron dejando escapar un potente haz de luz amarillenta que iluminó una pequeña porción del casco de la barcaza gris y brumosa.

El crosariano era la lengua más extendida del universo conocido, una variación de la vieja lengua universal de Gaia: el Terrano, que alcanzó su mayor cota de esplendor tras el inicio de la edad del re-descubrimiento, unos mil quinientos años atrás.

De las compuertas abiertas surgió, como un rugido sólo perceptible desde su interior, un comando de astronautas embutidos en uniformes negros y una mano abierta con un ojo dentro xerografiado en sus cascos. Surgieron por la compuerta enlazados a un cabrestante e

impulsado por pequeños propulsores acopados a sus trajes. Tras alcanzar el casco oxidado de la Barcaza, los cinco hombres recorrieron unos metros por la eslora hasta que localizaron una sombría escotilla de acceso. La visibilidad estaba obstaculizada por las nubes de gas que rodeaban al gran buque, muy probablemente originadas por algún escape de gas desde el interior.

El que parecía liderar el grupo depositó un artefacto con forma romboidal compuesto por cristales brillantes en la puerta. El artefacto quedó sellado al instante, haciendo que la escotilla se abriera y diera paso libre a los saqueadores.

Tras pasar por dos cámaras de despresurización, el comando fuertemente armado, penetró en el interior del crucero. Las lecturas de sus bioescáner les informaron de un correcto equilibrio en los sistemas de soporte vital y en la atmósfera artificial del interior, por lo que se quitaron los cascos asiéndolos a sus cinturones.

Aquellos hombres de rasgos caucásicos, caras largas y lisas, y voluminosas greñas doradas que terminaban en elaboradas coletas trenzadas en forma de crin de caballo, parecían salidos de alguna remota leyenda de la Europa medieval.

El líder tenía los cabellos blancos como la nieve y era el único que lucía una barba con unos prominentes bigotes que le colgaban hasta casi el cuello. Desenfundó una pistola de su cinto e hizo una señal militar para que el comando le siguiera por uno de los múltiples pasillos, a los que desembocaba la última cámara de despresurización.

Los antaño lujosos y luminosos pasillos de la barcaza se habían oxidado a causa de la atmósfera interna y del paso de incontables siglos de soledad y abandono. La mayoría de las luces se habían fundido gastadas por el tiempo, creando un aura de penumbra que helaba la sangre de los intrusos.

Dos cuartas partes de la barcaza estaban destruidas o eran completamente inaccesibles. Los sistemas de conservación automáticos habían ido sellando distintas secciones, aquella área del antaño espléndido crucero era la única parte transitable y habitable de la nave.

Muy probablemente, toda aquella destrucción había sido causa de diferentes impactos de aerolitos o incluso la acción de otros saqueadores, aquellas prácticas eran parte del día a día en aquellos tiempos de escasez. Un botín demasiado codiciado como para no aprovecharlo.

Previamente, los saqueadores habían escaneado el crucero a la deriva determinando únicamente aquella sección como segura para su abordaje. No era de extrañar que aquel minúsculo habitáculo, en

proporción con el resto de la bestial astronave, hubiera pasado inadvertido para los saqueadores de siglos anteriores. Las astronaves Corsarias solían llevar equipada la última tecnología, poco accesible para otras facciones rivales.

Tras inspeccionar varios cubículos destruidos, el líder no pudo disimular su asombro ante las lecturas que el bioescáner le ofrecía. En la cuarta bifurcación había lecturas de un auténtico contenedor de hibernación con muestras biológicas intactas. Sólo debían retirar varias planchas que se habían desmoronado frente al acceso para acceder a la cámara en cuestión. Aquello sí era un verdadero botín de guerra.

Unas horas después de la incursión, Laertes Strong despertó tumbado en una camilla. Al principio le costó abrir los ojos, una luz cegadora inundaba una sala de paredes grises y metálicas. Estaba desnudo, tenía frío y escuchó voces en la lejanía, débiles ecos que se le antojaron irreales, parloteando desentonados en un idioma incompresible para él.

Aquel lugar le recordó a un quirófano. Todos los músculos le dolían igual que si se los hubieran extirpado y vuelto a implantar con un simple tenedor herrumbroso. – ¿Qué y cuánto tiempo había pasado? -El dolor superó a su ansiedad y se descubrió a sí mismo vomitando sangre y de nuevo, una cortina de oscuridad que le sumió en la inconsciencia.

Cuando volvió a despertar se encontraba en la misma habitación. Ahora no había ruido y la luz que anteriormente atormentaba sus ojos había menguado hasta hacerse mucho más aceptable.

Una sombra borrosa se interpuso en su ángulo de visión. Un susurro trató de calmarle, pero aquellas palabras seguían siendo incompresibles para él. Luego, la sombra le acarició el pelo y depositó en su cuello una pieza fría de metal que se adhirió a su piel como si le mordiera. La sensación fue algo molesta, pero enseguida el dolor cesó, el idioma de los extraños empezó a aclararse y en breves instantes les entendía perfectamente.

-Mi nombre es Príamo y soy el capitán del Argos, la nave que le ha rescatado -dijo la silueta brumosa. Poco a poco se fue aclarando hasta mostrar al líder del equipo de incursión que había penetrado en el Arca. Aquel hombre de facciones elegantes y mirada penetrante le examinó con una sonrisa en los labios. No había nadie más allí.

-Hola capitán… -consiguió por fin articular Laertes Strong.

Al principio no reconoció su propia voz, hasta que se dio cuenta de que el pequeño aparato que llevaba adherido al cuello estaba modulando su voz y traduciendo sus palabras a la lengua del capitán Príamo. Laertes se percató de que estaba tumbado en la camilla de un quirófano, completamente desnudo, mientras aquel hombre de aspecto extraño, vestido con una especie de armadura de tonos bronce y negros con elaborados e enigmáticas runas damasquinadas, no le quitaba el ojo de encima.

-Aún tardará en recobrar toda su capacidad motriz, pero tenemos tiempo. Llegaremos a Nemeron en cuarenta y ocho horas estándar.

-Perdóneme capitán… Pero, ¿dónde está el resto de mi tripulación?, ¿mi barcaza?, ¿la misión? –Laertes se estaba alarmando por momentos.

-No sé ni por dónde empezar. Realmente hace más de doscientos años estándar que no se ha recuperado ningún "pretérito" de las fauces del espacio profundo. De hecho, tuve que consultar los viejos procedimientos de re-descubrimiento para saber cómo actuar con usted.

-¿Pretérito? ¿A qué se refiere?

-Usted, señor. Usted es un superviviente de una época lejana y feliz. Quizás no haya tenido mucha suerte despertando de su sueño. Según nuestros análisis, su barcaza debió ser descubierta a principios de este siglo por algún crucero del imperio. Quizás hubo una batalla entre dos o más contendientes que se disputaron la presa y la mayoría de su barcaza quedó destruida. No encontramos ningún otro cubículo con vida… Todos los tripulantes de su barcaza perecieron o fueron sustraídos por anteriores asaltos.

-Pero esto es una locura. ¿Estamos en el punto N75760608?

-No tengo constancia de qué significan esas siglas. Nos encontramos fuera de las fronteras del imperio, a treinta años luz del cúmulo de Orión.

-No puede ser. ¿Cómo funciona esta nave? ¿No tienen contacto con Cronos?

-Dígame su nombre –Príamo se apiadó del desdichado. No era capaz de entender del todo el desconcierto al que estaba siendo sometido.

-Mi nombre es Laertes. Soy oficial científico de la barcaza Arca. Teníamos la misión de terraformar un mundo tipo Gaia en el punto N75760608.

-Muy bien, Laertes. Tenemos mucho de lo que hablar. No sólo no

tuvieron éxito en su misión, sino que Cronos y Gaia, en fin… todo lo que una vez creyó conocer, simplemente, ya no existe. Han transcurrido siglos desde que su barcaza abandonara el sistema Madre.

Aquel cúmulo de emociones había sido un como un golpe para la aturdida mente de Laertes. Tras un tiempo intentando moverse, al fin consiguió incorporarse sobre la camilla y ayudado por Príamo, consiguió vestirse con un mono de trabajo negro y unas botas que se le ajustaron automáticamente a su talla. El shock había sido tan fuerte que, por un instante, prefirió dejar de hacer preguntas.

El Argos resultó ser una nave pequeña capaz de albergar un máximo de diez tripulantes, según le había contado el capitán Príamo. Parecía como si hubiera sido utilizada durante siglos. Todo en ella daba sensación de viejo y oxidado. Un fuerte olor a agua de fregar usada perfumaba sus pasillos y estancias aunque, muy pronto, se acostumbró y ya no pensó más en él.

El Argos era una nave Corsaria militar y se componía de una cabina de control que albergaba espacio para tres tripulantes. A Laertes le recordó a los antiguos bombarderos de la Segunda Guerra Mundial en la vieja Tierra. Un asiento para el capitán, otro para el piloto y detrás un oficial orientado a una consola lateral que controlaba el armamento y otros indicadores de control del aparato.

Diez minúsculos camarotes provistos de un retrete, un armario y un camastro para la tripulación, se distribuían por el pasillo que daba acceso a la cabina. Príamo asignó uno a Laertes pues, en aquel momento, el Argos sólo contaba con seis tripulantes. En la popa había una gran bodega de carga llena de contenedores con mercancía, una estrecha armería y un salón comunal ovoide en la panza de la nave al que se accedía bajando una escalera de caracol, justo debajo del pasillo principal. Sencilla, marcial y simple así era la dotación de aquel crucero de combate.

Según explicó Príamo, el Argos era una fragata corsaria de clase Abramantes y tras un breve paseo por la nave de Príamo, el capitán le presentó a la tripulación: Marco y Jasón eran los pilotos, Nazarius el oficial de armamento y logística, y Damocles y Riva dos tripulantes que componían la tripulación de menor rango, encargada de las funciones más pesadas.

Todos eran más jóvenes que Príamo y su indumentaria en forma de armadura, junto con el carácter agrio de los militares, imperaba en el grupo. Si bien Nazarius resultó ser, al igual que Príamo, algo más culto e interesado en Laertes que el resto de la tripulación, los otros lo

miraban con un recelo supersticioso. Quizás con miedo…

Unas horas después y tras la cena en el salón central, Nazarius y Príamo se quedaron a solas con Laertes, mientras Marco y Jasón terminaban de recoger y limpiar la mesa.

Laertes examinó a Nazarius. Aunque el segundo de abordo era más joven que Príamo, sus cabellos encanecidos anunciaban que, seguramente, era el más veterano después del capitán y el sucesor del capitán en caso de fallecimiento de este.

-Como ya habrá comprobado, profesor Laertes, somos militares –comenzó a hablar Nazarius.

-Sí, me he dado cuenta. Aunque todavía no sé ni a qué bandera sirven, ni por qué luchan ya que, por el estado de la nave, deduzco que han entrado en combate más de una vez…

-Cualquier humano de los innumerables mundos sometidos le dirá que somos criminales producto de un pasado olvidado -continuó Príamo–, "corsarios" creo que nos llaman y desde cierto punto de vista, tienen razón.

-¿Cierto punto de vista?

-Laertes, con el tiempo descubrirá que en todo lo que antaño creyera, ahora dependerá, en gran medida, de su actual punto de vista.

-Muy bien, explíquese por favor.

-Mi pueblo no siempre condujo navíos lastimeros como este.

-A pesar de su aspecto, su tecnología supera con mucho la de mi barcaza.

-No se crea Laertes. En algunos aspectos, sí. Pero muchos de los conocimientos científicos, que ustedes dan por superados, se fueron perdiendo con el transcurrir de innumerables guerras a lo largo de cientos de años. Incluso cuando civilizaciones posteriores superaron en tecnología a su generación. Todo o casi todo ha sido perdido y, ahora, tanto nosotros como los que sirven a los Igigis somos consumidores de tecnología rescatada. Los corsarios aún tenemos algún as en la manga secreto comparado con los Imperiales, pero esto, al lado de las cimas alcanzadas por su generación, no es nada.

-¿Tecnología rescatada? ¿Igigis?

-No hay tiempo para resumirle siglos de historia humana en una sola cena. Pero puedo avanzarle algunas cosas.

-Muy bien.

-Nuestros archivos no son del todo exactos puesto que, como le he dicho, mucho se ha ido perdiendo, mucha información relevante. Pero lo que sí sabemos es que, en algún momento de nuestra historia, Cronos, el faro de Gaia, enmudeció.

-¿Cómo que enmudeció? –Laertes empezó a ponerse nervioso.

-Sí, su señal desapareció para siempre. El Faro de Gaia cayó.

-¿Por qué?

-No estamos seguros. Creemos que fruto de una revolución de los esclavos de Gaia contra el poder establecido.

-¿Esclavos? Podría ser más preciso…

-Si, perdone. En la época en que el Faro de Gaia enmudeció, Gaia ya no era la capital del universo conocido. El antiguo Imperio Terrano fue derrocado durante La Guerra de Independencia Centauri. Una liga combinada por diversas colonias asumió el control del Imperio Humano, sometiendo y expoliando a Gaia y a su población hasta sumirlos en la esclavitud. Las Crónicas dicen que un descendiente de los reyes Alsima, en venganza y represalia, provocó una gran explosión que partió el planeta en dos, creando un nuevo cinturón de asteroides en el Sistema Madre.

-Eso no es posible.

-No lo sé a ciencia cierta porque jamás he viajado tan lejos. Le cuento lo que dicen nuestras más remotas crónicas. De hecho, mucha gente ni tan siquiera cree ya en la existencia de Gaia.

-Pero yo soy una prueba.

-Cierto, mi querido amigo, lo es. Yo no me sumo a esa corriente de opinión.

-Y, ¿qué pasó?

-El más absoluto caos. Los mecanismos autómatas de las barcazas y cruceros estelares menores dependían de la señal de Cronos. Millones de ellos quedaron a la deriva en el espacio profundo. Las comunicaciones entre las distintas colonias desaparecieron y todos los mundos se aislaron cayendo en la barbarie y en el olvido.

-Eso es horrible.

-Lo es. Esta situación provocó la decadencia del género humano. No hay registros completos de todas las colonias fundadas antes de los Tiempos del Caos, sólo parciales.

-¿Quiere decirme que hay mundos poblados por humanos que todavía no han sido contactados?

-Así es, incontables. Existe toda una disciplina dedicada a este problema. La llamamos ciencia del Re-descubrimiento. Nuestra historia está plagada de etapas en su desarrollo. Oleadas de nuevos mundos se suman constantemente provocando profundos impactos en nuestras sociedades

-Es asombroso.

-La cuestión es que, tras la hecatombe de los Tiempos del Caos, la humanidad permaneció aislada durante mil años, hasta que una joven

colonia fragmentada en miles de feudos se unificó y recuperó su carrera espacial. Este mundo fue Crosaurius.

-Desde Crosaurius –continuó Nazarius– se exportó nuestro actual sistema religioso y filosófico, el culto Menoch.

-Así es y la ciencia del Re-Descubrimiento –siguió el capitán-, los crosarianos no alcanzaron el nivel tecnológico de la etapa anterior. De hecho y antes de la reunificación de su mundo, habían luchado con piedras y palos unos reinos contra otros. Tras la paz y cientos de años de nueva ciencia, llegaron a alcanzar sólo la tecnología para alcanzar sus órbitas más próximas.

-Y, ¿entonces?

-Fue más suerte que otra cosa. Un crucero de la vieja Centauri se perdió, y acabo alcanzando la orbita crosariana.

Esta barcaza al mano de Nazarius Damacoles, y su tripulación, fue la encargada de ayudar al reino más fuerte de los beligerantes crosarianos. Gracias a esta alianza el planeta terminó por reunificarse y poco a poco, se fueron recuperando tecnológicamente.

En veinte años estándar empezaron a tener relaciones diplomáticas con otros mundos recientemente unificados, fue el comienzo de la nueva Federación de Mundos.

-Sin embargo –continuó Nazarius-y aunque el proceso de re-descubrimiento ya nunca se detuvo, las guerras y las luchas por el poder marcaron los siguientes siglos. Republicas, ligas, reinos y finalmente un imperio, terminaron por consolidar su poder. Un imperio brillante que, por primera vez, mantuvo en paz el universo humano. El Imperio del Sol.

-¿Hasta qué? –Laertes se esperaba lo peor.

-Hasta que una raza alienígena fue re-descubierta en un remoto mundo colonizado, días antes de que El Faro de Gaia enmudeciera.

-¿Los Igigis?

-Si, los Igigis –continuó Príamo. -Los corsarios somos los descendientes de la Guardia personal del emperador Abramantes, el último emperador genuinamente humano. Poco antes, una armada convocada por los Igigis y guiada por sus poderes telequinéticos provocó el bloqueo de la órbita de Ática, sede de la antigua Capital Imperial. El emperador y los últimos batallones que componían su guardia personal consiguieron huir a un mundo remoto que no se encontraba en las cartas de estelares de navegación normales. Un mundo que, hasta entonces, había permanecido en un olvido deliberado lejos de los archivos del re-descubrimiento. Formaba parte de un viejo plan de huida para la estirpe de los emperadores del viejo imperio en caso de desastre.

-No me lo diga, ese mundo ¿es el planeta Nemeron al que ahora vamos?

-Así es, el último baluarte genuinamente humano.

-Durante los últimos siglos –Nazarius volvió la palabra–, los corsarios hemos sobrevivido robando y pirateando las caravanas comerciales de cruceros estelares que pululan por la galaxia, dando golpes de mano fugaces y rápidos en los planetas-feudo de algunos de los incontables Igigis que pueblan el universo conocido. Sólo sobrevivimos, pero somos la última esperanza.

-Eso es encomiable.

-Gracias, Laertes –le respondió el capitán.

-Algún día, los hombres serán guiados por un verdadero Mesías Rojo, El Salvador, que conducirá a los hombres a la verdadera libertad –dijo Nazarius que, de repente, parecía haber sido apoderado por un fervor religioso inesperado.

-Esa es una de las incontables profecías Neo-Menoch, Laertes –dijo el capitán, -Nazarius, al igual que el resto de mi tripulación y casi toda la población de Nemeron, es supersticioso y cree en la llegada de un redentor.

-Y usted, capitán, ¿en qué cree? –le interrogó Laertes.

-Sólo en esto –respondió el capitán echando mano de su pistola laser y mostrándosela a Laertes y al fanático Nazarius. Y ambos hombres se dirigieron una sonrisa de complicidad.

16

"Le preguntó: -¿Cómo te llamas? *-y él respondió:* -Me llamo LEGION, porque somos muchos."

Extractos de los Libros Sagrados de Gaia, Marcos
Cap. V. Upanishads Sanatana Dharma

Shigatse, el lazarillo, condujo a su maestro Kumar, el ciego, a través de la escarpada y accidentada senda que circundaba las agrestes montañas.

El descenso fue traumático, no sólo porque aún era noche cerrada y porque el gélido viento, impenitentemente, trataba de abatir a los cansados viajeros; sino también porque cada paso de Kumar era como una tortura de torpeza y sacrificio para él y para su joven discípulo. Un verdadero salto de fe.

Tras el pesado descenso y ya con las luces del medio día, el lama ciego y su discípulo alcanzaron las estribaciones orientales del valle del Dag cerca de la ribera helada de la Laguna Joven, un lugar algo retirado de su destino. Allí encontraron una humilde chabola de pastores. Shigatse decidió acercarse en busca de algo de calor y quizás una mano amiga que les tendiera un plato caliente y un lecho donde reponerse. Pero unos metros antes de llegar al portón, una anciana de cara ovalada y extremadamente pálida, vestida con pieles toscamente curtidas, salió a su paso.

-¿Quién va? -dijo la anciana con voz molesta.

-Somos dos lamas cansados en busca de algo de comida y refugio –contestó el muchacho. –Sólo rogamos un lugar donde poder aposentarnos y reposar nuestros pies cansados.

-¡No será mi casa muchacho! -contestó enfurruñada la anciana.

-No le entiendo –dijo Shigatse.

-Hace meses que pedí ayuda al monasterio –dijo la anciana señalando con el dedo al joven lama–, no sólo no la recibí sino que, además, la gente de mi aldea nos mandó a esta remota choza porque tenían miedo.

-¿Les mandaron? ¿De que tenían miedo? –preguntó Shigatse.

-De mi nieta y de mí.

-¿Por qué habrían de temeros? –Shigatse empezó a ponerse nervioso.

-Mi nieta, Zemira, esta poseída por un espíritu maléfico.

-Explíquese –sentencio Shigatse.

-Hace pocos meses empezó a manifestar los síntomas –la vieja empezó a llorar. –Sus padres murieron durante la avalancha de la primavera pasada. Yo me he hecho cargo de ella, pero estoy cansada, me hago vieja y mis huesos ya no son fuertes.

-Déjame entrar –dijo Kumar.

-Pero –la vieja reparó en los ojos muertos del lama– ¿estáis ciego?

-Quizás estoy ciego para el modo de los hombres, pero no para el de los espíritus. Shigatse, llévame a la puerta y luego permanece fuera con esta mujer.

-Sígame, maestro –dijo Shigatse conduciendo a Kumar hasta la puerta.

-¡Por el martillo de Abydos! –gritó Shigatse al alcanzar la puerta.

La escena resultaba pavorosa. Una niña de apenas diez años apareció frente a ellos. Estaba demacrada y con el pelo sucio y alborotado. Sus vestiduras mugrosas y rasgadas eran un cruel reflejo de desidia y sus pies desnudos parecían no sentir el dolor del intenso frio. Shigatse notó algo en su expresión que le heló la sangre. Aquellos ojos exorbitados y rodeados de ojeras carmesí se clavaron en el joven lama como a rojo fuego, haciéndole retroceder. La mirada de la muchacha resultó fiera y amenazante y parecían tener un extraño refulgir amarillento.

-Te esperaba, Kumar –dijo la muchacha en una lengua desconocida para Shigatse y con una voz ronca y cargada de maldad, totalmente impropia de una niña de su edad.

-Yo no te esperaba aún –contestó Kumar en la misma lengua desconocida.

-Te he estado esperando…- repitió de nuevo - No eres rival para mí –le amenazó la niña mientras retrocedía andando hacia atrás, rumbo a la oscuridad en el interior de la choza.

-La verdad, es un rival temible - Dijo para sí mismo Kumar, pero con una confianza renovada que no había demostrado desde que abandonara el monasterio, se soltó de la pared que asía y siguió a la muchacha a la oscuridad del interior.

- Ven, Kumar el ciego, te estoy esperando. –Y sin dejar de retroceder, la muchacha tocó el tabique y comenzó a andar por la pared, como una araña fantasmal, asida a la superficie, hasta que se puso en el techo boca abajo por encima del monje. Muy pronto, Kumar sintió su presencia maligna observandole.

-¿Quién eres?

-Me llaman Legión –dijo ella– porque somos muchos.

-Tú eres un Arconte, un hijo de Shaitan, el Príncipe de todas las Mentiras.

-¿Shaitan? Ese es un nombre antiguo, monje. No lo escuchaba hace mucho tiempo. Los hombres habéis olvidado casi todo… –Y su voz sonó como una risa malévola y mecánica que escapa por la entrada a una horripilante caverna.

-Deja a la niña. Libérala de tu mal.

-No puedes expulsarme, monje. Sólo eres un triste lama, sólo tienes el poder de entender y de ver, y ese poder no puede ordenarme nada –sentenció de nuevo la voz.

Entonces, Kumar decidió sentarse en la posición del loto y con absoluta parsimonia, comenzó a meditar. Mientras, la posesa comenzó a rugir y exhalar un vaho nauseabundo, como si en su interior el hielo campara a sus anchas.

Entre tanto, Shigatse permanecía aterrado fuera con la anciana. El joven se encontraba desorientado. Aquellos sucesos empezaban a sobrepasarle.

No lejos de allí, en la aldea de los Dag, Kadosh ya estaba en pie. Aquella mañana se había levantado completamente repuesto aunque, tal y como había comprobado Noah, la expresión del muchacho no había variado, seguía muy serio y ausente, como si ya no fuera el niño que él había conocido tiempo atrás. El cazador tenía la extraña sensación de que todos los rasgos que marcan la inocencia y la candidez de un niño habían desaparecido del impenetrable rostro de Kadosh.

-Noah, ven rápido –dijo Kadosh asomado a la puerta.

-¿Qué te ocurre, Kadosh? –dijo Tera.

-Necesito ir allí –dijo el muchacho señalando a las colinas vecinas al oriente de la aldea. -¿No es allí donde está la Laguna Joven?

-En efecto –dijo Noah, que comenzaba a desperezarse, bostezando.

-Allí ya no hay nada, sólo agua –dijo Tera con cara de

preocupación.

-No busco la nave –dijo Kadosh–, aún no. Quiero ir allí por otro motivo.

-No te entiendo, Kadosh –replicó Noah.

-No lo puedo explicar, pero creo que allí está ocurriendo algo y también creo que me necesitan. –Tras decir esto, Noah y Tera se miraron. El incidente del dahaka les había hecho recapacitar sobre el criterio del extraño niño.

-¿Quieres ir ahora mismo? –preguntó Noah.

-No es que quiera ir, Noah. Necesito ir ahora mismo.

-Está bien –Noah suspiró. En el fondo temía una nueva aventura de consecuencias impredecibles. –Llamaré a Gedeón y te guiaremos hasta la Laguna Joven.

ANQUISES

17

“Mi hogar queda lejos. Es una tierra rica pero prohibida, donde mana la miel y no existe el mal. Aunque el mal la busca sin descanso."

Extractos del sura 44, versículo 1482. Upanishads Sanatana Dharma

Eneas avanzó exaltado, casi a la carrera, a través de la enmarañada red de túneles de metal, revestidos con toda suerte de elementos electrónicos relucientes y parpadeantes. Desde luego, podía haber tomado algún medio de transporte mecánico pero, aquel día, le apetecía mover los pies y hacer latir un poco su joven corazón. De hecho no era la primera vez que lo hacía, tenía una ruta bien memorizada desde su salida del sector de la Academia, donde el joven Eneas recibía instrucción, hasta los aposentos de su abuelo paterno, el juez Anquises.

Eneas apenas tenía dieciséis años estándar, pero su agudo ingenio ya había llamado la atención entre los notables de la Academia de la Guerra de Nemeron.

Eneas era un joven de rasgos afilados, cabellos largos y lisos, tez dorada y complexión delgada. Era especial y había demostrado con creces estar muy por encima del resto de aspirantes a los grandes puestos funcionariales de la compleja sociedad corsaria.

Su uniforme, en tono bermellón pálido, reflejaba su rango de cadete, señal inequívoca de su escala social en la estratificada colectividad. Al fin, cuando Eneas alcanzó la pasarela suspendida en el vacío, que hacía las veces de puente entre dos de las secciones y que al fin le daba acceso al área donde moraba su abuelo, se detuvo.

Siempre le había gustado observar la ciudad subterránea y abovedada desde aquel rincón privilegiado. La gran bóveda de metal que era Dilmun se encontraba enterrada en medio de aquel infinito mundo de oscuridad, laberínticas cavidades y pasadizos construidos en distintas aleaciones de acero por debajo del suelo del aparentemente árido y aislado planeta Nemeron.

Aquel era el hogar de su pueblo, la base principal y baluarte del pueblo Corsario, una esfera hueca de trescientos kilómetros estándar de diámetro, compuesta por miles de niveles donde se extendían viviendas, fábricas, astilleros, templos, palacios, centros administrativos, áreas de recreo o academias. Una compleja maraña

de túneles bifurcados, niveles y secciones de toda suerte de longitud y configuración. El hogar de los descendientes de los últimos imperiales humanos.

Cada nivel era una ciudad en sí misma. Gran parte de la población nacía, crecía, vivía y moría sin salir de su nivel de origen, eso sin contar que una buena porción de niveles permanecían sellados desde el momento de su construcción.

Los gobiernos de los sucesivos Senescales habían controlado y usado menos de un cuarenta por ciento de la capacidad real de la esfera que, en sus inicios, había sido diseñada para albergar la ingente población de servidores y funcionarios del antiguo gobierno imperial. Sin embargo, la población de Nemeron apenas había llegado a precisar la apertura de más sectores de los usados cuando el éxodo de refugiados imperiales arribo en Nemeron. Aquel majestuoso y colosal mundo de metal era interminable. No era infrecuente que, de vez en cuando, se denunciara la desaparición de algún explorador incauto al abandonar la seguridad de los sectores conocidos de la milenaria ciudad. Internarse en el sesenta por ciento restante de la enigmática estructura era arriesgado…

Aquella esfera interior, de colores azules y grisáceos, oscura, pero a la vez cálida, era el hogar de Eneas y su larga y gloriosa estirpe.

Evidentemente, los niveles más inferiores y superiores no estaban a la vista, pero las luces del resto se mostraban como un lúcido mosaico de luz parpadeante y multicolor, plantel inconfundible del devenir de las millones de almas que los poblaban a través del tunes abismal que cruzaba los niveles de abajo hacia arriba, dejando pasar el aire reciclado desde los niveles más inferiores.

Eneas soñaba con el día en que podría unirse a su hermano en la lucha contra los malvados Dioses Anu y sus siervos Igigis. Su sueño era enrolarse en la armada y gobernar una de las astronaves de la flota corsaria. Quién sabe… tal vez algún día sería Almirante y podría dirigir su propia escuadra…

Una brisa caliente y juguetona ascendió vertiginosa como el aliento de un dragón encolerizado, remontando desde las oscuras profundidades del abismo, donde se encontraban los titánicos motores y sistemas de ventilación hasta los niveles superiores. Las ráfagas de aire iban zarandeando la pasarela donde se encontraba el muchacho. Eneas sabía que, en ese preciso instante, algún auto-motor de soporte humano se había activado por acción espontánea, escondido en algún recóndito lugar de las profundidades de Dilmun, repartiendo calor y oxígeno entre todos los niveles para, finalmente, perderse por la entrada de algún oscuro túnel hacia el exterior y la superficie de

Nemeron. Allí donde nadie, ni tan siquiera las astronaves que partían al infinito universo, se habían aventurado.

-Ah, estás ahí, muchacho –dijo el viejo juez Anquises apareciendo de improviso tras Eneas.

-Hola abuelo –le contestó Eneas dándose la vuelta y esbozando una sonrisa mientras trataba de recuperar el aliento.

Era un anciano barbudo y canoso de hombros poderosos y mirada tranquila. En otro tiempo había servido en la Armada como Almirante. Una vez no tuvo edad para el servicio activo, aceptó su actual puesto como alto funcionario.

-Tengo buenas nuevas del Estado Mayor. Me comunican que tu hermano Príamo ha contactado y que arribará a Dilmun dentro de pocas horas.

-¡Eso es estupendo! –Eneas sonrió emocionado. Hacía varios meses que no tenía noticias de su hermano. Normalmente, las astronaves o flotillas en misión corsaria no contactaban con Nemeron, a no ser que estuvieran muy cerca. De esta forma se evitaban intercepciones no deseadas.

-Me han pedido que te transmita que tu hermano dijo algo referido directamente a ti. Quería que te lo comunicaran personalmente –Anquises parecía preocupado, pues no entendía del todo la situación. –Príamo dijo que tú tenías razón, que la ubicación era exacta y que ha encontrado el premio. Desde el Estado Mayor me han preguntado si conocías el significado de sus palabras. Ya sabes que Dilmun no transmite respuestas para evitar que las flotas enemigas nos detecten.

Antes de que Anquises terminara la frase, Eneas ya había salido corriendo de nuevo, ahora rumbo a la biblioteca del nivel veinticinco.

-¡Ahora no puedo! –gritó mientras corría en desbandada. –Luego te lo cuento todo abuelo… -Y diciendo esto, Eneas desapareció por uno de los numerosos túneles del área.

18

"Y mi hogar queda lejos, en tierras extrañas a los ojos de los extranjeros, peligrosas ante la mirada de los impíos. Pero no dejes que tus ojos te engañen. Aqueron es un paraíso para los creyentes. "

Extractos del sura 44, versículo 1483. Upanishads Sanatana Dharma

Nejmad y Ragnar llevaban dos días seguidos marchando desde su última parada, cabalgando a lomos de sus rocines. Estaban extenuados por el gran esfuerzo al que se habían sometido. Charlize iba dormida, abrazada a la espalda de Nejmad.

Parecía que había pasado una eternidad desde que Nejmad se había unido a Ragnar y en ese tiempo, su rostro había cambiado al igual que el del caballero. Le habían crecido unas enmarañadas barbas, cardadas por la intemperie. Sus ropas estaban roídas y sus ojos enrojecidos, arrasados por la tristeza y las penurias vividas.

Pasaban ya cuatro semanas desde su último encuentro con los espectros de sangre en el pueblo de la colina y desde entonces, su viaje había sido tranquilo. Llegaron a una estribación teñida de verde que, poco a poco, se iba elevando, dando paso a una cadena montañosa de perfiles suaves.

Poco después alcanzaron un cortado alto y afilado, unido en sus extremos por un puente colgante de madera y bajo este, el río Thoen, que bajaba caudaloso y enfurecido. Más allá y hacia poniente distinguieron las ruinas de un antiguo templo. Sus paredes grises y agrietadas estaban carcomidas por la humedad.

-Es un templo Menoch. Uno muy antiguo –dijo Ragnar.

-Su estructura es muy extraña –dijo Charlize mientras se despertaba del sueño.

-Sí, en efecto. ¿Cómo podéis asegurarlo? –preguntó Nejmad.

-Porque ya estuve aquí hace mucho tiempo.

-¿Cómo es eso posible, Señor?

-Hace más de diez años viajé con una expedición desde Agarthia en un drakar de La Orden. Nuestra misión era la de cartografiar estas tierras. Por esa razón, conozco el camino.

-Eso está muy bien –sonrió Nejmad–, entonces podréis decirnos dónde estamos.

-Estas colinas conducen a la entrada oriental del valle del Dag.

-¡Mirad, allí! –señaló Charlize. Ragnar, Charlize y Nejmad se quedaron petrificados, hacía mucho tiempo que no veían personas normales con vida.

Los viajeros observaron con asombro a un curioso grupo de dos hombres, una mujer y un niño que bordeaban a toda prisa el otro lado de la rivera. Por su indumentaria, Ragnar los identificó inmediatamente, eran montañeses del Dag.

Con algo de recelo, pero esperanzados, los tres fugitivos cruzaron el puente y se dirigieron hacia el grupo de desconocidos, que ya les había divisado. Ragnar no entendía muy bien la situación pero, a una orden del muchacho, los dos hombres y la mujer se habían detenido y les esperaban en pie y con la mirada altiva. Cuando por fin les alcanzaron, Ragnar los miró con recelo. El grupo seguía en silencio observándoles.

-Hola, soy… –Ragnar fue a presentarse, pero Kadosh le interrumpió con irreverencia.

-Hola, tú eres Ragnar, hijo de Samos –dijo el muchacho ante la mirada estupefacta de Noah, Tera, Gedeón, Charlize y Nejmad.

-¿Cómo sabes eso muchacho? –le preguntó Nejmad aturdido.

-Eso no es todo, hola Nejmad –contestó Kadosh mirando al leñador–, hola a ti también, Charlize, me alegro de veros a todos, os estaba esperando –dijo el muchacho con una sonrisa en los labios.

-¿Por esa razón nos hiciste cortar por esta parte? Es un buen rodeo hasta la Laguna Joven –dijo Gedeón tan sorprendido como el resto.

-Pero, ¿qué brujería es esta? –y diciendo esto, Ragnar desenvainó su hoja afilada. Noah y Gedeón se pusieron en guardia con sus lanzas en ristre.

-Ahorra tus energías, caballero –continuó el muchacho–, te harán falta muy pronto y te necesito más descansado. Sígueme… –Las palabras de Kadosh sonaron hipnóticas. Noah, Tera y Gedeón siguieron al muchacho colina abajo, dejando con la palabra en la boca al confuso Ragnar.

Ragnar, Nejmad y Charlize intercambiaron miradas de incredulidad y casi sin poder evitarlo, optaron por seguir al extraño grupo que guiaba el enigmático muchacho.

Al poco tiempo alcanzaron la Laguna Joven. En la orilla opuesta divisaron la choza de las mujeres desterradas. La escena se presentaba algo irreal, La Laguna estaba helada y junto a ella se alzaba una choza deformada y mal cimentada.

Cerca de la puerta de la choza, una anciana y un monje joven yacían inconscientes en el suelo helado. Mientras, otro monje era pateado sobre el hielo de la laguna, que poco a poco se iba tiñendo con su sangre, por una niña de aspecto desastrado. Desde luego las patadas de la muchacha eran terribles, cada golpe hacía rodar por el hielo al casi desfallecido monje. Aquel desdichado iba dejando un reguero de sangre perfectamente perceptible, dibujando un rastro a lo largo de su trayectoria por la capa de hielo.

Cuando la comitiva de Kadosh apareció, la muchacha giró la cabeza sin mover el cuerpo. Si fuera una criatura viva y normal se habría partido el cuello allí mismo. El grupo de Kadosh se quedó horrorizado, no estaban preparados para aquella visión atroz.

Al ver al muchacho fue como si a la muchacha la quemaran viva. Aulló como un lobo y salió corriendo a cuatro patas rumbo a unos matorrales cercanos.

Tera y Noah corrieron a socorrer al monje que permanecía tendido sobre el hielo. Nejmad, Gedeón y Charlize fueron a ayudar al novicio y a la anciana.

Kadosh se giró hacia Ragnar y le sonrió. –Es tu turno, caballero –le dijo el muchacho.

Como inspirado por una fuerza mística, el veterano caballero supo qué debía hacer. Espoleó a su caballo y con aire fiero, marchó hacia los matorrales donde se guarecía la extraña criatura.

Pero para sorpresa del caballero, cuando alcanzó el lugar la niña saltó como si fuera una fiera rabiosa y haciendo alarde de una agilidad y una fuerza sobrenaturales, se tiró sobre Ragnar y lo derribó del caballo. El caballero cayó de bruces a la vez que las garras de la niña energúmena le desollaban el rostro como un cuervo enfurecido, mientras no paraba de reír con una risa demoniaca, que helaría la sangre de cualquier persona cuerda.

Ragnar se zafó y le lanzó un puntapié. El golpe fue lo bastante

fuerte como para darle suficiente margen de maniobra. Tuvo entonces tiempo para incorporarse y ponerse en guardia de nuevo. Otra vez y a cuatro patas, la cría empezó a arañar el hielo de la laguna y a rugir como un lobo enardecido. Ragnar sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal. El caballero sabía que la muchacha iba a saltar sobre él de nuevo. Así pues, sacó su espada y se preparó para hundirla en las entrañas de la arpía.

-¡Quieto, Ragnar!. Ya es suficiente, no será necesario que luches más… -dijo Kadosh. Y con absoluta tranquilidad avanzó hasta la posición del caballero y se interpuso entre este y la poseída.

Para entonces, los monjes y la anciana, asistidos por el grupo de Kadosh, ya habían recobrado el conocimiento y todos observaban sorprendidos la escena.

Súbitamente, el rostro de Kadosh abandonó su sonrisa infantil e inocente y mutó a una expresión más sombría e impenetrable.

Kadosh se volvió hacia la niña y la miró. La muchacha comenzó a retroceder muy lentamente, era como si algo la asustara y su expresión, fría y amenazante, se tornó en una mueca de terror. Al momento, la posesa comenzó a retorcerse y a gruñir, cayó al suelo y vomitó sangre sobre el hielo mientras volvía a aullar como una loba herida. Finalmente paró, dejó de retorcerse y por un instante, cayó en la inconsciencia. Fue entonces cuando Kadosh se acercó a ella y le tocó la cara con ternura. Estaba helada.

La abuela de la muchacha corrió hacia ella y detrás todos los demás. Al poco tiempo, la muchacha recuperó el conocimiento. La expresión demoníaca había abandonado su rostro que, aunque magullado, volvía a ser el de una niña cándida e inocente. Parecía no recordar nada y se asustó mucho al verse empapada, fría y rodeada de extraños.

-“Y él vendrá a nosotros del lugar más inesperado, vendrá en el momento más incierto y rodeado por creyentes que no sabrán que estaban predestinados a servirle” –Kumar recitó palabras memorizadas de las antiguas profecías del Upanishads Sanatana Dharma– “Y sabréis por sus actos que él es el Mesías Rojo. Un príncipe entre los hombres y un Señor entre los dioses. Porque de sus manos vendrá la liberación de la sangre de los hombres”.

Y tras sus palabras, todos se arrodillaron en el frío hielo alrededor del inexpresivo Kadosh, embargados por un temor y un fervor religioso que ninguno pudo explicar.

19

“La verdad se mantendrá por una época sellada. La mentira solo gobernará un tiempo sobre los hombres pues, al final, serán los elegidos, aquellos que han de venir. Los encargados de mostrar al universo de los hombres todo cuanto antes les fue ocultado".

Extractos del sura 44, versículo 1530. Upanishads Sanatana Dharma

El juez Anquises estrechó la mano de Laertes Strong. Aquella mano, poderosa y firme, hizo estremecerse al cansado viajero y tras el apretón de manos, entraron en el comedor de la mansión del juez y se sentaron a la mesa. Mientras, toda suerte de sirvientes, engalanados para la ocasión, comenzaron a servir vino y a depositar distintas bandejas sobre la mesa, repletas de coloridos y exóticos alimentos.

Laertes aún estaba anonadado por el tamaño y la situación de Dilmun. Jamás hubiera soñado, tan siquiera, que el ser humano fuera capaz de emprender una obra de tan extraordinarias dimensiones y tal complejidad tecnológica. A su lado, las barcazas de la vieja Tierra resultaban meras barcas de remos. Y, sin embargo, resultaba evidente que el pueblo de Príamo sólo era un reflejo decadente de su pasado, tan alejado de la grandeza y el conocimiento de los constructores de aquella ciudad.

Hacía unas horas que habían arribado al espaciopuerto de Dilmun y ya les había dado tiempo a conocer a toda suerte de funcionarios, militares e investigadores. Poco después, le había llegado al turno a la escueta familia del capitán Príamo. Por el momento, le habían informado que era el invitado del juez, abuelo paterno del capitán Príamo y toda una personalidad en la compleja sociedad.

Al parecer, Laertes estaba pendiente de recibir una serie de cursos de “re-climatización”, tras los cuales se le asignaría una vivienda en uno de los numerosos niveles poblados de la ciudad subterranea y un trabajo al que dedicarse.

Tal y como le había explicado Eneas, el hermano pequeño de Príamo, la re-climatización era un proceso de acondicionamiento psicológico e intelectual, diseñado para que la gente “recuperada”

pudiera reconducir su vida e integrarse dentro de su compleja sociedad. Uno de tantos procedimientos derivados de la vieja ciencia del Re-Descubrimiento.

Eneas había resultado ser un amigo excelente, muy deseoso de escuchar y de enseñar. Para sorpresa de Laertes y a pesar de su edad, Eneas había resultado ser el motor intelectual de su rescate. Al parecer, Eneas era un gran historiador aficionado y había conseguido un permiso especial para inspeccionar algunas de las criptas selladas de uno de los niveles superiores. Uno que, al parecer, no estaba habitado. Aquellas criptas resultaron ser todo un descubrimiento.

Lo que en un principio no había sido más que un proyecto de ciencias para la Academia de la Guerra de Nemeron, había terminado con el hallazgo de un laboratorio de la época del mismísimo emperador Abramantes, siglos estándar después.

Entre muchos otros aparatos y notas, Eneas, ya acompañado por alguno de sus mandos y maestros, había conseguido localizar una serie de “cristales de memoria”, con indicaciones sobre estudios arqueológicos del viejo imperio. Una colección de guías y rutas estelares entre las que se encontraba una lista de posibles ubicaciones de antiguas barcazas terrestres varadas en el espacio profundo.

Los “cristales de memoria” eran un soporte casi orgánico de almacenamiento masivo de información. Los corsarios, al igual que sus antepasados imperiales, sabían utilizarlos. Sin embargo, ya no eran capaces de construirlos, pues aquella tecnología se les escapaba de las manos. En lugar de eso, los “cristales de memoria” eran reutilizados una y otra vez hasta que quedaban inservibles. Se habían terminado por convertir en uno de los productos más cotizados dentro de los botines de guerra traídos por las misiones llegadas del espacio exterior.

Sea como fuere, Eneas había resultado ser un pequeño genio y en poco tiempo, el mejor amigo de Laertes tras renacer dentro de su nueva vida, fuera cual fuese esta.

Una semana después de su llegada, Príamo y su tripulación se despidieron de Laertes. El veterano capitán debía volver al espacio profundo. Según le contó Príamo, el número de astronaves en activo había ido decreciendo en concordancia con la creciente carencia de técnicos y personal cualificado. Príamo no decía nada, pero Laertes sabía leer entre líneas. Los corsarios eran un pueblo carroñero, vivían de lo que conseguían robar o encontrar en los convoyes asaltados o en las bases estelares enemigas saqueadas.

Con el tiempo, habían ido perdiendo todo su potencial y su capacidad de crecer y progresar. Quizás su guerra contra los Señores Igigi había durado demasiado.

Pasó el tiempo y tras cinco semanas de duro acondicionamiento mental, a Laertes se le permitió vagar libremente por los túneles y avenidas de Dilmun. Muchas veces Eneas se le unía, recorriendo juntos sus largos paseos y compartiendo conocimientos e ideas.

-Creo que esta ciudad aún guarda muchos secretos –afirmó Laertes mientras transitaba bajo una gran arcada de metal, que coronaba un puente de acero entre dos grandes niveles.

-Así es. Algún día seré un funcionario de nivel 8 y no tendré que pedir permiso para moverme por los niveles sellados -dijo Eneas.

-Aún me cuesta entender esa organización vuestra. Todo está muy milimetrado. Creo que yo soy un "personaje" de nivel 15… ¿no?, ¿cómo nos llamáis?

-¿Por qué pluralizas, Laertes? eres el único rescatado en dos siglos. No hay otro como tú vivo en todo Dilmun o en la galaxia. Que nosotros sepamos, claro.

-Bueno, eso es reconfortante. Lo más gracioso es que los Guías estén instruidos en las técnicas de re-climatización que me imparten.

-Siempre hay que estar preparados, nunca se sabe cuándo aparecerá alguien como tú. La ciencia del re-descubrimiento debe ser respetada y mantenida. Realmente es la última y mayor expresión del humanismo universal. La preocupación de recuperar a nuestros hermanos perdidos y esparcidos por el cosmos.

-Eso es muy interesante. Pero, ¿por qué no respetáis y cuidáis otras ciencias?

-¿A qué te refieres?

-Me refiero al concepto de decadencia. ¿Entiendes ese concepto, Eneas?

-Claro, pero, ¿quién es decadente?

-A eso me refiero –Laertes sonrió–, todo en esta ciudad huele a pura decadencia. –Eneas le miró sorprendido. –Sí, es cierto, La ciudad de Dilmun es una obra de ingeniería increíble, vuestras naves son increíbles y vuestros cristales de memoria. Todo aquí parece mágico al lado de la tecnología que dejé atrás, pero…

-¿Pero?

-Pero tu pueblo no sería capaz de construir otra ciudad como esta o una astronave completamente nueva.

-¿Por qué habríamos de construir otra Dilmun? Más de la mitad de la ciudad ni siquiera es utilizada.

-Lo sé… he leído los informes y vuestros estudios históricos. La ciudad fue diseñada para albergar una población mucho mayor. Pero podríais crecer, traer poblaciones de otros mundos. No sé… quizás rescatarles.

-Los corsarios no hacemos eso.

-Lo sé. Sólo atacáis convoyes, os nutrís de sus mercancías y regresáis a Nemeron lo antes posible para no ser detectados. Así habéis vivido durante siglos.

-No siempre… Antes de vivir como corsarios, bajo el gobierno de los Senescales, éramos imperiales.

-Sí, eso también lo he leído. Un período interesante. Tras el éxodo el linaje de Abramantes, que duró apenas ciento cincuenta años, su último heredero, un tal Hammurabi, murió sin descendencia dejando el gobierno de la ciudad y de las flotas a vuestro cargo electo más importante, el Senescal.

-Exacto.

-Poco después y durante el gobierno del segundo Senescal, la guerra directa de guerrillas contra las flotas comandadas por Igigis se detuvo por casi cincuenta años –Laertes subió unos escalones y continuó por una bifurcación algo más oscura hacia la derecha.

-Sí, fue un momento de reflexión. Nos concentramos en re-organizarnos como sociedad y en mejorar los sistemas de la ciudad. Tras esto, las hostilidades se reiniciaron.

-Así es. Pero ya no era una guerra a gran escala. Vuestros capitanes ya no eran mandos militares en el sentido estricto de la palabra, sino bucaneros en busca de tesoros con los que reabastecer vuestra ciudad. ¿Por qué preocuparse en aprender cómo fabricar, si con mucho menos coste se puede robar?

-Exacto.

-Esa puede ser una buena política durante un tiempo pero, al final, os pasará factura. Vi la astronave de tu hermano y he visto ya mucho de la ciudad. Muchas cosas están viejas o rotas. Si mañana el sistema de soporte vital de la ciudad dejara de funcionar, ¿habría alguien con capacidad para repararlo?

-Buena pregunta –Eneas comenzó a entender–, creo que la respuesta es no.

-Dime una cosa, Eneas: ¿Qué debo hacer para que me permitan estudiar los niveles sellados? me gustaría visitar criptas que aún no hayan sido utilizadas.

-La idea general de que eso sea así es porque, algún día, como

tú bien dices, cuando los niveles donde habitamos dejen de ser útiles, podamos mudarnos a los niveles no usados.

-Sí, es una buena idea, al menos por un tiempo. Pero llegará un momento en que vuestros descendientes no tendrán dónde huir.

-Sí… -Eneas reflexionó con la mirada gacha y las manos cruzadas por detrás, sin dejar de andar-pero, ¿por qué quieres visitar esos niveles?

-Estoy seguro de que encierran un secreto.

-¿Qué clase de secreto?

-Si vuestros predecesores, los imperiales, tenían tan vastos conocimientos tecnológicos como sospecho, es posible que guarden algún conocimiento, algún arma con la que cambiar la balanza en vuestra guerra contra los Igigi.

-Si eso fuera cierto, ¿por qué no la usaron en la época de Abramantes o Hammurabi?

-Porque quizás esos emperadores desconocían su existencia.

-Y, ¿cómo es eso posible?

-Porque y corrígeme si me equivoco, Dilmun fue construida en una época muy anterior al Éxodo. Este planeta y esta ciudad eran el plan de escape de los emperadores del viejo imperio. De hecho, estoy seguro de que, cuando los guardias imperiales de Abramantes escoltaron a su señor en la huida de su mundo capital Ática, el emperador, incluso su cúpula, desconocían hacia qué rumbo se dirigían. Nemeron siempre fue el secreto mejor guardado del Imperio. Simplemente se limitaron a seguir el procedimiento que sus computadores les indicaron cuando la situación fue insalvable.

-Sí, es cierto. No hay cartas estelares que guarden nuestra posición.

-Por eso lo digo. La mente que diseñó este lugar tuvo que ser la de un estratega genial, capaz de concebir un plan útil siglos después de la consecución de su obra. ¿Te das cuenta? No sé si Abramantes lo averiguó o no, pero estoy seguro de que esta ciudad guarda algún que otro secreto. No puedo concebir que la mente capaz de diseñar este ingenio se limitara a crear una mera ratonera, un lugar donde los exiliados pudieran esconderse y malvivir esperando no ser encontrados. Se supone que su último fin era salvaguardar al Imperio. Tuvo que esconder algo, tuvo que diseñar un plan.

-Me gustan tus ideas –el joven sonrió. –Pero veo muy difícil lo que propones, debes ganarte la confianza del mismísimo Senescal para que, aun viniendo del exterior, llegar algún día a alcanzar el nivel 8.

-Tú no te preocupes por eso. Sólo dime qué tengo que hacer.

20

“Shaitan tiene muchas caras, muchos rostros y nunca descansa. Pues no tiene párpados."

Extractos del sura 44, versículo 1545. Upanishads Sanatana Dharma

Aquella cripta oscura repleta de columnatas rechonchas y tenuemente iluminadas por la mortecina luz de antorchas estremecidas, no conseguía disimular su horrorosa apariencia. Telarañas, sombras y una humedad lóbrega se confabulaban bajo un silencio opresor en aquellos horrorosos túneles subterráneos.

Un niño asustado, tenía apenas seis años, andaba con sus pies descalzos, tembloroso, a través de la ensortijada red de túneles bajo la ciudad. Estaba asustado y triste. No conseguía entender lo sucedido.

Sus ojos arrasados y sus mejillas manchadas de lágrimas resecas, marcaban su rostro hendido de un pavor que, no obstante, no había conseguido hacerle desprenderse de su oso de peluche al que agarraba con ansiedad, como si de su salvación se tratara. Quizás el único nexo vivo que le quedaba con su pasado.

Aquella tarde había oído llantos y visto fuegos y luchas entre soldados y criaturas deformes con colmillos que se abalanzaban sobre la gente indefensa, el fin de la ciudad que le había visto nacer y de su familia. Su madre, en un intento desesperado por salvarle, se entregó a aquellas bestias depravadas y antropófagas, dándole unos minutos valiosísimos. Pero sin guía, aquella suerte no podía durar… Tras esconderle por una trampilla de entrada a la red de túneles de la ciudad, había oído como aquellas bestias sanguinarias la devoraban. Antes de hundirse en la más fría y absoluta oscuridad, había oído los gritos de su mamá y poco después, nada…

Los barrios de Agarthia, dominados por los Nobles opositores al Maestre, habían sido los más castigados. Por el contrario, las horrendas huestes de la oscuridad no habían penetrado en los sectores leales al pérfido Leopold.

Tan sólo los conversos al nuevo culto a los Igigi sobrevivirían en Agarthia.

El niño había conseguido encontrar otra abertura por la que sí salía algo de luz. Tras deslizarse por la tierra húmeda, había llegado hasta

aquella gruta. Aún no sabía gran cosa de nada pero, por lo que había oído a sus mayores, creía recordar que se encontraba en las mazmorras de su ciudad natal, Agarthia, muy lejos de la superficie. Su abuelo le había contado que allí iban a parar “los malos”.

Súbitamente, una sombra llamó su atención. Algo se movía entre unas columnas al fondo de la estancia. Asustado, trató de llamar al desconocido, pero nadie contestó. Finalmente, una silueta se asomó entre las columnas. Un ser con rostro cruel y greñas lisas y canas le observaba. Sus ojos tetricos y amarillentos se quedaron clavados en el aterrado muchacho.

El niño dio un paso atrás y comenzó a correr rumbo a la oscuridad, pero estaba perdido y asustado y no conseguía sino golpearse y tropezar.

Una risa demoniaca comenzó a retumbar en la estancia. Aquel muchacho sería un aperitivo ideal, digno de un Dios. Pazazu aceptó el juego y con paso tranquilo, se mezcló en las tinieblas de la antesala. A diferencia del muchacho, el Igigi podía ver perfectamente en las tinieblas. Aquella no era sino una de las muchas virtudes que había heredado de Baalfegor, su padre inmortal, al que mucho tiempo atrás había traicionado.

El niño paró en seco al golpearse contra una pared terrosa y fría. Esta vez se había hecho daño de verdad. Ya no escuchaba la risa del monstruo, tan sólo el acelerado ritmo de los latidos de su pequeño corazón.

Todos aquellos a los que conocía, a los que quería y por los que se había visto protegido durante toda su vida, habían muerto. Ahora estaba perdido y solo, con una impotencia desconocida para él. El niño volvió a llorar, totalmente desorientado y aterrado. Perdido en la oscuridad más abrupta, a la espera de su incierto final. Por un instante, pudo entender su propio destino.

Sin poder evitarlo, sintió cómo una mano fría le atrapaba por el hombro detrás de él, empujándole hacia el interior de otro pasillo adyacente.

La respiración del niño comenzó a entrecortarse cuando unos afilados colmillos se hundieron en su joven pescuezo. El niño permanecía aún consciente cuando su cuello se fragmentó, víctima de la presión ejercida por las mandíbulas del monstruo. Se había ahogado en sus propios fluidos corporales.

Pazazu se deleitó con la sangre y las entrañas de la desvalida criatura, mientras la sangre infantil todavía recorría caliente su lengua y su garganta. El miedo… La sensación del pánico aún estaba presente en aquella sangre y era ese el verdadero jugo que lo alimentaba.

Luego tiró al pobre niño al suelo, como un mero saco vacío y sin prestarle más atención, abandonó el pasillo rumbo a las escaleras que le conducirían al exterior de la ciudad. Ahora el alma del niño era suya y con ella, toda la ciudad de Agarthia.

JASÓN

21

“Durante siglos la humanidad fue sometida a una dura prueba. El tercer renacimiento humano no llegaría sin verter sudor y sangre."

Extractos del sura 44, versículo 2000. Upanishads Sanatana Dharma

Las rugosas estalactitas anunciaban el final de la caverna donde Jasón se había refugiado, tras haber estrellado su capsula. Una suerte de cristales salpicados de intensos brillos multicolores, expectantes cual vigías silenciosos, incrustados en las paredes de la gruta, presagiaban quizás algo de esperanza, para lo que parecía ya de por si una situación bastante alarmante.

En la inmensidad de aquel desierto rocoso, Jasón surgió de la gruta vestido con una armadura de tonos bronce y negro, damasquinada con elaborados símbolos corsarios, teñidos por el polvo cavernoso.

Jasón se sacudió el polvo con nerviosismo, aún estaba algo mareado. Unas gotas de sangre le salpicaban la frente, parecía ser que se había golpeado en la cabeza y le costaba enfocar bien, ¿Cómo había llegado hasta allí?, ¿de dónde había surgido aquel desierto? Lo último que recordaba era una escena teñida de borrones y salpicada de confusión. Donde Jasón se encontraba a los mandos de una capsula de salvamento procedente del Argos, la astronave del capitán Príamo, aunque no estaba del todo seguro. El piloto tenía una evidente conmoción encefálica y las imágenes y recuerdos iban y venían como la bruma en una noche invernal. ¿El Argos había sido destruido?, ¿era él, el único superviviente?

Sin embargo y sin importar las dudas que le angustiaban, Jasón tenía que avanzar, la ayuda no podía quedar lejos. A pesar de los fantasmas y de los temores, Jasón hizo una pausa a la salida de la boca cavernosa para escudriñar el cielo. Aquel era un cielo de color inusualmente agrio, algo que lo confundió aún más. Sudoroso y con una expresión vacilante anduvo un primer pasó con algo de dificultad. Estupefacto, se interrogó sobre su presencia allí mientras se secaba su frente perlada de sudor frío, para, horrorizado, comprobar que tenía una herida en la cabeza. "¿Se había golpeado durante el aterrizaje?"

El difuso náufrago avanzó tambaleándose a través de las dunas de aquel desierto sin nombre y bajo la luz anaranjada de sus tres soles abrasadores. La sed y la sequedad comenzaron a hacer mella en su garganta, reseca por la pérdida de sangre.

A las dunas les siguieron estrechos y escarpados desfiladeros de roca negra. Jasón supuso que aquella región tenía un origen volcánico. Sin duda, aquel ecosistema era el escaparate de un violento pasado geológico.
La gravedad de aquel extraño mundo era ligeramente más baja a la gravedad de Dilum, que según se suponía era la gravedad estándar recomendada para el correcto funcionamiento de la biología humana, ya que se basaba en la gravedad del antiguo mundo perdido de Gaia. Aunque, en esta ocasión, el piloto se alegró, de que esta fuera inferior a la recomendada.
La noche cayó sobre el desierto rojizo, una noche cruel de apenas quince minutos. Pero Jasón no se detuvo, tenía la certeza de que debía llegar a su destino fuera como fuese. Algo muy importante dependía de ello tan sólo, aún no estaba seguro de qué.
Tras los desfiladeros comenzó una ascensión de día y medio por una depresión anaranjada y blanqueada, tintada por estratos ondulantes que parecían hacer formas casi deliberadas.
Las barras energéticas de su KIT de supervivencia se terminaron y tuvo que conformarse con disimular su hambre con pastillas de trance. Las pastillas de trance eran una medicación de uso extremo para las situaciones límite, que todo piloto de la flota llevaba en su cinturón de emergencia, sólo por si acaso. No sería el primero, ni el último, que acababa a la deriva, solo, en una cápsula de escape, esperando a que el oxígeno se agotara. Se trataba, únicamente, de una medida desesperada, un salvoconducto para superar el tortuoso camino de dolor que conduce a la muerte.
Jasón sabía que tres cápsulas de trance, en menos de una hora, le provocarían una muerte indolora. Caería en un sueño tranquilo del que ya nunca despertaría. Todos los pilotos de la flota pensaban lo mismo. Eso era mejor que esperar a morir asfixiado. El espacio profundo era así y todos los que se enrolaban en la flota asumían el riesgo.
El deambular del piloto le condujo a una meseta. No sabía cómo, pero en su aturdido cerebro estaba gravado, como una marca de res al fuego, un mapa de aquel lugar. Un lugar cuyo nombre estaba vedado en su memoria.
Tenía la certeza de que detrás de la meseta estaba su destino.
Un repentino calambre paralizó su pierna. Un siseo demoníaco tras de sí llamó su atención, mientras caía al suelo impotente. Entre tanto, un repentino hormigueo se apodero de él y rápidamente, se le durmieron las extremidades.
Un dragón KUARG -se dijo aterrorizado-, una pequeña salamandra del

desierto no más grande que una mano pero con una lengua venenosa tan larga como un hombre, le había picado con su veneno adormecedor.
Jasón recordó, como inducido por un secreto instinto de supervivencia, que cuando quedara paralizado del todo, el KUARG emitiría un gemido que alertaría a su camada. Muy pronto, cientos de aquellas horrendas criaturas le devorarían sin dejar tan siquiera sus roídos huesos, al calor de los tres soles. Consumido por el dolor en que se había transformado el hormigueo, Jasón desenfundó su revólver y examinó el tambor, sólo tenía una bala en la recámara.
Ahora el piloto recordaba cuántas veces el capitán Príamo le había espetado por llevar aquella reliquia de arma, aconsejándole, continuamente, que llevara un arma láser de pila nuclear auto-regenerable y reglamentaria. Pero Jasón siempre le había contestado que un piloto nunca bajaba a tierra y mucho menos en lucha cuerpo a cuerpo. Aquel juguete era un recuerdo de familia y prefería tenerlo cerca, para él no tenía precio.
Jasón disparó, tuvo suerte y alcanzó a la cabeza del animal que, inmediatamente después, cayó destrozado a la arena donde ya se había incorporado, preparado ya para emitir la señal de alarma a la camada. -Por los pelos -resopló para sí Jasón. Ahora sólo tenía que esperar a que se le pasara el efecto. Los KUARG eran muy territoriales a la hora de cazar, era una conducta extraña teniendo en cuenta que, si invitaban a la camada a la hora de devorar a las presas, por allí no pasaría otro, seguramente, durante todo ese día, a no ser que alguien emitiera la señal para llamar a sus congéneres.
Al fin, alcanzó la base oculta, un complejo fortificado de diez metros de altura sobre una base rocosa. Súbitamente, algo estalló en su subconsciente. Sabía que aquella base solitaria encerraba un peligro, pero también tenía la certeza de que era el único lugar habitado del planeta. "¿Sería esa la razón por la que había puesto rumbo a esa región durante su aparatosa caída?"
Varias horas después, Jasón consiguió entrar en la base. Los códigos de acceso eran correctos, los tenía gravados en su tarjeta multi-pase.
Para su sorpresa, aquella fría estación de paredes sucias y metálicas estaba completamente vacía. Tan sólo el omnipotente viento lo consumía todo. Súbitamente, un ruido le estremeció. El ruido procedía de un cuarto más allá del pasillo. Jasón desenfundó su arma en un acto reflejo, aunque sabía que ya no tenía más munición.
Cuando se dio cuenta de la enormidad del problema, enfundó de nuevo el arma y buscó algún objeto contundente con el que protegerse. Al fin optó por una barra de hierro oportunamente tirada

en el suelo. Con la barra en la mano, avanzó por el pasillo del complejo en dirección al habitáculo del que procedían los ruidos. Aquel lugar también estaba desierto, se trataba de un cuarto de reciclaje de desperdicios. Jasón se sorprendió, el cuarto estaba lleno de máquinas y estas, a su vez, estaban destrozadas por impactos de fuego láser. Era evidente que alguien había luchado allí.

Otro nuevo ruido sobresaltó a Jasón. Esta vez provenía del pasillo. Repentinamente, salió del cuarto y siguió los golpes que le condujeron a una escalera metálica de caracol al final del pasillo.

Aquella escalinata llevaba a los niveles inferiores por debajo de la roca. Jasón consiguió encontrar el interruptor y lo presionó. Una sucesión de fluorescentes se encendieron, las paredes eran de roca y la estancia se perdía en interminables pasillos de laberínticas formas.

Jasón volvió a escuchar la misma cantinela y se internó por uno de los pasadizos, mientras notaba como aquel ruido se iba definiendo con mayor claridad.

De repente, Jasón notó algo crujir bajo sus pies. Incauto, miró hacia abajo para comprobar de qué se trataba. Un material blanco y lechoso yacía despedazado bajo sus pies. Con suma claridad, una certeza inundó su mente enferma cual riada salvaje. Reconoció que aquella cosa era un resto de excreción animal y aquel ruido, aquel siseo incesante, la peor de sus pesadillas.

Entonces lo recordó todo: él era el único superviviente, o al menos eso pensaba, de una expedición de rescate.

Un destructor de Los Igigis les había interceptado cerca de la órbita de aquel miserable planeta. Se había entablado una batalla orbital y el Argos había sido alcanzado. Jasón había conseguido llegar a una vaina de escape justo a tiempo. Poco después, había visto como la nave del capitán Príamo estallaba en pedazos bajo el incesante fuego de las troneras láser de la astronave enemiga.

Príamo y los suyos habían sido mandados allí para evacuar a los colonos de aquel puesto de avanzada corsario.

El alto mando de Nemeron había recibido el aviso una semana estándar antes. Sus colonos habían sido invadidos por manadas de KUARG hambrientos, seguramente al perforar en la roca y encontrar un nido de aquellos seres miserables. Los colonos habían desaparecido, probablemente devorados por aquellas criaturas traicioneras y, ahora, él estaba solo dentro de aquel nido. Pero ya era demasiado tarde. Había caído en la trampa.

Cientos de aquellos pequeños ojos ávidos y resplandecientes le observaban tras las aberturas en las paredes de la gruta.

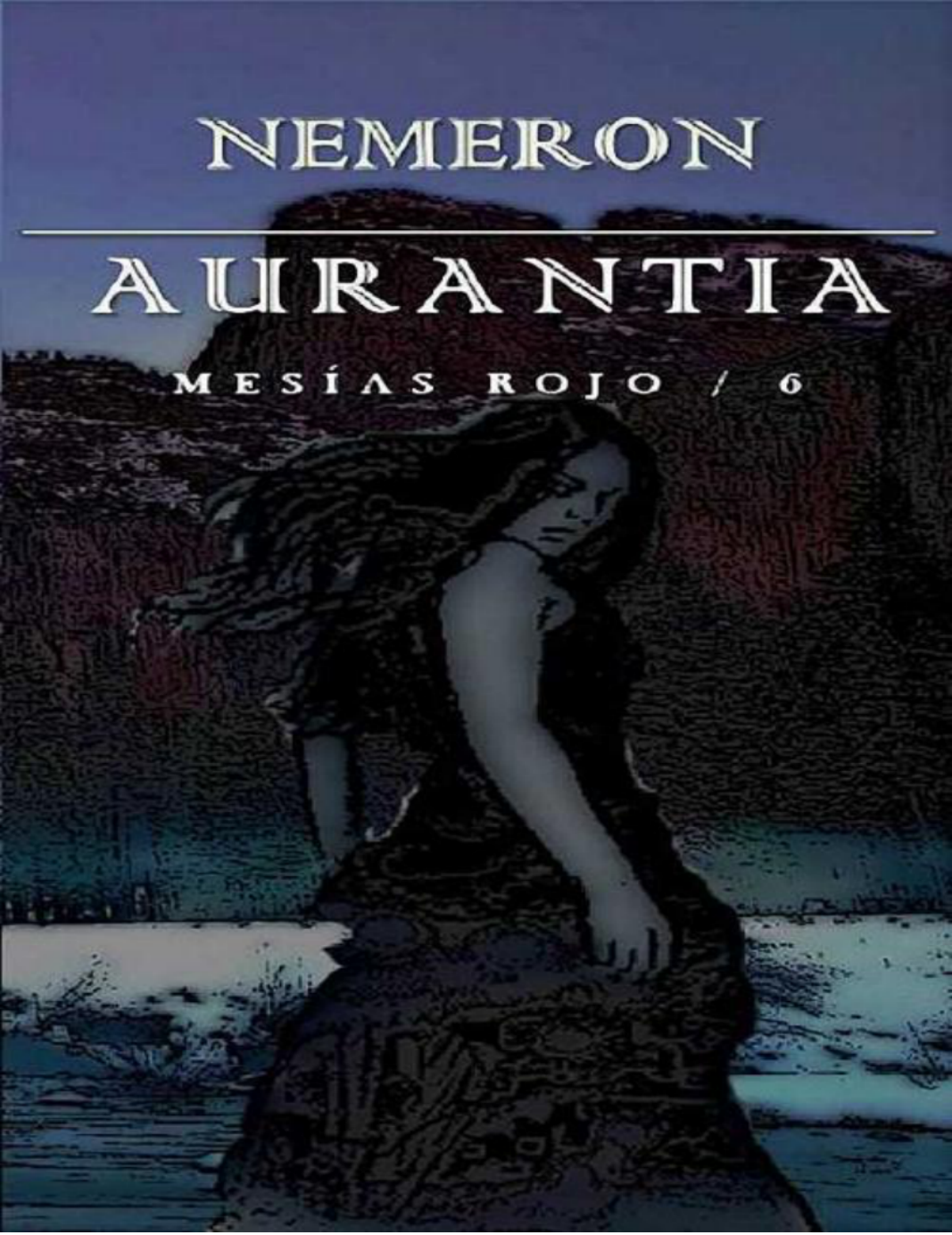
Por un instante, el siseo enmudeció y después, un grito desgarrador

estalló en las estancias de la silenciosa base. Un grito que nadie pudo oír, acallado por el viento del desierto sin nombre.

NEMERON

Otros libros de la Saga:

LIBRO I;
Aqueron: La Plaga Oscura
LIBRO II;
Anunnaki: Muchos mundos, una historia
LIBRO III;
Urushdaur: El Ritual
LIBRO IV;
Gehena, Los mundos arderán
LIBRO V;
Abydos; Renacer oscuro
LIBRO VI;
Aurantia; La Profecía


NEMERON
AURANTIA
MESÍAS ROJO / 6

NEMERON

Aurantia

La Profecía

Saga del Mesías Rojo

LIBRO VI

Título: XXX
© 2016. NEMERON
Registro: M-006522/2016
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguiente del Código Penal).
Revisión 2016 – v1

CNOSOS

1

“No hay mejor conquista que la que no se realiza fruto del enfrentamiento violento. La palabra y la razón deben imperar en esta sociedad deshecha por siglos de guerras y pugnas fratricidas. Desgraciadamente, la violencia es una consecuencia más de la naturaleza humana.”

Extractos del discurso de coronación en Ática del Almirante Nazarius Damocles

Arges era un mundo corriente, se encontraba en un sistema ternario común que tan sólo poseía un planeta habitable sin satélites y apenas llamaba la atención entre sus populosos sistemas vecinos. Las provincias imperiales de Estigia y Drakon.

Arges había sido re-descubierto en plena Yihad. En la terrible época en que la temida secta religiosa, conocida como la Hermandad, producto del cisma en la religión Menoch crosariana, había tomado el control del universo conocido, enarbolando la bandera de la Guerra Santa.

Para el basto linaje de los Patriarcas Sidi Alsima, Arges no había sido más que un nombre entre tantos otros… un mundo sumido en alguna de las populosas estelas conmemorativas de victoria, alzadas en alguna de las interminables capillas de la neo-gótica-apocalíptica basílica de Los Peñones, capital de la Hermandad.

Los Peñones eran dos colosales asteroides conectados y preservados por medio de grandiosos campos de fuerza, generados desde unas monumentales instalaciones ubicadas en sus núcleos, mudos testigos de lo que una vez fue Gaia antes de su destrucción, justo en medio de uno de los dos gigantescos cinturones de asteroides del Sistema Madre. Los Peñones eran la Tierra Santa de la Hermandad.

Sus dos ciudades-burbuja habían sido la capital de la Hermandad durante siglos, desde que esta fundara su propio imperio, incluso después de su derrocamiento y su supuesto paso a una orden meramente religiosa, tras la destitución de su poder militar por medio del tratado de rendición que firmaron ante el glorioso Almirante Nazarius Damocles Segundo, el fundador del Imperio del Sol y de la dinastía del emperador Abramantes. Aquellas urbes herméticas habían

seguido siendo la Metrópoli de aquel fastuoso imperio religioso.

Tras el advenimiento de los Igigis, la Hermandad se había mantenido al igual que lo había hecho tras la caída de su imperio militar. Abaddón había visto en la Hermandad un potencial para controlar a las masas devotas a las que no podía alcanzar con sus terribles poderes mentales.

Utilizando la religión como un instrumento de control de masas, recondujo el culto Menoch de la Hermandad a su conveniencia, haciendo a su persona el centro del mismo. A cambio de sus favores, el patriarca de la Hermandad recibió un salvoconducto, permitiéndosele rearmarse y volver a reclamar un tributo en la mayoría de sus feudos planetarios.

A los ojos de las masas humanas, repartidas por el universo conocido, la Hermandad era la última organización genuinamente humana y no convertida al control absoluto de los nuevos dioses. Teóricamente, lo que se había vendido a la opinión pública era que Abaddón había respetado a la Hermandad salvaguardándola, debido a su naturaleza y origen Santo. Sin embargo, la realidad había sido muy diferente.

El Patriarca de la Hermandad había sido obligado a convertirse sometido a Urushdaur por el propio Abaddón. Esta conversión se mantuvo en secreto pero, muy pronto, la organización burocrática de la Hermandad se pobló de nuevos Igigis conversos ocultos tras sus filas.

Arges era un mundo de tipo acuático y de clima benévolo, con tan sólo una masa continental en su ecuador, de apenas mil quinientos metros de diámetro. Era un mundo de pescadores y agricultores de arroz, de etnia negroide y oriental.

Desde los tiempos de la Yihad, Arges había sido controlado y explotado en régimen feudal por un barón de la Hermandad que se iba sucediendo en cada generación. En general, los beneficios aportados a la economía de la Hermandad no representaban nada sustancial o llamativo. Pero, como contrapartida y desde su descubrimiento, el pequeño feudo apenas había precisado de inversión alguna. Por tanto y como era lo normal, hasta entonces no había llamado la atención y durante siglos, la paz y la sumisión habían dominado Arges. Sin embargo y para sorpresa de la Hermandad, Arges se había alzado en armas contra sus señores. El barón, su familia y la pequeña guarnición planetaria habían sido masacrados en un alzamiento popular sin precedentes en aquel pacifico mundo.

El Patriarca Sidi Alsima de la Hermandad había visto como una afrenta personal el alzamiento. Conocía alzamientos similares en los

feudos de otras Casas Regentes y había oído hablar de ellos. Los alzamientos estaban propiciados por espías corsarios o bien encabezados por vástagos Igigis de casta inferior, que ansiaban la emancipación de sus progenitores. Pero, hasta ese momento, la Hermandad no había sufrido ningún intento de sedición. Por este motivo, el Patriarca vio el alzamiento de Arges como una amenaza mucho más seria de lo que era la pérdida de un solo planeta en sí misma. Representaba mucho más y si cundía el ejemplo, muchos otros feudos podrían seguirlo y eso no podía permitirse.

Jataq era un suboficial de baja estatura, tez fosca y complexión corpulenta. Tenía la mirada hundida y lucía una barba castaña y cardada. Había sido vendido a la Hermandad junto con un lote de otros trescientos hombres, al igual que él, todos de origen petrarca.

Los petrarcas eran oriundos de un planeta contaminado y hostil llamado Petrus. Petrus era una de las antiguas capitales de provincia del viejo imperio. Un mundo yermo y desolado, comandado por el Igigi Aedh Drummond, Rey Dragón de Petrus.

La economía de la Casa de Petrus se basaba en el alquiler y venta de tropas de asalto. Después de los ítacos, los petrarcas eran considerados los guerreros más codiciados del universo humano y al igual que su mundo, el carácter petrarca era frío y hostil por naturaleza.

Los petrarcas eran fanáticos seguidores de Aedh Drummond y veían con buenos ojos su posición en las guerras intestinas que poblaban la galaxia. Apenas diez años atrás, Jataq y sus hermanos guerreros habían pasado a engrosar las tropas de infantería de asalto planetario del tercer regimiento de la Armada Sagrada, la flota estelar de la Hermanad.

Teóricamente, los supervivientes del reemplazo de Jataq abandonarían el servicio del Patriarca Sidi Alsima en cinco años más, siempre que ellos lo desearan; teniendo opción de licenciarse y regresar a Petrus, ricos y con honrosas posesiones, para terminar el resto de sus días en alguna de las espléndidas ciudades subterráneas de su mundo capital y con la notable licencia de dos generaciones, para que sus hijos y nietos no fueran sorteados en futuras loterías de sangre.

Del reemplazo original de Jataq apenas habían sobrevivido cincuenta hombres. Jataq, al igual que los otros decanos de aquel grupo, había terminado por ascender a suboficial de la armada y por tener el mando de su propia escuadra de combatientes. Una escuadra podía llegar a contener cuatro pelotones de diez hombres cada uno.

Gracias a que Jataq había demostrado una voluntad férrea y gran

resolución a la hora de tomar decisiones en situaciones de combate, con el tiempo, había ido llamando la atención entre sus mandos más directos. Ninguno de entre los hombres de su pelotón era petrarca, según Jataq y otros suboficiales de primera línea, últimamente la calidad de las tropas que iban engrosando las filas de la Hermandad había ido disminuyendo. Algunos Ítacos, estigianos, pocos drakonianos… Incluso, recientemente, centauris y guerreros de Saqqara. ¡Centauris! ¿Cómo pretendían que ganará guerras vendiendo mujerzuelas para su reemplazo petrarca? La calidad de las nuevas adquisiciones dejaba mucho que desear.

En los últimos meses había tomado bajo su tutela personal a un joven muchacho de Ítaca llamado Cnosos. El chico había sido reclutado a la fuerza como esclavo en una expedición de castigo a su aldea flotante, en el también mundo acuático de Ítaca, sede de la Academia Imperial y de la casa regente del mismo nombre.

Cnosos era un muchacho de espaldas fuertes, mirada clara y largas greñas doradas, el típico ítaco. Los ítacos eran el pueblo más antiguo de su planeta, pero hacía décadas que su número iba en declive, en favor de población inmigrante comprada y traída por su Rey Dragón.

Ítaca era uno de los mundos más parecidos a Ática, de hecho fueron re-descubiertos prácticamente al mismo tiempo. En la época del Almirante Nazarius Damocles Segundo, fue uno de los más firmes candidatos a albergar la nueva capital del Imperio del Sol, justo tras el derrocamiento de la Hermandad.

La etnia principal de Ítaca eran los llamados occidentales, gentes de cabellos rubios o rojizos, con tez y ojos claros. Solían ser altos y fuertes y muy codiciados como infantería de asalto, tanto por la Hermandad, como por el resto de Casas Regentes del imperio.

La gente de Ítaca vivía enfocada al culto, a la muerte y la guerra. Se organizaban en tribus y eran muy leales a sus jefes tribales.

Saqqarh era el Rey Dragón regente en el sistema y a pesar de su crueldad desmedida, jamás pudo dominar a la población ítaca. Nunca los supo entender, pensaba que aquellas gentes se terminarían doblegando por la fuera y aquella estrategia nunca le funciono. Por este motivo, los ítacos vivían al margen de la nueva sociedad industrial que se asentaba en sus archipiélagos.

Los Ítacos malvivían como agricultores y pescadores, a pesar de ello, solían ser cazados como animales y vendidos como esclavos, pues eran una de las principales materias primas de exportación de la nueva economía del sistema, bien como futuras tropas, bien como

recipientes para alimentar a los Señores Igigi. Por tanto, la cuestión era que eran el único pueblo que mantenía una verdadera resistencia al nuevo régimen establecido junto con los Corsarios... Con frecuencia sus luchadores eran presentados como terroristas o colaboradores abramantinos.

Saqqarh compró sus propias poblaciones procedentes de Crosaurius y otros lugares y con sus nuevos esclavos formó un ejército experto en cazar ítacos y corsarios. Sus tropas de asalto de armadura gris, con el símbolo de la cabeza de oso, eran temidas y respetadas entre los Señores de Igigi, pues el Rey Dragón, Saqqarh, supo atraer hacia sí a los mejores maestros de armas del imperio de Abaddón, para formar y liderar a sus tropas.

Es por esto por lo que el emperador concedió a Ítaca el privilegio de ser la sede de la Academia Imperial, centro de formación de sus ejércitos.

Sea como fuere, Jataq y Cnosos se habían hecho amigos ante el infortunio de la milicia. Ambos habían sido enviados, aunque en distintas épocas, a luchar por una bandera que no era la suya y ambos veían al otro como el padre y el hijo respectivos que ambos habían perdido.

Aquel sería un gran día. El pelotón de Jataq iba en una de las múltiples carlingas de una fragata de la Hermandad, rumbo a un mundo renegado llamado Arges. Apenas sabían algo más y tampoco es que les importara mucho ya que, al final, la cuestión siempre era la misma: arrasar a todo bicho viviente que hubiera en el planeta.

-La cosa debía ser importante -pensó para sí Jataq.

La Hermandad había fletado dos fragatas estelares con ocho regimientos de asalto transportados en sus carlingas respectivas. Había oído, incluso, que durante el ataque se lanzarían sondas de holo-visión para retransmitir en directo las operaciones de asalto a todos los mundos de la Hermandad, quizás alguna que otra Casa Regente compraría los derechos de emisión para emitir la matanza durante la sobremesa y recordar a sus poblaciones que revelarse siempre salía caro. Pero, desde luego, la batalla sería visionada primero desde Los Peñones. Si de algo sabían los Patriarcas de la Hermandad, era de manejar en su beneficio su increíble máquina adoctrinadora y propagandística. Lo habían hecho con más o menos acierto durante siglos.

Jataq sabía bien lo que pasaba allí, no hacía falta que ningún burócrata se lo explicara. Seguramente, las gentes de Arges se habían hartado de entregar a sus hijos a las “Loterías de Sangre” y de ver cómo, año tras año, sus jóvenes eran llevados cual ganado para pagar

el tributo que la Hermandad debía rendir a la Casa Imperial anualmente.

Jataq no entendía a los dioses, no se explicaba por qué. Si en efecto eran tan poderosos como la propaganda religiosa vendía, ¿no podían parar el holocausto de sangre que diezmaba las poblaciones planetarias?, ¿por qué eran tan dependientes de la sangre y la carne de los humanos para alimentarse? Aquello le repugnaba y no le cuadraba. Pero, como buen soldado, sabía que lo mejor era no hacer preguntas para no terminar siendo, él mismo, el aperitivo de uno de esos malditos.

La carlinga era una estancia metálica alargada. La mitad de ésta tenía bancos con arneses para el transporte de tropas y la otra mitad las "cabinas de salto". Aquellos departamentos de salto o "ataúdes celestiales" (como las llamaban los soldados), no eran sino pequeñas vainas sin mandos o control que eran lanzadas con un tripulante a las zonas de batalla. Estas cabinas eran un claro exponente del valor que los Señores Igigi daban a sus tropas. Carecían de reguladores de inercia, así que eran expulsadas por las troneras de las astronaves como meros misiles balísticos hasta que tomaban tierra amortiguadas por simples paracaídas y, por tanto, el tripulante sufría todos los efectos de las fuerzas cinéticas y gravitacionales. No era raro que más de uno se ahogara en sus propios vómitos antes de aterrizar… Los amortiguadores eran demasiado caros para emplearlos en simples humanos corrientes. Pero, según se estimaba, las bajas antes de tocar tierra eran asumibles y más baratas que realizar la inversión técnica necesaria…

Una vez aterrizaban, las tropas trataban de reagruparse y comenzaba la carnicería. La lucha podía durar horas o incuso días. Generalmente, contra poblaciones como era el caso de Arges, sin armas de fuego y con conocimientos estratégicos rudimentarios, la batalla sería una simple escaramuza.

Las luces en rojo de la consola de la carlinga parpadearon. Jataq sabía que era la señal de aviso: en quince minutos las cápsulas serían expulsadas por las troneras. Debía preparar a su escuadra.

Todos sus hombres, incluido él, ya estaban enfundados en sus armaduras de combate: unos trajes forjados en una poderosa aleación de metal, sellados y con soporte de vida autónomo llamados exoarmor. Las armaduras de asalto tenían unos pequeños reactores que permitían a las tropas saltar a grandes distancias y moverse con agilidad gracias a un campo magnético que los envolvía. Aun así, la masa muscular para moverse con un exoarmor debía ser considerable. Las armaduras de asalto eran una manufactura tecnológica más del

mundo-fábrica, Erebus.

La Casa Regente de Erebus era la principal proveedora de armas para la Casa Imperial y la Hermandad.

Jataq era más partidario del cuerpo a cuerpo y no veía con buenos ojos la conversión de sus hombres en meros ciborg de asalto pero, muy a su pesar, debía admitir que el número de bajas en zonas de combate había menguado desde que se usaban las armaduras exoarmor.

Era prerrogativa del suboficial ir cerrando la visera del casco de cada uno de sus hombres. La escuadra se dispuso en fila, lista para la última revista.

Uno a uno, Jataq fue revisando los exoarmor de su escuadra. Poco antes de cerrar cada visera, el suboficial metía en la boca de cada uno de sus hombres una hoja Hajack, un sucedáneo de la antigua cocaína de la tierra, que era dada a las tropas para enaltecer su valor y borrar todos sus miedos y, quizás, cualquier rastro de piedad o humanidad. A la larga, el Hajack provocaba la muerte cerebral pero, para el tiempo en que un soldado era “útil”, le confería ciertas características que hacían de su uso una norma impulsada desde las más altas esferas. El Hajack era oriundo de un sistema conocido como Valhala, sede de la Casa con el mismo nombre, un producto más de su ingeniería genética y una herramienta más de muerte en manos de los Igigis.

Jataq puso la hoja de Hajack en la boca de Cnosos y cerró su visera, le dedicó una sonrisa y se despidió de su amigo y aprendiz. Después, cada uno fue hacia su cabina. Segundos más tarde, las vainas fueron expulsadas dibujando una estela blanca desde las troneras de las astronaves hasta alcanzar la atmosfera azul del planeta sentenciado.

La carnicería, no tardaría en empezar.

PRÍAMO

2

“Y la sangre de los mártires será bendita, pues sin su casta la vid no fructificará en la tierra de Aqueron."

Extractos del sura 44, versículo 2015. Upanishads Sanatana Dharma

Apenas terminaban de resplandecer las últimas estelas y explosiones producto de la batalla cuando, ante la consola de mandos, se extendía la negrura del espacio infinito, tan sólo interrumpida por los restos fulgurantes del crucero estelar destruido que aún ardían, producto de los remanentes de la nube de gas de hidrógeno.

Príamo trató de concentrarse, analizar despacio la situación y posibilidades. El veterano capitán sabía que estaba solo, abandonado a su suerte en aquella capsula de escape en la que apenas podía moverse.

Aunque Príamo sabía perfectamente que tenía oxígeno y alimentos para aproximadamente seis meses. Pero, ¿quién iba a venir a recogerlo? El Argos había caído bajo la ley del más fuerte, confirmando así y una vez más, la decadencia e inferioridad del imperio destronado de la raza de los corsarios.

¿Qué ocurriría ahora?, ¿dónde quedaban sus fieles?, ¿dónde terminaban las promesas de los maravillosos feudos en los planetas de la periferia?, ¿se habían olvidado la gloria y las populosas riquezas prometidas?, ¿acaso había llegado el fin? Todas aquellas preguntas empezaban a carecer de importancia alguna, la prioridad, ahora, era salvar la propia vida.

Príamo conectó el computador principal de la capsula de escape que, hasta entonces, había permanecido en estado de bloqueo. -“Gracias a la Diosa”-se dijo para sí, los escáneres aún funcionaban a pleno rendimiento. Sin embargo, su radio de acción resultó insuficiente.

Restos espaciales, cuerpos inertes y energía descontrolada eran los únicos indicadores en los monitores de su consola. Los sistemas de comunicación se habían averiado al eyectar la vaina de escape durante la evacuación.

Había visto a Jasón saltar en otra vaina y dirigirse sin control hacia la masa continental principal del planeta.

Príamo inició una nueva secuencia de cálculo en su codificador. La energía contenedora en la reserva de la capsula era insuficiente para

hacerle llegar al cuerpo celeste más próximo. Asteroides, meteoros, basura inter-estelar, aquello no le valía para nada.

Súbitamente, una fuerte sacudida le sacó de sus cábalas. La vieja capsula corsaria de escape comenzó a vibrar con la ferocidad de un maremoto. Príamo no podía entender que estaba ocurriendo, ¿habría chocado contra algo? Las alarmas parecían funcionar bien y no le habían avisado de la proximidad de ningún objeto amenazante.

Entonces cayó en la cuenta. Su movimiento, esteticidad de motores y energía envolvente en el casco exterior le dieron una pista. ¡Estaba siendo arrastrado por un rayo tractor! Pero, ¿de quién se trataba? Las últimas informaciones que había recibido antes de la evacuación del crucero eran que la totalidad de la flota fletada, que había partido de Nemeron junto con el Argos, había sucumbido ante la amenaza enemiga en las distintas áreas y puntos de encuentro. –"Eso solo podía significar que había un informante infiltrado en las filas corsarias"- pensó para sí y aquellos pensamientos comenzaron a torturarle.

No podía tratarse de otra cosa: le habían capturado, ahora sí que no habría vuelta atrás. Príamo sabía que acabaría preso en un asteroide-mina, extrayendo titanio el resto de sus días bajo el cruel látigo de algún bastardo analfabeto y colaboracionista o, peor aún, acabaría siendo la cena de algún Igigi maldito.

¿Qué trato podía recibir un capitán corsario? En sus brazos iban tatuadas las señales de las batallas en las que había intervenido. Sus masacres actuarían ahora de verdugo. Toda la devastación y la destrucción que, hasta entonces le habían servido de motivo de orgullo entre la oficialidad del viejo imperio, ahora se volverían en su contra.

Fomentar la rudeza y la ferocidad de sus guerreros había sido siempre moneda de cambio en la formación de los líderes corsarios y Príamo comenzó a ponerse nervioso, su pulso se aceleró y la adrenalina fluyó tan abundante como la propia sangre. No podía caer en sus manos. No podía dejarse atrapar por las garras sucias y sedientas de sangre humana de los Igigis. Seguramente, cuando descubrieran que era un capitán, y por tanto valedor de las coordenadas secretas, le torturarían hasta que les revelara la posición de Nemeron.

Aquellas criaturas indeseables habían sufrido, generación tras generación, bajo el yugo de los emblemas que lucía en su gastada armadura.

El capitán comenzó a dudar del más mínimo miramiento hacia su persona. Muy pronto la tortura fue la menor de sus preocupaciones. Tal vez estaban esperando esparcir sus vísceras en alguna loca lujuria

de sangre para el deleite de sus atormentados ojos mientras, por medio de alguna demoníaca tecnología médica, le mantendrían consciente para contemplarlo. Aquellos psicópatas alienígenas, se deleitaban con el miedo y el dolor ajeno, aquellos les excitaba.

¡No podía permitirlo, no podría soportarlo!

El miedo inundó sus sentidos, acelerando aún más sus latidos y su respiración, atrapándole en su sucio abrazo. Entonces, como si un ralló invisible hubiera atravesado su conciencia perturbada lo supo. Príamo lo tuvo claro y ya no dudo más. Debía hacerlo, era lo correcto.

Justo en el preciso instante en que su capsula comenzaba a introducirse en la compuerta inferior de la astronave enemiga, con el corazón palpitante, Príamo accionó la salida de hidrógeno de los tanques de combustible y sin pausa, pero sin prisa, encendió los motores provocando una explosión en cadena que destruyó su válvula y posteriormente, toda su vaina y tras ella, el destructor de los Igigis.

Instantes después de la feroz explosión, tan sólo quedó la negrura infinita del espacio profundo.

3

“Mi único delito fue la imprevisión. La historia juzgará la cuantía del daño por semejante falta."

Frase atribuida al Emperador Abramantes durante su huida de Ática

Ragnar había envejecido. Ahora tenía el pelo encanecido y su rostro se había vuelto áspero y cansado. Habían pasado ya diez años desde que Kadosh se revelara como el Avatar del Mesías Rojo.

Ahora el cansado caballero viajaba solo. Llevaba más de tres meses vagando por los Pasos de Frontera a lomos de un dromedario tordo en busca de la tribu de los aramitas.

Muchas cosas habían ocurrido desde aquella limpia mañana en las inmediaciones de La Laguna Joven en el valle del Dag, cuando el Mesías Rojo se había dado a conocer por primera vez a los fieles.

Ragnar lo había visto con sus propios ojos. Aquel, en apariencia, tranquilo muchacho había realizado sin ninguna dificultad un exorcismo a aquella niña de aspecto feroz y la había devuelto a la vida.

Tras lo sucedido, Kadosh fue proclamado Mesías Rojo por Kumar Rimpoche, el lama ciego del monasterio Dag Guiora. Kadosh había empezado esa misma mañana a dar órdenes a los montañeses, creando una nueva esperanza.

Kumar predijo la llegada de los lulu comecarne al valle en pocos días. Kadosh ordenó la huida al monte Dag-Guiora. Tan sólo unos pocos se resistieron y permanecieron en sus casas, pero de aquellos desgraciados ya nunca más se supo.

Muchos emisarios fueron enviados a los monasterios, incluido al Saqqara-Corvino. Toda la población debía refugiarse en la red de cavernas en las alturas intermedias del monte Dag y así lo hicieron.

Una vez asentada la población, Kadosh ordenó comenzar la construcción de trampas en las sendas y ocultar todos los accesos. En pocos meses, una verdadera ciudad subterránea fue excavada, sirviéndose de una red de túneles naturales preexistentes.

Kadosh pidió a Ragnar que entrenara una milicia de combatientes. Nejmad y Charlize le ayudaron. Un año después de la salida de los Dag de sus casas, Kadosh tuvo su propio ejército de cazadores de las montañas.

Durante los cinco años siguientes, los combatientes de Kadosh se

dedicaron a limpiar los pasos de montaña y las postrimerías del valle. En una ocasión, detuvieron un drakar perdido conducido por tropas fieles al autoproclamado rey de Agarthia, el Igigi Pazazu.

La batalla aconteció en el sexto año desde la Anunciación de Kadosh. Una escuadra comandada por Noah y Charlize había conseguido amarrar la nave enemiga hasta hacerla encallar contra un saliente calizo, los guerrilleros asaltaron el drakar y a golpe de machete y espada, consiguieron doblegar a su fiera tripulación.

La diferencia principal entre los solados de La Orden y los montañeses era que los segundos disponían de esperanza y del don de profecía de Kumar y ya sabían de su victoria. A pesar de las bajas y de los tullidos, los montañeses se lanzaron a la sangrienta batalla con la bravura de los que se saben invencibles. También fue la primera vez que los Dag contemplaron a un Señor Igigi, pues un Igigi progenie del mismo Pazazu comandaba el drakar, uno que se hacía llamar Leopold.

Ragnar recordaba muy bien al Maestre de Agarthia. Había conseguido la vida y el poder de los dioses hijos de los Anu, pero al precio de convertirse en un esclavo.

Varios hombres murieron desollados bajo la fuerza de sus garras antes de que los montañeses de Noah pudieran contenerlo. Aquel ser de cabellos blancos, rostro pálido y mirada amarillenta distaba mucho del hombre altivo y algo afeminado que había conocido Ragnar. Su rostro parecía una máscara.

Encerrado en una de las mazmorras de la ciudad subterránea, Ragnar pudo al fin hablar con él. Estaba encadenado contra una pared y hambriento, hacía muchos días que no se alimentaba y el ansia hacía que sus colmillos brillaran con más ferocidad.

- ¿Cómo estás, maldito? –dijo Ragnar emergiendo de la oscuridad donde había estado observando a Leopold.

- Te he visto todo el tiempo –dijo Leopold, su voz siseaba como la voz de una serpiente– no te he dicho nada porque pensé que te estabas divirtiendo.

- Y así era. Veo que tu conversión no sólo te ha hecho más fuerte, ahora tienes algo de valor.

- ¿Valor? Pronto sabrás lo que es valor. Cuando mí Señor Pazazu intuya donde me encuentro, vendrá en mi busca y todos seréis servidos en un festín en mi honor.

- Lo siento Leopold, pero eso no va a ocurrir.

- ¿Cómo estás tan seguro bastardo?, ¿no conoces el poder de los dioses?

- Tú no eres un dios y menos aún Pazazu.

- ¡Te mataré! –Leopold tiró de las cadenas en un vano intento por

morder a Ragnar.

- No te esfuerces. Esas cadenas son capaces de retener hasta a un espectro lulu. He visto como terminaban por comerse sus propias extremidades y ese será tu destino, traidor.

- Ya veremos… -Leopold río y su rostro mostró una mueca cruel.

- No verás nada, monstruo. Este lugar no podrá ser visto por Pazazu, ni siquiera gracias al lazo telepático que os une –Ragnar dejó que la sorpresa se dibujara en la cara del Igigi. –Sí, lo sé.

- ¿Cómo sabes tú eso?

- Oh… se mucho más. ¿No recuerdas cuando estudiábamos de niños el Upanishads Sanatana Dharma? Él ha venido. Esta aquí, entre nosotros.

- ¿A quién te refieres? –Leopold escupió sus palabras.

- Al Mesías Rojo. Se manifestado un nuevo avatar. Aquel que librará a la humanidad de vuestra mancha impía, Él tiene poder para ocultarnos y mucho más.

- ¡Mientes!

- ¿Ah, sí? ¿Cómo crees que encontramos tu drakar perdido? ¿Buscabais carne fresca para llevar suministros a Agarthia? Tú, que antes gobernabas flotas enteras, ahora no eres sino un simple recadero de tu amo… Sabíamos que llegarías y cuando. –Leopold rugió como un perro embravecido.

Después de eso, Ragnar dejó a Leopold solo en la oscuridad, blasfemando y sollozando, invocando… en un mísero intento por contactar con su padre oscuro. Después supo que había terminado por devorarse sus propias extremidades antes de morir bajo la agonía de la Sed de Sangre.

Leopold fue incinerado en una fosa en el fondo de la gruta, lejos de los perros de presa de Pazazu que, constantemente, rastreaban las inmediaciones del valle.

Y ahora, años después, estaba allí en busca de una tribu anunciada en las visiones del ahora nuevo patriarca de la re-instaurada Iglesia Neo-Menoch: El Mesías Rojo Kumar Rimpoche.

Charlize y Nejmad habían querido acompañarle, como siempre. Pero Kumar había dicho que lograría mejor su misión si iba solo. Debía contactar con los aramitas y lograr una alianza para unir sus fuerzas con el fin de destruir a los dos reinos Igigi del norte y del occidente, los reinos de Pazazu y Baalfegor.

Ragnar había intentado despedirse del joven Mesías Rojo, pero sus lamas le habían impedido el paso a sus grutas privadas. Kadosh se encontraba en trace místico y no podía ser molestado. Era evidente que algo grande se aproximaba y era vital cumplir con la misión.

Ragnar parecía un hombre del desierto más. Turbante, chilaba y una cimitarra curva componían su equipo básico para no llamar la atención. Había pasado una semana indagando en el mercado de Al-Semanet. Finalmente, había encontrado un mercader que había accedido a indicarle la posición para aquella estación del campamento aramita, a cambio de unas pocas monedas de plata.

El campamento aramita debía rondar por aquellas latitudes, pero los días pasaban con idéntico resultado y Ragnar cada vez estaba más pesimista.

Un halcón sobrevoló el horizonte y comenzó a describir círculos por encima de Ragnar. El caballero se puso en guardia. Ragnar sabía perfectamente que los halcones eran usados por los nómadas de los Pasos de Frontera para localizar presas a mucha distancia. Ahora sabía que los aramitas no podían andar lejos.

Una cortina de humo en el horizonte confirmó sus miedos. Una hora después, estaba rodeado por un grupo de cazadores aramitas montados en esplendidos meharis y armados con arcos y jabalinas.

- Soy el jefe de este grupo –dijo Bahadur el aramita- ¿Quién eres?

- Mi nombre es Ragnar, hijo de Samos y busco al jeque de los aramitas –tras decir estas palabras, los nómadas se miraron unos a otros con extrañeza.

- Dame una buena razón para que no te pasemos a cuchillo ahora mismo y robemos todas tus pertenencias –le increpó Bahadur.

- La razón es que los aramitas no sois bandidos, sois gentes de paz –tras las palabras de Ragnar, los nómadas rieron.

- ¿Paz?, no hay paz en estos tiempos. Llevamos casi diez años luchando contra los invasores del Norte. Ya sólo quedamos unos pocos.

- ¿Te refieres a la tribu de Esaú? –Ragnar dejó que sus palabras causaran asombro en los nómadas.

- ¿Cómo sabes tú eso? –le interrogó Bahadur, sorprendido y algo molesto.

- Sé muchas cosas. El Mesías Rojo me dijo que os encontraría.

- Hablas de manera enigmática forastero. Normalmente no toleramos la intromisión de extranjeros en nuestras tierras. La pena es la muerte.

- Tú no me mataras -dijo Ragnar mientras miraba al confuso Bahadur. –Está escrito.

- ¿Ah, sí?

- Sí. Tú lucharas a mi lado contra los de Pazazu y contra los de Baalfegor y esto sólo será el principio de la Yihad.

- ¿Yihad? Hablas de La Guerra Santa. Eso solo ocurrirá cuando el

Mesías Rojo, aparezca sobre la faz de Aqueron de nuevo. Así está escrito.

- Por eso he venido. Él me ha enviado a vosotros para daros la buena nueva. Es la hora de que cumpláis las promesas de vuestros padres y os unáis a su Yihad. - Ragnar sabía que estaba arriesgando mucho, citando aquellas palabras. Había muchas posibilidades de que aquellas gentes hostiles se enfurecieran y terminaran dando cuenta de él.

Bahadur estaba confuso y molesto. El extranjero no paraba de blasfemar y decir herejías. Normalmente no le hubiera consentido tanto y ya le hubiera silenciado clavándole una flecha en el gaznate, pero aquel hombre le inspiraba algo, no sabía explicarlo.

Bahadur desmontó de su mehari y desenfundó una espada corta. Los otros se separaron, haciendo más grande el círculo que rodeaba a Ragnar. El líder de los nómadas entró en el círculo con aíre amenazante.

- Si lo que afirmas es cierto y eres un enviado del Mesías Rojo, yo no podré herirte. Un rayo me debería fulminar antes –Bahadur se siguió acercando a Ragnar.

- Las cosas no son así.

- ¿Cómo que no son así?

- No he venido a derramar vuestra sangre, esa no es mi misión –y diciendo esto, Ragnar se bajó de su dromedario, tiró su espada al suelo y se sentó en el suelo en la posición del loto.

- ¿Estás loco?, ¡coge tu arma! –Bahadur y sus aramitas no entendían nada.

- No puedo luchar contigo Bahadur. Es la voluntad de la Diosa.

Apenas siseó las palabras Ragnar, Bahadur le lanzó un ataque directo a la cabeza. El caballero no pestañeó ante la amenaza inminente de la muerte. La hoja de la espada de Bahadur se paró a escasos milímetros del rostro de Ragnar.

- O eres un loco o dices la verdad –dijo Bahadur.

- Tú sabes que lo que digo es cierto Bahadur, examina tu corazón.

- ¿Cómo sabes mi nombre? No te lo he dicho.

- Porque he sido enviado por el Mesías Rojo y en su nombre todo será mostrado.

Tras pronunciar estas palabras, todos los jinetes desmontaron de sus respectivas monturas y se inclinaron en señal de respeto, ante el valor del viejo caballero.

EFRAÍM SHAZAR

4

“Como la ponzoña más amarga, la culpa es un néctar podrido y nauseabundo que puede llegar a conducir a los hombres a la locura.”

Extractos del sura 44, versículo 2019. Upanishads Sanatana Dharma

Cuando las sombras comenzaban a alargarse a través de un páramo de tierras rojizas y árboles secos y pelados. Cual esqueletos infernales, rompiendo contra las líneas del firmamento y dejando atrás los ecos de un horizonte enrojecido, de entre las tinieblas tempranas surgió una manada de chacales enloquecidos. Licántropos de mal agüero, de pelambreras brunas y tordas, a imagen y semejanza de sombras fantasmales. Onírico recuerdo de almas posesas y malditas.

A la desbandada, aquellas bestias iban aullando cual demonios vomitados del averno, mostrando sus ojos escarlatas y amenazadores de color sangre magmática, roja y reluciente.

Las últimas luces se extinguieron en el horizonte y una luna llena plateada surgió de entre los nimbos oscurecidos. Majestuosa y amenazante.

Los aullidos enmudecieron y un viento lóbrego y sombrío irrumpió en las inmensidades del páramo, llenando con furia su infinita soledad.

Efraím Shazar se despertó. No era la primera vez que tenía aquel sueño perturbador. Si no fuera por sus profundas convicciones agnósticas, sus raíces Menoch le hubieran inducido a pensar que algún tipo de demonio estaba tratando de adueñarse de sus sueños y por ende de su alma perturbada. Aún algo asustado y desorientado miró a su alrededor tratando de recordar quién era y qué hacía allí. El terror sufrido durante el sueño le había producido algo de sudoración, y eso era algo que le hacía sentir realmente incómodo.

Efraím se encontraba recostado en un butacón de cuero suave y mullido. Iba a bordo de una lanzadera de observación y hacía menos de una hora que había partido del puerto de Dilmun, rumbo a uno de los pocos puestos avanzados de investigación que aún les quedaba a los corsarios.

Efraím Shazar compartía vuelo con otras cinco personas, pero aún no se había parado a examinarlas. Como buen historiador e investigador reputado, esta era una de sus pasiones. El poder conocer gente para examinarla.

Una auxiliar de vuelo, rubia y esbelta se le acercó. La muchacha había observado su súbito y traumático despertar. Aquel era un vuelo para funcionarios de clase 8 y todas las atenciones debían ser pocas. Con una sonrisa amable, le ofreció un refresco o cualquier otro tipo de refrigerio. Efraím, muy cortés, le rogó por un jerez. Apenas un minuto después, la azafata estaba de vuelta portando una bandeja de color ocre.

Efraím saboreo el néctar, su sabor almendrado le trajo recuerdos de Martin Miles, pues el Jerez y el Bourbon habían sido una de sus grandes pasiones en vida. Aunque lo cierto es que ya todo le recordaba a él.

Todos decían que Efraím se daba cierto aire a uno de los héroes de la remota era del inicio del re-descubrimiento crosariano, un investigador del pasado de una época que ya se antojaba épica. Era calvo, bastante rasurado y ahora con una imponente perilla cana que le daba cierto aire de lord. Una imagen pintoresca para un investigador en declive, aunque muy bien relacionado y homosexual, para más señas. Algo no muy aceptado en la religiosa y cerrada sociedad corsaria; aunque a Efraím hacía años que le habían dejado de importar las miradas por encima del hombro y los comentarios inoportunos.

Martin Miles había sido su pareja los últimos diez años de su vida hasta que muriera, apenas un mes antes, víctima de un cáncer. A pesar de los muchos logros técnicos de una civilización milenaria altamente tecnificada, la lacra del cáncer y otras enfermedades seguía siendo una asignatura pendiente. Antaño, en el viejo imperio, las cimas médicas habían cubierto una gran gama de dolencias ahora incurables. Pero tanto ese saber, cómo muchos otros, se fue poco a poco perdiendo en favor de las artes militares tan necesarias para la supervivencia de la comunidad.

Efraím había quedado destrozado, desmoralizado y hundido, había optado por cumplir el último deseo inconcluso del que había sido el gran amor de su vida: viajar a la frontera exterior más allá de la esfera de metal y alcanzar una de las antiguas colonias baluarte de la primera y gloriosa época tras el Éxodo, como un colono de la vieja Gaia… Ahora, Efraím lo dejaba todo. Empezaba de nuevo.

Con el diario de pastas encueradas de Martin en sus manos aún por abrir, Efraím Shazar miraba a través de la ventanilla de la pequeña lanzadera como ausente y con la vista perdida en los cúmulos nubosos de la atmósfera de Nemeron y luego en la negrura impenetrable del espacio profundo.

- ¿Puedo molestarle? -dijo una voz varonil y grave pero agradable.

Efraím se dio la vuelta y observó a un hombre alto y castaño ataviado con un traje de lino claro.

- Por supuesto, ¿cómo está usted? -Efraím hizo un gesto para incorporarse sin llegar a hacerlo realmente y tendió la mano del desconocido.

- Hola, mi nombre es Eneas, encantado.

- Efraím Shazar, lo mismo digo –al oír esto, el desconocido esbozó una sonrisa.

- ¿Eneas? No sé de qué me suena su nombre.

- Es un nombre común en Dilmun.

- No, creo que leí una o varias crónicas sobre usted. ¿No es usted capitán de la armada?

- Si, en efecto.

- Si, ahora recuerdo. Usted es el nieto del juez Anquises y hermano del mítico capitán Príamo, que murió en acto de servicio hace diez años estándar. ¿No es así?

- Así es. Estoy sorprendido. Pero usted también me suena ¿Shazar? ¿No me diga que es usted el que escribió aquel estudio horrible sobre la supremacía étnica de los humanos mutados a la condición de Igigi?

- Bueno, celebro que lo haya leído… aunque no le gustara -dijo Efraím disimulando una mueca. Había decidido que aquel hombre, definitivamente, no le iba a caer muy bien.

- No –dijo el desconocido–, yo no la he leído, fue mi mujer. Estuvo un mes sin pegar ojo.

- Ah, pero eso es espléndido –ahora sí, Efraím esbozo una sonrisa.

- ¿Cómo? No me diga que se alegra atormentando a sus lectores.

- Me alegra todo lo que implique saber transmitir una emoción, cualquiera que sea. Llámela risa, miedo, ira o pena… Porque eso significa que, por un instante, el que lee ha estado en mi mente y de esta manera, mi mente vivirá para siempre.

- Vaya, eso es muy profundo amigo.

- Gracias. Pero no pretendía meterme en el plano esotérico.

- Yo me dedico más a la investigación arqueológica –continuó Eneas acomodándose en un butacón vacío junto a Efraím. Efraím disimuló su molestia, no recordaba haber invitado a sentarse junto a él a aquel hombre pesado y absurdo.

- ¿Qué tipo de ocupación tiene? Porque la química es algo demasiado genérico –le preguntó. Estaba claro que aquel hombre no se iba a ir y dado que el viaje estelar era largo y pesado, más le valía acomodarse a la situación lo mejor posible.

- Represento a una nueva corriente de investigadores. Trabajamos en varios niveles de Dilmun, organizando proyectos de investigación y

desarrollo, pero son algo secretos para contarlos… Ya sabe…

- Si, secretos. Me encantan los secretos. Creo que todo eso empezó hace unos cuatro años ¿no?

- Más o menos, sí –Eneas no disimuló su sorpresa. -¿Cómo lo sabe?

- Estoy bien relacionado. Digamos que tras la entrevista del famoso "regresado" Laertes, el hombre que rescató su hermano, este fue ascendido a nivel 7 y comenzó sus actuales trabajos de investigación, por y para la recuperación tecnologica de la civilización Corsaria.

- Increíble, me ha dejado de piedra.

- No se deje impresionar. La mayoría de esa información es de dominio público.

- Ya… y usted, ¿por qué viaja?

- Hace poco tiempo perdí a una persona muy querida para mí. Viajar al espacio exterior fue una de sus últimas voluntades. Digamos que me voy a tomar unas vacaciones sentimentales.

- Vaya, lo siento mucho, amigo.

- Dice usted mucho "amigo" para ser de la armada.

- Bueno, trabajo y vivo mucho con civiles y las formas se pegan.

- Eso parece explicarlo todo.

- Sí, es normal. Al final uno se echa perder, en el buen sentido, claro. Lo cierto es que daría lo que fuera por regresar y tener una vida sosegada junto a mi mujer y mis hijos.

- Parece un proyecto fácil y sencillo.

- No hay nada fácil y sencillo y menos si se vive y trabaja para el alto mando de Dilmun: La nueva Babilonia.

- Eso creo -Efraím tomó otro sorbo de Jerez. -Me resulta gracioso el término que ha utilizado.

- ¿A qué termino se refiere?

- A su analogía entre el Alto Mando y la antigua Babilonia.

- ¿La perra de todas las naciones? –Eneas pareció recitar de memoria.

- Es una cita del Upanishads Sanatana Dharma. Aparece en varios tramos de sus suras. Para los antiguos celestiales, Babilonia era la culminación del imperio de Shaitan en la antigua Gaia. El Baal, La Diosa indoiranio de un antiguo pueblo conocido como los sumerios –Efraím tomó otro sorbo de jerez mientras observaba la mirada vidriosa de Eneas. Si le conociera bien, diría que estaba conteniendo sus lágrimas.

- Y en ese viaje sentimental –dijo Eneas mientras hacía una mueca a la azafata para que le sirviera-, ¿tiene algún plan especial?

- Bueno, quiero leer e investigar determinadas ruinas locales. ¿Quién sabe? El mar siempre me atrajo. Hay muchos lugares que

recorrer en esa colonia.

- Yo conozco algunos sectores de ese mundo, pero, ¿no es un poco aburrido hacer turismo solo?

- Bueno, no solo turismo. Como ha visto, soy investigador. Me gustaría investigar ciertos matices soterrados en las religiones antiguas que practicaban los primeros colonos pobladores del planeta.

- ¿Matices?

- Si, bueno. Esa persona que le mencioné, el motivo de mi viaje, estaba obsesionado por ciertas cuestiones religiosas relacionadas con la inmortalidad –Efraím se quedó esperando durante unas décimas de segundo, observó el resquemor y el posterior intento de disimulo por parte de su interlocutor. Algún tipo de resorte moral y un posterior mecanismo de auto-defensa, al pronunciar el sentido masculino de su amante. Era evidente que Eneas no aprobaba su condición de homosexual, ni tampoco se lo esperaba.

- ¿La inmortalidad? –le interrogó Eneas tratando de evitar eludir el hecho sobre el que ambos habían reparado. La azafata llegó y él le pidió un whisky solo y con hielo.

- Así es… -Efraím decidió obviar lo que había percibido. Aquel hombre de moral ridícula y anticuada, le empezaba a resultar algo cómico. -Todas las religiones tienen sus mitos sobre la inmortalidad o cómo conseguirla. En todas las culturas hay relatos sobre hombres extraordinariamente longevos. A Martin, le obsesionaban estos testimonios, había investigado mucho el tema, junto con otros colegas, atraído por la idea de entender como a lo largo de la historia humana y aún existiendo base documental al alcance de cualquier persona, la gente obviara este hecho. Como algo alejado de la realidad.

- ¿No está rozando lo inmoral? Creo que usted me está hablando del enemigo. Los Igigis son casi inmortales, si no mueren por muerte violenta pueden vivir incontables siglos nutriéndose de la sus víctimas.

- Bueno. No quería referirme a ese tipo de longevidad. Sino a testimonios mucho más antiguos y más humanos. Testimonios de la antigua Gaia. Martin había recopilado mucho material inédito superviviente de las bases de datos traídas por los estadistas del mismísimo emperador Abramantes.

- ¿Puede poner algún ejemplo?

- Ejemplos hay muchos en la historia. Desde los relatos de los primeros patriarcas originarios de Gaia y guía en el proceso de las primeras colonizaciones estelares, cuyos hechos se citan en versiones apócrifas del Upanishads Sanatana Dharma; pasando por las tablas de la primera dinastía de Reyes de Sumer en los tiempos más remotos de Gaia, el mito Asirio de los habitantes de Dilmun, recogido en el poema

épico de Gilgamesh, el más antiguo de la historia, textos védicos procedente del valle del Indo o la estela de los reyes antediluvianos en la cultura del antiguo Egipto.

- ¿Gilgamesh?

- Pues es nada más y nada menos que el poema épico escrito más antiguo conocido. Es también de origen sumerio y está en acadio en unas tablillas con escritura cuneiforme. Una de las tablillas anticipa el episodio sobre el diluvio. Son un total de doce tablas que indican un orden astrológico en la obra, las aventuras para matar al gigante Khumbaba, el descenso a los infiernos y la relación entre dioses y semidioses.

- Parece interesante. ¿En qué consiste la historia?

- Las tablillas ya no existen, sólo nos quedan documentos digitales. Las originales fueron descubiertas en Layard, en una antigua región de Gaia denominada mesopotámia por un explorador llamado Austen Henry. La epopeya de Gilgamesh fue recopilada y transcrita por el un antiguo rey de la ciudad sumeria de Nínive, llamado Asurbanipal. Cuando Nínive fue destruida por un ejército invasor, las tablillas quedaron enterradas. La epopeya narra la historia del rey Gilgamesh de la ciudad de Uruk. Básteme decir que Uruk era una de las ciudades más antiguas de las que se tiene constancia. Se cree, incluso, que el invento de la rueda y de la escritura tienen su origen en sus calles, aunque el poema en sí debía ser aún más antiguo, una recopilación de las tradiciones orales sumerias.

- Me deja usted helado, amigo. No he conocido nunca a nadie que tuviera tantos conocimientos sobre la historia de Gaia en estos tiempos inciertos, en los que algunas personas dudan de la existencia del mismísimo sistema madre.

- Es algo fascinante. Gilgamesh era un héroe mitológico. Según la lista de los reyes sumerios, fue el cuarto rey de Uruk. Según la leyenda, sus padres fueron el rey Lagalbanda y la diosa Ninsun. Pero digamos que, realmente, nuestro héroe era algo cabroncete…

- ¿Cabroncete? –le increpó Eneas mientras se tomaba un buen lingotazo de whisky.

- Gilgamesh era un rey déspota que oprimía a sus súbditos. Estos, viéndose oprimidos, rogaron a los dioses quienes enviaron a un semidiós llamado Enkidu para luchar contra el opresor. Pero, al parecer, la lucha fue bastante pareja y finalmente, ambos se hicieron amigos inseparables.

- ¿Cómo de amigos?

- Bueno, decidieron marcharse juntos en busca de la inmortalidad recorriendo las tierras de Gaia. En ausencia de los héroes, una diosa

llamada Inanna gobernó la ciudad. Al regreso de Gilgamesh, Inanna le declara su amor pero éste lo rechaza, provocando la ira de la diosa. La diosa, rechazada y rabiosa por la afrenta del rey, envía al Toro del Cielo para destruir a los héroes y a la ciudad de Uruk.

- Las mujeres y su peculiar forma de entender las emociones.

- Siempre me ha resultado curioso el paralelismo entre Gilgamesh y el toro de Inanna, con el toro del La Diosa Mitra. La curiosa línea argumental que suma todos los origines religiosos.

- Eh, amigo… tenga piedad, tanto no puedo seguirle. ¿Cómo sigue la historia?

- Nuestros héroes vencen el desafío, pero los dioses se enfurecen y castigan a Enkidu asesinándole. Gilgamesh regresa a la isla de Dilmun en busca de su sabio rey llamado Utnapishtim, que quiere decir "el de los días remotos", al que se le define como un inmortal. Muchos autores identifican a este rey con el mítico Noé, pues él y su progenie son los supervivientes del diluvio universal a quien los dioses han concedido la inmortalidad.

- Vaya. Esto me dará en que pensar.

- Utnapishtim o Noé se apiada de Gilgamesh y le dice donde localizar la planta de la vida eterna. Esta se encuentra sumergida en las profundidades del océano. Por supuesto, nuestro héroe no se amedrenta y decide ir en su busca. Tras muchos periplos, Gilgamesh se hace con el preciado tesoro pero, tras su regreso a Uruk, decide tomar un baño y al dejar la planta para sumergirse, una serpiente la roba y finalmente muere. Observe también el paralelismo entre la serpiente traidora del génesis con la ladrona del relato de Gilgamesh.

- Si, amigo. Me ha dejado usted sin palabras. Me ha parecido una historia muy interesante.

- Me alegro, "amigo".

- Pero digame, con todo esto que usted me esta contando, me surge una duda.

- Disparé.

- ¿Cree que hay alguna posiblidad de que los Igigi con su afinidad por manifestarse divinos y su gran longevidad visitaran Gaia antes incluso de que la humanidad comenzara a pasearse por las estrellas?.

Efraím se lmito a ignorar a Eneas, dando así por zanjada la discusión. Estaba claro que aquella charla había terminado.

Dicho esto, Eneas se incorporó de nuevo y tras hacer un leve gesto para despedirse de Efraím, continuó su tránsito por el estrecho pasillo de lanzadera, sin duda algo mareado ante la marejada de datos que le había proporcionado el escritor. Desde luego, antes de que avanzara el cuarto paso, ya habría olvidado todo.

Efraím Shazar se quedó solo y aliviado. Aún no entendía cómo podía memorizar tal cantidad de información y aún menos, cómo podía habérsela soltado de tan seguido a aquel pobre diablo de Eneas. Quizás un resorte auto defensivo había saltado en su subconsciente, entendiendo que tal volumen de información sobre la historia de la antigua sumeria, terminaría por aturdir al invasor y conseguiría el efecto deseado, que era echarlo de allí. Sea como fuere, lo había conseguido.

Efraím respiró hondo. Observó la copa de jerez, se la había terminado. Antes de que pudiera decir nada, la simpática azafata ya estaba de regreso para recogérsela y ofrecerle algo más. Pero Efraím declinó la oferta.

Una vez más, reparó en el libro de pastas encueradas. Aún no había tenido el suficiente valor para abrirlo y empezar a leer, temía que lo que leyera no le gustase. Cualquier opinión despectiva de Martin hacia su persona terminaría por hundirlo, quizás aún no estaba preparado.

Poco a poco se dejó caer de nuevo en el sueño. Estaba agotado.

La oscuridad y la tranquilidad lo invadieron todo mientras, lentamente, la inconsciencia se iba adueñando de su ser. Y volvió a soñar…

Se vio a sí mismo caminando por un desierto terroso y rojizo al atardecer. Los escasos árboles que salpicaban aquel lugar estaban negros, calcinados por algún incendio.

Efraím iba desnudo, sus pies nervudos rozaron la tierra abrasada aún caliente por el día anterior. Él se los miró agachándose hacia ellos. Impotente e incapaz de moverse, vio como un charco de sangre comenzó a deslizarse por la tierra hacia sus pies. Asustado se alzó y comprobó con horror que el charco era un mar que lo iba inundando todo. Un mar de sangre caliente y espesa, de olor penetrante que, poco a poco, iba ascendiendo. Turbado y asustado gritó horrorizado para comprobar, una vez más, que todo había desaparecido y de nuevo, se encontraba sumido en la oscuridad.

Desorientado, se quitó los brazos de la cara y una vez más, la luz del día le inundó el rostro. Ahora se encontraba en una especie de ciudad antigua en medio de un mercado de tenderetes de telares y muros de adobe carcomidos por la humedad. El olor a especias y a incienso lo inundaba todo. Se miró las manos y los pies, ahora estaban limpios. Su cuerpo iba cubierto por unas pobres pieles curtidas.

Las calles, atestadas de transeúntes, lucían toda suerte de razas y colores. No pudo identificar el lugar, parecía alguna remota aldea perdida en medio de las regiones montañosas del algún mundo remoto

tal vez, incluso, la misma Gaia en su época pre-estelar.

Sin poderlo evitar, Efraím volvió a despertar. Aquel sueño había sido demasiado real para ser un simple sueño. ¿Qué le estaba pasando?

Entre tanto y desde el otro lado de la cabina de pasajeros, Eneas le observaba con avidez. Después de diez años lo había conseguido. Había encontrado al traidor que había vendido a su hermano y a su tripulación tantos años antes y cuando pudiera, lo mataría.

PREPARATIVOS DE BATALLA

5

“Si me atacas yo retrocedo. Si retrocedes yo debo avanzar. Si te sientes hostigado, paro para que te confíes y te relajes. Así mi ataque final será aún más contundente.”

Notas sobre las estadísticas, batallas y posibilidades. Anónimo.

Kadosh ya contaba diecinueve años y con el lento transcurrir del tiempo se había transformado en un muchacho apuesto, de mirada clara y rasgos afilados.

Desde hacía más de dos años, todas las mañanas solía subir por una de las grutas orientales de la ciudad subterránea y pararse para contemplar el amanecer sobre el valle del Dag. Aquel lugar le transmitía paz y armonía y le permitía relajarse lo suficiente como para ordenar sus pensamientos.

Aunque se hacía el loco, sabía perfectamente que, horas antes, los devotos lamas habían pasado por el lugar para limpiarlo de impurezas y llenarlo de rezos e impregnaciones de incienso. Kadosh no estaba de acuerdo con muchas de las ancestrales costumbres de su pueblo, pero tenía la firme convicción de que no era el momento para cambiarlas, aún no. Aquellas tradiciones ancestrales formaban parte de su pueblo, le daban fuerza y los fortalecían en el exilio.

El peso de la divinidad empezaba a hacer mella en él. Muchas veces había deseado desprenderse de esa carga, huir y dejarlo todo. Olvidarse de su destino.

- Pensar demasiado a veces no es bueno –dijo una voz familiar tras él.

- Querido maestro, ven. Siéntate conmigo –Kadosh reconoció al lama ciego en seguida.

- No querría interrumpir tus meditaciones. Sé de la importancia que tienen para el pueblo las decisiones que a diario debes tomar y de cuyo acierto pueden depender muchas vidas. –Kumar agachó la cabeza con humildad.

- No, amigo mío. No interrumpes nada.

- No dicen eso mis visiones –Kumar se sentó en una piedra cercana a la que se aposentaba a Kadosh.

- Lo sé –Kadosh sonrió–, recuerda quién inspira tus visiones.

- Lo recuerdo, Noble Nacido. Por eso he venido. Porque me asustan.

- No debes temer, Kumar Rimpoche.

- No temo por mí, Noble Nacido. Temo por el pueblo que ansía su libertad y está dispuesto a entregarlo todo por ella.

- También se eso, Kumar, pero si hubiera otro camino, lo tomaría.

- ¿La batalla es el único camino?

- He escrutado el pasado, el presente y el futuro. Los ejércitos de Pazazu y Baalfegor se encontrarán muy pronto. Los antiguos reinos de Esaú y La Orden se auto-destruirán. No obstante, de sus cenizas surgirá un enemigo más fortalecido, uno al que ya no podremos esquivar.

- Pero ha pasado el tiempo y nos hemos hecho fuertes en las montañas. Los lulus comercarne no nos buscan ya.

- Los lulus no tienen inteligencia, su amo sí.

- ¿Qué hay de Ragnar? Sabemos que traerá los refuerzos prometidos.

- Lo sé, Kumar. Ragnar cumplirá su misión, traerá a nosotros los restos de la nación aramita, pero los de Esaú tienen el poder de un ser tan antiguo como el mismo Aqueron y los de Pazazu la flota de drakares más grande que jamás se ha conocido desde los tiempos de la batalla de Rocamar. Por muchas fuerzas que reclutemos, solos no podremos vencer y sin embargo, la batalla es inevitable.

- No lo entiendo, Kadosh. Tú eres el Mesías Rojo , la leyenda dice que tú nos debes traer la victoria.

- ¿Y si la leyenda fuera un fraude? ¿Y si yo fuera un fraude? Amigo Rimpoche.

- Eso no es posible. Todos hemos sentido tus milagros.

- Sí y en verdad han sido cosas extraordinarias de las que yo mismo no dejo de maravillarme, pero sé que aún falta algo en el rompecabezas de mi cabeza. Aún no recuerdo del todo de dónde vengo y hacia dónde voy. No recuerdo nada de mi pasado antes de que Noah me rescatara de la Gran Barcaza de Metal que se hundió en la Laguna Joven.

- Hemos hablado muchas veces de eso Kadosh. Esa barcaza era una astronave, te he explicado los escritos antiguos del templo. Tú vienes del espacio exterior, eres un Padre Celestial.

- Sí… pero ¿qué me hace tan distinto a vosotros? Tus escritos no hablan de gente como yo. Realmente, los humanos del espacio exterior, los llamados Padres Celestiales, son seres de carne y hueso normales.

- En efecto, así es.

- Entonces, ¿de dónde viene mi poder?

- Tú eres el Mesías Rojo.

- Sí, pero ¿qué significa eso?, ¿de dónde viene la leyenda?

- No tengo tantas respuestas, Noble Nacido. Creo que parte del misterio será desvelado cuando tú mismo encuentres un significado a los enigmas que me planteas. Entre tanto, el momento de la confrontación final se aproxima inexorable.

- Lo sé. Ragnar llegará mañana, lo he visto en mis visiones –dijo Kadosh–, mi poder de precognición crece con el tiempo. Le acompañará un gran guerrero entre los aramitas, uno que ya se ha enfrentado en numerosas ocasiones a las huestes del Igigi Esaú.

- Yo también lo he visto, su nombre es Bahadur.

6

"El imperio del Sol cayó."

Frase épica atribuida según la tradición oral Neo-Menoch al emperador humano de Ática, Abramantes

Después de una década de esfuerzos y sacrificios constantes, Laertes había conseguido que toda la nación corsaria confiara en él. Había adquirido fama y honores. Y ahora, era un poderoso burócrata, líder indiscutible del Instituto tecnológico Imperial. ¿Quien se lo iba decir? Cuando abandonó Gaia tantos siglos atrás... siendo un triste cientifico vulgar y corriente destinado a una colonia ordinaria y desde luego nada especial y eso, a pesar de que un antepasado suyo, un tal Harry Strong, fuera uno de los precursores del Estado Alsimaico en la Tierra. Desde luego, ser de buena familia, nunca le reportó ninguna ventaja adicional, en los tiempos en que aún era un ciudadano del joven imperio Terrano. En aquella época lejana y esperanzada, lo importante eran los números, no los apellidos y ahora, él estaba allí y todo había cambiado, incluso su suerte.

Tenía varios proyectos importantes en marcha. Uno de ellos, el Gilgamesh, era ya toda una realidad. La primera astronave de clase Titán y de nueva manufactura corsaria. Capaz de transportar a una flota de más de mil quinientas almas y veinte cazas estelares de combate.

El Gilgamesh se había desarrollado, en parte, gracias a los conocimientos y reestructuración del tejido industrial que había apoyado y diseñado Laertes y en parte, gracias a los esfuerzos de las nuevas expediciones arqueológicas corsarias que, lejos de seguir con el patrón normal de saqueo, se habían decantado por misiones más enfocadas a la investigación, en busca de tecnologías perdidas en distintos Puestos Avanzados ubicados en múltiples mundos abandonados, definidos por los equipos de investigación dirigidos por Laertes.

Y ahora estaba allí, en aquella vieja colonia olvidada. Un mundo saqueado y espoleado cinco siglos atrás por algún loco Igigi. Un planeta que luchó y murió por su independencia, combatiendo contra la tiranía del emperador Anu y de sus terribles Señores Igigis.

Laertes miró al cielo despacio y en silencio tan solo unos míseros segundos, preguntándose por los oscuros secretos que aquel cielo anaranjado encerraba.

¿Cómo suponer? ¿Cómo creer que hacía ya tanto tiempo, en aquel

mismo sitio, abundara el agua y la vegetación? En un tiempo perdido en el que aquel cielo, ahora hostil, se podía contemplar a cara descubierta y sin estar protegido por un traje de mantenimiento vital, con una escafandra debidamente recubierta a prueba de radiaciones cósmicas, para preservar las delicadas pupilas y piel humanas del fuego solar y los rayos cósmicos.

Laertes bajó la vista y miró a su alrededor. El resto de los componentes de la misión científica a la que pertenecía estaban perdidos entre las dunas y ruinas de aquel inhóspito y frío desierto, investigando, datando y diagnosticando cada uno de los vestigios fosilizados de vida o civilización que iban encontrando. Ahora, aquel aterrador lugar sólo era rico en recuerdos e historia, ningún tipo de ser vivo había sobrevivido.

Las ciudades, antes numerosas y altivas como las estrellas del firmamento, habían desaparecido convirtiéndose en ruinas y cenizas. Tragándose, con ellas mismas, los secretos de su extinción.

¿Qué había ocurrido en aquel lugar?, ¿cómo y por qué se había llegado a esto? No eran pocos los que, en el Instituto tecnológico de Dilmun, afirmaban que el futuro de la supervivencia de los humanos como especie dependía, en gran medida, del entendimiento de aquella tragedia a escala planetaria.

Súbitamente, una señal rojiza comenzó a parpadear en su muñeca y el comunicador daba lecturas para la reunificación de los integrantes de la expedición.

Laertes miró su ordenador personal incrustado en la otra manga de su traje. No tenía mucho tiempo, debía situarse a unos quinientos metros de allí en dirección Norte, el sistema de localización era muy preciso. Debía estar antes de diez minutos.

El transporte no esperaría a nadie. El trasbordador matriz, suspendido en órbita geoestacionaria sobre el planeta, había detectado que una fuerte tormenta se aproximaba a toda velocidad, hacia la zona donde se encontraban.

En aquel endiablado planeta, las tormentas se formaban tan apresuradas como espontáneas. Ni los más avanzados instrumentos meteorológicos podían predecir el momento de su aparición o el tiempo y dirección que tomarían. Una conclusión más, producto de un fuerte bombardeo orbital y el fenómeno en cuestión había impedido, durante siglos, la correcta y constante exploración y análisis del planeta. Los vientos de una de esas monstruosas tormentas podían superar, sin grandes dificultades, los trescientos kilómetros por hora y eran capaces de arrancar la piel de los huesos de un individuo desprevenido.

Sin perder el tiempo, se lanzó a correr rumbo a las coordenadas fijadas en el ordenador. No habría sido la primera vez que un

compañero era abandonado en medio de una tormenta para poder salvar al resto.

Todos estaban allí por convicción, asumiendo los riesgos y con la heroica intención de arrancar al planeta sus arcanos secretos.

Poco a poco y a la carrera, se fue reuniendo el resto del grupo. Sus uniformes grises, antes impolutos como el cristal virgen, estaban sucios y arrastrados debido al polvo rojizo que dominaba el ambiente. Después deberían esterilizarlos adecuadamente para asegurarse de que no subieran al trasbordador ningún tipo de sustancia contaminada.

El transporte apareció provocando un gran estruendo. Sus motores de propulsión removieron la arena, levantado una gran polvareda rojiza que lo nubló todo. A partir de ese momento, encontrar el portón de la nave sólo dependería del instinto personal y de dejarse guiar por el radar del monitor de la escafandra.

Finalmente, todo el grupo entró en el transporte, la cámara estanca quedó sellada y presurizada, preparada para adaptar al grupo a la presión de la nave.

Laertes sintió algunas sacudidas a pesar de no poder ver nada, pues la cámara estanca no tenía claraboyas ni mamparas de ningún tipo. Supuso que la tormenta había tomado ya la zona en la que habían alcanzado al transporte.

No sabían muy bien que habían conseguido. Tampoco sabían muy bien si alguna vez regresarían a aquel lugar maldito, pero si no conseguían entender el potencial tecnológico de destrucción global de los Igigis, jamás podrían pretender vencerlos.

KHAUTTAFF

7

“Luchad, hijos míos. Luchad en el desierto o en el espacio, en el mar o bajo la tierra. Sólo a través de la purificación de la sangre, alcanzareis la santidad. Tan sólo a través del conocimiento del dolor y el sufrimiento podréis llamaros, en verdad, hijos de Aedh Drummond”

Comentarios sobre el Arte de la Guerra. Aedh Drummond Rey Dragón de Petrus

Jataq estaba firme, con aire marcial y las manos cruzadas hacia atrás, abstraído mirando a través de la mampara.

El veterano suboficial de la Armada Sagrada lucía su uniforme de gala, un elegante uniforme negro con ribetes y galones dorados, condecoraciones en la pechera derecha de su casaca y el emblema de la hermandad, el ojo abierto encerrado dentro de una pirámide, bordado en la derecha.

Aquella sala era uno de los muchos despachos del rascacielos VI del Alto Mando de la Armada Sagrada en la Segunda Ciudad de Los Peñones. Aquella deprimente estancia de paredes grises tenía una mesa rectangular rodeada de incomodas butacas metalicas, bastante espartanas y un simple fluorescente amarillento iluminándola.

Jataq no quería desperdiciar la oportunidad de contemplar la segunda capital de la Hermandad desde aquella perspectiva privilegiada. Desde allí, se apreciaba con claridad la óptica de la cúpula. El efecto que desde el suelo simulaba un cielo azul y limpio, no era válido desde tanta altura. Se podía enfocar perfectamente la cúpula de la ciudad gemela, la primera capital, flotando en perfecta armonía sobre el otro asteroide. Dos ciudades-burbuja, una frente a la otra, aposentadas en dos enormes asteroides, con climas y gravedad artificiales. Los últimos restos de la mítica Gaia amarrados por colosales campos de fuerza generados desde el núcleo de los astrolitos.

En los últimos años, muchas corrientes ateas, habían sugerido que aquel sistema estelar no era el sistema Madre original y desde luego, Los Peñones, no eran los restos de Gaia. Algo que la Hermandad condenaba como herejía, pero aquella tendencia iba en aumento. Quizás inducida por los planes del propio emperador Abaddón, en su colosal proyecto de ingenieria social.

El suboficial volvió la vista hacia abajo, hacia la ciudad. La catedral de Los Peñones era perfectamente visible. El templo más

colosal que jamás hubiera construido la raza humana, una conglomeración de minaretes, cúpulas y largas galerías interconectadas, con tejados imposibles de tejas multicolores y basílicas adyacentes, repletas de puentes quiméricos y arcadas irreales. Desde luego, el mejor exponente conocido del estilo neo-gótico-apocalíptico.

Los gigantescos rascacielos de oficinas y residencias oficiales de alrededor parecían champiñones dispersos al lado de la principal catedral de la Hermandad.

- Uno nunca se acostumbra a tanta magnificencia. En verdad se podría decir que El Gran Espíritu la inspiró –dijo una voz detrás de Jataq.

- Así es –Jataq se volvió y contempló al funcionario de turno, un hombrecillo enclenque y gris de gafillas redondas.

- Siéntese, por favor, suboficial Jataq –los dos tomaron asiento.

- Gracias, hermano –dijo Jataq utilizado el término normal dentro de la Hermandad.

- Esta no es la primera reunión a la que ha asistido tras el incidente de Arges, ¿no es así?

- No, no es la primera. Tampoco espero que sea la última –Jataq le estudió fijamente. El hombrecillo se sacó un pequeño ordenador de bolsillo y comenzó escribir sobre él, utilizando una diminuta pluma magnética.

- Bien, seré breve.

- Se lo agradezco.

- Dígame suboficial Jataq: ¿cuánto tiempo lleva usted al servicio de la Hermandad?

- Fui vendido en un lote, por mí señor Aedh Drummond, hará diez años estándar.

- Y, desde entonces, ha servido con distinción –El hombrecillo parecía estar consultando la ficha de Jataq.

- He servido en más de trescientas misiones de combate.

- Y ha sobrevivido a todas. ¿No le parece que ha sido suerte?

- En Petrus no creemos en la suerte. Sólo en el entrenamiento y en el esfuerzo personal.

- Por eso son considerados los segundos mejores luchadores del universo conocido –el funcionario sonrió mirando a Jataq, pero pronto se dio cuenta que esa afirmación había ofendido al petrarca. Los petrarcas no estaban de acuerdo con la expresión popular que los situaba detrás de las gentes de Ítaca en bravura y astucia militar.

- Usted sabrá.

- Bien –el funcionario carraspeó–, ¿podría resumirme lo ocurrido?

- Mi escuadra saltó en sus vainas sobre la órbita de Arges. Poco después, nos repartimos por el perímetro asignado. Durante dos días y

dos noches se perpetuaron las incursiones de castigo. El enemigo contaba con misiles balísticos, potentes medios blindados y artillería pesada.

- En su opinión, ¿un pueblo de pescadores como el de Arges, puede llegar a disponer de semejante arsenal?

- No soy economista.

- Pero, según tengo entendido, es un espléndido estratega.

- En mi opinión –Jataq se removió en su propio sitio–, esos bastardos khauttaff (khauttaff significaba traidor en el dialecto propio de Petrus) contaban con apoyo externo. Alguien que quiere hacer daño a la Hermandad.

- ¿Se aventuraría a apuntar a alguna facción en concreto? ¿Alguna Casa Regente?

- ¿Aventurar? No, allí había material manufacturado por muchas Casas Regentes. No es posible saber quién era el suministrador.

- Bien, sigamos. ¿Qué paso las dos primeras noches?

- Usando los exoarmor, causamos mucho daño en la ciudad principal. Tuvimos apoyo con constantes bombardeos orbitales, pero los grupos de guerrilleros estaban bien organizados y disponían de armas con proyectiles. Tuvimos un diez por ciento de bajas sólo la primera noche.

- O sea que ¿eran milicianos entrenados?

- Sin ninguna duda.

- Bien, continúe Suboficial Jataq.

- Al amanecer del tercer día, la situación parecía controlada. La mayoría de los edificios y espacios públicos habían sido reducidos a ruinas y ya no había combatientes en las calles. Entonces avisé a mi oficial en órbita para que enviaran tropas de apoyo y así poder establecer un campamento base. Después, agrupe a mis hombres y les permití que se quitaran su armadura.

- ¿Por qué hizo eso?

- Una vez pacificada la zona, no vi razón para que siguieran llevando esa carga tan pesada. Llevábamos dos días enteros sudando y haciendo nuestras necesidades dentro de esas latas.

- Entiendo por sus palabras que las armaduras de batalla no son de su agrado.

- No, no lo son.

- ¿Por qué?

- No son honorables. Me gusta matar con mis propias manos.

- Entiendo –Jataq era un ser rudo y hosco, estar a su lado causaba una fuerte impresión. El funcionario tragó saliva y disimuló escribiendo unas notas.

- Las tropas de apoyo descendieron y montaron el campamento. Ya sin armadura, distribuí a mis hombres formando un perímetro de

seguridad.

- ¿Cnosos se quedó con usted?

- Así es, él y otros dos.

- Bien, bien. Continúe por favor.

- Cnosos estaba nervioso, aquella había sido su primera misión real y durante dos días, había visto mucha sangre. Era muy joven y había matado a mucha gente. No estaba acostumbrado a ver morir a tanto personal civil.

- Pero… en toda guerra hay bajas civiles. ¿Considera a Cnosos débil?

- ¿Ha estado en alguna batalla? –Jataq se inclinó hacía el funcionario con una mueca amenazante dibujada en su rostro

- No… no… -el funcionario se echó para atrás un poco. Una gota de sudor frío perlo su frente desnuda.

- Entonces usted no puede juzgar lo que es sensato en una batalla o cómo se pude sentir un hombre en esas circunstancias.

- Discúlpeme, tiene razón. Por favor, continúe.

- Entonces ella apareció -Jataq tenía deseos de estrangular al funcionario, pero se contuvo. –Una muchacha descalza y de aspecto desastrado. Recuerdo que tenía rasgos orientales y portaba un bebé. Se fue acercando poco a poco a nuestra posición.

- Y, ¿qué ocurrió?

- Yo intuí que portaba una bomba, la muy zorra la llevaba pegada a la manta con la que tapaba a su hijo. Entonces saqué mi fusil láser y la apunté…

- ¿Fue entonces cuando Cnosos trató de impedirle disparar?

- Si, él no pensó en la bomba. Aunque esta táctica kamikaze es muy utilizada por milicianos rebeldes. El sólo vio a una joven madre inocente que avanzaba para pedirnos ayuda.

- ¿Le paró o no le paró, el soldado Cnosos, en su intento por eliminar la amenaza? Recuerde que tenemos grabaciones de lo sucedido y recuerde, Suboficial Jataq, que esta conversación está siendo grabada.

- Lo sé muy bien –Jataq se enfureció, quizás merecía la pena que le ejecutaran si podía darse el gusto de matar a aquel hombre repelente. –Cnosos se tiró a por mí, pero conseguí esquivarle, tuve suerte.

- ¿Suerte? Su hazaña ha quedado registrada en los anales militares de la Hermandad. El mismo Patriarca quiere condecorarle y ascenderle al rango de Oficial. Usted pudo disparar al soldado Cnosos, derribándole, y aún le dio tiempo para ejecutar a la terrorista, neutralizar la amenaza y su intento fallido de volatilizar el campamento de avanzada de nuestra gloriosa Armada Sagrada.

- No olvide también que maté al niño… Lo digo para que lo subraye en su informe -los ojos de Jataq enrojecieron de impotencia.

Desde aquel día, no había podido dormir bien. Se tenía por un soldado y no por un carnicero. Los remordimientos le consumían.

- No se torture Jataq. Usted hizo lo correcto –el funcionario se anotó borrar ese comentario de la grabación y del informe final.

- ¿Qué le ocurrirá a Cnosos? No me permiten verle, ni hablar con él.

- El soldado Cnosos está en un centro médico de máxima seguridad en la Primera Ciudad de Los Peñones. Tan pronto como se restablezca, será ejecutado.

- Entiendo…

- Usted ahora no debe preocuparse ya por el soldado Cnosos. Ahora debe preocuparse por su nueva y prometedora carrera. Jataq, es usted un héroe para todos los mundos de la Hermandad.

- No me diga… -Jataq miró al funcionario con cara de asco.

8

"Y los malditos se despedazaran entre ellos. Lucharán por las cenizas de un mundo baldío. Será un tiempo de gran tribulación y sufrimiento pero, al final, los limpios de espíritu prevalecerán".

Extractos del sura 44, versículo 2112. Upanishads Sanatana Dharma

Las esplendidas columnatas y los estrambóticos edificios de madera y piedra de la Ciudad de los Grandes Puertos, se consumían bajo un infierno de humo y llamas.

Toda la ciudad era un caótico devenir de tropas de distintos colores y bandos luchando entre sí. El cielo estaba encapotado por el humo de los incendios. Mientras, algunos drakar se habían estrellado dando más combustible a las llamas y otros se mantenían suspendidos sobre la ciudad, en un intercambio constante entre los arqueros del reino de Esaú en tierra y los de La Orden en el aire.

Pazazu contemplaba la escena desde un drakar convenientemente aislado del bullicio, suspendido en el aire sobre el Gran Mar del Norte, a unos kilómetros del grueso de la batalla. El Igigi podía sentir la proximidad de su padre oscuro y de la sangre de los muertos. Aunque no les veía, podía sentirlos. Baalfegor se había unido a la lucha junto con Esaú, su nuevo vástago. Podía sentirlo perfectamente, amenazante, a pesar de la distancia.

Casi podía percibir como las dos sanguijuelas enemigas utilizaban sus propias garras para desmembrar a todos los incautos soldados de La Orden que se iban encontrando.

Desde luego, los de Esaú habían avanzado mucho en estos años. Sin duda ayudados por el ingenioso Baalfegor. Los aramitas renegados habían sido capaces de alcanzar una arquitectura tan bella como estremecedora. Quizás perdonara la vida a sus arquitectos…y aun así, las fuerzas de Esaú no podían compararse a las experimentadas tropas de Agarthia y aquel asedio sólo era el comienzo.

Pazazu se había enterado de la desaparición de Leopold durante su misión previa a la batalla, cuando rastreaba las proximidades del Dag-Guiora, pues el Igigi podía percibir como la esencia de Leopold, su hijo oscuro, había terminado por extinguirse. Aún no podía entender que había ocurrido, pero había perdido el vínculo mental que le unía con su vástago. Aquel era un problema que reclamaría su atención más tarde.

A una señal de Pazazu, nuevos drakares surgieron del desierto. La nueva escuadra había estado aguardando la señal su Igigi desde

posiciones menos elevadas, detrás de una formación rocosa en el desierto.

Los nuevos drakares eran algo distintos a los primeros. No transportaban ni arqueros, ni infantería y sí disponían de troneras y poderosos cañones.

El bombardeo a la Ciudad de los Grandes Puertos fue cruel y prolongado.

La Pirámide Negra tembló bajo el fuego repetido de los drakares de La Orden. Miles de aramitas e incluso las tropas previamente desembargadas de la propia Orden, perecieron casi al instante.

Los fuegos se multiplicaron y la antaño espléndida ciudad se transformó en una lastimera sombra de lo que una vez fue.

Esaú era un ser muy distinto al hombre que antaño abandonara a su hermano, Zebulón, moribundo bajo el filo de su espada traidora. Esaú había mutado a una forma bestial, producto de la evolución prolongada de los siglos tras el Urushdaur. El rostro de Esaú era cruel y pálido, estaba marcado con rasgos afilados y sus fauces bestiales mostraban sus colmillos prominentes. Tenía los cabellos largos y antinaturalmente blancos. Todo ello le daba la apariencia de una especie de bruja mitológica y maldita, a pesar que, a los ojos de su mancillado pueblo, aquella era la efigie sagrada de un joven dios bendecido.

Esaú luchaba sin cuartel franqueado por su guardia personal.

El Igigi utilizaba sus propias garras para atacar a sus enemigos.

El rey de los aramitas del norte descoyuntaba, con satisfacción y avidez, a los infantes de Pazazu que, incautos, se habían aventurado a tomar tierra.

Baalfegor le había abandonado momentos antes, cuando habían visto como la base superior de la Pirámide Negra se desmoronaba bajo el fuego de la artillería de los drakares.

Teóricamente, Baalfegor quería recuperar algunas de las sagradas pertenencias que permanecían en el interior de la Pirámide, antes de que esta se derrumbara completamente. Pero la realidad era bien diferente, aquel ser antiguo se había perpetuado durante tantos años por una sola razón: sabía cuándo debía retirarse.

Baalfegor había dejado a su inocente vástago luchando en su nombre, en una batalla que ya consideraba perdida. Desde luego Esaú sería una excelente distracción para Pazazu. Entre tanto, Esaú seguía combatiendo por las calles ruinosas de la ciudad.

Finalmente, los enemigos dejaron de llegar y Esaú y los suyos tuvieron un breve cuartel en medio de una encrucijada de callejas derruidas.

- Mi rey –un guardia apareció sorteando una columna de humo negro saliendo de una de las calles adyacentes.

- ¿Qué ocurre? –Esaú había terminado de despacharse al último soldado enemigo. Sus hombres estaban exhaustos y aprovecharon la pausa para respirar.

- Su esposa, la reina. El palacio ha sido bombardeado y ha caído.

- ¿Cómo dices? –la ira sobrevino a Esaú que agarró de la solapa al portador de las malas noticias y lo atrajo para sí.

- Mi señor… yo… -el pobre desgraciado no pudo decir nada más, antes de que Esaú le mordiera en la garganta, para después arrancársela, escupirla y luego bañarse con su sangre. Luego, Esaú se relamió la sangre con avidez. Un Igigi de su edad debía alimentarse casi constantemente. Esaú sintió las miradas horrorizadas de sus hombres, no podían entender su proceder.

- ¡Seguidme! -dijo a sus guardias. Los otros dejaron de pensar en lo sucedido y siguieron a su señor.

La guarnición del rey Esaú dobló una de las callejuelas empedradas, arrasadas por el humo y los continuos incendios.

Súbitamente, pareció como si la voz de los cañones enmudeciera, de repente se hizo una calma traicionera. Algo no le cuadraba. Aquella calma no era natural en medio de un asedio como al que se estaban viendo sometidos.

Esaú permaneció en guardia, expectante, como un felino depredador.

Por un momento, el rey Igigi se paró a pensar ante la mirada atenta de su guardia. Si seguían por allí, llegarían a las ruinas de su antiguo palacio, tal y como le había anunciado su última víctima. Aún podían retroceder.

Las dudas se acumulaban en la retorcida mente de Esaú.

- ¿Buscas algo? –dijo una voz que no ubicó, ni reconoció.

- ¿Quién eres? –Esaú se volvió y vio en un callejón al amenazante Pazazu. Iba ataviado con la armadura del Maestre de Agarthia y estaba solo.

- ¿Yo? Soy Pazazu, tu hermano oscuro.

- Yo no tengo hermanos. Sólo progenie engendrada por mi propia sangre. Soy el hijo unigénito del dios Baalfegor.

- Eso es lo que te ha contado el viejo Baalfegor. ¿No te ha hablado de la Ciudad Roja? ¿No te ha contado nada sobre los tiempos en que los Celestiales visitaban Aqueron?

- La Ciudad Roja solo es un mito.

- ¿En serio? –Pazazu se burló de Esaú.

- Tu pueblo aún no existía, ni tan siquiera los Pasos de Frontera pues, por aquel entonces, todo el desierto era un vergel exuberante. Muchos siglos antes de que la lengua que hablas empezara a ser usada yo era rey humano de la ciudad de Sippart y Baalfegor, por aquel entonces, un dios Anu errante. Expulsado de la cohorte de Rocamar

por su hermano Abaddón, un ser impío que buscaba venganza y un reino sobre el que edificar su propio imperio.

- ¡Mientes! –Los hombres de Esaú estaban asustados y no entendían lo que estaba ocurriendo. Aquel nuevo dios Igigi no entraba en los esquemas religiosos que les habían inculcado.

- ¿En serio? –Pazazu hizo un gesto con la mano y toda la guardia de Esaú cayó al suelo retorciéndose de dolor. Se escuchó un crujir de huesos y pocos instantes después, todos murieron.

- Pero, ¿qué has hecho? -Esaú estaba aterrado y confuso.

- Oh, no es nada. Desde luego, comparado con el poder de tu padre Baalfegor. ¿Sabes? nos volvemos más poderosos con el transcurrir de los años y Baalfegor lleva siglos y siglos siendo lo que tú y yo somos ahora. Más aún... Todos tenemos gran poder y todos poderes diferentes, ¿no te lo ha dicho, verdad? No le interesa que lo sepas –Pazazu le hizo una mueca, el rostro blanquecino del diabólico Igigi parecía una máscara impenetrable.

- Pero, ¿cómo es posible?

- Él necesitaba a tu pueblo para volver a reinar. Yo ya le vencí una vez y lo he vuelto hacer. No tiene tanto poder como para controlar a todo mi ejército. Nunca fue un buen estratega, nunca supo elegir a sus aliados –Pazazu se acercó un poco más a Esaú, parecía un espectro flotando entre la humareda. - Su plan fue siempre el quedarse con este planeta. Por ello, se equivocó entregando las Tablillas del Destino a la misma Cruzada del Mesías Rojo. Su hermano no se esperaba tal estratagema. Nadie estaba preparado para lo que después ocurrió, ni mucho menos el imprudente Baalfegor, a pesar de mis advertencias. Destruyó Aqueron y lo arrasó todo, solo para cumplir sus ansias de venganza.

- No entiendo nada.

- No, claro. Pero lo harás. Ven conmigo y podrás vivir. Si te opones a mi voluntad, te destruiré al igual que he destruido esta ciudad.

- Pero, ¿Baalfegor volverá?

- ¿Baalfegor? Habrá corrido a algún oscuro agujero donde lamentarse y enseñar a algún incauto sus trucos de feria. Ven conmigo Esaú, lucha junto a mí y juntos podremos controlar esta maldita roca. Yo no me preocuparía por él, me teme, no entiende de dónde he salido yo. Cree que soy un enviado de su hermano Abaddón que ha llegado para ajustar cuentas.

- Entonces, ¿cómo te sobreviviste?

- Yo sobreviví a aquel holocausto, al igual que él, enterrado por siglos en vida. Pero, a diferencia de él, yo sí entendí lo que estaba sucediendo. No era la primera vez que Baalfegor cometía tan maño error. Fue así como perdió el favor de su propio hermano. El terminó enterrado a más profundidad que yo, bajo varias toneladas de

escombros y arena y más aún, todo lo que yo puse encima de él, para que nunca volviera a ver la luz de sol.

- Pero, ¿Baalfegor escapó?

- Si, aún no lo entiendo, pero así lo hizo.

- Tu plan no resultó infalible –Esaú sonrió.

- No cometas el mismo error que Baalfegor, Esaú, no me subestimes.

- No lo haré –Esaú volvió a recuperar el entendimiento de la gravedad de la situación. Aquel ser era mucho más poderoso que él.

- Necesito que te decidas ahora, ¿te unirás a mí? ¿Me rendirás pleitesía y le dirás a tus ejércitos que se sumen a mis fuerzas?

- Lo haré, mi señor… -Y diciendo esto, Esaú rey de los aramitas renegados se postro ante Pazazu.

Esaú pensó que era el momento de sobrevivir y lo haría a cualquier precio. Aunque eso supusiera postrarse ante el traidor Pazazu, por ahora…

9

"Ahora en mi vejez puedo hacer una reflexión más calmada sobre mis logros y mis fracasos. La suerte no sonríe a la Casta de los Abramantes. Es posible que si las profecías no se cumplan, tengamos que hacer algo por ayudarlas."

Diario personal de Hammurabi, último emperador en el exilio de Dilmun.

Unos golpes fuertes y secos hicieron retumbar la tierra removiendo y abriendo lo que, durante largo tiempo, había quedado sepultado.

Una vez más, la luz del sol penetró allí donde la frialdad y la oscuridad de los siglos habían impuesto el silencio y la humedad. Tras una dilatada pausa, la pared se derrumbó dejando a la vista una cámara abovedada de paredes mustias y agrietadas hendidas por gruesas raíces y varios centímetros de polvo.

Armado con una linterna, Efraím Shazar penetró en la sala. Al principio le costó respirar, pero la emoción apremiaba más que la necesidad y muy pronto, se fue acostumbrando al claustrofóbico ambiente.

Tras este primer invitado, fueron apareciendo otros individuos, entre ellos, un hombre negro alto y delgado llamado Thomas, que era un ayudante contratado por Efraím y Eneas.

A Eneas le había costado ganarse la confianza de Efraím Shazar, pero al final, le había convencido de que era un ferviente enamorado de la historia y de que quería disfrutar de su permiso en las ruinas cercanas al Puesto de Avanzada para ayudarle en su investigación.

Al parecer, Efraím Shazar sabía algo más de lo que decía del diario de su difunta pareja, Martin Miles. El tal Martin había estado visitando aquellas ruinas años atrás y en varias ocasiones. Desde entonces, su carácter había ido cambiando. Según Efraím, aquel lugar era la obsesión de Miles y ahora Efraím se había obsesionado por averiguar por qué.

- Esta cámara está muy por debajo del nivel del suelo –dijo Thomas.

- Cierto, quizás es mucho más antigua –le respondió Efraím.

- Pero a su vez y por la configuración de la cámara, esta edificación es bastante anterior a la época de la Santa Búsqueda de la Hermandad. Me atrevería a afirmar, que es mucho más antiguo que las ruinas sobre su superficie. –concluyó el último.

- Apenas tenemos noticias de asentamientos en este emplazamiento posteriores a La Segunda Guerra Galáctica. Estas ruinas se usaron para

edificar una fortaleza cercana, nadie se molestaría en excavar para construir algo nuevo – afirmó Eneas.

- Alguien lo hizo y además, muy probablemente, después de que la Hermandad recuperara este feudo. Y dado que claramente no se trata de una tumba de un alto cargo de la Hermandad, es impensable que un caballero crosariano fuera enterrado en territorio apostata, por lo que la datación inicial no es correcta.

- Desde luego la cámara fue excavada en un tiempo en que la zona debía estar pacificada. Esta cámara no se construyó ni en un día, ni en dos… -dijo el alto.

- Entonces, no hay duda, se trata de algo anterior… –afirmó Efraím.

- Quizás la ciudad ya fuera un puñado de ruinas cuando alguien se planteó excavar y construir las edificaciones de superficie.

- Eso no lo dudes –continuó Eneas–, parte de las piedras de la antigua ciudad fueron los cimientos de la fortificación que luego fue la fortaleza de la guarnición de la Hermandad. Cuando los monjes guerreros pasaron por esta colina, sólo había piedras sueltas y edificaciones semienterradas, ya nadie recordaba nada de los primeros pobladores o del asentamiento previo al re-descubrimiento del planeta.

- ¿Qué es eso? -Thomas se paró en seco.

Ante la pálida luz de las linternas emergió una oquedad que había permanecido oculta, situada al fondo de la sala. Para asombro de los tres hombres, montada sobre una abertura de más de dos metros de largo y con forma rectangular, se asentaba una especie de sarcófago tallado en alabastro blanco, sobre el que yacía la una insólita efigie tumbada boca arriba con las manos asidas sobre su pecho.

Tras el primer impacto, los visitantes repararon en los dibujos y elaboradas tallas del sarcófago que, con singular destreza, representaban toda suerte de símbolos blasonados prestos a las más variopintas especulaciones.

- No veo un nombre o una marca… ninguna señal identificable –dijo el alto.

- Sí, es muy extraño, estos símbolos no pertenecen a ninguna orden que conozcamos… Espera… –balbuceó Efraím Shazar totalmente absorto–, eso parece una cruz abramantina, pero es algo distinta… ¿Podría ser incluso un símbolo alsimaico terrano?

Dos horas después, los tres hombres continuaban absortos en la observación y catalogación de tallas y objetos semienterrados por toda la sala.

- Esto es increíble… La talla tiene inscripciones en centauri clásico, un dialecto propio de la época pre-patriarcal de Saqqara y otra lengua que no consigo identificar –Eneas no daba crédito a lo que le

revelaban sus propios ojos–, ni siquiera hemos empezado a limpiar la sala y ya podemos ver referencias de las principales culturas de la época. ¿Quién demonios era este hombre?

- ¿Un pez gordo? Eso seguro –insinúo Thomas.

- Esto va a cambiar muchas de las cosas que habíamos dado por supuestas. Tenemos que avisar al Alto Mando, debemos desplazar equipo y personal a esta zona –dijo Eneas.

- Señores, creo que tenemos una justificación para parar las excavaciones en lado de la muralla –afirmó Efraím Shazar con una sonrisa en los labios.

- ¿Parar las excavaciones? –se rió Thomas –, este lugar puede ser un reclamo importantísimo para la inversión directa de Dilmun en el enclave. Puede que tengamos asegurados varios años adicionales de becas de investigación gracias a nuestro desconocido amigo.

- Voy a salir. Avisaré al resto –dijo Thomas limpiándose el sudor y el polvo de la cara con la manga de su chaqueta.

- Espérame, necesito respirar –le dijo Eneas.

- No tardéis –dijo Efraím Shazar–, no querría toda la gloría para mí solo. Aún queda mucho que hacer antes de que entren los estudiantes a limpiar este sitio.

- ¿Estudiantes? Mi querido Efraím, antes de que nadie vuelva a entrar aquí, seguramente habrá que informar y esperar la visita de una delegación del Ministerio de la Guerra. Este descubrimiento es demasiado importante.

- Un momento… ¡No podemos parar esto! es demasiado importante para sellar el sitio hasta que lleguen los burócratas.

- Bienvenido a la realidad, mi querido Efraím -dijo Eneas-, desenterrar vasijas y huesos sueltos es una cosa, pero esto… es algo muy distinto. Disfruta el rato que te queda, porque intuyo que tardaremos algunos meses en volver a entrar.

- Pero en un mes yo debo regresar a Dilmun. Mi permiso está prácticamente terminado.

- Lo siento mucho, Efraím. Sé cómo te sientes –le dijo Thomas mientras le ponía la mano en el hombro.

Pocos minutos después, Eneas y Thomas abandonaron la sala rumbo al campamento de trabajo. La sala quedó una vez más en silencio, mientras Efraím Shazar continuaba su inspección.

Efraím Shazar se sentía traicionado por el destino, abandonado a una suerte injusta. A escasos días antes de su retirada definitiva del proyecto, si las predicciones de sus colegas se cumplían, jamás podría estudiar el hallazgo que tanto trabajo le había costado encontrar y el sueño de Miles se truncaría.

Efraím empezó a tantear los relieves del sarcófago limpiando el polvo acumulado por el paso de los siglos. Para su sorpresa, algo sonó

hueco en la base del sarcófago donde, teóricamente, debía ser todo sólido para soportar el peso de la estructura.

Continúo tanteando. Para su asombro, al poco tiempo, encontró una fisurita pegada a una de las cruces labradas en el alabastro. Aquella cruz resultó ser una especie de mecanismo móvil adherido a la base del sarcófago.

Efraím giró la cruz, aún a sabiendas de que lo que estaba haciendo se salía de la rigurosa y ortodoxa metodología de trabajo que todo buen profesional de la arqueología debía observar.

La cruz giró y una tapa saltó a los pies del sarcófago. Un gas de color gris fue expulsado con furia por la abertura. Efraím Shazar se incorporó y retrocedió asustado.

La tapa del sarcófago empezó a abrirse, el gas hacía que el ambiente se hubiera tornado con cierto aspecto onírico.

Una sombra cubierta por una toga, a modo de mortaja raída, se levantó del sarcófago y se volvió hacia Efraím Shazar que no tardó más de dos segundos en desmayarse por la impresión y caer de espaldas.

¡Aquello no era un sarcófago! era una cámara de hibernación terrana...

CINNIA

10

“El éxtasis de la sangre y la carne humana, su lujuria… ¿Cómo entender? ¿Cómo hacer comprender a los humanos cuanto los amamos y cuanto los necesitamos?”

Reflexiones secretas del Rey Dragón de Erebus, Akibel

Cinnia salió a la gran balconada de la torre de marfil de su palacio. Se trataba de una estructura tubular que sobresalía, emanando de una enorme formación rocosa de color bruno y, bajo esta, la ciudad subterránea capital de los drakonianos se extendía como una maraña de galerías infinitas e intercomunicadas.

Era de noche en el continente central del planeta Drakon y las estrellas podían admirarse con total nitidez. Gracias a sus agudos sentidos Igigi, la Reina Dragón podía ver perfectamente a pesar de la nocturnidad imperante. Más allá, se extendían los grandes mares de sal multicolores, que tintaban gran parte de la superficie del desértico mundo capital de la Casa Regente de Drakon.

A diferencia de sus congéneres masculinos, las mujeres Igigi mutaban de forma radicalmente diferente. Lejos del aspecto bestial que presentaban los varones, el cambio para las hembras era absolutamente opuesto. La mutación era sensual y atractiva desde la óptica humana. Su piel, efectivamente, palidecía, rasgo inequívoco de la constante anemia crónica que asediaba a estas criaturas debido a su necesidad antropófaga. Pero tanto sus facciones, cabellos, como formas y líneas, se tornaban insólitamente irreales.

Las Señoras Igigi eran bellas y hermosas a los ojos de los hombres comunes. Tanto que muchos daban su vida voluntariamente con tal de poder tenerlas entre sus brazos, obnubilados por un sentimiento amoroso que los trastornaba y empujaba a la más horrorosa de las demencias.

Cinnia conservaba su porte delicado y distinguido. Sus largos cabellos lacios y azabache le colgaban por debajo de la cintura. Aún conservaba ese halo inocente que una vez enamoró al Mesías Rojo de Aqueron, Jonah Fox, y quizás en lo más profundo de su ser, aún guardaba parte de aquella personalidad humana soterrada. Aunque los años habían calmado la agresividad que había caracterizado sus primeros pasos como Igigi, y que la había hecho culminar una gran campaña de destrucción en el Gran Norte de Aqueron, algo que

enamoró al mismísimo Abaddón y que la hizo estar por delante de Igigis tan antiguos y reconocidos como el temible Aedh Drummond de Morgay. Algo que Aed, o el propio Akibel, nunca le perdonaron. Pero todo había cambiado desde aquel tiempo remoto, ahora era una hábil diplomática y una experta estratega, versada en todas las sutilezas del arte de la política y la guerra.

En aquella ocasión, la reina se cubría con un vestido largo de seda nevada que dejaba traslucir sus sensuales y juveniles formas. A pesar del peso de los siglos, Cinnia seguía pareciendo la muchacha cándida y virginal que Abaddón tomara y convirtiera en el remoto mundo de Hades siglos atrás.

Según se decía, Abaddón y ella habían sido amantes durante mucho tiempo. Al parecer, todo eso cambió cuando Abaddón sometió al Urushdaur a más humanos y los transformo en nuevos Señores Igigis. Poco después el dios Anu encontró nuevos favoritos entre su descendencia. Muy pronto el amor se convirtió en odio.

Cinnia era pues una de las más antiguas entre los Reyes Dragón y por tanto, una de las más poderosa.

En las antiguas guerras terrestres de Hades, Cinnia era casi siempre la Señora Igigi que más territorio ocupaba en el planeta previó a su expansión por la galaxia y sin embargo, sus continuas disputas contradiciendo a Abaddón acabaron terminando por ponerla en una posición de clara debilidad frente al resto de miembros de su linaje.

Cuando la grandeza del Imperio fue repartida entre los Reyes Dragón, Abaddón puso una vez más en una posición de debilidad a su antigua amada, dándole el menor número de recursos disponibles para comenzar su reinado. La adversidad obligó a la antigua Reina Dragón a agudizar su ingenio al máximo para no ser destruida rápidamente por sus hermanos.

Al no tener ningún apoyo más que sus propias dotes, Cinnia trabó una alianza secreta con los drakonianos, auto-obligándose a no consumir humanos y sí animales para alimentarse. A cambio los drakonianos se entregaron fieramente a su nueva señora, desarrollando para ella la mejor tecnología de escudos de defensa del universo humano.

Desde sus ciudades subterráneas, los hábiles tecnólogos drakonianos vivían en libertad y concordia con sus nuevos señores, la prole Igigi de Cinnia.

Un guardia drakoniano apareció de improviso portando un fusil ritual, se cuadró ante su reina esperando que esta le diera la venia para hablar.

Cinnia se volvió hacia el guardia y le hizo un gesto aburrido para

darle permiso.

- Salve, mi Reina –el guardia lucía una túnica parda de grandes pliegues, turbante y un velo ritual que cubría su rostro. Tan sólo sus ojos oscuros eran visibles. Los drakonianos eran una raza cultural y étnicamente similar a los antiguos beréberes de los desiertos de la vieja Gaia y veían a Cinnia con adoración y fanática lealtad.

- Habla… -dijo Cinnia.

- El ministerio de comunicaciones nos ha enviado un mensaje codificado que está dirigido a vos, mi Reina –el guardia extendió un pergamino digital enrollado.

- ¿Quién lo envía? –Cinnia se mostró sorprendida. En aquel ambiente seco, la sangre del guardia era más fácil de percibir y se hacía mucho más difícil resistirse.

- Es un mensaje codificado de la Casa de Erebus. Os lo envía el Rey Dragón Akibel.

- ¿Akibel? –hacía más de dos siglos que no intercambiaba ningún comunicado con el Igigi del mecanizado mundo de Erebus. Realmente, la Casa de Erebus y la Casa de Drakon eran competidoras a la hora de vender sus manufacturas tecnológicas y aunque Erebus siempre había sido muy superior a Drakon, si lo que se buscaba era precisión y no buen precio y cantidad, las Casas Regentes sabían dónde acudir.

- Así es mi Reina –el guardia entregó el pergamino a la reina que lo desenrolló lentamente mientras los signos e imágenes se iban dibujando poco a poco sobre su superficie, activados por el contacto con el ADN de la receptora.

- Puedes marcharte pero antes de irte, ordena a mis criados que me traigan carne y sangre fresca. De primate recién sacrificado, si es posible -era lo más parecido a los humanos, aunque ese comentario se lo ahorro para sí.

Cinnia examinó la información, podía leer a simple vista lo que para los ojos de los simples mortales estaba vedado. Akibel le invitaba a una conferencia secreta en el lejano mundo de Erebus, sede de su Casa Regente. Agagliareth de Crosaurius, Amazarac de Ragnarök, Anazareth de Alfa Centauri, Aedh Drummond de Petrus, Narfater de Aqueronte, Andreas de Arcadia y Alqqeshotep de Estigia también estaban citados.

Desde luego Akibel estaba preparando algo, no sólo por lo raro e inusual de convocar a tantos Reyes Dragón, sino por el hecho de que entre ellos no se contaran ninguno de los más fieles servidores de Abaddón. No estaban ni el Gran Ayatolá de La Hermanad Sidi Alsima, ni Saqqarh de Ítaca, ni tan siquiera Astarot de Saqqara.

Poco después una sirvienta embutida en un burka negro, que la

tapaba casi por completo, le trajo una bandeja de bronce bruñido sobre la que se aposentaba un cáliz de oro repleto de sangre y vísceras recién extraídas.

Obnubilada con el pergamino y embelesada en sus propias cavilaciones, Cinnia no prestó atención a la sirvienta. Simplemente se limitó a tomar el cáliz y a beber de él con ansia, sin quitar los ojos de los ideogramas del pergamino.

Poco después la sirvienta tendió un lienzo blanco a su reina para que se limpiara la sangre de la comisura de los labios, Cinnia lo tomó y se limpió.

- Llama al oficial que esté de guardia y dile que preparen mi fragata de guerra personal. Quiero partir lo antes posible.

- Sí, mi Reina –la sirvienta inclinó la cabeza en signo de sumisión y se marchó por donde había venido.

ESAÚ

11

“No pocos serán los olvidados, pero los fieles no. Como Abydos blandiendo su martillo sagrado, ellos prevalecerán por siempre ante la visión de la Diosa y su Gran Espíritu”

Extractos del sura 44, versículo 2114. Upanishads Sanatana Dharma

Aquella incursión había sido una mala idea. Kumar había caído enfermo y tras las fiebres había llegado a la inconsciencia. Los monjes hablaban de que su enfermedad estaba llegando a la fase final. Hacía ya dos meses que no había podido ejercer de oráculo y tanto Ragnar como los demás se sentían huérfanos y sin guía, corriendo por una pradera llena de agujeros y trampas.

Los pellejudos lulu les habían sorprendido cuando intentaban alcanzar la antigua aldea de los Dag. Era increíble que después de tantos años, aquellas criaturas horrorosas siguieran arrastrándose hambrientas por aquellas tierras agrestes y no se hubieran terminado por consumir presas de la putrefacción.

Charlize y Ragnar comandaban una patrulla a lomos de los meharis traídos por los aramitas de Bahadur. Dos jinetes habían caído al ser cogidos por sorpresa bajo las garras de aquellas bestias demoníacas. Sus gritos sirvieron de aviso para el resto de la patrulla.

Bruscamente, una liana fue tendida entre los dos extremos de un lindero boscoso, los jinetes tropezaron al caer en la trampa. Sin escape, fueron derribados de sus monturas, para entonces los espectros ya se habían congregado en multitud y los perseguían a la carrera. Como bestias carroñeras se lanzaron sobre sus presas para devorarlos.

Más tarde o más temprano todos los jinetes fueron desmenuzados, todos menos Charlize y Ragnar que, inexplicablemente, quedaron rodeados por los putrefactos antropófagos sin salida.

Charlize se había convertido en una mujer hermosa y sensual. Los años transcurridos, lejos de eclipsar su belleza, la habían hecho aún más perturbadora. Aquella cría asustada y sola que rescataron Nejmad y Ragnar tantos años atrás, se había convertido en una guerrera serena y fiel al servicio de la causa del Mesías Rojo y desde entonces hasta ahora, Charlize había sido como una hija para Ragnar.

De entre la espesura surgió una silueta. En un principio, Ragnar no reconoció a Esaú que, embutido en una armadura, les sonreía con ostentación.

- ¡Ragnar, hijo de Samos! qué agradable encuentro –dijo el Igigi.

- ¿Cómo conoces mi nombre, bestia inmunda? –le espetó el caballero.

- Sé muchas cosas sobre vosotros dos. Mi señor Pazazu es el amo de Aqueron. Él, es el más sabio de entre todos los Señores Igigi.

- No sois más que demonios –Ragnar escupió sus palabras.

- ¿Demonios? si… quizás tengas razón. Pero estos demonios saben de vuestra existencia, muy pronto tomarán las sendas que conducen a las montañas y encontrarán vuestra ciudad sin nombre y ese día, los que sobrevivan nos adorarán como a sus verdaderos dioses.

- El Mesías Rojo no lo permitirá –dijo Charlize indignada.

- ¿Quién? ¿Ese muchacho insolente? No tiene poder alguno, sólo es un simple humano.

- No te diremos nada más –sentenció Ragnar. Sabía que aquel era un juego que usaba el Igigi para sacarles información.

- ¿No? Quizás no quiera esa información, quizás sólo pretendo cazaros y de paso divertirme un poco -Esaú se acercó y los espectros lulu, le abrieron paso en el círculo que los rodeaba. Esaú parecía relamerse.

- Podrás matarnos sanguijuela, pero no sacarás nada más de nosotros –dijo Charlize.

A una señal de Esaú los espectros asieron a Ragnar y lo inmovilizaron. El caballero trató de resistirse pero todo esfuerzo fue inútil. Esaú avanzó hacia Charlize, la doncella trató de resistirse golpeándole, pero Esaú, lejos de ser dañado por las patadas y puñetazos de Charlize, parecía divertirse con la resistencia que esta le ofrecía.

Finalmente la retuvo y la inmovilizó, por un instante se fijó en ella. Le pareció muy hermosa y atractiva. Una perla reluciente en el páramo, -un bocado aún más apetitoso -pensó para sí y utilizando sus garras, le rasgó sus vestiduras.

Los sonrosados pechos de Charlize quedaron al descubierto. De un golpetazo, la tiró al suelo y comenzó a violarla ante la atónita mirada de Ragnar. Con cada arremetida de la bestia, Charlize chillaba de dolor, desgarrada por el monstruo amoral y mísero.

Totalmente desbocado Esaú le lamió el cuello con ternura. Acto seguido la mordió y comenzó a extraerle la sangre. Ragnar gritó henchido de ira, insultando a la bestia y después, se echó a llorar. Cuando Esaú terminó, se levantó y se subió los pantalones. La pobre chica yacía en el suelo inconsciente y con la tez pálida, como dormida sobre un charco de sangre espesa y caliente que no paraba de manar de la herida de su carótida.

Esaú miro a Ragnar con una sonrisa de victoria, había disfrutado viendo su sufrimiento. Cuando se cercioró de que el dolor de su enemigo ya no le provocaba placer, decidió matarle y a una señal suya, los lulus comenzaron a desmembrar y a devorar al caballero. Los gritos de Ragnar retumbaron en la jungla y después se hizo el silencio.

Esaú se volvió hacia Charlize. La vio frágil y apetecible tendida en el suelo e impotente. Aún estaba excitado por la lujuria de sangre.

A pesar de que Pazazu le había ordenado que no ejecutará el Urushdaur con más humanos. Esaú hizo caso omiso a las leyes de su nuevo amo. Aquella mujer se le antojaba irresistible y si no hacía nada para remediarlo, muy pronto moriría fruto de las hemorragias… -¿Por qué no? -se dijo para sí y acto seguido, se acercó a Charlize y le contuvo la hemorragia con sus artes oscura.

ANDREAS

12

“El universo es un mar de posibilidades, de negocios por explotar y de todos ellos, el que más me gusta, el que más me estimula, sin duda, es el negocio de la guerra.”

Reflexiones secretas del Rey Dragón de Erebus, Akibel

La población de Arcadia se componía esencialmente de agricultores y ganaderos. Se trataba de un mundo de praderas suaves, mares tranquilos, climas benévolos y primavera eterna.

El Rey Dragón de Arcadia, Andreas Lampert, proseguía la política de los antiguos gobernadores del sistema, al hacer de Arcadia el granero del Imperio.

El pueblo de Arcadia profesaba una variante poco ortodoxa del culto Menoch, por lo cual, Andreas tuvo aún menos problemas en adaptar su religión a sus propios intereses.

Tras su llegada, Andreas se hizo identificar con una deidad local consiguiendo enseguida la sumisión y la lealtad del pueblo arcadiano.

En Arcadia no había Torres del Dolor pero si grandes templos de la sangre, donde su población competía porque un miembro de su familia se inmolara como sacrificio a sus dioses Igigi, pues tener un sacrificado en la familia era un reconocimiento de posición y privilegio entre su numerosa población. Como el mayor de todos los honores, reportaba cargos en la administración púbica e incentivos fiscales para los negocios familiares.

Andreas formó un ejército y edificó poderosas ciudades-escudo gracias a los excedentes alimenticios con los que comerciaba Arcadia. El culto del sacrificio estaba relacionado con el renacimiento de la tierra. Sin buenos sacrificios, las cosechas y los inviernos, controlados por los satélites de control climático de Andreas, serían malos y no se produciría lo suficiente, afectando a la supervivencia de la numerosa comunidad.

"¡Que distinto era aquel mundo granja al Londres victoriano, sombrío y oscuro, que había dejado atrás junto a Narfater!", apenas recordaba sobre aquello... prefería no recordar, pues la esencia humana y melancólica seguía muy presente en la personalidad actual del Rey Dragón y ni los años, ni la transformación del Urushdaur, habían conseguido borrar aquellos sentimientos contradictorios, impropios de un ser de su naturaleza.

Aquella tarde, Andreas, Rey Dragón de Arcadia, se sentó tranquilo entre las dunas justo al borde de la orilla de su playa favorita, ensimismado en sus propios pensamientos. Por un instante escuchó en sus recuerdos su antiguo nombre completo “Andreas Lampert”. No muy lejos, sonaba la Sonata Melancólica Opus 49 de Michael Krücker que tanto le había gustado interpretar siglos atrás proveniente de una esfera metálica, suspendida en el aíre cerca de él, que le proveía de esos pequeños placeres que tanto le agradaban..., como la música.

Aquel rojo atardecer de colores cálidos y sensuales presentaba hambre de horizontes y sed de vientos más frescos. Tranquilo pero a la vez distraído, bebió de un cáliz colmado de sangre aposentado en la arena de la duna y lo saboreó despacio, concentrado en el cuidadoso deleite de toda la exagerada gama de sensaciones que aquel preciado elixir le provocaba. Nada más le importaba. Nada más tenía sentido.

Por un instante, rió al pensar que hace tan sólo unos días se hubiera irritado si alguien le hubiera mencionado algo acerca de su propia mortalidad. ¿Cómo poder tan si quiera sospechar lo inevitable del cambio?

Ahora era demasiado tarde para arrepentirse, era demasiado tarde para llorar. Al final, después de tantas guerras, de tantas luchas y sueños, lo había conseguido, el fin había llegado como consecución inequívoca de todos sus sueños, de todas sus esperanzas y de todos sus logros, que ahora no significaban nada.

¿Qué era él? Un líder arrogante y poderoso, comandante en jefe de una más de entre todas las poderosas y orgullosas Casas Regentes.

Se había encolerizado al pensar en la venganza que la desesperanza de las masas de desheredados había provocado en sus ciudades.

Un cañonazo para contestar el silencioso siseo de una mosca. ¡Qué lejos quedaba ya su historia como ser humano! "¿Le lloraría Narfater?, estaba seguro de que no."

Había enloquecido creyéndose un justiciero divino, matarife y regente de entre las gentes de Arcadia y sus colonias. Así pues, había rechazado la oferta de Akibel.

Inmediatamente después, las máquinas de guerra de la Casa Regente de Erebus se habían puesto en actividad, respondiendo silenciosa y automáticamente. Todo ello ejecutado con fría, mecánica y eficaz presteza.

Andreas lo sabía bien, lo había visto todo desde la consola de control en el trono de su palacio. Era el privilegio y el tormento de quien tenía su posición. Pero estar mejor informado no le hacía más feliz y menos en aquel miserable momento.

Finalmente, Akibel lo había conseguido, había gestado un arma capaz de arrasar mundos enteros que terminaría por cambiar el equilibrio de poderes entre todas las Casas Regentes. El universo humano ya nunca volvería a ser el mismo. No se había molestado en avisar a la Hermandad o a la Casa Imperial. ¿Por qué? si él y su pueblo debían sufrir aquel destino cruel, no se irían solos al infierno.

Apenas faltaban quince minutos para que una gran ola emergiera del océano y arrasara la playa en la que se encontraba y más aún. A miles de kilómetros, tierra adentro, todo quedaría totalmente arrasado y después, una onda abrasadora terminaría por freír la superficie planetaria, para luego convertirla en un mundo inhabitable dominado por tormentas y radiación.

Andreas ya no podía hacer nada para impedirlo. Los generales de La Casa Regente de Arcadia habían sido comprados y su antaño vigorosa flota había cambiado su lealtad, ahora rendirían pleitesía a la Casa de Erebus. Las más de cincuenta mil colonias dominadas por Arcadia serían controladas por un nuevo amo.

Akibel ya era poderoso pero con aquella jugada se había convertido en el tercer Igigi más fuerte, tan sólo superado por la Casa Imperial y la Hermandad.

Vidas, edificaciones, infraestructuras y una historia de siglos se borrarían para siempre en apenas unos momentos. ¿Para qué escapar?, ¿para convertirse en un paria? un rey sin reino, presa fácil para advenedizos de tercera clase… No, era mejor morir como rey que vivir como esclavo…

Andreas sonrió para sí, -¿por qué llorar?, ¿por qué enfrentarse a lo inevitable?, ¿por qué no brindar con una copa repleta de sangre caliente y espesa?, sentarse y relajarse contemplando el último atardecer de un gran pueblo, sentado en una duna de su playa favorita.

GRACO

13

“La Yihad será como la marea. Antes de ella nada se percibe, todo es calma y después de ella, nada queda para recordar la calma.”

Extractos del sura 44, versículo 2116. Upanishads Sanatana Dharma

El hemiciclo de audiencias del palacio del Senescal de Dilmun era una sala amplia, pero al igual que la mayoría de las construcciones de la ciudad, se caracterizaba por ser una estancia espartana y sobria, con las paredes características, gris metalizado.

El Senescal Graco era un sexagenario que lucía un profuso bigote rizado color ceniza e iba embutido en un uniforme blanco de cuello Mao, con el emblema corsario bordado en su pecho: Una mano abierta con un ojo dentro.

- Efraím Shazar fue convertido y transformado en un abrir y cerrar de ojos. Aquella criatura gozaba de un poder que jamás habíamos visto u oído antes, de eso no me cabe duda. Había practicado el Urushdaur con Efraím en apenas unos instantes y sin la preparación o el instrumental previo, que creíamos era necesario para su realización –dijo Eneas que, luciendo el uniforme de gala rojo con ribetes negros de La Armada Corsaria, permanecía con aire marcial, en pie y con las manos cruzadas hacia atrás, frente al estrado ubicado en perpendicular al trono del Senescal.

- Continúe, capitán Eneas –dijo Graco, el cual terminó clavando sus ojos en los de Laertes que les observaba con gesto preocupado desde uno de los estrados cercanos, rodeado de altos funcionarios y cargos militares.

- Entramos en la cámara al poco tiempo, pero el sarcófago ya había sido despresurizado por Shazar y el Igigi había conseguido despertarse y atacarle con presteza. Tuvimos suerte e inicialmente, no se percató de nuestra presencia.

- ¿Afirma pues que se trataba de un Señor Igigi?

- Así es. Este ser era antiguo y muy poderoso, aunque no lo teníamos registrado en nuestras listas de Reyes Dragón. Debió ser castigado por Abaddón o tener otra procedencia.

- Y, ¿qué ocurrió?

- Reaccionamos bien y conseguimos abatirlos a ambos. Eso sí, no sin antes recibir alguna embestida por parte del monstruo –algunas voces se alzaron indignadas. Shazar era muy querido en ciertos ambientes académicos y su misteriosa muerte a manos de un militar no era bien aceptada–, de hecho, el oficial Thomas continúa ingresado en el centro médico del puesto de avanzada –Eneas no se contuvo y fulminó con la mirada a los que alzaron sus voces, que enseguida enmudecieron.

- ¿Cómo pudo Efraím Shazar localizar la tumba?

- Debido al diario del arqueólogo Martin Miles que obraba en su poder.

- ¿Martin Miles viajó alguna vez a la ubicación exacta del sarcófago –le interrogó el Senescal.

- No, nunca fue.

- Entonces, ¿cómo se lo explica?

- Creemos que Miles fue influenciado por la conciencia astral de ese ser. Al ser tan antiguo y poderoso, pudo localizarle de alguna manera –tras las palabras de Eneas se escucharon todo tipo de murmullos en la sala.

- Pido la palabra, Señoría –Laertes se alzó en la tribuna. El Senescal miró a Eneas y este asintió, por lo que Laertes obtuvo permiso para hablar.

- Proceda Laertes, le escuchamos.

- Verá Senescal y con la venía de esta augusta sala. Esto no hace sino confirmar mi teoría y nos obliga a actuar con absoluta presteza. Es de capital importancia para Nemeron y sus gentes que actuemos ya.

- Explíquese –toda la sala enmudeció.

- Como ya saben, llevo años investigando en todos los niveles sellados. Recientemente, realizamos un descubrimiento increíble y esperaba este momento para darlo a conocer –los murmullos continuaron.

- Y, ¿qué descubrimiento tan extraordinario es ese? -el Senescal parecía aburrido.

- Se trata de un cristal de memoria, uno muy especial –Laertes sonrió mirando a Eneas.

- ¿Nos va a hacer esperar mucho más? –le reprimió el Senescal, que ya empezaba a perder la paciencia ante tanto secreto.

- Desde luego –Laertes se volvió hacia el Senescal–, discúlpeme. Se trata del testamento del último emperador de Nemeron, el gran estadista Hammurabi –súbitamente, la sala enloqueció. La gente parecía perpleja. El Senescal se quedó ronco de pedir que volviera la

calma.

- Por favor Laertes, continúe –le imploró el Senescal, sorprendido y con los ojos abiertos como platos.

- Como ya se pueden imaginar, nobles dignatarios, el cristal guarda mucha información: datos increíbles sobre elementos de la mecánica de la ciudad, que aún hoy nos estaban vedados. Pero eso sólo es un pequeño porcentaje de lo que encierra, el cristal habla de las previsiones de Hammurabi.

- ¿Para con la nación de Nemeron? –preguntó Eneas mientras los rumores seguían creciendo.

- Sí, así es. Sin tener presciencia, Hammurabi predijo la decadencia industrial e intelectual de esta sociedad, evidentemente no contó con un factor unitario no computable, algo que haría variar un poco la tendencia establecida.

- ¿Cuál? –preguntó el Senescal.

- Pues mi llegada, claro –dijo Laertes tratando de quitar hierro al asunto. Tras el chiste hubo algunas risotadas, pero en general, aquel era un tema muy serio para los corsarios.

- Por favor, Laertes –le imploró Eneas.

- Pues verán, lo cierto, como ya he dicho, es que predijo el desastre y el colapso final. Se trataba de un hombre muy inteligente y culto y dedujo que, si la tendencia se mantenía, la raza humana jamás y repito jamás, recuperaría su libertad –los murmullos se acrecentaron una vez más. Pues como podemos observar nosotros somos cada vez más débiles y decadentes y ellos, cuanto más antiguos son, son más fuertes.

- Señorías, por favor… -el Senador trató de imponerse.

- La cuestión es que Hammurabi al verse sin descendencia y con una sociedad encaminada al colapso, trazó un plan para evitar lo inevitable.

- Continúa –dijo Eneas.

- Hammurabi ordenó buscar un mundo olvidado por los Señores Igigi, relativamente tranquilo, donde poder iniciar su experimento.

- Y, ¿ese mundo existe?

- No sólo existe, sino que, además, sigue sin estar controlado por ninguna Casa Regente. Aunque en el pasado y solo nominativamente, el sistema pertenecía a la Casa de Erebus.

- Y, ¿cuál es su nombre?

- Aqueron –y Laertes dejó que la palabra se deslizara por el aire como una hoja movida al viento.

- ¿Aqueron? – repitió el Senescal.

- Así es, un mundo borrado de nuestros archivos deliberadamente.

- Y, ¿eso por qué?

- Como ya saben, Nemeron sufrió la misma suerte, fue borrado de los bancos de memoria imperiales para preservarlo de futuras localizaciones y gracias a esto, ningún Igigi lo ha encontrado hasta ahora.

- Aqueron era la versión reducida de Nemeron. Un experimento oculto a los ojos de los Igigis y de los Corsarios. El plan requería tiempo y Hammurabi no quería que las ansias o la impaciencia de su pueblo lo descubrieran antes del momento indicado.

- Y ese mundo, ¿por qué no está controlado por los Señores Igigi?

- Bueno, realmente no estamos seguros de que no lo esté, creemos que no. La ficha dice que estalló un artefacto nuclear que lo hizo en su mayor parte inhabitable. Por esto, la Casa de Erebus decidió abandonarlo a su suerte. Los investigadores de Hammurabi localizaron algunas poblaciones supervivientes, casi no contactaron con ellos, tan sólo con una casta sacerdotal.

- Y, ¿cuál era el plan?

- Había varios planes: uno era convertir a Aqueron en un arsenal, para ello Hammurabi escondió en ese mundo la astronave más grande y poderosa que el Imperio antiguo construyera jamás; una nave conocida como Aurantia, capaz de transportar a más de un millón de almas y que guardaba, según sus escritos, más de mil cazas de combate en sus dársenas. A su lado, nuestro prometedor Gilgamesh y sus veinte cazas de combate no deja de ser una bicicleta.

- ¿Por qué ocultarían los antiguos emperadores semejante arma?, ¿por qué no utilizarla? No tiene sentido.

- Abramantes sólo supo de su existencia cuando llegó a Nemeron. El emplazamiento de fabricación había sido un secreto, uno de tantos proyectos controlados por el alto mando militar. Saber todo lo que había y lo que dejaba de haber en el Imperio, que controlaba más de un millón de planetas, era imposible. Sólo bajo el reinado del emperador Deméter, hijo de Abramantes y bisabuelo de Hammurabi, la nave y su base secreta fueron localizadas y tan sólo bajo el reinado de Hammurabi, una misión secreta pudo recuperar la Aurantia y sacarla de territorio hostil sin ser detectada. Los Igigis jamás supieron de su existencia.

- Pero, ¿por qué la querría ocultar Hammurabi? –preguntó Eneas.

- Hammurabi ya había elaborado su plan cuando sus capitanes encontraron Aurantia. Aurantia sólo era una pieza más en el entramado.

- Pero, ¿dónde escondieron la astronave?

- No estamos seguros. El texto habla en clave, explica algo de una

zona con muchas lagunas pero no sabemos mucho más.

- Y, ¿el resto de planes?

- Hammurabi hizo pruebas genéticas con los monjes de Aqueron. Introdujo ADN Igigi para poder emular sus poderes sin transformarles. También introdujo variantes en su culto Neo-Menoch para que los monjes aceptaran aquello como una enfermedad sagrada. Lamentablemente la cosa no salió bien del todo. Aunque los monjes en algunas generaciones fueron adquiriendo poderes, al final el poder les iba consumiendo y terminaba por manifestarse en forma de terribles enfermedades degenerativas.

- Entonces, ¿no sirvió de nada? –le interrogó el atónito Senescal.

- Al final sí. Según el archivo de Hammurabi encontraron una solución al problema: un clon mutado con el ADN Igigi agregado.

- ¿Un clon de quién? –Eneas no podía contener su emoción.

- Un clon del mismísimo emperador fue creado a su imagen y semejanza, pero con la edad de un niño y los poderes de los Señores Igigi, aunque sin su debilidad por la sangre.

- No puedo creerlo.

- No solo eso, estamos hablando de que ese ser es el heredero vivo y autentico al trono del imperio humano y no solo eso, quizás la función tuvo éxito, dado que no olvidemos, la casta de los emperadores es la estirpe de Nazarius Damocles. Aquel que contrajo matrimonio con la hija del primer Mesías Rojo de Crosaurius y que por tanto llevaba su sangre. - La sala era un bullir de voces y rumores sorprendidos y una mezcla de fervor religioso incontrolado.

- Aqueron sería su campo de pruebas final, pero la nave que los transportaba se perdió y poco después, el emperador murió y con él todo su proyecto secreto. Su cámara fue cerrada, hasta ahora.

- Espera, espera… creo que no entiendo casi nada, ¿se perdió? –a Eneas le costaba asimilar tanta información.

- No lo sabemos con seguridad. Todo estaba preparado para la llegada del clon a Aqueron, inclusive los monjes tenían sus propios mitos y crónicas sobre la llegada de un Mesías Rojo redentor. Los últimos datos hablan que cuando la astronave que transportaba al Clon se encontraba próxima a la órbita, se perdió el contacto.

- Entonces, ¿el clon de Hammurabi murió?

- Era una astronave robotizada, el clon iba hibernado en una cámara de éxtasis en ambiente líquido. Si hubo algún error, la nave pudo quedarse en una órbita baja durante siglos y el clon seguiría allí esperándonos en estado de letargo, tal y como me pasó a mí. Eso sí, siempre y cuando no hubiera fluctuaciones en la órbita y la nave no cayera en picado al planeta.

- Y en ese caso… -continuó Eneas.

- Recemos porque el sistema automático consiguiera planear y buscar alguna planicie suave donde aposentarse.

- Contando con que los nativos no localizaran la nave –dijo Eneas.

- Bueno eso también.

- Yo tengo una duda, doctor Laertes –dijo uno de los altos funcionarios de las gradas.

- Dígame.

- Usted dijo que debíamos actuar ahora. Todo esto que ha contado es increíble y merece la pena ser investigado pero, ¿por qué dijo eso?

- Verá señoría, a raíz de lo comentado por Eneas y de otras investigaciones realizadas por mis equipos, sabemos que los Señores de la Sangre son más poderosos cuanto más antiguos son, también sabemos que todos tienen poderes diferentes. He deducido que algunos de los Igigis que empiezan la edad de mil años están dotados de habilidades telepáticas muy superiores a las que hemos conocido hasta ahora. Sus mentes pueden viajar a otros mundos e incluso controlar a sujetos a muchísima distancia, como ya hemos oído en el caso de Miles. Eneas y yo creemos que el mismo Miles, sin quererlo, fue la causa de la fuga de información que provocó la detección y la destrucción de la astronave del capitán Príamo, entre otros casos –los murmullos volvieron a alzarse–, esto, sumado a las evidencias que sus señorías ya conocen por los informes que he ido emitiendo sobre la existencia de nuevas armas capaces de arrasar y cambiar, radicalmente, la climatología de un mundo entero, hasta hacerlo inhabitable, me hace ver la amenaza de los Igigis como nunca antes.

- Por favor, continúe –le rogó el Senescal.

- Creo firmemente que la nave Aurantia y el Mesías Rojo, son la única esperanza para los corsarios y por ende, para el género humano, que ahora permanece esclavizado bajo el yugo de los Señores Igigi y emperador Anu, Abaddón –la sala enmudeció.

- Debemos fletar el Gilgamesh e ir en busca de Aqueron y recuperar lo que por derecho nos pertenece. Debemos recuperar el Imperio –afirmó Eneas con rotundidad y tras esto, todo el hemiciclo estalló en vítores y aplausos.

No hacían falta más confirmaciones, la decisión había sido tomada.

14

"Cuando empecé con todo esto me pareció algo ilusorio y se me antojaba que estaba perdido en un sueño. Hoy sé que todo es real, que ha ocurrido y que si no hago algo por evitarlo, el sueño puede convertirse en una pesadilla."

Diarios secretos de Laertes de Nemeron

Kadosh se despertó a media noche, estaba sobresaltado y envuelto en un sudor frío. Dormía desnudo, cubierto tan sólo por una sabana aramita traída como presente, un año atrás, por la embajada de Bahadur.

El chico había tenido una pesadilla. Había soñado con la muerte de Ragnar y el rapto de Charlize y lo peor de todo era que él sabía que aquel sueño podía ser totalmente real. Desde la recaída de Kumar había empezado a tener aquellos sueños premonitorios. Era como si él estuviera rellenando el vació dejado por el viejo maestro.

De repente, escuchó unos pasos que se acercaban por la galería.

La habitación de Kadosh estaba tenuemente iluminada por la luz mortecina de unos cirios dispersos repartidos por las protuberancias de las paredes de roca de la estancia.

Kadosh tomó una de sus túnicas, una de color negro bordada con motivos florales de color celeste y se cubrió.

Cuando apareció Nejmad con aire sofocado, Kadosh ya estaba en pie vestido y esperándole.

- ¡Mesías Rojo! –dijo Nejmad asustado mientras resbalaba frente a la puerta. Acto seguido, inclinó la cabeza en señal de sumisión.

- ¿Qué ocurre Nejmad? –le preguntó Kadosh haciéndole un gesto para que se incorporara.

- La patrulla de Noah y Bahadur ha regresado. Encontraron un nutrido grupo de espectros lulu y dieron cuenta de ellos. También encontraron los restos de la gente de Ragnar y Charlize… -Nejmad tenía los ojos enrojecidos, no quería mostrarlo pero Kadosh intuyó que había llorado.

- ¿Qué ha pasado?

- Han encontrado los restos de todos los miembros de la patrulla

menos de uno.

- ¿Muertos?

- Descoyuntados y semi-devorados por esas malas bestias, mi señor.

- ¿Quién faltaba?

- Charlize, creemos que ha sido raptada porque no encontramos nada suyo –aquellas palabras de Nejmad retumbaron poderosas en Kadosh.

- ¿Y Ragnar?

- A Ragnar si lo encontramos, o al menos lo que quedó de él - Contesto el viejo leñador, dejando escapar unas lágrimas.

- Lo siento amigo - Y Kadosh dio un paso y tomó el hombro de su amigo - Lo pagarán Nejmad, te juro que lo pagaran.

Desde su encuentro, diez años atrás, Kadosh no había podido evitar sentirse atraído por los cristalinos ojos de la muchacha. A pesar de la diferencia de edad, él siempre había creído ser correspondido por Charlize que, hasta entonces, no había tomado pareja entre los numerosos habitantes masculinos de la ciudad subterránea y no era porque le faltaran pretendientes, precisamente.

Lo que en los primeros años había sido una bonita amistad entre un niño extraño y una adolescente venida de tierras exóticas, poco a poco se había ido convirtiendo en algo más. Aquel niño de cabellos dorados y hermosos ojos cian había ido creciendo y con él, el amor y la simpatía que sentía por Charlize.

Algunos, como Ragnar y Kumar, se habían percatado de los tintes románticos de aquella relación prohibida pero habían preferido ignorarlos tratando, por todos los medios, de separar a ambos en sus quehaceres diarios. Aunque al final siempre encontraban un hueco para verse, para charlar y mirarse a los ojos. No obstante, jamás se atrevieron a pasar de eso.

No, a Kadosh y a Charlize les se separaba el muro insalvable de la religión, un tabú que ninguno se atrevió nunca a confesarse. Por esta razón, Charlize se había dedicado en cuerpo y alma a cultivar las artes guerreras como una vía de escape donde poder focalizar las energías de su espíritu resignado.

- Convoca al aconsejo –Kadosh pareció anormalmente afligido. –Quiero que todos los hombres con derecho a voto se reúnan conmigo en la sala de deliberaciones de inmediato.

- Así se hará –Nejmad salió corriendo por donde había llegado.

- ¡Nejmad! –le frenó Kadosh.

- ¿Sí, mi señor?

- ¿Están listos los equipos que encargué a los herreros? –aquel había sido el último consejo de Kumar antes de perder el conocimiento.

- Las jabalinas y las espadas cortas están listas, tenemos suficientes para repartir a cada hombre, faltan algunas decenas de escudos, abrazaderas y corazas.

- Pues azuza a los herreros. La batalla se aproxima y no quiero que ni un solo hombre carezca de protección frente a las flechas enemigas.

- Los herreros trabajan día y noche mi señor… no dan abasto.

- ¡Qué se les unan otros hombres! Que escojan los más capaces de entre nuestros guerreros y se dupliquen. Ya sé que son celosos de entregar sus secretos a los desconocidos, pero tendrás que hacerles entrar en razón. La vida de sus esposas e hijos depende de ello. Y ahora, vete.

Tras las autoritarias palabras de Kadosh, Nejmad inclinó la cabeza y salió corriendo. Kadosh se quedó solo, meditabundo, hundido en la tristeza y en sus propias cábalas. Sólo podía pensar en la arrebatadora sonrisa de su amada.

El momento que tanto había temido había llegado. Ahora todo dependía de aquellos a quienes no podía ver, tan solo intuir.

No podía estar seguro de nada, ni de nadie, ni tan siquiera de sí mismo.

La gran sala del Consejo era una cavidad natural abovedada y cavernosa, ligeramente adaptada para presidir las reuniones de la informal cámara de gobierno de la ciudad subterránea.

Los integrantes del Consejo se sentaban alrededor de una hoguera, con una salida de humos natural con forma de chimenea que daba al exterior de la gruta y por la que penetraba tímidamente la luz del atardecer.

Dos horas después del aviso de Nejmad, los principales líderes dentro de las fuerzas del Mesías Rojo se encontraban en la sala del Consejo.

Apoyados sobre taburetes de madera, unos frente a los otros, igual que hermanos, el Consejo de Kadosh fue tomando asiento.

Por parte de los Dag llegaron Noah y Gedeón, en nombre de los monjes Neo-Menoch, tras la muerte de Diorde y la recaída de Kumar y a petición del propio Kadosh, Shigatse fue nombrado como nuevo representante. En nombre del resto de refugiados huidos de distintas

partes de Aqueron hablaba Nejmad y por último y en nombre de los aramitas que habían partido de los Pasos de Frontera para unirse al Yihad, hablaba Bahadur.

- Gracias por venir, amigos míos –comenzó Kadosh–, como ya sabéis, la situación ha empeorado. Los espectros lulu se han multiplicado por las inmediaciones del valle del Dag, así como las patrullas de La Orden y sus drakares. Sabemos que Baalfegor se ha hecho más fuerte después de la caída del reino aramita del norte y ahora nos busca.

- Baalfegor no tiene ejército y ha desaparecido. La única amenaza inmediata es Pazazu y él sabe de nuestra existencia, de eso no hay duda –afirmó Shigatse.

- Quizás sea un suicidio enfrentarse ahora a Baalfegor –dijo con timidez Gedeón- ¿No sería mejor mantener la guerra de guerrillas? Atacar y huir hasta desgastar al enemigo.

- Eso nos ha valido hasta ahora –afirmó Noah.

- La situación ha cambiado –dijo Kadosh con tono severo–, ahora somos el último enemigo que se resiste al dominio planetario de Pazazu. Ni tan siquiera el poderoso Anu Baalfegor su archienemigo, le planta ya cara.

- Algunos dicen que ha marchado de nuevo a las profundidades del desierto –dijo Bahadur–, a la las ruinas de Sippart.

- Baalfegor, ahora, me da igual, el que me preocupa es el pérfido demonio de Pazazu y su nuevo aliado, el renegado aramita –Kadosh les miró de forma enigmática–, debemos plantarle cara antes que a ninguno. Está cerca, pronto sabrá dónde está nuestra ciudad y si no atacamos, nos arrinconaran como alimañas en un pozo ciego.

- ¿Qué podemos hacer maestro? –le preguntó Shigatse.

- Luchar, sólo eso –Nejmad se anticipó Kadosh.

- Esaú se acerca con soldados a pie y con un nutrido grupo a caballo y en mehari. Sus espectros lulu ya han tomado la mayoría del valle y su ejército llegará a las puertas del Dag mañana al anochecer –dijo Kadosh y todos se miraron acongojados.

- Pero, ¿cómo? –preguntó Shigatse con respeto místico hacia Kadosh.

- ¿Qué cómo lo sé? Lo he visto, mi poder se desarrolla con presteza. Sé que Esaú ya anda con pies terrenos por las inmediaciones del Dag, ha visitado incluso nuestra antigua aldea. Sus refuerzos no tardan en llegar.

- ¿Tienes un plan? –le interrogó Bahadur con una media sonrisa dibujada en el rostro.

- Lo tengo.

- Dinos cual es. Te lo ruego…

15

"Desconfiad de aquel que se llame a sí mismo Dios, Mesías Rojo o Mesías. Desconfiad de vuestros ojos, de vuestros oídos, de vuestro gusto, tacto o mente. La verdad no está en ellos, la única verdad está en vuestro corazón."

Extractos del sura 44, versículo 2131. Upanishads Sanatana Dharma

Charlize despertó. La muchacha estaba tumbada en un camastro bajo, en el interior de una choza. Cuando abrió los ojos, tan sólo la luz de la luna iluminaba la estancia penetrando tímida por las rendijas de la única ventana.

Torpemente, Charlize intentó incorporarse, pero una punzada súbita de dolor le atenazó el pecho y volvió a caer en el camastro, boca arriba y mirando al techo. Tenía la garganta seca, increíblemente seca.

La muchacha se sentía débil y pesada, como si no hubiera comido en años y las células de su propio cuerpo se estuvieran intentando canibalizar las unas a las otras.

Esaú entró en la salita de suelo terroso y se quedó parado observándola. Charlize sintió que él no había hecho ningún ruido y sin embargo había percibido su presencia perfectamente. Era como si una brújula en su mente apuntara directamente hacia aquel ser. Ella trató de disimular que seguía inconsciente y cerró los ojos.

- Estás despierta, puedo sentirlo –dijo el Igigi entre susurros.

- Despierta…, dormida o ¿muerta? –le respondió Charlize.

- No estás muerta –Esaú rió–, al menos no en el sentido estricto de la palabra. Se podría decir que has renacido.

- ¿Renacido?, ¿a qué vida?

- Mi esposa murió durante el ataque de mi nuevo Señor. El dolor y la soledad pesa mucho cuando vives tantos siglos, quiero que tú ocupes su lugar.

- ¿Esposa? –Charlize empezó a incorporarse con mucho esfuerzo.

- Sí, ahora eres como yo. Una criatura de la noche. Es el momento en que somos más fuertes, ya lo irás comprobando.

- ¡No quiero comprobar nada! –dijo ella enrabietada.

- El dolor pasará Charlize, siempre pasa –Esaú se acercó un poco más. Tras él, llegó un soldado que portaba un extraño bulto envuelto en trapos. Acto seguido, entregó el bulto a Esaú y con una inclinación de reverencia, desapareció por donde había venido. Charlize miró aquel bulto que empezaba a moverse en las manos blanquecinas de Esaú.

- ¿Qué es eso? –preguntó ella, totalmente aterrada.

- Estás enferma, amor mío –Esaú sonrió con aire malicioso–, debes comer, alimentarte para volver a ser fuerte.

- ¿De qué estás hablando?

- La sangre y la carne, Charlize, ahora eres una depredadora y deberás alimentarte o el hambre terminará abrasándote desde el interior hasta que el dolor sea tan insoportable, que te vuelva completamente loca y empieces a devorarte a ti misma. No puedes evitarlo, es tu nueva naturaleza.

- Antes me quitaré la vida –dijo ella.

- No será tan fácil. Estas cambiando, ahora serás más proclive a la supervivencia que antes. Ese sentimiento dominará tu mente.

- Lucharé…

- Muchos dijeron eso y muchos medraron intentándolo. El ansia nos domina y en ansia lo es todo… -y diciendo esto, Esaú descubrió el bulto, mostrando a Charlize un niño recién nacido.

- ¡Apártalo de mí, monstruo! –dijo volviendo la cara para no mirar.

- Recuerda lo que te he dicho –Esaú dejó al niño en el otro extremo de la cama y se fue por donde había entrado.

El hambre comenzaba a quemar las entrañas de Charlize con una intensidad como nunca antes había podido experimentar. Durante toda una hora se resistió a mirar al pequeño. Tan sólo se quedó allí, asustada y confusa, mirando al suelo, rehusando a hacer caso de los lloros del niño indefenso y por un instante, creyó poder controlarlo y lo tapó. El niño calló y le dirigió una sonrisa, ella se la devolvió y olvidando todo lo ocurrido por un segundo, decidió acunarlo en sus brazos con ternura.

Como si de un poder mágico se tratara, Charlize durmió al niño en sus brazos sin dificultad alguna. Aquella criatura rolliza y confiada se encontraba a gusto tumbado junto a sus senos.

Charlize no podía evitar mirarle, dormido, confiado, tranquilo, con el rostro tan plácido e imperturbable como las nieves del Dag-Guiora y entonces sintió la necesidad de besarle, primero con mesura y cariño y

luego como si de un juego sensual se tratara, con prolongación y ternura.

Aquel ser chiquitín le provocó toda una gama de sensaciones que, hasta entonces, le habían resultado desconocidas. Su olor, el latir de su sangre joven y su pequeño corazón, podía sentirlos sin dificultad… Y antes de poder darse cuenta, sintió como sus colmillos hasta entonces desconocidos para ella, penetraban aquella carne blanda y sonrosada, como agujas de alfiler.

Súbitamente, despertó horrorizada por lo que había hecho, pero ya era tarde, la criatura no era sino un amasijo de restos sanguinolentos y el rostro de la muchacha estaba cruelmente tintando con su sangre. Charlize comenzó a llorar lágrimas de sangre.

La joven Igigi dejó los restos sobre la cama tapados por el paño. No había consuelo para su dolor, pero la sed había desaparecido y con ella, la debilidad. Aquella sensación de horror la ahogaba y la asfixiaba sobremanera.

Exaltada, hundida, como una niña perdida en una noche oscura, salió corriendo de la choza en busca de la oscuridad. Para su sorpresa, Esaú la esperaba en pie frente a la choza. El Igigi la observaba con una sonrisa maliciosa que mostraba, sin pudor, sus inmundos colmillos.

- ¿Lo ves, Charlize? No hay límite, no hay salida.

- ¡Maldito! –le gritó y siguió llorando mientras caía al suelo embarrado.

- Maldice cuanto quieras Charlize, pero no podrás luchar contra esto sola, ven conmigo y yo te ensañaré a vivir con ello, sin remordimientos.

- Te odio, eres un monstruo.

- ¿Lo soy? Tú también lo eres. Mejor ser el monstruo que no la presa.

- El Mesías Rojo acabará contigo.

- ¿En serio? ¿Lo crees realmente? Eso es porque no conoces el nuevo poder que te he dado, no conoces el poder de Pazazu. ¿Qué crees que hará contigo tu preciado Mesías Rojo cuando te encuentre? Ya eres una asesina más, Charlize.

- No… maldito seas… -Charlize se arrastró por el barro mezclando sus lágrimas con la tierra. A Esaú le parecía aún más hermosa.

- No estaré aquí siempre esperándote. Te doy una oportunidad de vivir, una manera de enfrentarte al miedo que ahora te atenaza. Ven conmigo, sígueme como a tu nuevo dios y el miedo desaparecerá –Charlize siguió llorando. ¿Qué podía hacer? Estaba desesperada.

Con el corazón presionándole las entrañas y el dolor de la culpa quemándole el alma, Charlize tomó la mano de Esaú y este la ayudó a incorporarse. Luego Esaú la abrazó como un padre abraza a una hija y por primera vez, sintió como su joven corazón se le entregaba sin resistencia.

Acto seguido, los dos Igigis abandonaron la antigua aldea de los Dag para internarse, de nuevo, en las inmensidades del bosque nevado, rumbo a la entrada del valle, donde las huestes de Pazazu no tardarían en alcanzarles.

16

“Al final, lo único que importa es sobrevivir.”

Cartas perdidas, atribuidos a la Reina Dragón de Drakon, Cinnia

Cinnia estaba fascinada por la opulencia de la Casa de Erebus. Antaño había visitado Abydos, su planeta-feudo capital, pero de aquello hacía siglos.

Desde aquel tiempo a esta parte todo había cambiado y por otro lado, para ella el impacto era notablemente mayor, puesto que hacía más de ciento cincuenta años que no abandonaba la seguridad de su mundo capital, Drakon. Y con el tiempo, el aislamiento la había hecho verse como la regente de toda una potencia.

Cinnia pensó para sí -"¿Cómo había podido olvidar todas las maravillas que encerraba el Universo?"- Donde Cinnia recordaba bosques ahora sólo había grandes factorías, donde había cielos nubosos y distantes, ahora sólo quedaba el hedor de los humos y subproductos de la industria.

La Reina Dragón jamás había congeniado con Akibel de Erebus, pues era un ser sádico y cruel en extremo, cuya maldad rozaba la locura. Y aunque Akibel no era una excepción en cuanto a los excesos de la lujuria de la carne y la sangre se refiere, su crueldad era legendaria incluso entre los mismos Igigis y por ello, Akibel se había ganado el título de “príncipe del mal o príncipe diablo”, pues tan sólo era superado en maldad y vileza por el supremo sádico y psicópata principal, el emperador Abaddón, Señor de todos los Reyes Dragón.

Aquel que se había presentado al mismísimo Mesías Rojo como el arqueólogo Edgar Mcelroy de Kirkwall, era el ideólogo de su llegada a Aqueron y de la fallida defensa posterior de Rocamar, antes del exilio de Hades. Algo que le había valido siempre el desprecio de Abaddón, que posteriormente fue algo mutuo. Casi más por un formalismo, que por una razón de estado, la por entonces mediocre Casa de Erebus pasó a sus manos, de la forma más inesperada.

Cuando Akibel aterrizó en Abydos, encontró un mundo de tierras

altas, mares tempestuosos y glaciares perpetuos dominados por interminables nieblas y ciudades en forma de castillo, asediadas por los huargos, los temidos lobos de la niebla de Erebus, Akibel había cambiado todo aquello.

Ahora los huargos se habían extinguido y en lugar de las antiguas ciudades amuralladas, se habían alzado oscuras metrópolis, tecnificadas y dominadas por el metal gris y luces rojas, tenebrosas hasta donde alcanzaba la vista.

La sociedad de Abydos en el pasado se había hecho famosa por sus logros tecnológicos, sus avanzados soldados androides eran codiciados en todo el Imperio por ser una terrible infantería de asalto, sin emociones o escrúpulos.

Akibel aprendió muy pronto los fundamentos de la tecnología mecanoide de los Erebus y después sometió a su pueblo a un estado de total sumisión y esclavitud. Les hizo construir un ejército de monstruos mecánicos, dóciles a su voluntad, que luego utilizó para edificar sus temidas Torres del Dolor, una nueva forma de templos de sangre inspirados en el gran Templo de la Sangre de Abaddón en Ática. La obsesión continua del psicópata Akibel era compararse con el emperador. Usando las Torres del Dolor, Akibel aterrorizó y crio como ganado a su pueblo.

Apenas unas décadas después de su llegada, las nuevas tropas de terror androide de Erebus fueron codiciadas y vendidas a precio de oro en los mercados galácticos de intercambio de los Señores de la Guerra, pero el maquiavélico Akibel siempre se reservaba para sus progenies la mejor y más avanzada tecnología.

Había crónicas que hablaban de que en las inmensidades tenebrosas de las montañas de Erebus, existían por miles las ánimas torturadas de las víctimas de Akibel que ansiaban, sobre todas las cosas, su venganza.

Poco antes de aterrizar, Cinnia se había fijado en las flamantes pistas de aterrizaje del espacio puerto de Akibel City. Decenas de miles de soldados androides en perfecta formación le esperaban, a ella y al resto de Reyes Dragón que habían llegado para la conferencia.

-¿Una muestra de poder? -pensó para sí Cinnia. La cuestión estaba clara. Akibel tenía algún tipo de plan en mente y suficiente poder como para ejecutarlo y convocarlos a todos.

La red de espías de Drakon le habían informado del lamentable desastre natural acontecido en Arcadia. Aquel triste incidente había propiciado la desaparición de Andreas, Rey Dragón de Arcadia,

casualmente, uno de los más reconocidos opositores a la política expansionista de Akibel. ¿Estaría Abaddón informado sobre las intrigas de Akibel? Realmente nadie creía que lo de Arcadia fuera un accidente natural o fortuito. Aquel hecho había movido a todos los Reyes Dragón convocados a movilizarse frente a la petición de la Casa Regente de Erebus. Lo cierto era que Cinnia empezaba a sospechar que Abaddón, con su silencio, no hacía más que reconocer su propia indiferencia hacia sus hijos. Quizás, el viejo reptil sólo despertaría si sus tributos diarios, en forma de ganado humano, dejaran de llegar al espacio-puerto de Ática. ¿Era este el futuro que les aguardaba a todos con la metamorfosis del tiempo? ¿La indiferencia?

La apatía no era más que uno de los múltiples síntomas que con la edad iban manifestando los infectados tras la conversión Urushdaur. Quizás un día ella también se encerraría en sus palacios de Drakon y ya no querría volver a saber de nada o de nadie, hasta que le faltara el alimento, claro…

Ya, en un aerodeslizador y de camino a los palacios de Akibel, Cinnia pudo contemplar los estandartes de todas las Casas Regentes convocadas; Agagliareth de Crosaurius con la serpiente enrollada sobre sí misma, Amazarac de Ragnarök con la pirámide de lingotes de Minzlli, Anazareth de Alfa Centauri con el águila con las alas extendidas, Aedh Drummond de Petrus con los dos sables cruzados, Narfater de Aqueronte con su rombo y Alqqeshotep de Estigia con su hoguera terrible. Sólo faltaba el tridente de Andreas, la recientemente destruida Casa de Arcadia.

De camino a los palacios de Akibel, a través de escarpados caminos de las cordilleras grises de Erebus, Cinnia contempló con una mezcla de horror y admiración, las agrestes e imponentes Torres del Dolor, como un bosque oscuro alzado en un pequeño valle y rodeado de montañas. A pesar de su naturaleza Igigi, se le encogió el corazón pensando en las atrocidades cometidas por su demencial hermano oscuro.

El palacio principal de Akibel se encontraba en una pequeña meseta elevada, enclavada en la cima del monte más alto de Erebus. Aquella fortaleza de metal le recordaba al castillo de una bruja de leyenda.

Las delegaciones aparcaron sus aerodeslizadores en el patio

principal. Brutales mayordomos androide de ojos rojos y tenazas de metal con la calavera sonriente, emblema de la Casa de Erebus, grabada en sus pectorales, salieron a recibirles.

Como fantasmas flotando en la niebla, los Reyes y Reinas Dragón apenas repararon los unos en los otros. Entre aquellas criaturas no había verdaderos lazos fraternos a pesar de que todos se hubieran convertido por medio de la misma mano. El peso de los siglos de rivalidad y el carácter de los Señores Igigi tan antiguos, marcaban la pauta.

La fantasmal comitiva fue conducida a una gran sala oval de piedra negra, donde doce butacones, probablemente forrados con piel humana, les aguardaban a la sombra del estandarte correspondiente a cada casa regente.

En el centro de la sala había una mesa de piedra circular y sobre esta, doce cálices de oro rebosantes con sangre recién extraída a sus víctimas. Sin embargo, ningún Igigi accedió a beber temiendo ser envenenado.

Poco a poco, las fantasmales figuras tomaron asiento. El aspecto liviano y fantasmagórico era más pronunciado en los varones. Era la forma en que el tiempo se iba cobrando la mutación, realmente nadie sabía dónde y cuando terminaba la transformación, pues los señores de la Sangre no paraban de cambiar y volverse más poderosos. Quizás al final, serían simples espectros, de nuevo Arcontes espectrales en busca de un nuevo cuerpo que poseer.

Cinnia comprobó que, aparte de la casa regente de Arcadia, allí estaban casi todos los Igigis que acompañaron a Abaddón en su conquista del antiguo Imperio, exceptuando al favorito de este, Saqqarh, Rey Dragón de Ática y el más reciente miembro del club, el convertido Patriarca de la Hermandad, el Ayatolá Sidi Alsima. Estos dos ausentes representaban el círculo más fiel e interno de Abaddón y por ello era natural que Akibel no les hubiera convocado, evitando así que Abaddón fuera informado de aquella reunión fraudulenta.

Que Cinnia recordara, desde la llegada de la invasión Igigi desde Hades hasta Saqqara, jamás se habían vuelto a juntar en una misma sala tantos Igigis.

El agudo sonido de unos cuernos ceremoniales irrumpió en la sala y por una de las escalinatas de entrada, hizo acto de presencia Akibel.

A diferencia de sus hermanos, Akibel lucía una cabellera roja teñida con la sangre seca de sus víctimas. Aquel era un signo de opulencia dentro de la sociedad Igigi y hacía destacar, aún más, su pálido rostro y sus ojos saltones y felinos.

- Saludos, hermanos –siseó una voz lejana, como la de un reptil.

- ¿Para qué nos has hecho venir aquí, Akibel? –dijo Narfater, Reina Dragón de la Casa Regente de Aqueronte.

- Narfater, Narfater, siempre tan curiosa -y diciendo esto, Akibel pegó un salto de varios metros hasta parar sobre la mesa. La agilidad y la celeridad de Akibel eran legendarias y únicas en él. Decían las malas lenguas que propiciadas por un secreto control de la nanotecnología muscular, que el viejo demonio guardaba a buen recaudo. Todos los Igigis se removieron en sus asientos en actitud de guardia.

- Y tú sigues sin contestar lo que te preguntan –le contestó Narfater.

Narfater era la Reina Dragón que llegó para regentar la antigua provincia imperial de Aqueronte. Aquella belleza voluptuosa de piel de porcelana y rasgos elegantes, en seguida entendió todo el potencial de la casa regente que le habían asignado. Narfater pertenecía a una línea temporal diferente a todos ellos y ya era Igigi, mucho antes de que Cinnia se convirtiera. Ella y Andreas habían penetrado el primer portal de Rocamar juntos.

Narfater se separó pronto del débil Andreas, distanciándose totalmente. La Reina Dragón supo muy bien jugar sus cartas y adaptarse a la nueva situación. Muy pronto la industria dedicada al ocio y el entretenimiento de esta antigua provincia se dedicó, exclusivamente, a la industria de la guerra. En el pasado, la principal riqueza de Aqueronte fueron sus paradisíacos paisajes y su fauna inofensiva. Aqueronte fue inicialmente un desierto, terraformandose y convirtiéndose en un vergel paradisíaco por cuya estancia se pagaban fuertes sumas de dinero.

Todas las dinastías imperiales habían tenido sus palacios de recreo en las suaves colinas de Aqueronte, donde los soberanos disfrutaban de los más esplendidos manjares y de todo tipo de seres fantásticos que les proveían de entretenimiento y placer.

Tras la llegada de Narfater de los laboratorios de la recién constituida Casa Regente de Aqueronte, surgieron todo tipo de monstruosidades diseñadas genéticamente para la guerra, engendros que fueron importados como tropas de asalto a lo largo y ancho de todo el Imperio, convirtiéndose en la competencia más feroz de androides de combate exportados por la Casa de Erebus.

Narfater no necesitaba consumir humanos pues sus maestros genetistas le suministraron tanta biomateria replicada como esta perversa Reina Dragón necesitaba y esto no era un hecho aislado, pues la inteligente reina había convertido la fabricación de esta biomateria artificial en la segunda industria de Aqueronte. Así pues, el pueblo de Aqueronte dejó de cuidar su paradisíaco mundo jardín, acabando este por transformarse en un decadente reflejo de lo que una vez fue.

La producción y la generación de armas biológicas para el comercio se convirtieron en la única preocupación de sus gentes.

Aunque ambas casas, Erebus y Aqueronte, eran rivales comerciales en el pasado y según se decía, Narfater y Akibel habían sido amantes poco después de su llegada a Hades.

Pero tras la conquista del último Imperio estelar de los hombres cada uno había asumido el mando de su propio señorío, gestando sus propias dinastías Igigi y con el tiempo, se habían olvidado el uno del otro.

Sin embargo, a los ojos de Cinnia y los otros Igigi, aún ardía una llama en los ojos de ambos, por mucho que se empeñaran en ocultarlo ante el resto.

- ¿Por qué nos has llamado? – le inquirió el descomunal Alqqeshotep, Rey Dragón de la Casa Regente de Estigia, el más alto y fuerte de entre los Igigis.

- Respeto hermano, yo os respeto y por eso quiero compartir grandes cosas con vosotros.

Alqqeshotep era uno de los pocos Reyes Dragón a quien Akibel temía realmente. Sus ojos amarillos como el oro denotaban su poder único. Tanto Alqqeshotep como su linaje tenían el poder de hacer arder a sus víctimas abrasándolas con la mente, desde el interior hacia fuera, haciéndolas experimentar un tormento indescriptible hasta que el calor las abrasaba y mataba.

Por esta y otras razones, se solía decir que en Estigia todo olía a

quemado.

La Casa Regente de Estigia se cimentaba sobre el sistema Estigia, una antigua provincia imperial tan vetusta como la mismísima Alfa Centauri.

Estigia era poseedora de ricos recursos en Oro Millium, otro de los grandes combustibles del universo conocido, aunque de menor valor que el Minzlli de Ragnarök, cuyo descubrimiento desplazó en importancia a este sistema.

En las profundidades de su espacio se libraron batallas tan importantes como la de la Guerra de Independencia crosariana o el derrocamiento de la Hermandad.

Cada potencia que hubiera sometido al universo humano pasó por las Pléyades y dejó su huella en Estigia.

Se trataba de un mundo cálido de costas azules y pequeños continentes plagados de ríos y montañas, cuya principal fuente económica era la explotación de carburante. Los Estigianos pertenecían a la antigua casta de burgueses que iniciaron la guerra contra el antiguo Imperio terráqueo y al igual que los centauris, eran hábiles mercaderes, genuina mezcla de todos los pueblos que arribaron en su espacio-puerto.

En la época de Abaddón, el Oro Millium ya no era utilizado para los escudos planetarios o para impulsar los grandes cruceros de guerra. Sin embargo, era muy codiciado como combustible de maquinaria pesada y el único que era aceptado por la mayoría de los cruceros estelares antiguos.

Alqqeshotep de Estigia había edificado su capital flotante sobre uno de sus grandes océanos, una ciudad volante capaz de desplazarse por la faz del planeta impulsada por Millium.

Los estigios aceptaban a regañadientes la autoridad de Alqqeshotep y eran muy dados a sublevarse. El perverso Rey Dragón solía sofocar estas rebeliones con ejemplares castigos multitudinarios. El más afamado de todos ellos fue la crucifixión del monte Ebolas, donde los ajusticiados fueron incinerados vivos mientras aún agonizaban colgados en la cruz.

A pesar del sadismo de Alqqeshotep, una gran parte de la población se sometió a este Señor Igigi. Los estigios eran buenos guerreros, pero sus facultades primarias seguían siendo las que trajeron la riqueza a la Casa Regente: la minería estelar y la tala de madera en sus grandes y frondosos bosques.

- Sí, porque… -se sumó Aedh Drummond, Rey Dragón de Petrus y

antiguo señor de la ciudad Morgay en el Aqueron anterior al exilio- ¿tienes algo que ver con lo de Arcadia? –Aedh Drummond lucía un manto negro con bordados en hilo de oro, su rostro de facciones contundentes iba marcado por aros ceremoniales y lucía tatuajes guerreros en la frente y en sus brazos desnudos propios de la cultura petrarca.

- Veo que habéis estado haciendo los deberes –les contestó Akibel con una mueca burlona.

- No tengo tiempo para juegos Akibel o nos dices para que nos has convocado o yo me marcharé –dijo Agagliareth, Rey Dragón de la Casa Regente de Crosaurius, mirando a Akibel con sus sombríos ojos negros como la noche bajo su turbante ceremonial purpúreo, típico de los uniformes Al Menoch.

Agagliareth era conocido por ser uno de los más despiadados y crueles de entre los Reyes Dragón. Una vez que Agagliareth tomo posesión de su nuevo feudo, hubo levantamientos y gran oposición entre los fundamentalistas Menoch que se negaban a admitir un nuevo dios que supliese su milenaria fe. Agagliareth no tuvo piedad y mandó ajusticiar a millones de personas. El Igigi mandó arrasar los milenarios templos de oro y cristal y convirtió en esclavos sin voluntad a la población superviviente.

Agagliareth fomentó una nueva casta entre el pueblo crosariano, una nueva nobleza guerrera que sería la encargada de gobernar sobre la masa, luchar en sus ejércitos y velar por su progenie Igigi. A este nuevo pueblo se les llamo “Al Menoch” (los nuevos Menoch) y eran los únicos exentos de entregar a sus hijos en las loterías del sacrificio.

Los “Al Menoch” eran fanáticos capaces de luchar hasta la muerte por conservar sus privilegios y su forma de vida.

- Sin embargo, a pesar de que no sabías para que te he llamado, no has dudado en venir –rió Akibel.

- Siempre tan radical, típico de los crosarianos –rió Amazarac, guiñando un ojo a Akibel. El Igigi iba ataviado con una elegante túnica hecha de seda e hilo de oro, collares y todo tipo de anillos, ostensible ejemplo del poderío económico ragnoriano.

Amazarac era el Rey Dragón de Ragnarök y principal enemigo de Agagliareth, Rey Dragón de Crosaurius. La enemistad entre estos dos Reyes Dragón se remontaba a la enemistad entre sus dos pueblos.

Ragnarök fue originalmente una colonia de Crosaurius, pero el descubrimiento del “Minzlli” provocó su pronta independencia administrativa tan pronto como La Hermandad asumió el control de universo humano.

Los crosarianos siempre habían defendido su derecho a administrar las riquezas del cinturón de asteroides de Ragnarök, casi-feudo rico en el codiciado Minzlli.

El Minzlli era un mineral altamente calórico y el elemento principal del combustible más poderoso del universo conocido. Su comercio hacía que Ragnarök fuese el sistema más rico de todo el Imperio.

Para perpetuar el control sobre su pueblo, Amazarac pactó la consumición exclusiva de contingentes humanos comprados para tal fin y nunca el sacrificio de las gentes de Ragnarök.

Ragnarök era un mundo frío, yermo y desolado, en el que abundaban los páramos y las grandes extensiones vacías, No poseía ninguna riqueza natural y de no ser por el Minzlli, apenas habría podido comerciar con ningún otro recurso natural o manufactura.

Al ser uno de los grandes centros económicos del universo conocido, Ragnarök se había convertido en un referente de moda y estilo para el resto de sistemas civilizados. Sus lujosas ciudades-burbuja estaban equipadas con los últimos avances tecnológicos en confort y estilismo arquitectónico. Sus habitantes no pertenecían a ninguna etnia en particular, ya que el fenómeno migratorio a la opulenta Ragnarök era algo corriente pero, aun así, sus gentes se distinguían por su sofisticación y elegancia.

La mayor parte de la industria de Ragnarök pertenecía al ramo minero o por el contrario, se dedicaba a la importación/exportación o el tratamiento del Minzlli.

- Yo estoy de acuerdo con Agagliareth. Tengo muchos negocios que atender y estoy perdiendo el tiempo –le secundó mientras tomaba una calada de gas rosado de una cachimba levitante de Astarot, el rollizo y auto complacido Rey Dragón de Saqqara.

- Está bien… os complaceré –Akibel hizo un gesto a uno de sus gigantescos androides y este se marchó por una de las rampas de la sala.

Tristemente conocida por ser el mundo que re-descubrió el planeta Hades, Saqqara era también famosa por haber sido el primer feudo y cuartel de Abaddón hasta que este se alzara con el poder total del impero de Abramantes.

La principal riqueza de este mundo eran sus estaciones aéreas para la extracción del gas rosado, un producto único de los cielos de este mundo, muy codiciado para la ciencia médica.

Cuando Astarot tomó posesión del feudo de Abaddón, prestó especial interés a los efectos relajantes de esta droga gaseosa que embaucaba a los Igigi, aletargándoles y produciéndoles un breve estado de sopor muy placentero. En la nueva economía imperial, las propiedades del gas rosado eran altamente reconocidas, ya sea por los demonios o por los hombres para su curación. Esto favoreció la prosperidad de una sociedad rica y sofisticada en su helada agreste.

Astarot, al igual que otros Reyes Dragón, eximió a su pueblo de las loterías de sacrificio, diariamente se nutría con la biomateria replicada e importada de Aqueronte. Desde luego un elevado coste que su gran industria podía asumir.

Las rojizas luces de la sala bajaron de potencia, Akibel bajó de la mesa y tomó asiento, de tal forma, que todos quedaron enfrentados por igual a la mesa.

Sobre la superficie de la mesa empezaron a formarse imágenes holográficas en tres dimensiones de un espectro de distintas tonalidades azules.

Una astronave de extrañas formas y dimensiones parecía sobrevolar una órbita planetaria, describiendo una elipse perfecta.

- ¡Reconozco ese mundo! –Dijo el flacucho y alargado Anazareth, Rey Dragón de Alfa Centauri, que embutido en su manto blanqueado parecía un espectro pétreo–, este planeta es Arcadia.

La historia de Alfa Centauri era tan antigua como la historia de la humanidad en el Espacio. Se trataba de la primera colonia estable de la humanidad fuera del sistema solar. La revolución originada en su sistema, propiciada por las Ligas Mercantes, originó las guerras contra el sistema Madre y la postrera destrucción de Cronos y la Tierra.

Alfa Centauri era un mundo muy similar a la antigua Gaia tanto en tamaño como en geología o biodiversidad, no obstante, fue el primero en ser totalmente terraformado a imagen y semejanza de Gaia. Sus ciudades solían situarse en sus costas continentales, dejando el inexplorado interior a sus abruptas y peligrosas selvas tropicales.

Tras su re-descubrimiento, Alfa Centauri retomó su vocación mercantil, alejándose para siempre de los movimientos o aspiraciones políticas que tanto daño le habían causado en el pasado. Por ello, cuando el Rey Dragón Anazareth descendió al antiguo mundo de los centauris, vio enseguida el potencial de aquel mundo rico y próspero.

Anazareth, al igual que otros Señores de la Sangre con sus respectivas poblaciones, pactó un acuerdo secreto, los ricos mercaderes de Alfa Centauri le proveerían de esclavos para alimentarse y él, a cambio, les gobernaría con indulgencia.

La Armada Mercante de Alfa Centauri era una de las más fastuosas del universo humano, al igual que sus ciudades y todo lo Centauri, se encontraba totalmente recargada por un estilo neo-clásico que trataba de asemejarse al antiguo estilo del Imperio Romano en la antigua Gaia.

Los centauris también eran las principales víctimas de los corsarios, pues sus ricos cargamentos transitaban por todos los rincones del universo conocido.

Desde el palacio de las "mil columnas blancas", Anazareth gobernaba su gran Imperio mercantil con la máxima de: "Todo aquello que no puedas conquistar, cómpralo…"

- Exacto, Anazareth –dijo Agagliareth.
- Tenéis buen ojo, en efecto – Akibel rió.

La proyección holográfica continuaba con mecánica precisión. La astronave alcanzó el perigeo planetario, al poco tiempo, comenzó a desplegar una especie de cañón que emergió a través de unas compuertas de la panza de la nave espacial, del cañón surgió una especie de rayo que descendió abriéndose como un abanico sobre la atmósfera planetaria y moviendo para un lado grandes cúmulos nubosos.

Acto seguido, la nubosidad comenzó a variar de forma brusca y muy perceptible, toda la climatología planetaria comenzó a cambiar con brusquedad, formándose toda suerte de fenómenos climatológicos destructivos que terminaron por arrasar la superficie del planeta.

- Os preguntareis: ¿Cómo pudo esta astronave acercase tanto a la órbita de Arcadia sin ser interceptada por la flota estelar de su Casa Regente?

- Yo sólo me pregunto, si ¿tú eres el responsable de lo ocurrido? –le respondió Cinnia.

- ¿De lo de Arcadia? –le inquirió en tono burlón Akibel.

- Sí, de lo de Arcadia –le contestó Amazarac.

- No debéis turbaros haciéndoos preguntas vanas. Lo único que os debe preocupar ahora es si los siguientes podéis ser vosotros… -Akibel

dejó que sus palabras sonaran como cuchillos silbando hacia los oídos de sus enemigos. Todos los Igigis se miraron aturdidos, era la primera vez que un Rey Dragón se atrevía a amenazar a sus hermanos tan abiertamente.

- Sabes que el emperador Abaddón se cobrará venganza por lo sucedido –le sentenció Astarot mientras el resto trataba de entender lo que estaba ocurriendo-, esta vez has ido demasiado lejos.

- No os estoy amenazando –Akibel se incorporó y todos volvieron a ponerse en guardia–, tan sólo os advierto, desde vuestros cómodos tronos habéis gobernado el universo conocido durante siglos, imagino que no querréis perder eso.

- Nadie me amenaza y se queda impasible –dijo Aedh Drummond mientras se incorporaba y echaba mano de la empuñadura de una espada corta que mantenía ceñida a su grueso cinto. Súbitamente, decenas de androides-soldado surgieron de todas las salidas rodeando la sala. La tensión podía masticarse, Aedh Drummond se quedó inmóvil.

- Aedh Drummond, Aedh Drummond, Aedh Drummond… mi fiero y bravo patriarca –Akibel anduvo describiendo círculos alrededor del Rey Dragón de Petrus–, no quiero luchar contra vosotros, pero os exterminaré si es necesario.

- Y, ¿qué quieres? –le preguntó Narfater.

- Vuestro silencio, sólo eso… muy pronto un nuevo emperador, uno que no se aislará en su tenebroso mundo acuático, se alzará para controlar el universo conocido y su paso será como la mano fría de la muerte.

- ¿Quién, tú? –rió Alqqeshotep–, estás delirando, Abaddón beberá tu sangre y te matará lentamente y no precisamente en este orden.

- El destino reserva una sorpresa a nuestro anciano padre y si tú no quieres compartir su suerte, serás cauto y me harás caso.

- A ver si lo he entendió bien –Anazareth alzó las manos mientras hablaba–, nos has convocado aquí para informarnos que planeas atacar al emperador y suplantar su autoridad y para pedirnos que no hagamos nada al respecto, ni tan siquiera advertirle.

- Sobre todo advertirle –Akibel soltó una carcajada demencial.

- Eso nos convertiría en tus cómplices –dijo Amazarac–, Abaddón nos matará, al igual que a ti y reducirá nuestros mundos-capital y colonias a simples rocas inertes flotando en el espacio.

- No lo hará –sentenció Akibel.

- ¿Por qué estás tan seguro? ¿Porque tienes esa tecnología que cambia el clima?, ¿una sola nave?, ¿Conoces el potencial de la flota imperial? Y ya no hablemos de sus más leales lacayos, la Casa Regente de Ítaca y la Hermandad –continuó Cinnia.

- Como ya he dicho, no debéis preocuparos. Tengo un plan que no

fallará y quien me haga caso, prevalecerá.

- Entiende Akibel –siguió Anazareth–, que necesitamos algo más. Nos estás advirtiendo y nos estas pidiendo que arriesguemos mucho traicionando a nuestro Padre Oscuro, el emperador. Necesitamos que nos des más información, sólo con esa astronave es imposible, siquiera, que te permitan acercarte al espacio de Ática.

- Amigo Anazareth, sé cómo es la flota imperial muy bien, mucho mejor que vosotros porque, no olvides que la mayoría de sus actuales cruceros de guerra fueron construidos en los astilleros orbitales de Erebus –un incómodo silencio inundó la sala. Erebus era uno de los principales constructores de astronaves de guerra del Imperio, casi todos los Reyes Dragón habían adquirido sus unidades y la sola sospecha de una trampa oculta en sus sistemas, les hizo temblar.

- Drakon nunca estuvo aquí, jamás escuchó tus palabras o se percató de la desaparición de Arcadia –dijo Cinnia con un brillo inusual en sus ojos. La primera norma de la naturaleza Igigi redactó su veredicto. Lo primero era sobrevivir y lo prudente por ahora era estar con Akibel.

- Está bien –dijo a regañadientes Aedh Drummond –, te daré un mes, si pasado ese tiempo todo sigue igual, consideraré tus palabras como un engaño e informaré al emperador Abaddón de tu intento de traición.

- Me parece justo –dijo sonriente y triunfal Akibel–, valoro tu voto de confianza hermano Aedh Drummond, pero recuerda una cosa, si me traicionas ni tus fabulosos maestros guerreros podrán protegerte de mí ira –acto seguido y uno por uno, todos los Igigis se fueron poco a poco sumando a la conjura de Akibel.

Cinnia respiró con alivio al abandonar el lóbrego palacio de Akibel, ahora tenía mucho en lo que pensar. Lo de Akibel podía ser verdad o no, no era la primera que Abaddón se servía de estas tretas para probar la lealtad de sus vástagos. Si no jugaba bien sus cartas, aquel muy bien podía ser el final de su casa regente y la de sus hermanos Igigis.

BATALLA

17

“Ven, escucha… permite que te cuente su leyenda; sangre, sudor y hierro, el Mesías Rojo ya remonta los Pasos de Frontera, cabalga triste y sin esperanza en pos de la cruzada final por la liberación de Aqueron y de todos sus pueblos libres. Cabalga abatido tras soportar la más apesadumbrada de las glorias, pues no hay gloria sin dolor, ni victoria sin sacrificio.”

Extractos del sura 44, versículo 2236. Upanishads Sanatana Dharma

Al amanecer Kadosh ordenó a sus huestes prepararse para la batalla.

Los exploradores de vanguardia habían informado de una concentración de grandes contingentes de tropas enemigas en las puertas del valle del Dag.

A pesar de la increíble demostración de poder, no se avistaban drakares sobrevolando los azulados cielos en las postrimerías de la Gran Dorsal. Corría el rumor de que Pazazu había dado el mando de todos los contingentes a su recién nombrado general, Esaú. Al parecer, otro de los generales de Pazazu, un tal Arcadio, se había alzado en armas amotinando Agarthia y Pazazu había retornado a la capital con el grueso de sus tropas con objeto de sofocar la rebelión. Era evidente que Pazazu consideraba la unión de los Dag y los aramitas del Sur una amenaza menor.

Sin embargo y aunque las noticias confortaban a los guerreros sagrados, tanto Kadosh como sus capitanes temían que aquella pequeña fracción de las huestes unidas de Esaú y Pazazu fuera suficiente para aplastarles como a un insignificante mosquito.

Tras la caída de la Ciudad de los Grandes Puertos y la huida de su dios Anu, Baalfegor; Esaú se había rendido y había sumado sus fuerzas a las de Pazazu. La Ciudad de los Grandes Puertos no era sino una de las siete grandes metrópolis que componían el reino de Esaú y tras el ataque, las otras seis junto con sus tropas acuarteladas habían permanecido intactas, tal y como Pazazu había previsto, “cortando la cabeza al perro, se acaba la rabia”.

Abrumado por el potencial militar de los drakares, Esaú había optado por sumar el resto de sus efectivos y ciudades al Imperio ya

consolidado por el antiguo Igigi. Esaú había pensado que era mejor ser “un príncipe en su reino, que un mendigo en tierra extraña”.

Gedeón apareció en la Sala del Consejo donde Kadosh ya le esperaba en compañía de Shigatse. Los tres hombres lucían imponentes corazas damasquinadas, capas carmesíes, espadas cortas y lustrosos yelmos con penachos emplumados.

- Saludos, Mesías Rojo –dijo Gedeón. –Los capitanes Bahadur, Nejmad y Noah han enviado emisarios informando de su situación.

- ¿Y bien? –le interrogó Kadosh impaciente ante las nuevas misivas.

- Los jinetes de Bahadur han bajado a las estribaciones del valle, los cazadores que comanda Noah se han desplegado por los alrededores de las colinas de la Laguna Joven y el grueso de la infantería capitaneada por Nejmad se dirige hacia el final de la espesura que da paso al claro de la vieja aldea.

- Todo está dispuesto –susurró Shigatse y sintió como le costaba tragar.

- ¿Cómo está el maestro Kumar? –le preguntó Kadosh. Realmente era una pregunta carente de sentido pues Kadosh conocía la respuesta.

- El maestro Kumar Rimpoche –le contestó Shigatse-, sigue sumergido en la inconsciencia y se acerca cada vez más hacia las puertas de la muerte. Los doctores me han dicho que no pasará de esta noche.

- Creo que espera un poco más antes de irse.

- ¿Espera, Señor? –le preguntó Gedeón.

- Espera a la conclusión de esta batalla. En alguna parte entre este mundo y el siguiente él está con nosotros. Su espíritu inmortal nos rodea y nos protege, puedo sentirlo –tras las palabras de Kadosh, Shigatse y Gedeón se miraron con un renovado fervor religioso.

Kadosh partió de la ciudad subterránea a lomos de un purasangre de color ébano fulgurante, custodiado a ambos flancos por Shigatse y Gedeón que también iban montados a caballo y tras ellos e igualmente a caballo, les seguían los Neffut, la guardia personal del Mesías Rojo. Los Neffut eran la guardia sagrada, la elite de la elite dentro de los guerreros de la ciudad subterránea, todos ellos de probada valía y fe ciega en su señor. Cerrando la comitiva, los tres últimos jinetes portaban antorchas prendidas dando así un aspecto ceremonial a la marcha.

Kadosh parecía un rey mítico salido de una gesta épica más propia de otro mundo y otro tiempo. Su brillante armadura damasquinada, ornamentada con motivos Neo-Menoch, iba intermitentemente tapada por un espléndido manto de sedas verdosas y líneas entremezcladas de color encarnado y oro, igual que un emperador saliendo hacia la batalla. Tanto los dos capitanes de la guardia, Shigatse y Gedeón, como el resto de los Neffut, cubrían sus armaduras con túnicas y turbantes carmesíes y portaban jabalinas altas o falanges relucientes terminadas en largas tiras, ondeando al viento de la mañana, con oraciones escritas en caracteres minúsculos por los lamas de las montañas, anunciando así la llegada del flamante "conductor de hombres", "el libertador de almas", el Mesías Rojo.

Kadosh podía sentir la presencia de Esaú y no muy lejos de él, la de Charlize, aunque a diferencia de otras ocasiones, apenas podía leer sus pensamientos. Su vínculo telepático había cambiado, era como si aquella mente hermosa hubiera vedado el puente que antaño había tendido hacia su corazón, aunque aún no estaba cerrado por completo. Pero Kadosh dudaba de si esto podía ser porque Charlize aun retenía algo de su antigua naturaleza humana o por el contrario, porque sus poderes místicos y sobrenaturales continuaban desarrollándose hasta niveles insospechados. ¿Dónde terminaría su transformación? ¿En qué se estaba convirtiendo?

Una hora después alcanzaron las proximidades de la vieja aldea de los Dag. Aquellos edificios descuidados y carcomidos por la humedad habían sido presa del olvido y el tiempo. La antaño hermosa aldea que Kadosh recordaba de su niñez, ahora no era sino un grotesco recuerdo de lo que una vez fue.

A una señal de Kadosh, Gedeón mandó a uno de los Neffut de la guardia del Mesías Rojo, en pos de las otras posiciones para avisarles de la inminencia de la confrontación. El emisario partió hacia donde las huestes que comandaban Bahadur, Noah y Nejmad preparaban la celada, habían de permanecer ocultos hasta que una flecha ardiente surcara el cielo del valle del Dag, esa sería la señal.

Si todo salía bien, la señal jamás sería lanzada. Kadosh había contemplado aquella escena cien veces sumergido en su mente presciente. Los caminos del futuro eran complejos y todos comportaban pequeñas variaciones que podían terminar en nuevas y complejas bifurcaciones que, a su vez, daban paso a mil y un caminos

nuevos sobre la opción predicha. Todo había de ser hecho con cuidado si Kadosh quería triunfar y conseguir así sus propósitos.

Atravesaron la vieja aldea y tomaron el camino principal hacia la salida del valle hasta que, finalmente, se toparon con su propio destino. -Recuerda que ante todo son arrogantes. Esa será tu mayor fuerza -las palabras del maestro Kumar resonaron con claridad en la mente de Kadosh, era como si su espíritu estuviera junto él ahora cuando más le necesitaba.

Ante ellos y sobre un plataforma de madera muy elaborada y decorada con gárgolas y demonios pintados de rojo, azul, verde y amarillo, sostenida por decenas de esclavos exhaustos,

Esaú les esperaba sentado en un impresionante trono de marfil y junto a él, sentada sobre la plataforma y cubierta de toda suerte de joyas y unos pocos velos semitransparentes, estaba Charlize, más hermosa y arrebatadora que nunca pero, por primera vez en diez años, Kadosh no reconoció aquellos ojos, ahora amarillentos.

Tras la calesa del Igigi había estandartes y banderas que ondeaban furiosos al viento. Decenas de miles de hombres ataviados con las vestiduras y turbantes negros, enseña del reino de Esaú. Algunos iban alzados sobre imponentes meharis o a pie y portando toda suerte de armas y estandartes con extraños símbolos multicolores que Kadosh no reconoció. Una fuerza colosal que sin duda podría reducir a cenizas todo el valle del Dag y con él engullir a todas sus gentes.

- Saludos Kadosh –sonrió Esaú–, te estábamos esperando –Kadosh y su guardia pararon en seco. Fue en ese instante cuando Kadosh se percató de que Charlize iba asida del cuello por un collar del que pendía una cadena de oro sujetada por las garras de Esaú.

- Perdóname si no comparto tu buen humor, Esaú hijo de Jacob.

- Veo que me conoces, eso está bien –el rostro de Esaú era como una máscara de porcelana impenetrable.

- No deseo tal cosa.

- ¿El qué?, ¿conocerme? –Esaú se echó a reír y tras él, todos los que iban a la vanguardia de sus tropas que permanecían expectantes.

- Quiero que abandones mis tierras y no regreses nunca más. Te voy a dar la oportunidad de salir ileso de esto –la mirada de Kadosh se volvió fría e enigmática.

- ¿Cómo vas a conseguirlo? –Esaú siguió riendo–, mis ejércitos superan en varios miles a esa chusma que tú llamas guerrilla. Te voy a dar una idea mejor. He oído de tus habilidades y me puedes ser útil. Salva tu miserable vida… únete a mí, sométete a la voluntad de mí Señor Pazazu y te convertiré en un Señor Igigi, un dios inmortal y te daré esta tierra para que la gobiernes en nuestro nombre –Esaú extendió la mano en señal de ofrecimiento, dejando al trasluz sus enormes garras curvas. -¿Qué me dices?

- Digo que tú no eres un dios –Kadosh dejó que sus palabras atravesaran el orgullo de Esaú como cuchillas ardientes.

- ¡¿Cómo te atreves?! –restalló el caudillo impío, atenazando aún más la tirantez de la cadena al cuello de Charlize que triste, pálida y hermosa, parecía no sentir dolor.

- Puedo demostrarlo cuando quieras, aquí y ahora –y Kadosh bajó de su caballo–, ante tus hombres y los míos. Yo, un simple hombre, puedo vencerte y arrebatarte la inmortalidad.

- ¿Por qué esperar más? –y diciendo esto, Esaú saltó al suelo soltando la cadena que apresaba a Charlize y desenganchando sus greñas blancas al viento como un lobo espectral al acecho. –Ven, vamos a probar lo que sabes hacer, hombrecito –mientras hablaba, Esaú desenvainó su cimitarra curva, aquel ser monstruoso parecía ahora mucho más grande que cuando estaba sentado en su trono. Por un instante, Kadosh dudo de su potencial.

- Que así sea –y diciendo esto, el Mesías Rojo sacó su espada de doble filo, un arma magnífica con versos del Upanishads Sanatana Dharma grabados en su hoja bruñida.

Aquella escena se antojaba irreal, tanto para las huestes de Esaú como para la guardia de Kadosh que permanecían incrédulos observando una escena jamás vivida con anterioridad. Por primera vez, los generales y no sus soldados decidirían la suerte de la batalla, evitando así la muerte o la mutilación de miles.

Shigatse recordó para sí las palabras del Upanishads Sanatana Dharma que afirmaban -“le conoceréis por su misericordia y espíritu de sacrificio”-

Kadosh lanzó una finta contra su oponente que con una mueca risueña esquivó su embestida sin dificultad, devolviendo al instante el ataque. Una vez tras otra Kadosh se replegó ante los constantes ataques de su contrincante, que cada vez se volvían más rápidos y

feroces.

Esaú gruñía como una fiera sedienta de sangre mientras propinaba a su adversario toda suerte de injurias e insultos, amenazándole una y otra vez con utilizar su carne para hacerse un nuevo vestido. Pero Kadosh no se amedrentó y muy pronto dejó de ceder terreno y ante la atónita mirada de soldados y capitanes, saltó una y otra vez intercalando patadas en el aire con acertadas estocadas dirigidas al pecho y la cabeza de Esaú.

Por fin una de las embestidas tuvo éxito y Kadosh rozó la mejilla de Esaú de la que enseguida comenzó a brotar sangre cárdena y enfermiza. Unas pocas gotas de aquella sangre nauseabunda alcanzaron la hierba antes de que la herida se cerrara con espantosa celeridad, haciendo que esta se marchitara como si un fuego impío la hubiera consumido.

La gente de Esaú gritó enardecida, orgullosa del poder regenerativo de su La Diosa viviente. Kadosh cayó al suelo y retrocedió unos pasos confuso. Pero antes de que pudiera recuperar el aliento, Esaú volvió a atacarle frontalmente.

Fue como un rayo, como una tormenta retorcida y cruel. La cimitarra de Esaú se hundió en las entrañas de Kadosh, tal y como Esaú hiciera siglos antes con su desdichado hermano Zebulón. Esaú rió y con su increíble fuerza levantó al muchacho para luego tirarlo al suelo como un peso muerto.

Charlize rugió furiosa y sin que Esaú pudiera prever su reacción, se lanzó contra Esaú derribándolo en el suelo en un duelo terrible y cruel, como dos tigres enfrascados en una trifulca sangrante. Algunos hombres del grupo de Esaú corrieron a socorrer a su señor mientras Shigatse, seguido de varios Neffut, desmontó y marchó en pos de Kadosh.

Pero cuando todo estaba perdido y en contra de toda previsión, Kadosh se alzó de nuevo, sin sangrar, sin muestra de dolor en su rostro juvenil.

Shigatse y los suyos frenaron en seco. Kadosh les hizo una señal para que regresaran a su posición. Paralizados por la impresión los hombres de Esaú se detuvieron también y Charlize hizo lo propio, quedando tan boquiabierta como los demás.

- Levántate Esaú, aún no hemos terminado –le ordenó Kadosh.

- Pero, ¿cómo es posible? Yo te he matado y tú no eres un Señor

Igigi… ¿Qué demonios eres?

- Para ti Esaú no seré un demonio, seré el elemental vengador que una vez invocó tu padre moribundo en su tienda en el desierto. ¿Lo recuerdas, Esaú? En aquel tiempo aún tenías un hermano y un pueblo que creía en ti.

- Pero… -Esaú no disimuló su confusión y miedo– no es posible que tú sepas esas cosas.

- Sé muchas cosas sobre ti, Esaú. Conozco todas las dudas y todos los temores que pueblan tu corazón corrompido por el odio. Es hora de que se haga justicia.

La turbación se convirtió en una expresión de rabia desatada. Esaú se lanzó una vez más en pos de Kadosh con intención de estrellar la hoja de su cimitarra sobre la cabeza de su adversario para, de esta forma y en este modo, partírsela en dos.

Pero algo había cambiado, Kadosh había ido hasta las puertas de la muerte y había regresado aún más transformado. Sin inmutarse desvió la finta de Esaú, demasiado rápida para el ojo humano y sin que este pudiera hacer nada para evitarlo, aprovechó un hueco dejado por su oponente para hundirle su espada directamente en el corazón, uno de los pocos puntos débiles de su raza maldita.

Esaú ya estaba muerto antes de que su cuerpo cayera al suelo.

Kadosh levantó su espada ensangrentada mostrando la sangre corrupta del dios caído y tras él, todos sus hombres le aclamaron y cantaron con cantos de victoria en la antigua lengua sagrada.

Las tropas de Esaú capitaneadas por varios oficiales quedaron paralizadas y desorientadas, estaban huérfanas ante una situación que jamás hubieran podido concebir.

El más viejo de entre ellos, un anciano capitán de barbas cenicientas y poderosas espaldas llamado Samir, avanzó hacia el cuerpo inerte de Esaú. Ni Kadosh ni los suyos se lo impidieron, el hombre parecía atónito.

Tras unos segundos de reflexión se aproximó a su amo muerto y con algo de desdén le sacudió una patada en el costado. Por supuesto el cadáver no reaccionó de ninguna forma. Acto seguido, alzó la vista hacia Kadosh con una expresión mezcla de asombro y miedo reverencial y sin dilación se arrodilló ante el Mesías Rojo y tras él, como si de una marea incontenible se tratara, las antaño huestes negras del malvado rey Esaú se arrodillaron ante el nuevo Dios, reconociéndolo así como su nuevo caudillo y señor.

Fue entonces cuando Kadosh volvió su vista hacia Charlize que permanecía en el suelo agazapada y en cuclillas, con aspecto expectante.

- Levántate, Samir –dijo Kadosh al tiempo que sentía como el hombre se incorporaba, admirado y sorprendido, de que Kadosh supiera su nombre. Tras Samir, todas las huestes aramitas del norte se alzaron.

- ¿Qué haremos con ella? –Dijo Shigatse al tiempo que se aproximaba a Kadosh– Ahora es una de ellos, debe ser aniquilada antes de que propague su semilla inmunda entre nuestro pueblo.

- Escúchale, oh Mesías Rojo. La amenaza no será extinta hasta que ella perezca –le reclamó Gedeón mientras desmontaba de su caballo.

- Ella no perecerá –dijo Kadosh alzando su voz sobre todos los presentes. A lo que Samir le respondió con una sonrisa, impresionado por la misericordia de su nuevo Señor.

- Pero Mesías Rojo… -trató de hablar Shigatse, aunque se paró en seco ante la mirada gélida de Kadosh.

- Ven conmigo Charlize, debemos hablar –y Kadosh tendió la mano a Charlize que lentamente y con un miedo reverencial en sus ojos, se fue incorporando hasta tomar la mano de Kadosh.

- ¿Por qué no les haces caso y acabas con mi vida? Ya no soy yo… -le susurró ella.

- Sé mucho mejor que tú quién eres realmente y en verdad te digo, amada mía, que hoy no será tu último día entre los vivos.

Y diciendo esto, Kadosh y ella se fundieron en un beso apasionado y sacrílego que heló la sangre de los presentes, enmudeciendo toda voz de aprobación o sanción.

Instantes después, Kadosh subió a lomos de su caballo a su amada, luego montó él y cogiendo las bridas del animal marchó andando despacio, rumbo a las profundidades del valle.

Sin darle mucha importancia a lo ocurrido y antes de perderse en las oscuras profundidades de un bosque cercano, pidió a Shigatse y a Gedeón que se quedaran allí para arreglarse con el capitán de Esaú. –Mañana partiremos con ellos hacia los Pasos de Frontera, esto no ha hecho más que empezar -les dijo antes de partir y dejarlos allí solos.

18

"Hay datos históricos concluyentes; Sin lugar a dudas, la antigua casta del Mesías Rojo de Aqueron y el linaje de Sardón, El rey unificador del Crosaurius pre-estelar estaban emparentados. Es público y notorio que Nazarius Damocles Segundo, de ascendencia crosariana, era igualmente descendiente de Sardón. De ahí la buena posición de su familia en la Armada Sagrada de la Hermandad, desde donde orquestó su golpe de estado. Esta ascendencia era algo de lo que se jactaban y enorgullecían emperadores como Abramantes, Deméter y por tanto Hammurabi. Por tanto no es descabellado afirmar que Kadosh era el heredero de esta casta mítica."

Testamento del Lama Shigatse Rimpoche, Abad del Monasterio Saqqara-Corvino

El Gilgamesh era similar a un crucero de clase Erebus, tenía por tanto, la misma fisonomía de pájaro de presa aunque mucho más estilizada y picuda. A diferencia del gris tradicional, el Gilgamesh estaba pintado con un reluciente azul celeste, con antiguas y arcanas runas e ideogramas salpicados por todo el casco, evidenciando el respeto místico del pueblo de Nemeron hacia los antiguos talismanes Menoch.

La astronave tenía las alas más replegadas hacia dentro, ocultando así sus dos toberas adicionales que le daban una capacidad propulsora superior y desconocida hasta entonces. Un diseño más del genio rescatado de las profundidades del espacio y el tiempo, Laertes de Nemeron.

Con casi quinientos metros de eslora, el Gilgamesh era capaz de transportar a más de mil quinientos tripulantes y veinte cazas estelares de combate, aunque para aquella primera misión, el orgullo de la flota corsaria sólo disponía de una dotación inicial de trescientos tripulantes. Eso sí, todos ellos eran considerados los mejores de entre los mejores, la flor y nata de la armada y la clase científica corsaria.

Al mando del Gilgamesh iba el capitán Eneas, hermano del fallecido capitán Príamo y a la cabeza de la expedición y como medida excepcional, el Senescal Graco había decidido poner al propio Laertes,

ahora presidente en funciones de la Academia de Ciencias de Nemeron, un cargo creado para él por la senescalía.

Algunos se aventuraban a afirmar que Graco veía en Laertes un hijo y un heredero al cargo vitalicio de Senescal y aunque en toda la historia de Nemeron, jamás se hubiera dado el caso de que un forastero terminara por coger las riendas de la Casa de los Senescales, la fama y el cariño del pueblo por el hombre que les había devuelto la esperanza y el orgullo era tal, que todo era posible.

El astillero orbital de Nemeron soltó sus pesados anclajes y el Gilgamesh comenzó a moverse con pesadez y lentitud, hasta que su estilizado cuerpo quedó tenuemente iluminado por los primeros rayos de luz del sol ternario del sistema Nemeron.

La escena era contemplada con admiración e ilusión desde todos los hogares de Dilmun. Las primeras maniobras de la “astronave de la esperanza”, como la habían bautizado ya, estaban siendo retransmitidas por holo-visión desde la estación de control orbital Nazarius Segundo, en una órbita circundante cercana al astillero orbital.

Millones de personas contuvieron el aliento esperanzadas cuando el Gilgamesh hizo ignición en sus motores de popa. Poco a poco comenzó a desembarazarse de la atracción gravitatoria de la órbita de Nemeron, para finalmente, terminar por perderse en la negrura del espacio con sólo potencia de impulsión.

Era muy peligroso entrar en curvatura dentro del sistema solar de Nemeron. Cualquier fluctuación en las bandas Z del espectro energético galáctico podría ser detectada por un enemigo indeseable y de ese modo, podría ser descubierto el secreto de la existencia del mundo capital corsario.

Todos los cruceros corsarios cada vez que iniciaban una nueva misión debían realizar la misma operación. La maniobra era tediosa pero evitaba comprometidas visitas inesperadas. El Gilgamesh tardaría del orden de dos o tres semanas estándar en alcanzar la suficiente distancia como para plantearse un salto estelar al hiperespacio.

Laertes cerró los ojos y recordó por un instante el sucio y oscuro puente del Abramantes, la antigua astronave del capitán Príamo en la que le rescataron de su largo letargo de hibernación, apenas una década antes. ¡Qué distinto le parecía todo!, cien vidas no hubieran

sido suficientes para entender tantos cambios. Pero allí estaba, en el magnífico puente comandado por el hermano pequeño de su amigo y benefactor.

El adolescente se había hecho hombre, un respetado militar y líder entre su pueblo y aun así, Laertes sabía perfectamente que si él no hubiera influenciado a Graco, muy probablemente sería otro capitán el que comandara el Gilgamesh, pues muchos consideraban aún a Eneas un capitán demasiado joven e inexperto para una misión tan importante.

El puente del Gilgamesh era abovedado y luminoso, bordeado por relucientes consolas de control y presidido por el asiento de mando del capitán y tal y como era costumbre, los puestos del piloto y el oficial de comunicaciones adelantados y ligeramente a la derecha e izquierda, respectivamente, del puesto del capitán.

Aun así y en previsión de lo que le esperaba, Laertes había mandado montar un asiento adicional a la izquierda del capitán ante la estupefacción de los ingenieros corsarios, acostumbrados a la típica triada en la configuración estándar de los puentes. Laertes se había justificado afirmando "que ese sería su asiento, el del consejero de la misión". ¿Cómo imaginar semejante misión sin su presencia?

Pero finalmente su cargo no era el de un simple consejero. El Senescal Graco había accedido a poner a Eneas al mando del Gilgamesh, pero no al mando de la misión. Laertes debía asumir esa responsabilidad o si no, Eneas jamás comandaría el Gilgamesh. Muy por encima de sus miedos, sobre todas las cosas estaba el sentimiento de gratitud hacia el hermano de Eneas. Laertes luchó por el nombramiento de Eneas como si le fuera la vida en ello, después, para su sorpresa, Eneas aceptó de muy buena gana, contento y dichoso de servir bajo las ordenes de su amigo, pues le consideraba, sin ninguna duda, el mejor de entre todos sus amigos y el más válido de todos los corsarios, lo fuera o no de nacimiento.

- ¿Estás despierto? –le dijo Eneas tomando posesión de su butacón.

- Lo estoy –dijo Laertes abriendo los ojos y fijando la vista en la pantalla central frente a su asiento, donde ya se vislumbraba la negrura del espacio que atravesaban.

- Mejor, porque necesitaremos de todo tu talento para esta misión –Laertes notó que Eneas estaba exultante y dichoso, como un niño con zapatos nuevos.

Para aquella misión, el Alto Mando Corsario había sacado del baúl de los recuerdos el viejo uniforme azul marino con ribetes plateados, gorra de plato y botas altas y negras, igual que las antiguas fuerzas imperiales abramantinas.

La tripulación se había hecho retratos junto a sus amigos y familiares antes de partir, estaban orgullosos y esperanzados, aquel era un símbolo para el pueblo de Nemeron, tan acostumbrado a la decadencia y la desidia. Las casacas imperiales volvían a surcar el espacio llevando la llama de la esperanza a los hombres en pos del Tercer Renacimiento.

- No te preocupes Eneas. Tú sólo controla a tu piloto para que nos guíe a las coordenadas que os pasé.

- ¿En serio estás seguro de que allí estará Aqueron?

- He contado con los siglos de desviación estelar y si el emperador Hammurabi no alucinaba antes de morir, Aqueron debería estar en esa posición –le contestó Laertes mostrando una amplia sonrisa.

- Y, ¿qué esperas encontrar exactamente?

- Un arma muy poderosa.

- Ciertamente, temo un poco lo que el viejo emperador nos reserva. Tanto secreto no puede ser bueno.

- Sólo he conseguido descifrar una parte de los textos pero, aun así, lo que he averiguado es mucho. Si sólo la mitad fuera cierta…

- ¿Te refieres a la historia del clon del emperador o la astronave Aurantia?

- Ojalá sean los dos.

- Ojalá… No sólo regresarías a Nemeron con una astronave capaz de hacer frente al mejor de los cruceros de Abaddón, si no también restaurando la casta de los extintos emperadores descendientes de Nazarius.

- El pueblo reavivaría completamente la llama de la esperanza y se lanzaría en pos de un sueño que ya tiene olvidado: LA LIBERTAD.

BALUARTE

19

“La herejía es un mal silencioso, una enfermedad sigilosa e insidiosa que se transmite por el don de la palabra escrita o hablada, afecta por igual a ricos y pobres, jóvenes y viejos, inválidos y sanos. Tan sólo el fuego redentor purifica y sana el mal de la herejía. Vosotros seréis ese fuego y con vuestra llama, los herejes arderán en el infierno.”

Ayatolá Sidi Alsima III, discurso de graduación de la XVI promoción de oficiales inquisidores en la Academia de Guerra de Los Peñones (capital de la Hermandad)

La estación estelar Baluarte VIII llevaba abandonada siglos, silenciosa y casi fantasmal parecía un gigante oscuro de extremidades múltiples e irregulares, flotando a la deriva en el espacio infinito.

Las continuas embestidas y expolios la habían convertido en un sórdido trozo de chatarra siglos antes del nacimiento de Abramantes y la posterior caída del antiguo Imperio.

Aquel monstruo gris reflejaba la opulencia y la paz que antaño habían gobernado en el Imperio del Sol. Durante “La Paz de Nazarius”, Baluarte VIII había sido una parada obligada para las ricas astronaves mercantes que hacían la ruta de Alfa Centauri a Estigia en pos del por entonces codiciado Oro Milium, mucho antes del descubrimiento del preciado combustible Minzlli de Ragnarök, que marcaría el fin del apogeo económico estigiano.

Con la llegada del Minzlli y los nuevos sistemas de propulsión estelar, Baluarte VIII así como las otras estaciones en el espacio profundo de aquella ruta fueron abandonadas a su suerte, siendo muy pronto pasto de todo tipo de piratas y gobernadores provinciales que veían en ellas una fuente de ingresos extra. Pero lo que muy poca gente sabía era que en su interior había sido restaurado un pequeño módulo habitable, una base dentro del monstruo olvidado, protegida con potentes escudos y dispersores de escáneres que la hacían

indetectable.

Ya no había nada en Baluarte VIII que atrajera a los expoliadores y buscadores de tesoros. El lugar era totalmente seguro, aún así, siempre convenía tomar precauciones.

Aquella base había sido construida y ubicada en secreto por un consorcio muy especial, una alianza secreta de líderes de facciones en apariencia muy dispares, pero que tenían algo en común. Se reunían y protegían aquel lugar a la espalda de sus respectivos pueblos. Aquella organización no tenía nombre, aunque en sus primeros tiempos, alguien uso aunque de forma muy fugaz, el término "Circulo", para referirse a ellos.

Hacía más de dos horas estándar que dos impresionantes fragatas de manufactura drakoniana habían arribado a las proximidades de Baluarte VIII, una llevaba el emblema del pez de Drakon y la otra el rombo de Aqueronte.

Tras la reunión con Cinnia, todos los Igigis citados habían dejado de utilizar los cruceros estelares de manufactura erebuitica, ningún Rey Dragón que se preciara de entre los asistentes a la conjura osaría traicionar la amenaza de Akibel, eran demasiado dependientes de sus máquinas y manufacturas, pero no lo suficientemente confiados como para seguir utilizando y comprando unos cruceros de guerra que podían volverse contra ellos mismos en cualquier momento.

Desde luego que la tecnología de la Casa Regente de Erebus era muy superior a la de la Casa Regente de Drakon, pero era eso o exponerse a depender, totalmente, de los alocados designios del llamado “príncipe diablo” Akibel.

A pesar de los consejos contrarios del consejero y primer ministro de Drakon el veterano estratega y estadista, el fiel Señor Igigi Kafka; Tanto Cinnia como Narfater habían acudido solas a la reunión pilotando, ambas, sendos cazas estelares de combate hasta el pequeño espacio-puerto de la base secreta. Las tripulaciones de sus respectivas fragatas eran los miembros más selectos y de confianza de entre sus respectivas guardias personales.

La pequeña sala de reuniones de la base secreta de Baluarte VIII era una estancia rectangular de paredes metálicas y blancas, muy bien iluminadas, presidida por tres grandes butacones.

Juntas, Cinnia y Narfater parecían dos bellezas mortíferas unidas desde el día de la gran explosión de Rocamar, como la infinita negrura

del espacio profundo. Pero aún así, ambas tenían algo en común, algo que las había llevado a pactar con la fuerza más inimaginable que se pudiera concebir como aliado de un Igigi, no se nutrían con humanos y por ende, ni torturaban, ni beneficiaban la tortura o la denigración de humanos dentro de sus respectivas fronteras.

La alianza había sido fraguada siglos estándar antes entre ellas mismas, como representantes de sus respectivas Casas Regentes y un humano en representación del tercer grupo. Desde entonces, hasta aquel momento, el oscuro cónclave apenas se había reunido más de doce veces. Aún faltaba el tercer miembro del mismo.

Instantes después, el bigotudo Senescal Graco hizo acto de presencia. A diferencia de las otras ocasiones en las que sus antecesores se habían reunido con el Cónclave de las Dos Reinas, Graco ya no lucía la armadura negra y pesada típica de los corsarios, si no el uniforme azul marino de las antiguas fuerzas imperiales, eso sí, con los galones dorados alborotados sobre los hombros de su casaca, signo inequívoco de su alta posición.

- Ha sido un placer inesperado que convocarais el Cónclave, empezaba a pensar que durante mi mandato no asistiría a un encuentro en Baluarte VIII y serían otros los que tendrían el privilegio de vivir la experiencia -Graco ocupó el tercer asiento.

- Es usted muy amable –le dijo Cinnia mientras le clavaba los ojos fijamente, estudiándole de arriba a abajo.

- Durante estos siglos, nuestra alianza ha dado muchos frutos. Vuestras Casas Regentes no han atacado a las fuerzas corsarias y nuestras incursiones no han entrado en los sistemas controlados por Drakon y Aqueronte. Simple y satisfactorio para todos.

- Eso, ahora puede cambiar –le contestó Narfater y Graco sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Realmente no había olvidado que aquellas, en apariencia frágiles y hermosas damas, eran realmente dos asesinas mortíferas en potencia y que si deseaban desmembrarlo allí mismo, no encontrarían ningún tipo de oposición o dificultad.

- Akibel planea atacar Ática y derrocar así el gobierno imperial de Abaddón –continúo Cinnia– y tiene suficiente poder acumulado para conseguirlo.

- ¿Qué gobierno? Abaddón lleva casi incontables décadas sin dar muestras de vida. Si no fuera porque los Señores Igigi siguen enviando sus tributos anualmente al Templo de la Sangre de Ática, nadie se acordaría de su existencia. Las Casas Regentes viven y se gobiernan

solas.

- Esa es sólo la estratagema de Abaddón, él quiere que creamos que ha desaparecido pero si tus historiadores han hecho bien su trabajo, recordarás que la última vez que Abaddón dio señales de vida fue precisamente por la insubordinación de un joven Igigi. Su mundo capital fue arrasado junto con sus colonias y todo vestigio o recuerdo de su existencia. Abaddón fue implacable y millones de humanos perecieron en su vendetta.

- Lo recuerdo –Graco hizo una mueca–, hace no mucho localizamos la tumba de ese desdichado.

- ¿Cómo es posible? –le preguntó Narfater.

- No había referencias o nombres escritos, pero no tenemos dudas de que era un auténtico Igigi. Resucitó y mató a un científico antes de que pudiéramos reducirle y acabar con él. Había permanecido aletargado durante siglos, le despertamos sin querer, no sin antes pagar un alto precio por nuestra osadía.

- Exacto –Cinnia le miró con una expresión de desaprobación–, sois demasiado presuntuosos, tal y como demuestra el que vuelvas a vestir ese uniforme… El Imperio del Sol cayó…

- Quizás algún día se levante… -y ambos se sostuvieron la mirada con cierta tensión.

- Bueno, hablar de las amenazas del pasado no es el objetivo de este Cónclave –Narfater cortó en seco–, Akibel posee un arma demoledora y durante los últimos años, se ha dedicado a incluir un pequeño regalo sorpresa en todos los cruceros de guerra que ha vendido a todas las Casas Regentes, haciéndolas inservibles ante él.

- Utilizad los cruceros drakonianos entonces… -sugirió el corsario.

- No tenemos capacidad de producción suficiente, nuestros cruceros de guerra son artesanales, no estamos preparados para atender tanta demanda –le contestó Cinnia.

- La cuestión es que ahora apenas quedan Casas Regentes con astronaves antiguas libres de componentes tecnológicos erebuitas, la proporción sería mayor de uno a mil. Sin quererlo, vosotros los corsarios os habéis convertido en una de las mayores potencias de la galaxia.

- No entiendo, ¿por qué me contáis esto? podíais haberos reservado ese dato, nunca nos habríamos enterado –Graco no disimuló su sorpresa.

- No lo entiendes, joven Senescal –le dijo Narfater y Graco rió ante la ironía de que a pesar de su apariencia, realmente era mucho más joven que ella... –Hace unos días estándar se celebró un concilio en Erebus. Akibel nos informó de sus planes junto a casi todos los Igigis.

- La cuestión es –continuó Cinnia-que estamos seguras de que si Akibel gana y derroca a Abaddón, después atacará a todas las Casas Regentes y seremos incapaces de defendernos.

- Y, ¿si Abaddón despierta?

- Entonces será igual, pero a la inversa. Acabará con casi todas las Casas Regentes por estar al tanto de su traición. Millones de humanos morirán bajo el fuego de los bombardeos orbitales, ¿no me digas que eso no te importa? –Narfater le miró inquisitiva.

- Claro que nos importa, sigue siendo nuestro pueblo. Pero no entiendo qué queréis que hagamos nosotros.

- Queremos que se cumplan todos los términos de la vieja alianza que firmamos con vuestros antiguos senescales. Queremos que los corsarios nos ayuden y protejan a las Casas Regentes de Drakon y Aqueronte si fuera preciso y a cambio y si respetáis nuestros dominios, os ayudaremos a restaurar vuestro antiguo Imperio.

- Y, ¿si nos mantenemos al margen?

- Entonces informaremos a Akibel y a Abaddón de la existencia y ubicación exacta de Nemeron –sentenció Cinnia y aunque Graco no dijo nada, era evidente que aquella revelación le había impactado y perturbado. ¿Cómo habían descubierto la ubicación de su mayor secreto?... Si era cierto, estaban realmente a su merced.

Cuando el senescal Graco partió de Baluarte VIII, tenía el corazón comprimido, como si un puño siniestro lo apretara haciéndole más pesada la respiración. Hora era ya de informar al Senado y a los oficiales de su Armada Corsaria de la existencia de la vieja alianza entre los corsarios y las casas regentes de Aqueronte y Drakon pues hasta aquel momento, este había sido un secreto transmitido de Senescal a Senescal y a su círculo más íntimo…

¿Cómo reaccionaría su pueblo después de tantos siglos de lucha y sacrificio? Aquella decisión podría representar, incluso, el derrocamiento del gobierno de los senescales. Pero la cuestión era otra y quizás tras los avances aportados por Laertes, la victoria estaría más cercana que nunca. Debía prepararse y jugar bien sus cartas.

Muy pronto, para bien o para mal, todo iba a cambiar en la galaxia.

20

“Me gustaría saber quién, cómo y cuándo se dio autoridad a simples hombres para esclavizar a sus semejantes; a privarles arbitrariamente de la libertad y a someterles a la vejación y la sumisión, humillándoles como a mendigos, cuando son ellos, los que se lucran y engordan a nuestras expensas.”

Historia de la Primera Guerra Galáctica - Saronte, orador y político de Alfa Centauri

Jataq estaba orgulloso de sí mismo, por fin estaba al mando de su propio crucero estelar, se sentía el rey del universo conocido.

El jactancioso y recién ascendido comandante lucía con suficiencia las doradas estrellas de su nuevo rango. El viejo petrarca tenía una sensación de control y dominio sobre su pequeña goleta ligera llamada “La Terranova”.

Finalmente, Jataq había ascendido. ¿Qué más daba si el Terranova era un crucero drakoniano estelar obsoleto y antiguo? Le daba igual que no fuera un navío espléndido y pomposo como los modernos destructores comprados por la Hermandad a la Casa Regente de Erebus. ¿Es que las astronaves manufacturadas por La Casa Regente de Drakon no habían ganado también batallas? ¿Qué más daba que no fuera la astronave más vistosa y moderna de La Armada Sagrada?

Lo realmente importante para Jataq, era que era su nave. Después de tantos años de servicio, aquella era una digna recompensa por los servicios prestados y Jataq estaba profusamente agradecido al Patriarca y la Hermandad.

Aquella pequeña goleta tenía una dotación escasa de quince tripulantes, todos veteranos al igual que Jataq, todos condecorados hasta las orejas, todos con orígenes de mundos remotos y todos recompensados con un destino tranquilo tras largos años al servicio de La Armada Sagrada.

La pequeña Terranova tenía forma de lanza y era alargada con tres pequeñas aletas posteriores, que hacían las veces de planeadores ya que, aquel antiguo modelo drakoniano, podía penetrar sin dificultad

en las atmósferas planetarias y funcionar como una aeronave convencional sin necesidad de permanecer atracada en órbita, haciendo que sus tripulantes se sirvieran de pequeñas naves de transporte, tal y como ocurría con los grandes destructores confeccionados en la Casa Regente de Erebus, una ventaja adicional de tiempos más antiguos y remotos.

Akibel había impuesto un nuevo mercado galáctico en la venta de astronaves, donde lo que primaba era el precio y las dimensiones, al contrario que las manufacturas de la Casa Regente de Drakon, que eran más artesanales y cuidadas pero con muchas menos evoluciones tecnológicas y aún así, con precios mucho más prohibitivos que los erebuitas. Sin embargo, la Casa Regente de Drakon tenía su propio mercado de compradores fieles, eso sí, mucho más cerrado que el casi monopolio controlado por Akibel. De hecho, hacía más de doscientos años que la Hermandad no encargaba ninguna astronave a La Casa Regente de Drakon, la última había sido un crucero estelar de placer para un sumo sacerdote caprichoso, gobernador de un sistema remoto llamado Antígona.

La Casa Regente de Erebus y la Hermandad mantenían un lucrativo contrato de exclusividad que tenía a Akibel como su único proveedor tecnológico. Aunque a pesar de este contrato, en la práctica, la Hermandad sólo le comprara a Akibel cruceros de guerra, pues los fundamentalistas religiosos aún se resistían a tener grandes contingentes de tropas androides en sustitución de las clásicas legiones mercenarias que, históricamente, habían dado servicio como tropas de asalto. Por esta razón, la vieja goleta heredada por Jataq tenía más de trescientos años estándar, a pesar de lo cual, los hábiles ingenieros de mantenimiento de Los Peñones la habían conservado en perfecto estado. Gracias a esos cuidados y gracias a que sus elegantes formas siempre la habían hecho muy vistosa en los desfiles orbitales que de vez en cuando organizaba el caprichoso Patriarca, aún no había sido retirada del servicio activo.

Durante los últimos cincuenta años estándar, la Terranova se había convertido en un atractivo destino para los veteranos condecorados de la Armada Sagrada que esperaban su pronta jubilación, eso daba moral a las tropas, las hacía pensar en un futuro tranquilo y les daba un sentimiento de sosiego y fe ciega en sus superiores.

La Terranova era todo un símbolo y un orgullo para la Armada Sagrada aunque, funcionalmente, hubiera dejado de ser concebida como un arma efectiva mucho tiempo atrás.

Inicialmente la misión parecía sencilla. Jataq y su tripulación se unirían a un pequeño contingente liderado por la flor y nata de la Armada Sagrada. El propio Patriarca de la Hermandad iría al mando de su imponente buque insignia, el “Argos”, un gran destructor de clase Halcón, recientemente adquirido a la Casa de Erebus.

Como cada año, el Patriarca debía acudir en persona a Ática, sede de la Casa Imperial, y entregar al emperador en persona el lote de humanos destinados al sacrificio como pago y tributo de la Hermandad a la divina persona de Abaddón.

La presencia de la goleta de Jataq era meramente decorativa. Un pequeño navío más en medio del populoso convoy de astronaves que escoltaba al poderoso Patriarca desde el espacio de Los Peñones, hasta el planeta que Abaddón había usurpado antaño al viejo emperador Abramantes. -Una primera misión tranquila y estúpida -pensó para sí Jataq-, ideal para unos veteranos cansados de guerrear.

Desde luego, si alguna astronave corsaria mentecata se atrevía a hacer frente a semejante flota, tendría una muerte rápida y estruendosa. No se esperaban visitas no anunciadas.

Unos días después, la caravana de astronaves de la Hermandad salió del hiperespacio entrando en el híper-protegido espacio del sistema Ática.

Si Jataq había pensado que las fuerzas de la Hermandad eran cuantiosas, lo que contemplaron sus ojos le llenó de asombro y admiración. Centenares de miles de astronaves de toda clase, tamaño y función, poblaban las inmediaciones de la órbita del planeta imperial de Abaddón, Ática. Aunque, muy pronto, Jataq se percató de que no todas tenían actividad, energía o parecían operativas, ¿cuánto Minzlli sería necesario para mantener aquella flota? Los cálculos de coste se disparaban hasta el infinito y más aún…

Innumerables astronaves simplemente flotaban en el espacio, como muertas o abandonadas. Era un espectáculo dantesco, a la vez que increíble y sobrecogedor.

¿Cuántas podrían ser activadas realmente si el emperador ordenaba un ataque contra alguno de sus enemigos?

Jataq recordó una antigua fabula de su niñez, la del dragón dormido al que todos temían pero nunca conseguía despertarse porque en realidad no era un dragón, sino una estatua de piedra…

Jataq permanecía templado, recostado en su butacón de mando

presidiendo el puente, contemplando con tranquilidad la pantalla central del puente de mando de la Terranova.

Aquel despliegue de efectivos y astronaves era un espectáculo digno de ver. No obstante, la Hermandad disponía también de la segunda flota más numerosa de la galaxia y había acudido a la cita con más del ochenta por ciento de sus efectivos disponibles.

El planeta en sí, Ática, tampoco dejaba de sobrecoger. Su atmósfera, aunque ligeramente azul, daba paso a una siniestra gama de tonos grises y negros. Era una esfera colosal, oscura y sobrecogedora, fría en apariencia.

Jataq había leído que en el pasado había sido un mundo idílico pero que cuando Abaddón lo conquistó, mandó cambiar su clima para convertirlo en un infierno frío de oscuridad y sombras.

En Ática no había luces o señales de ciudades y parecía tan muerta como los cruceros que vagaban como fantasmas errantes en las órbitas superiores del planeta, tenuemente iluminados por el sol binario y azulado del sistema.

Súbitamente algo reclamó la atención del comandante de la Terranova, un pitido intermitente, desviando la atención de Jataq hacia el puesto del oficial de comunicaciones.

- Mi señor –dijo el oficial.
- ¿Qué ocurre? –la voz de Jataq resonaba con autoridad y orgullo.
- Los sensores detectan una nave saliendo del hiperespacio.
- No se preocupe, oficial. Si es una amenaza, nuestra gloriosa flota dará cuenta de ella antes de que las fuerzas del emperador se enteren.

Lejos de cumplirse la profecía de Jataq, la misteriosa astronave no se detuvo y avanzó en impulso y silenciosa hacia La Armada Sagrada que ya se encontraba en las postrimerías de las órbitas más superiores de Ática.

La minúscula astronave intrusa parecía un mosquito al lado de los grandes destructores de la Hermandad, tenía forma cilíndrica y no parecía poseer ninguna ranura para baterías, cañones, láser o lanzaderas de misiles de tipo Jataq. Aún así, los generales del Alto Mando de la Hermandad que acompañaban al Patriarca, la vieron

como una amenaza potencial y por tanto, ordenaron su inmediata destrucción. Nadie que osara importunar a la Armada Sagrada en su sagrada procesión de sacrificio, podía vivir para contarlo.

Dos pequeñas fragatas salieron al encuentro de la pequeña astronave inoportuna, maniobrando con cierta agresividad, ciento noventa grados; hasta que, finalmente, se separaron del resto de la flota.

El choque fue rápido e imperceptible.

Tan pronto como ambas fragatas se aproximaron a la misteriosa astronave, fue como si ambas perdieran todo rastro de vida o energía. Súbitamente, se pararon en seco quedando a la deriva, flotando inertes en el frío espacio, sin comunicaciones o soporte vital. ¡Se habían apagado!

La oscura y pequeña astronave siguió avanzando lenta e inexorablemente hacía la órbita de Ática.

Jataq no podía creer lo que estaban viendo sus ojos, aquello debía ser un mal sueño, una pesadilla, ¡era imposible! Una comunicación global fue lanzada a toda la Armada Sagrada: “En nombre de Akibel de Erebus, se les ordenaba regresar inmediatamente a Los Peñones y esperar sus órdenes”. El tono era amenazante y contundente y no daba opción para la réplica.

La respuesta del orgulloso Patriarca Sidi Alsima de la Hermandad no se hizo esperar. Envió a sus mejores destructores en pos de la amenaza.

Para asombro del Patriarca y sus generales, todas las astronaves enviadas a interceptar a la minúscula nave de Akibel corrieron la misma suerte que sus predecesoras, quedando inmediatamente sin energía, muertas y a la deriva. Las mejores astronaves de guerra de la galaxia resultaban meros juguetes al lado de aquella pequeña y extraña nave.

El Patriarca estaba desconcertado, no sabía qué más podía hacer. ¿Akibel era un traidor? O aquello era una trampa disimulada.

Tras dejar fuera de combate a casi toda la Armada Sagrada, la silenciosa nave se posicionó en una órbita baja en torno a Ática y comenzó a emitir una onda de frecuencia en dirección a la superficie planetaria.

La siguiente respuesta de la Armada Imperial fue inmediata. Uno a uno, sus cruceros y astronaves fueron despertándose como silenciosos gigantes muertos, resucitando en medio de un cementerio infernal de sombras y olvido.

Aunque había algo que no cuadraba, las fuerzas de Abaddón parecían mucho más reducidas de lo que Akibel jamás hubiera imaginado.

Por un instante, parecía que iban a poder contrarrestar la amenaza pero, al momento, uno a uno todos ellos fueron sufriendo la misma suerte que los buques de la Armada Sagrada. Aquel desastre había dejado decenas de miles de muertos encerrados en sus gigantescos ataúdes de metal inertes y flotando a la deriva en el espacio frío y oscuro.

Como piedras pesadas y torpes, las astronaves desactivadas chocaban unas contra otras, impotentes y vacías de capacidad. Algunas explosionaban al colisionar, originando un espectáculo terrible de fuego y destrucción imposible de concebir.

Bajo la influencia del rayo generado desde la astronave de Akibel, la atmósfera de Ática comenzó a fluctuar.

Terribles fenómenos atmosféricos, que en la superficie se debían estar viviendo de forma demoledora, fueron perfectamente visibles desde el espacio.

En apenas unos segundos, la superficie de Ática quedó completamente arrasada por imparables y descomunales tormentas de proporciones colosales y descontrolados tsunamis de kilómetros de altura.

Jataq pensó que si realmente había habido alguna ciudad ahí abajo, ahora no debía de ser más que un puñado de ruinas bajo las aguas tenebrosas y heladas.

La nave de Akibel cesó la emisión de la onda y cerró sus compuertas. Poco a poco comenzó a ganar altura y a virar en redondo. Cambió su rumbo y dirigiéndose, despacio pero segura, hacia la nave insignia de la Armada Sagrada, desde donde la contemplaban atónitos el Patriarca y su Alto Mando, impotentes y asustados como niños que han perdido todos sus juguetes.

Una llamada de auxilio general fue lanzada al resto de la Armada Sagrada superviviente. Sin embargo, los comandantes supervivientes, después de haber presenciado como las mejores astronaves eran barridas como simple chatarra ante sus incrédulos ojos, no se decidieron a correr la misma suerte que sus predecesores. En parte, aquel era el plan de Akibel.

Akibel dirigía aquellas operaciones de su pequeña astronave robotizada, tan solo él, desde un espartano y solitario puesto de mando. Aquella pequeña lanzadera robotizada había sido modificada con las últimas tecnologías y comodidades de las que disponía la Casa Regente de Erebus, muchas de las cuales aún no estaban ni a la venta en el mercado galáctico de venta de componentes tecnológicos.

El pérfido Rey Dragón se encontraba confiado, seguro y gozoso, dirigiendo las operaciones de su astronave, tumbado en un cómodo y mullido diván de color rojo y deleitándose bebiendo sangre humana extraída poco antes de partir.

Para Akibel aquel era un espectáculo que llevaba planificando desde hacía casi dos siglos. Un espectáculo que no se hubiera perdido vivir en primera persona por nada.

Pero contra todo pronóstico, una pequeña goleta, que no era de manufactura erebuitica, se decidió a enfrentarse con la extraña amenaza, maniobrando veloz entre la numerosa chatarra espacial hasta interponerse entre el buque insignia de la Hermandad y la nave de Akibel.

Akibel no podía creerlo, se encontraba solo al mando de su pequeña astronave robotizada, su plan era perfecto, pero no había contado con que la Hermandad o la Casa Imperial dispusieran, después de doscientos años, de grandes descuentos y generosas ofertas de alguna astronave manufacturada por otra casa regente que no fuera la de Erebus y por tanto, que no fuera vulnerable a la orden de desactivación transmitida desde su pequeña astronave de ataque. Se había desvivido comprando los excedentes anticuados de ambas Casas y reemplazándolos por los suyos propios. A los ojos del Imperio de la Hermandad, sólo era un Rey Dragón más luchando por monopolizar un mercado vital. Desde la llegada al poder de Abaddón, el capitalismo feudal de las casas regentes había sido el sistema económico preponderante en todo el Imperio.

-"¿Cómo podía haber fallado tanto?"- Por no disponer, su pequeña astronave no disponía ni de escudos para repeler un ataque convencional. ¿Para qué? si cualquier elemento tecnológico que se le acercara se desconectaba al instante... Llevarlos sólo hubiera sido lastre y consumo innecesario de Minzlli.

Toda la envergadura de la pequeña astronave estaba ideada para transportar las dos armas que únicamente debía llevar: por un lado, el

cañón de cambio climático para arrasar y cambiar la climatología de Ática y por el otro, el emisor de la onda de desactivación de las astronaves compradas a su casa regente.

- Es asombroso… -dijo el piloto de Jataq– no nos desactivamos. Somos inmunes a lo que quiera que sea que hace esa infernal astronave.

- Avance toda y prepare los torpedos –Jataq no mostró ninguna turbación, una vez más, era un soldado ejecutando órdenes con marcialidad y sin emoción.

Jataq mandó lanzar un simple misil atómico, un torpedo de lo más modesto dentro del ya por si humilde arsenal del Terranova, para así poder comprobar la capacidad de los escudos y del casco de la astronave enemiga.

Tan sólo en el último segundo, cuando Akibel veía como el misil lanzado desde la goleta de Jataq se acercaba más y más a su astronave, Akibel pensó… -A pesar de la maestría del arma y su contundencia, ¿por qué la respuesta de la Casa Imperial había sido tan nimia? Apenas veinte cruceros imperiales habían sido tocados pero sólo ahora, con la muerte frente a frente, lo veía con claridad ¡realmente eran muy pocas naves para la importancia de la flota de Abaddón! ¿Era posible que el emperador ya no residiera en Ática y todos sus esfuerzos y ahora su sacrificio personal, hubieran sido en vano?

Dos cientos años preparando aquel plan no habían servido de nada… Iba a morir y su muerte no sería premiada o recordada. Jamás luciría la corona imperial.

-"¿Cómo podía haberse equivocado tanto?"– se dijo Akibel a sí mismo y unas décimas de segundo después fue barrido por una explosión atómica que iluminó, cual relámpago cegador y breve, la oscura y siniestra órbita de Ática ante la sonriente y victoriosa mueca del Patriarca y sus impetuosos generales, que aún no podían creer lo sucedido.

DAG-NEFER

21

“Aquel día vi elementales y demonios luchando en los cielos, enfrentándose en la última y la primera de todas las grandes batallas y después escuché una voz de trueno que me decía -Ve y siembra la tierra con la sangre de mis enemigos…-“

Tradición oral aramita, oración previa a la batalla.

El Dag-Nefer era un pequeño monte a la sombra del viejo Dag-Guiora, con una cumbre suave y lisa regada de hierba y flores primaverales, a cubierto de los impetuosos vientos que, constantemente, atenazaban las nevadas cumbres de los montes más elevados de la Gran Dorsal.

Sobre la cima del Dag-Nefer se levantaban, silenciosas, las ruinas de un antiguo monasterio abandonado, el Nefer-Corvino. Ahora, las pocas columnas silenciosas y grises que aún se mantenían en pie, estaban agrietadas y torcidas, como una vieja bestia enferma que se resiste a morir.

En medio de las ruinas se alzaba un enclenque edificio de paredes calizas invadido por ejércitos de palomas somnolientas, que entraban y salían incesantes de sus oscuros nidos entre las tejas de la techumbre.

Aquella noche, la cima estaba bien iluminada, presidida por una clara y limpia luna primaveral que traía oscuros presagios y sensaciones de cambio.

Kadosh había llevado a Charlize allí, no les habían seguido, de eso estaba seguro, les temían y respetaban demasiado como para osar molestarles. Aquella noche, Kadosh conoció la carne en brazos de su helada amada, durante horas hicieron el amor, desbocados y desatados, como si la represión de los años se viera por fin completa y Charlize probó la sangre de su amante.

A diferencia de otros, Kadosh no murió pero tampoco probó la sangre de Charlize. Aquel líquido pesado y caliente supo distinto en

los labios de Charlize, como si aquella sangre no fuera humana, sino otra cosa.

Ante la mirada cristalina de Charlize, las heridas de Kadosh se cerraron milagrosamente, curándose con una celeridad antinatural, más propia de los Igigi, que de la simple naturaleza mortal.

Charlize no se lo explicaba, pero aquella sangre la había saciado por completo. Era como si el ansia se calmara y la necesidad no perdurara. Tras el éxtasis del amor, los dos amantes salieron desnudos y seguros a contemplar las lunas, para así, de esta forma y en este modo, jurarse amor eterno.

Al amanecer, Kadosh se despidió de su amada partiendo hacia el valle donde las masas de hombres enardecidos ya alzaban los estandartes de guerra, rugiendo y aullando como bestias sedientas de sangre.

Kadosh encontró a todos sus capitanes y consejeros despiertos y expectantes. Todos con un fuego indescriptible brillando en sus pupilas, todos deseosos de atender hasta el más nimio de sus deseos, con la devoción más absoluta que se pudiera concebir. Todos menos Shigatse, que le miraba con aire sancionador, disconforme con las últimas decisiones tomadas por “el Mesías Rojo”. Desde luego, Kadosh ya sabía que ni Shigatse, ni los otros monjes, aprobarían nunca su relación con Charlize; no, sabiendo en lo que ella se había convertido. Pero él la amaba y todo lo que ellos pudieran decir o hacer, no le importaba en absoluto.

Nejmad estaba extasiado, los acuerdos con Samir, el antiguo capitán de Esaú, habían sido un éxito y sus tropas habían acatado el estandarte del Mesías Rojo, casi sin oponer resistencia. Derrotado el demonio Esaú, ya nadie tenía dudas de la naturaleza y propósito divino de Kadosh.

Tras los primeros saludos, Nejmad informó a Kadosh. Los emisarios de los aramitas del sur habían traído malas nuevas. Pazazu había sofocado la rebelión de Agarthia y tras exterminar al general rebelde y a sus seguidores, se dirigía con sus drakares supervivientes rumbo a Al-Semanet, capital de los Pasos de Frontera.

El plan del viejo demonio estaba claro, pretendía cortar el paso de los refuerzos de los aramitas a la rebelión por los pasos del sur. De esa manera, pretendía ahogar la rebelión desde su apéndice y luego subir al norte, al valle del Dag, donde su golpe sería más contundente. Pero

Kadosh no estaba dispuesto a quedarse sentado esperando lo inevitable. Para sorpresa de Baalfegor, su ejército de tierra presentaría batalla a sus fuerzas de La Orden en terreno abierto y a las mismas puertas de Al-Semanet si era preciso. Ante la mirada atenta de sus capitanes, Kadosh ordenó que se levantara el campamento y se pusiera rumbo a Al-Semanet. Nunca en la historia del valle del Dag se contempló un ejército tan numeroso.

Antes de partir, Kadosh dio una única orden a las gentes de entre los Dag de la Ciudad Subterránea que ya estaban reconstruyendo su vieja y cansada aldea.

- Tan sólo una orden os doy, tan sólo un deseo quiero que atendáis. Como vuestro rey y Mesías Rojo os imploro: Bajo ningún concepto, condición o necesidad, deberéis ascender la senda que conduce a la cima del monte Dag-Nefer, pues esa será una tierra sagrada y sólo yo o quien yo decida, podrá pisar su santa cima –y diciendo esto, Kadosh marchó como caudillo de hombres en pos de su despiadado enemigo.

Durante el viaje hacia Al-Semanet, las noticias se sucedían rápidamente. Emisarios nómadas iban y venían trayendo noticias de las lejanas e inhóspitas tierras del sur. Hombres montados y a pie luchaban contra las inclemencias del tiempo y el abrupto terreno; era preciso llegar cuanto antes al sur de los Pasos de Frontera.

Sobre la meseta desértica del mismo nombre, se levantaba la noble ciudad de adobe de Al-Semanet donde, desde tiempos inmemoriales, las tribus nómadas de los Pasos de Frontera se reunían para comerciar y descansar. Al-Semanet era un lugar casi sagrado, de gran valor estratégico y social, un pequeño oasis en medio de la desolación más absoluta.

Los espías de los aramitas anunciaron la llegada de Pazazu a la ciudad de adobe. Posteriormente, se conocería lo sucedido. Masacres y violaciones, incendios y matanzas se habían sucedido hasta que el rey Igigi había sofocado todos los intentos de amotinamiento por parte de la población de la vieja ciudad.

Decenas de miles de soldados de La Orden habían desembarcado de sus drakares tomando las callejas y plazuelas de Al-Semanet, sometiendo a la esquilmada población a la voluntad de su cruel señor.

Inmediatamente después, se habían puesto manos a la obra

reconstruyendo sus derruidas murallas y levantando nuevas defensas, pues Pazazu también tenía espías y estaba al tanto del avance de Kadosh y su numeroso ejército. El viejo demonio no estaba dispuesto a perder un enclave tan estratégico como Al-Semanet.

Finalmente, Baalfegor había optado por presentar batalla al sur de los Pasos de Frontera y ahogar así, definitivamente, la rebelión de Kadosh de una vez por todas. Para ello contaba con su superioridad numérica y la ventaja táctica de los arqueros y cañones a bordo de sus zeppelines drakar.

Una vez vencidos los rebeldes que aún se le oponían, marcharía hacia el verde y exuberante valle del Dag y lo reclamaría como un feudo más para su recién estrenada corona. Pazazu ya se veía como el nuevo rey de Aqueron, el sueño que una vez iniciara el cobarde Baalfegor estaba cada vez más cerca, cada vez más a su alcance.

Sin embargo y para sorpresa de Pazazu, la insurgencia aramita no finalizó sus actividades con la toma de Al-Semanet. Tres días después de la toma de la ciudad, un grupo de guerreros, sirviéndose del abrigo nocturno, consiguió incendiar la flota de drakar de La Orden, que permanecía amarrada junto a las dunas a la entrada de la ciudad, privando así a Baalfegor de una ventaja estratégica vital sobre su oponente.

Los insurgentes fueron capturados y después ajusticiados debidamente. Pero Pazazu ya no podía evitar lo sucedido. Tan sólo los efectivos de tierra permanecían operativos para la batalla.

Aún así, el rey Igigi se mostró confiado ante sus capitanes. Su número seguía siendo muy superior, según lo que le contaban sus espías y su experiencia como comandante en la batalla infinitamente más útil que la de un simple mocoso con aires de divinidad.

Cuando cayó la noche del décimo día, las tropas de ambos bandos se hallaban apostadas y dispuestas para la confrontación.

Ante la proximidad de Kadosh, Pazazu mantuvo en vigilia a su todo su ejército por la desconfianza de un embate nocturno. Kadosh, en cambio, se dedicó a efectuar un reconocimiento más exhaustivo del terreno, a planear la ofensiva y descansar.

Al día siguiente, las fuerzas de La Orden se colocaron en una línea con dos poderosas alas de caballería, Pazazu se situó en el centro con más de cinco mil lanceros de Agarthia, permaneciendo él a caballo tras ellos.

Tras Baalfegor, fueron colocados otros quinientos arqueros y trescientos jinetes adicionales, más los aramitas del norte que aún le eran fieles; también situó mil arqueros más en su centro izquierdo y otros mil doscientos en su centro derecho.

Kadosh se situó en el ala derecha junto con sus jinetes aramitas, seguido de toda la infantería aportada por Bahadur y Samir, casi frente a Pazazu, para evitar así el envolvimiento. Kadosh situó su cohorte de trescientos infantes montañeses en el centro, reforzado con una doble formación en la retaguardia de las tropas voluntarias comandadas por Nejmad, para que así, en el caso de que fueran rodeados, pudieran dar media vuelta y enfrentarse al enemigo desde la dirección opuesta y apoyados en sus flancos por formaciones de Bahadur, giradas en un ángulo de cuarenta y cinco grados en sus respectivos flancos.

El sol comenzaba a apretar con fuerza, pronto su calor sería tan insoportable que hombres y bestias se sofocarían tan rápidamente que sería imposible aguantar los embates enemigos. No podían esperar más. Entonces, Kadosh avanzó diagonalmente hacia su diestra para mantener la superioridad en el flanco y saliendo del terreno preparado por Pazazu, el rey Igigi ordenó que su ala izquierda sujetara la creciente marea lateral enemiga, realizando una escapatoria circundante.

Kadosh a su vez inició un ataque hacia el centro, usando su caballería con él a la cabeza y así comenzaron una cadena de asaltos y rechazos, hasta que las hileras de La Orden quedaron rotas, miembros mutilados, sangre y sol en la abrasadora meseta de Al-Semanet. Pero, a pesar del dolor y del calor, a pesar de la sangre y la muerte, ambos ejércitos se enfrentaron con determinación e impiadosa ambición. Ambos con la misma osadía y sed de victoria.

Entonces Pazazu envió a su caballería hacía los montañeses del Dag. Los montañeses, que estaban delante de la caballería para protegerla de los meharis, arrojaron sus lanzas y demás artefactos, derribando así a un número indeterminado de aramitas fieles al Igigi y dejando al resto aislados y sin cobertura alguna.

Una lluvia de flechas procedentes de las huestes del rey Igigi brotó como una sombra y oscurecieron el cielo, acabando con la vida de cientos de hombres de uno y otro lado. La carnecería era tal, que muchos aramitas del norte fieles a Baalfegor optaron por huir y dejar a su señor a su suerte.

Aliviado por el cambio de tornas, el rey Igigi, en una última

tentativa de frenar el ímpetu de su adversario, envió al resto de su caballería regular apostada en el centro de su ejército, consiguiendo un pequeño triunfo al abrir brecha en las filas de Kadosh, aunque sólo en apariencia.

El regocijo de Pazazu duró poco. Kadosh utilizó ese momento haciendo girar hacia la izquierda y convergiendo con las tropas de su derecha hacia el centro de la contienda, donde se encontraba el Igigi.

Los arqueros de Pazazu fueron los primeros en sucumbir bajo los cascos de los meharis de Bahadur. Los pocos soldados supervivientes huyeron despavoridos a la seguridad de los muros de la ciudad.

Completamente rodeado y casi sin escapatoria, el Igigi huyó hacia las puertas de Al-Semanet espoleando a su caballo como alma que lleva el diablo. Al verlo, la caballería de elite que seguía a Kadosh le persiguió hasta interceptarlo; al estar a su misma altura, Kadosh se lanzó sobre Pazazu derribándolo y cayendo ambos al suelo.

La pelea fue feroz. Mientras los capitanes de Baalfegor y Kadosh se enzarzaban en duelos individuales, el Mesías Rojo cruzó su espada con la del rey Igigi. El batir de aceros, los relinchos y los gritos de los guerreros eran ensordecedores.

Embiste tras embiste, finta tras defensa, los aceros de ambos se cruzaron bajo el sol inmisericorde de la meseta de Al-Semanet.

Nadie lo esperaba… no de esta forma. Finalmente, haciendo un giro sorprendente, Kadosh consiguió hundir su hoja en el pecho de la mala bestia, arrancándole el corazón y la vida, antes de que mordiera el suelo polvoriento. Una vez más, Kadosh había demostrado que no era humano…

Cuando Pazazu cayó y la noticia fue transmitida entre sus tropas supervivientes, estos no tardaron en rendirse a las huestes del Mesías Rojo.

Aquella mañana, en la meseta de Al-Semanet, el destino de Aqueron fue salvado y sentenciado para siempre y con el de Aqueron, el destino del resto del universo conocido.

AL-SEMANET

22

"Vinieron de las estrellas en pos del Mesías Rojo y tras conversar largamente con él, le persuadieron para que los siguiera y les ayudara a liberar a las otras humanidades esclavizadas por el yugo de los Señores Igigi."

Testamento del Lama Shigatse Rimpoche, Abad del Monasterio Corvino

Un año después de la Batalla de Al-Semanet, Kadosh y sus monjes evangelizadores habían consolidado su poder a lo largo de todas las tierras de Aqueron.

Nuevos monasterios y órdenes religiosas fueron fundados a lo largo y ancho de la tierra reconquistada. Desde la Ciudad de los Grandes Puertos, hasta la Laguna de Aurantia, la palabra del Mesías Rojo fue escuchada y venerada por todos los pueblos de Aqueron con respeto y devoción.

Allí donde había guerra, Kadosh llevó la paz. Donde había hambre, Kadosh llevó el pan y sal y donde había odio, Kadosh llevó amor y comprensión. Entre tanto, los escribas comenzaron a compilar los hechos y comentarios de su vida, cada acción, cada frase o cada gesto o actitud fue escrito, datado y clasificado para salvaguardar todo lo posible la figura del liberador.

De Baalfegor, el dios Anu huido tras la caída de la Ciudad de los Grandes Puertos, nada más se supo, aunque el Mesías Rojo mandó a su pueblo mantenerse siempre fiel y alerta a la espera del resurgimiento del mal sobre la faz de Aqueron. Para este fin fue creado el primer ejército regular de Aqueron, una milicia compuesta por hombres venidos de las cuatro esquinas de aquel mundo liberado que enarbolaban, con orgullo, el estandarte del Mesías Rojo, un ojo abierto encerrado dentro de una mano también abierta. Un símbolo que Kadosh había visto en sus sueños con recurrencia.

Kadosh mandó reconstruir Al-Semanet para convertirla en la capital de su joven y prometedor reino. La vieja ciudad de adobe, al sur de los Pasos de Frontera, brilló orgullosa como nunca antes en

toda su historia.

Sobre las milenarias calles, antaño sucias y polvorientas, se alzaron calzadas adoquinadas, se edificaron palacios, profusos minaretes y templos Neo-Menoch que cubrieron sus vías y arterias. Se levantó un gran acueducto que trajo agua en abundancia desde las generosas cimas de la Gran Dorsal, haciendo que la ciudad recuperara su antigua vida y más aún.

Las milicias del Mesías Rojo aseguraron las rutas normales de comercio levantando fuertes y creando patrullas regulares que velaban por los viajeros y los caminos que transitaban, animando así a mercaderes y peregrinos venidos de las cuatro esquinas de Aqueron a alcanzar la nueva capital.

Al-Semanet terminó por eclipsar toda la gloria y el esplendor que antaño lustraron metrópolis como Agarthia, dejando en el olvido lo que una vez fue la cuna de la civilización de Aqueron.

El comercio y la opulencia volvieron a consolar a las agotadas gentes de Al-Semanet, hastiadas por la guerra y las privaciones. Los antaño nómadas de la ciudad de adobe, descendientes sedentarios de las orgullosas tribus nómadas de los Pasos de Frontera Septentrionales, se sentían orgullosos a la vez que altivos, por la elección que Kadosh había hecho de su ciudad. Vivir en Al-Semanet era vivir en la corte de la capital del mundo.

Samir regresó a las ciudades del norte como gobernador y capitán del Mesías Rojo, restaurando el orden perdido y conciliando hombres y propiedades en el antiguo reino de Esaú, que ahora se había convertido en una provincia más del basto complejo reino del nuevo rey Kadosh.

Los presos capturados tras la batalla de Al-Semanet recibieron clemencia del indulgente monarca y aunque se les privó de sus armas y estandartes, se les permitió regresar a Agarthia como hombres libres. A cambio, los capitanes del antiguo ejército de Pazazu juraron lealtad a la corona de Al-Semanet y nombraron a Kadosh Maestre de La Orden, prometiendo no alzarse jamás en armas contra Kadosh o sus representantes. Como el resto de tierras de Aqueron, La Orden pasó a ser una provincia tributaria a la nueva corona.

Entre tanto, Nejmad y centenares de voluntarios milicianos

formaron la Guerrilla del Oriente, un contingente independiente de las fuerzas regulares de Kadosh que se encargó de recorrer las infinitas extensiones entre el Valle del Dag y las selvas La Orden, en pos de los restos de las hordas lulus supervivientes de Pazazu para exterminarlos, limpiando así, toda semilla del maldad de la faz de Aqueron.

Shigatse y la mayoría de sus monjes regresaron al Dag-Guiora, aunque bastantes se quedaron para ejecutar los oficios religiosos que la creciente población de Al-Semanet demandaba.

En recompensa a los numerosos servicios prestados, Kadosh consiguió nombrar a Shigatse nuevo Abad del monasterio de Saqqara-Corvino. Con este cargo se convirtió en un referente para todos los monjes de Aqueron, una especie de Patriarcado oficioso que marcaba las pautas religiosas y las nuevas tendencias inspiradas de la ya sagrada plaza de Al-Semanet.

Gedeón también regresó al Valle del Dag, al igual que el resto de cazadores que les habían acompañado, para combatir en la cruzada y derrotar al mal. Tan sólo un puñado de ellos permaneció junto al Mesías Rojo, comandado por el infatigable Noah formando su guardia personal: Los llamados Neffut.

Cuando las necesidades básicas de la ciudad fueron cubiertas, Kadosh ordenó la construcción de un gran palacio.

El Mesías Rojo mandó traer orfebres, albañiles y arquitectos de las Siete Ciudades Magnificas, esculturas y tributos en mármol blanco de la lejana Agarthia y piedra caliza en abundancia, sacada de las profundas canteras del Gran Asoka; todo ello para alzar una imponente mole, el más esplendido de todos los palacios de Aqueron, que estaba coronado por una gran bóveda de lapislázuli franqueada por cuatro espléndidos minaretes de mármol blanco arrancado de las arrogantes paredes del medio destruido palacio del Maestre de Agarthia y remates y estelas conmemorativas labradas en oro y selladas en la piedra, que decoraban todas las fachadas haciendo que el palacio brillara como una joya, siendo visible desde incontables kilómetros de distancia y dando lugar a todo un nuevo estilo arquitectónico llamado Kadoshino; prueba y orgullo de que Al-Semanet era la nueva capital de Aqueron. Ni tan siquiera en las épocas de mayor esplendor de Rocamar o Sippart, se había visto en Aqueron

algo comparable a aquella majestuosidad.

Meses después, Tera fue traída desde el Dag y junto a Noah, permaneció cerca de su amado hijo adoptivo, velando por él en medio de las crecientes luchas de poder e intrigas palaciegas en la nueva corte de Al-Semanet.

A pesar del amor que su pueblo sentía por su salvador, un creciente número de insurgentes venidos de tierras distantes no entendían ni aprobaban la divinidad de Kadosh y no estaban de acuerdo en rendir pleitesía y tributos al gobernante de Al-Semanet.

Tanto Noah como los Neffut no sólo debían de custodiar a los cortesanos y embajadores, sino también controlar las ricas avenidas que llevaban al palacio y a los peregrinos que visitaban los nuevos lugares santos. Muy atrás quedaban ya los años en que el leal cazador del Valle del Dag sólo se tenía que preocupar por traer una buena presa con la que llenar la panza cada día.

A pesar de todo, a pesar de lo vivido, para Noah y Tera, Kadosh seguía siendo aquel muchacho indefenso de ojos azules que con atención se paraba frente a la lumbre del hogar para escuchar las historias que Noah le narraba.

Cuando los primeros trabajos de construcción del palacio concluyeron, Kadosh envió a su capitán, Bahadur, en una embajada especial al valle del Dag.

La misión de Bahadur era alcanzar la cima del monte Dag-Nefer y encontrar a Charlize para traerla junto a Kadosh. El joven rey anhelaba sobre todas las cosas su compañía y ansiaba convertirla en su esposa y reina y para compartir con ella sus últimos años junto a los hombres.

Sin embargo la suerte guardaba con celosa bruma el destino del Mesías Rojo pues, para su sorpresa, cuando la comitiva nupcial encabezada por el capitán alcanzó la sagrada cima del monte Dag-Nefer, Charlize ya no estaba allí. Pero Bahadur no se rindió, el capitán la buscó durante muchos días y noches, no sólo en los recovecos y ruinas del monte Dag-Nefer, sino también a lo largo y ancho del valle y a través de los cuantiosos picos que pueblan la Gran Dorsal. Pero no la encontró, ni una pista, ni un mensaje, ni una señal. Era como si se la hubiera tragado la tierra, como si nunca hubiera existido.

Con el corazón roto, finalmente, el capitán Bahadur mandó poner rumbo de regreso a Al-Semanet.

Transcurridos varios meses, la comitiva de Bahadur alcanzó su destino y con todo su pesar, el viejo capitán informó al joven rey Kadosh de las malas nuevas.

Kadosh no podía creerlo. Su presciencia ya no le servía para nada… con ojos vidriosos dejó a Bahadur solo en la sala del trono mientras este aún no había terminado de dar su informe.

El capitán Bahadur se quedó allí, solo, flanqueado por sus hombres, aún sucio por el polvo del camino y con los ojos arrasados, conmovido por la pena de su Señor y maldiciéndose así mismo por no haber obtenido otro resultado.

Ante el silencio de Kadosh, Bahadur se rasgó las vestiduras y tiró su espada a los pies del trono vacío, para después marcharse junto a sus hombres, de nuevo, al desierto de donde había venido.

El corazón del joven rey se ensombreció y quedó desolado y triste. Enfermó por un pesar tan profundo como el Gran Mar del Norte. Kadosh no podía concebir cómo, a pesar de todo su poder y de toda su capacidad, en sus visiones ya no aparecía Charlize. Su amante se había desvanecido en la noche del olvido como si jamás hubiera existido.

Kadosh se encerró en sus dependencias y durante muchos días y noches no quiso ver o hablar con nadie.

Tiempo después, Kadosh comenzó a soñar con Charlize, altiva y hermosa. Vio a Charlize en sus ensoñaciones caminando en un ocaso rojizo en pos de la cima de una colina de pendiente suave parapoco después, volverse, mirarle y desaparecer otra vez. ¿Acaso significaba algo aquel sueño?

Aquellos sueños no hicieron sino turbarle aún más. Así fue como Kadosh, cada vez más, buscó la soledad y terminó por encerrarse en las paredes de su oscuro palacio de Al-Semanet, dejándose ver sólo si era muy necesario y en ocasiones muy especiales. Noah y Tera fueron su única voz entre los vivos.

Entre tanto, los Neffut le seguían protegiendo y cuidaban día y noche, a su Mesías Rojo y salvador, sabedores del vacío que lo embargaba.

23

“Aurantia et Dilmun”

Crosariano Clásico - Texto labrado en la Roja Negra Sumergida de Agarthia

Finalmente, el Gilgamesh alcanzó la órbita de Aqueron, aquella atmósfera de tonalidades que variaban entre el anaranjado más profundo y el azul celeste más puro, tenía como resultado una imagen enigmática y embriagadora.

-¿Cómo que no puedes descodificar la otra mitad del cristal de memoria de Hammurabi? –Eneas se mostraba confuso.

-Pues como lo oyes, creía que podría pero no entiendo el algoritmo, es demasiado complejo, demasiado avanzado –Laertes trataba de mantener la compostura.

- Y ahora, ¿qué? –dijo el capitán Eneas señalando a la atmósfera planetaria de Aqueron, ya visible desde el ojo de buey de sus aposentos, donde ambos hombres se habían reunido en privado. –Estamos aquí, hemos expuesto a la mejor astronave de la flota de Nemeron a ser descubierta por el enemigo que rodea este sistema y no sabemos ni qué buscar, ni cómo hacerlo, ni tan siquiera si realmente existe el clon de Hammurabi o murió hace siglos, vete a saber dónde…

-No puedo contestar a ninguna de tus preguntas Eneas, recuerda que no tenemos los amplios conocimientos genéticos de los que gozaban los científicos del último emperador. No me hará falta recordarte que fue tu gente la que se durmió en los laureles, no yo –Laertes puso su mano en el hombro de Eneas para tranquilizarlo. –Simplemente, te digo que nos enfrentamos a un enigma matemático tremendo, a fin de poder descodificar el resto de la información contenida en el cristal de memoria que encontré en la cámara sellada de Hammurabi. Realmente no sé cuánto tiempo más me llevará resolver el problema.

- Está bien… seamos prácticos –dijo Eneas recuperando la compostura-, ¿Crees que deberíamos aterrizar y explorar el terreno?

-Para eso hemos venido, ¿no?

-Está bien. Cogeremos un caza estelar de combate y bajaremos a la superficie tú y yo, los dos solos. Pero, ¿cómo vamos a identificar al clon si lo encontramos?, ¿tienes alguna foto de Hammurabi? –Eneas estaba siendo sarcástico.

- Tengo algo mejor –Laertes hizo una mueca–, entre el incontable material rescatado de la cripta de Hammurabi encontramos esto –Laertes mostró a Eneas una especie de ordenador de color gris del tamaño de un puño.

-Qué es?

-Pues, teóricamente, es una especie de escáner. Detecta un código de ADN concreto, el del clon, porque recuerda que el clon no tiene exactamente el mismo ADN que el de Hammurabi, su ADN es una combinación del ADN del emperador y partes recopiladas de prisioneros Igigi, de ahí su poder sobrenatural y lo que le hace tan importante. De hecho, poco después descubrimos que todo Nemeron está poblada de componentes que se activan con la proximidad de ese mismo ADN.

-Era como si Hammurabi prepara algo para el clon pero, si eso es como dices, ¿por qué enviarlo aquí?, ¿por qué no dejarlo en Nemeron para que realizara la función para la que fue creado?

-Según lo poco que he podido traducir, este clon no iba ser el definitivo, era sólo un experimento social y genético más, uno de los últimos eso sí, pero no el definitivo. Lo que pasó es que Hammurabi murió de improviso y su proyecto secreto fue clausurado prematuramente por el nuevo gobierno de los senescales de Nemeron.

-¿Has dicho social?

-Sí, eso he dicho. Hammurabi buscaba la motivación religiosa para reconvertir a la galaxia de nuevo a su favor y en contra de los Señores de la Sangre.

- Hammurabi era un genio.

-Lo era. Recuerda lo que ya te conté. Se buscó un mundo aislado como Aqueron, un mundo que hubieran abandonado los Igigis, pero que aún contara con población humana con la que el clon pudiera interrelacionarse. La idea era que se desarrollara y pusiera en práctica todo su poder por propia iniciativa, mostrándose a los humanos del experimento como un líder. El grupo humano seleccionado debía llevar algunos siglos abandonado a su suerte.

-Ya entiendo. Para que el proceso de degeneración social y barbarismo ya hubiera comenzado y por tanto, el grupo estuviera en

un estado social primitivo, ¿no?

-Así es. Según lo poco que he podido leer, los espías de Hammurabi influenciaron a las fuerzas religiosas y fácticas del planeta. Dos siglos antes de enviar al clon se creó una subcultura religiosa con profecías, Mesías Rojos y mensajes ocultos, preparando al pueblo para la llegada de un liberador, un caudillo de hombres, lo llamaron el proyecto Mesías Rojo. Totalmente inspirado en la mitología Menoch del viejo imperio.

- Increíble.

-Lo es.

Los extraños rumores de luces fulgurantes en el cielo nocturno sacaron a Kadosh de su depresión. Pronto fueron tan comunes y extensos, había tantos testigos y tantos relatos sobre ellas, que Kadosh ya no pudo evitar hacerles caso. Lo había visto en sus sueños, aquello era importante.

Sobreponiéndose a su propia amargura, una vez más optó por hacer frente al posible mal que podía estar abatiendo de nuevo su joven reino y de esta forma y en este modo, una vez más, el Mesías Rojo subió a lomos de su imponente rocín y seguido por los Neffut, comandados por Noah, partió de Al-Semanet en pos de las luces del cielo que turbaban la paz y la calma de sus súbditos.

Por donde iba, ya fueran campamentos nómadas o poblados de los campesinos que poblaban las aldeas junto a la Gran Dorsal, escuchaba las mismas historias. Luces brillantes que iban y venían a gran velocidad surcando los cielos o súbitamente, se paraban y observaban a los hombres y los ganados, para luego desaparecer con la misma presteza y silenciosa majestuosidad con la que habían aparecido.

Algunos decían que las habían visto llegar del desierto como si hubieran surgido de las ruinas de la Ciudad Roja, la ciudad maldita donde se creía que había regresado el demonio Baalfegor tras huir.

Sea como fuere y con un espíritu totalmente renovado, Kadosh no cejó en su búsqueda y durante meses viajó de una esquina a otra de su reino. Mientras, la leyenda del Mesías Rojo crecía y con ella su estela.

Algunos decían que lo que realmente buscaba Kadosh era el espíritu de Charlize, que aquellas luces nocturnas no eran sino los reflejos del alma de su amada que le invocaba desde el inframundo, llamándole y tentándole con la muerte para que sus espíritus volvieran a reunirse.

Tras muchos meses de búsqueda, Kadosh y sus Neffut regresaron a Al-Semanet con las manos tan vacías como cuando habían salido de la ciudad. Aunque gracias a aquel viaje, el espíritu de Kadosh se había renovado y un vigor revitalizante le inundaba, apartando de sí parte de la tristeza que hasta entonces le había invadido.

Muy pronto, Kadosh volvió a ejercer sus funciones normales como gobernante de todo Aqueron y gran señor de Al-Semanet.

Tiempo después del regreso de Kadosh, dos peregrinos pidieron audiencia al Gran Chambelán de la corte de Al-Semanet. No era normal, ni protocolario, que dos insignificantes peregrinos se entrevistaran con el Mesías Rojo, pero aquellos hombres de rasgos extraños y mirada clara, envueltos en harapientas túnicas, supieron persuadir al Chambelán.

Laertes le entregó uno de los objetos que había encontrado en la cripta de Hammurabi, un pequeño colgante hecho con un cristal especial cuya configuración y color era desconocida en aquel mundo distante y primitivo.

Lo que Laertes dijo al Chambelán era que cuando el colgante estuviera cerca del Mesías Rojo, este se iluminaría como tributo a su persona.

Tras pasar una escrupulosa inspección de Noah, el colgante fue aceptado y tal y como el peregrino había informado, al acercarlo a Kadosh el colgante se iluminó con una deliciosa tonalidad azulada para sorpresa y admiración de todos los presentes.

Así fue como el joven rey aceptó reunirse con los dos peregrinos en la sala del trono y tan sólo en compañía de Noah y su guardia.

Eneas y Laertes entraron en la espléndida sala de paredes marmóreas, profusamente decoradas con los estandartes de todas las tribus y naciones que componían Aqueron.

Laertes estaba impresionado, quizás había subestimado el grado de barbarie de aquellas gentes que habían conseguido alcanzar un grado de refinamiento exquisito.

-¿Y bien? –dijo Kadosh sentado en su trono. Parecía más viejo y su aspecto más regio y augusto. Un verdadero rey, aunque no ceñía corona.

- Saludos, oh Mesías Rojo –dijo Laertes mientras ambos se arrodillaban, tal y como mandaba el protocolo que les había explicado el Chambelán.

- Levantaos. No deseo tal sumisión –Kadosh les sonrió. –Decidme, ¿de dónde habéis traído esa piedra brillante?

Tras levantarse, ambos hombres y ante la estupefacta mirada de Noah y sus guardias, se quitaron las túnicas roídas y andrajosas tirándolas al suelo, mostrando así sus orgullosos e imponentes uniformes.

Ante aquel atrevimiento, los Neffut se dispusieron a atacarles, pero Kadosh les paró haciendo una señal, fue entonces cuando Laertes comenzó a hablar.

-Como veis, oh Gran Rey –dijo Laertes–, no somos peregrinos, sino soldados.

-¿Soldados?, no reconozco vuestros uniformes –dijo Kadosh-, ¿A qué ejército y bandera servís?

-A la vuestra –dijo Eneas con una expresión triunfal en el rostro. Y tras estas palabras, Laertes comenzó la narración de su increíble historia, aunque no le habló de su verdadero origen y sí lo hizo del mal sangriento que gobernaba las estrellas que antaño dominaron los hombres.

Laertes omitió todo lo referente a su condición de experimento genético o de la inexistencia de su naturaleza divina, nada de ello le dijo. Aquel habría de ser el secreto mejor guardado del Alto Mando de Nemeron, si querían que Kadosh colaborara de buen grado.

-Y, ¿dices que buscáis un barco de guerra, un navío capaz de viajar a las estrellas que creéis que solo aceptará mis órdenes? ¿Cómo lo habéis llamado?

-Aurantia, mi señor –dijo Eneas.

-Ese nombre me suena –dijo Noah. Y Laertes y Eneas se miraron fijamente sintiendo un escalofrío.

- ¿Te suena? –le preguntó Kadosh a Noah.

-Así es, Mesías Rojo. Se lo oí mencionar al pobre Ragnar. Aurantia es una laguna, la laguna sobre la que se alza la pequeña isla donde está la ciudad de Agarthia.

-Sí, es cierto, no lo recordaba –dijo Kadosh–, está en el oriente lejano.

-¿Cómo que Aurantia existe? –Eneas no podía disimular su asombro y alegría. Laertes estaba en lo cierto, hasta ese momento y a pesar de que deseaba creer con todas sus fuerzas, algo en su interior le decía que no era posible…

Kadosh al fin podía comprobar con sus propios ojos que las historias de Kumar y Shigatse sobre los Celestiales, definitivamente eran ciertas.

Tras convencer a Noah y a sus Neffut de las sinceras intenciones de Laertes y Eneas, El Mesías Rojo subió a bordo del caza estelar de combate corsario de los dos extranjeros.

Después de varios días de charlas e interminables debates con Kadosh y la corte de sabios de Al-Semanet, Eneas había obtenido permiso para regresar al desierto en busca de su pequeño caza y traerlo a la ciudad aterrizándolo, poco después, en los jardines frente al palacio del joven rey.

Para el pueblo llano, aquella máquina resultó ser tan increíble y tenebrosa como uno de los antiguos y míticos Dahaka que, en el pasado, según se decía, habían poblado las extensiones orientales del Gran Asoka, igual que el Dahaka que, según la leyenda, se había enfrentado a Kadosh cuando tan sólo era un niño.

Al amanecer del quinto día desde la llegada de los extranjeros, el caza corsario alzó el vuelo y ante la atenta mirada de una multitud fervorosa que se despedía para siempre de su divino Mesías Rojo con cánticos fúnebres, rasgándose las vestiduras y arrancándose los pelos de la cabeza, el caza despegó rumbo al cielo con un ensordecedor estruendo que acongojó a la multitud reunida. Desapareciendo poco después y para siempre, en el azul claro y eterno del cielo.

Al-Semanet se quedó triste y silenciosa, pero segura y confiada, pues estaba al cuidado y bajo la protección y regencia de un nuevo senescal, tal y como Kadosh les había ordenado. Su voz sería la voz del Mesías Rojo y su voluntad la misma de Kadosh. Noah, del Valle del Dag, gobernaría en lugar de Kadosh y durante su largo y prolífico reinado el pueblo jamás conocería el hambre o la injusta miseria del martillo de la guerra y los abuelos contarían a sus nietos cómo los elementales celestiales alzaron al cielo en vida al Mesías Rojo…

Kadosh no podía creerlo, lo que antaño le hubiera costado meses,

tal vez años, ahora había sido posible en unos instantes.

Las evoluciones de la máquina voladora, le produjeron algún mareo inesperado al principio, pero rápidamente se fue acostumbrando. Sentado en el cómodo butacón de la sala de mandos del caza y acompañado por Laertes y Eneas, pudo comprobar como la pequeña astronave era capaz de recorrer la distancia que separaba Al-Semanet y Agarthia en unos pocos minutos.

-¿Esa es Agarthia? –le preguntó Eneas a Kadosh señalando una pequeña mancha resplandeciente sobre una inmensa laguna.

-Nunca he estado en ella pero, por las descripciones que me han hecho, debe de serlo –le contestó Kadosh.

Entre tanto, Laertes estaba absorto ante la pantalla de su consola de mandos, estudiando e intentado comprender las lecturas que le señalaban sus instrumentos.

-La laguna se llamará Aurantia –Laertes resopló. -Pero bajo la ciudad o en las profundidades de la laguna no hay nada, no tengo ninguna lectura… ahí abajo no hay ninguna astronave y menos aún de las proporciones de las que habla el cristal de memoria de Hammurabi.

-No puedo creerlo… -dijo Eneas desolado.

-¿Por qué no puedes creerlo? –le preguntó Laertes confundido.

-Después de todo lo que hemos visto, ¿Por qué no va a ser verdad? Kadosh está aquí con nosotros, ¿no es increíble? Debe haber algo más, algo que se nos ha escapado. Voy a dar otra pasada, ¡inténtalo otra vez Laertes!

Y, diciendo esto y ante la mirada sorprendida de las gentes de Agarthia, el caza corsario describió otra elipse sobre la antigua y noble ciudad y mientras, Laertes continuó estudiando las lecturas de los escáneres de la astronave con devoción y total entrega.

-Espera… -dijo al fin, Laertes–, he visto algo, pero no es una astronave, es algo mucho más pequeño, parece una piedra de un metro de largo y medio metro de ancho, está sumergida.

- ¿De veras? –Y diciendo esto, Eneas paró en seco en el aire, activando los retro-propulsores de la pequeña astronave, haciendo que

todos sintieran en sus huesos las fuerzas cinéticas y de inercia.

Las compuertas de la minúscula bodega del caza se abrieron y de ellas salió un resplandeciente haz tractor que penetró en las frías aguas de la laguna. El agua tembló y burbujeó hasta que, finalmente, suspendida en el aire por el haz tractor, la piedra emergió mostrando su oscuro color y elevándose, más y más, hasta que alcanzó la bodega de la nave y las compuertas se cerraron.

Estaban impacientes, Eneas activó el piloto automático y los tres hombres bajaron al piso inferior de la pequeña astronave.

La piedra aún estaba húmeda, estaba pulida y era negra, tan perfecta que no podía ser obra de la naturaleza. Expectantes, los tres se acercaron a ella.

Súbitamente, la piedra reaccionó a la presencia de Kadosh, era una llave, una baliza de aviso arcana depositada allí siglos antes por los mismos que en su día trajeron a Kadosh a Aqueron.

Poco a poco, una inscripción en un rojo resplandeciente y con una caligrafía fina y elegante se fue dibujando sobre la lisa y negra superficie humedecida de la misteriosa piedra. Laertes se preguntó por aquella tecnología maravillosa, ¿tanto habían olvidado los Corsarios?

Cuando la inscripción terminó de dibujarse, se podía leer claramente “Aurantia et Dilmun”. Inicialmente, ni Eneas, ni Kadosh pudieron entender lo que significaba.

- Es crosariano clásico –aclaró Laertes admirado y estupefacto-, la antigua lengua usada en el viejo Imperio de Nazarius. Quiere decir, literalmente, “Aurantia es Dilmun”.

Fue en ese preciso instante cuando todos los cabos sueltos en su perturbada mente comenzaron a tomar forma. Por fin Laertes lo comprendía todo: el tamaño, su tecnología con detectores de ADN clonado integrados y desperdigados en todos los artefactos de Dilmun, sus colosales medidas, su configuración compacta.

Hammurabi había mentido en los textos de su testamento, todo estaba listo y preparado, nunca había recuperado ninguna astronave.

¡Dilmun era la astronave! siempre lo había sido y siempre había estado allí, ante sus ojos ciegos.

-“Una astronave con capacidad para un millón de almas”-. Laertes sonrió triunfal ¡¿Cómo había podido estar tan ciego?!

El arma más definitiva y contundente contra sus enemigos había permanecido oculta ante los ojos de sus ocupantes incontables generaciones, desde mucho antes de la llegada de Abaddón al poder y el derrocamiento de Abramantes. Pero los viejos emperadores habían olvidado los secretos de su milenario Imperio y sólo siglos después de la catástrofe, un emperador erudito, el último de su linaje, había

encontrado la verdad y se había provisto de las herramientas para utilizarla, aunque la tragedia de su muerte prematura había enterrado en el olvido todo lo ganado.

Y ahora sólo faltaba Kadosh. Cuando regresaran con él, la ciudad enterrada de Dilmun desaparecería para siempre y la magnífica y colosal astronave Aurantia despertaría de su letargo, de su sueño de incontables siglos y con ella comenzaría para siempre el declive de los Señores Igigi y el fin de su tiranía.

-“Aurantia era Dilmun”-

NEMERON

Otros libros de la Saga:

LIBRO I;
Aqueron: La Plaga Oscura
LIBRO II;
Anunnaki: Muchos mundos, una historia
LIBRO III;
Urushdaur: El Ritual
LIBRO IV;
Gehena, Los mundos arderán
LIBRO V;
Abydos; Renacer oscuro
LIBRO VI;
Aurantia; La Profecía